

HQN™

Te lo daré
TODD 

A r w c n G r e y

Te lo daré
TOD 
A r w e n G r e y

Índice

TE LO DARÉ TODO

Sinopsis

Róisín Dubh

Pequeña Rosa negra

Primera parte La muerte de la inocencia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte La suerte del irlandés

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Tercera parte La Rosa negra

Capítulo 1

[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Agradecimientos](#)

Sinopsis

¿Qué significa tenerlo todo cuando has perdido tu corazón?

Nueva York 1839

En una ciudad nueva como el amanecer, todos luchan por crearse un futuro, aunque sea a costa de los demás.

Flynn y Alba han crecido juntos. Sus corazones laten al mismo ritmo y no dudan que también morirán juntos un día. Sin embargo, recién llegados a la joven Nueva York, se ven obligados a rehacer sus vidas en el mismísimo corazón del infierno, Hell's Kitchen.

El hombre más cruel y despreciable de la ciudad se interpone entre ellos y les separa... hasta que el destino y la fuerza del amor les vuelven a unir y les dan la oportunidad de vengar un pasado que nunca podrán olvidar.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Arwen Grey

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Te lo daré todo, n.º 228 - mayo 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-900-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Róisín Dubh

(canción tradicional irlandesa)

*A Róisín ná bíodh brón ort fé'r éirigh dhuit: Tá na bráithre
'teacht thar sáile 's iad ag triall ar muir, Tiocfaidh do phárdún ón
bPápa is ón Róimh anoir 'S ní spárálfar fion Spáinneach ar mo
Róisín Dubh.*

*Is fada an réim a léig mé léi ó inné 'dtí inniu, Trasna sléibhte
go ndeachas léi, fé sheolta ar muir; An éirne is chaith mé 'léim í,
cé gur mór é an sruth; 'S bhí ceol téad ar gach taobh díom is mo
Róisín Dubh.*

*Mhairbh tú mé, a bhrídeach, is nár bh fhearrde dhuit, Is go
bhfuil m'anam istigh i ngean ort 's ní inné ná inniu; D'fhág tú lag
anbhfann mé i ngné is i gcruth-Ná feall orm is mé i ngean ort, a
Róisín Dubh.*

*Shiubhalfainn féin an drúcht leat is fásaigh ghuint, Mar shúil
go bhfaighinn rún uait nó páirt dem thoil.*

*A chraoibhín chumhra, gheallais domhsa go raibh grá agat
dom - 'S gurab í fíor-scoth na Mumhan í, mo Róisín Dubh.*

*Dá mbeadh seisreach agam threabhainn in aghaidh na gcnoc,
is dhéanfainn soiscéal i lár an aifrinn do mo Róisín Dubh,
bhéarfainn póg don chailín óg a bhéarfadh a hóghe dhom, is
dhéanfainn cleas ar chúl an leasa le mo Róisín Dubh.*

*Beidh an Éirne 'na tuiltibh tréana is réabfar cnoic, Beidh an
fharraige 'na tonntaibh dearga is doirtfear fuil, Beidh gach gleann
sléibhe ar fud éireann is móinte ar crith, Lá éigin sul a n-éagfaidh
mo Róisín Dubh.*

Pequeña Rosa negra

Pequeña Rosa, no estés triste por todo lo que ocurrió: Los monjes ya llegan a través del mar, ya marchan por las avenidas.

Del Papa vendrá tu perdón, de Roma y del Este, ¡Y no se escatimará el vino para mi Pequeña Rosa Negra!

Largo fue el camino que hicimos ella y yo desde ayer hasta hoy.

Sobre las montañas voy con ella, bajo las velas sobre el mar.

Pasé el Erne saltando, a través de la ancha corriente, ¡y había música de cuerdas en cada orilla para mí y mi Pequeña Rosa Negra!

Aunque me has matado, oh, mi novia, y puede que no te sirva, te amo con toda el alma, no desde ayer ni desde hoy, Aunque me hayas dejado débil y roto en apariencia y forma.

¡No traiciones a quien te ama, mi Pequeña Rosa Negra!

Caminaría contigo entre la niebla y por los prados abandonados, Con la esperanza de conseguir tu amor, o parte de mi deseo, Una rama fragante del amor que me prometiste.

¡Y aseguro que eres la flor de todo Munster, mi Pequeña Rosa Negra!

Si tuviera un yugo de caballos me lanzaría contra las colinas.

En medio de ellas lanzaría una oración a mi Pequeña Rosa

Negra.

Le daría un beso a la joven que me ofreciera sus labios, y detrás de los riscos yacería abrazado a mi Pequeña Rosa Negra.

El Erne se alzaría en rudos torrentes, las colinas serán arrendadas, el mar se agitará en olas rojas y la sangre se verterá.

Cada valle montañoso en Irlanda y los pantanos se estremecerán.

Y algún día pereceremos, mi Pequeña Rosa Negra...

Primera parte
La muerte de la inocencia

Capítulo 1

Nueva York, 1839

Ya no recordaba el olor de Irlanda.

Su madre le había dicho que jamás lo olvidaría, pero mentía.

Recordaba la risa de la tía Pol, la pelota de su vecino Ron, que siempre había envidiado, la casa de los señoritingos de los Rochester, que pasaban a su lado sin mirarle siquiera, montados en sus caballos enormes, llenando todo de mierda que tenían que recoger y, a veces, en invierno, usaban como combustible para el fuego.

Pero no, no recordaba el olor de su tierra, de la que había sido su hogar hasta hacía pocos meses.

Nueva York no olía igual, eso sí lo tenía claro.

Hell's Kitchen, en concreto, olía peor que un establo. Su madre, Maria Connelly, no había logrado acostumbrarse a ese tufo. Decía que Dios no había criado a los hombres para que se comportasen y oliesen como cerdos, y que aquel agujero infernal, aquella cocina del infierno, merecía sin duda su nombre, porque el Creador parecía haberse olvidado de todos sus habitantes.

A Michael Flynn Connelly, a los catorce años recién cumplidos, las palabras de su madre le parecían exageraciones. Un poco de suciedad nunca le había hecho daño a nadie. Tampoco Dublín era un dechado de limpieza, por

mucho que su madre no quisiera recordarlo.

—No pises ahí —dijo, tirando de Alba, obligándola a girar la cabeza para que no viera lo que parecía el cadáver de una puta, cruzado en la escalera.

Ella fingió que no veía lo que ocultaba y caminó tras él, callada como siempre desde que habían llegado a América. Todavía la recordaba cuando era parlanchina y alegre, en el barco, atosigándolo con preguntas y planes de futuro. Aún durante las primeras semanas en Nueva York seguía siendo la niña inquieta que parecía incapaz de estar sin hacer nada, pero luego su voz se había ido apagando poco a poco. La realidad había acabado con su entusiasmo.

En todo caso, no era el primer cadáver que veían, ni sería el último.

Paddy, un primo de su padre, les había buscado alojamiento en una antigua fábrica de cerveza reconvertida en edificio de apartamentos donde vivían hacinadas centenares de personas en minúsculos habitáculos. Ladrones, putas, asesinos... Familias enteras vivían y morían sin ver apenas la luz, de hambre, de enfermedades y de cosas peores.

Desde que vivían allí, los niños habían aprendido que era mejor no ver, no escuchar... o fingir que no veían ni escuchaban.

Y Flynn juraba cada día que sacaría a su madre y a Alba de allí.

No había que ser muy listo para ver cómo se prosperaba en Five Points. Y Flynn siempre decía que su madre no había criado a ningún tonto.

—Parece que mi madre todavía no ha llegado —dijo Flynn, echando una mirada a su alrededor, sin fijarse, al parecer, en la pobreza que le rodeaba—. Buscaré algo de comer.

Un grito agudo procedente del apartamento adyacente al suyo le hizo callar e hizo que Alba se encogiese sobre sí misma. Aunque se suponía que en la todavía joven América el sol siempre brillaba y el clima era mejor, la niña estaba todavía más pálida que cuando vivían en una habitación compartida con otras dos familias en un suburbio de Dublín. Y también estaba más delgada.

El cuartucho era minúsculo. Bastaban unos pasos para cruzarlo de lado a lado, pero al menos lo tenían para ellos tres y no tenían que compartirlo con

nadie más, y por ello podían considerarse afortunados. Su madre y Alba dormían juntas en un camastro estrecho y él en el suelo. Había bichos, que aprovechaban la oscuridad para caminar sobre él, pero le daba igual. También los había en Dublín.

La niña... bueno, no tan niña ya... se sentó en una esquina de la cama. Clavó su mirada clara en él, como si no hubiera nada más allí que le interesara.

¿Cuántos años tenía ya? Diez... tal vez alguno más... Era difícil llevar la cuenta cuando se conocía a alguien casi desde su nacimiento, aunque no fuera de su familia.

Claro que Alba McIntyre era de su familia, aunque no compartieran la misma sangre. Su madre era su madrina, que equivalía a... seguro que equivalía a algún tipo de parentesco. De hecho, su segundo nombre era Maria, como el de la madre de Flynn.

—¿Cuánto tiempo hace que no cantas? —le preguntó, mientras trasteaba en busca de algo que comer, tratando de distraerla de los ruidos infames que se escuchaban alrededor—. Tú siempre cantabas, había que hacerte callar a palos.

Alba estuvo a punto de sonreír. Habría sonreído en otro tiempo, pero ahora no lo hizo.

—No me apetece cantar.

—Vale —concedió él, rindiéndose a lo evidente: no había nada comestible en aquel tugurio. De modo que se sentó junto a ella y le pasó un brazo sobre los hombros—, pues cuéntame otra vez por qué tu padre te puso ese nombre.

Esta vez sí sonrió. Ocultó su rostro sonrojado entre las guedejas rojizas y sonrió. Y Flynn se sintió satisfecho de su truco.

—Ya lo has oído mil veces —protestó ella, pero seguía sonriendo, así que no parecía molesta.

—Sí, pero quiero oírlo otra vez. Es divertido.

No había dicho tantas palabras juntas en semanas. Habló y habló. Habló del marinero escocés que había enamorado a su madre y se había empeñado en

llamar a su hija Alba, como su tierra.

—Dijo que, ya que no podía ver su tierra, tendría lo más parecido a su hogar en la cosa más cercana a su corazón, así que me puso el nombre de su país. Y mamá lo odiaba, prefería llamarme Maria, pero siempre me llamaba Alba cuando él estaba delante...

Calló. Apoyó la cabeza en su hombro. Mientras hablaba, jugueteaba con la cadena de la que colgaba san Patricio. Había pertenecido a su madre y Maria tenía una igual. Solo se diferenciaban en que la de Maria tenía un pequeño defecto: el brazo izquierdo de san Patricio era mucho más corto, como si el molde se hubiera estropeado, de modo que parecía manco. Eso hacía reír a Michael, su padre, que decía que por eso sus milagros para con ellos se quedaban cortos. Había sido el regalo de boda del padre de Flynn a su madre. Los dos amigos habían comprado los colgantes juntos, sin darse cuenta de que uno estaba defectuoso.

Tal vez Michael había tenido razón después de todo, aunque era un hecho cierto que el colgante que tenía el brazo intacto tampoco era mucho más milagroso que el otro. El marinero escocés y su adorada esposa habían muerto hacía dos años a causa de unas fiebres, con poco tiempo de diferencia. Maria, viuda ya y con Flynn a su cargo, la acogió en su pequeño alojamiento. Era su madrina, le había dicho al niño, le había prometido a la madre de Alba que la cuidaría si ocurría algo. Se había comprometido ante Dios.

—Yo tampoco recuerdo la cara de mi padre —dijo Flynn de pronto, sabiendo lo que estaba pensando.

Les ocurría a veces. Uno completaba la frase que el otro iniciaba. Sus miradas se cruzaban y asentían, como si leyesen la mente del otro.

—Dios debería haberme llevado también con ellos, Flynn. Esto es el infierno.

No debería reírse. Su madre también lo creía, y su propio nombre lo indicaba, aquello era la cocina del infierno, pero Flynn, a pesar del olor a podrido, de los gritos, del ruido incesante, de la suciedad, no podía evitar sentir la excitación que corría por sus venas al pasear por su nueva tierra.

—Sí, es el infierno, pero hasta en el infierno se puede ser feliz. Es algo

que dijo mi padre una vez, y eso sí lo recuerdo.

Paddy Connelly olía a sangre.

Una vez les había llevado a su matadero, diciéndoles que sería divertido, pero Alba todavía recordaba los chillidos de los animales, la suciedad, el olor a porquería por todas partes, y la sangre. Sobre todo, aquel horrible y penetrante olor a sangre.

Y Paddy lo llevaba siempre sobre sí.

A veces se acercaba a ella, con la cara roja y redonda, el pelo rubio y grasiento, muy cerca, demasiado cerca, y le sonreía.

—¿Cómo está mi pajarillo hoy?

—Bien —respondía siempre, aunque sentía que la voz se le secaba en su presencia.

Sentía que debería quererle, pero no podía. Flynn y Maria decían que le debían mucho, que tenían aquel alojamiento gracias a él, que les traía comida... pero Alba solo podía oler a sangre en su presencia.

A pesar de que el ruido en el edificio era incesante, día o noche, siempre era capaz de distinguir sus pasos en las escaleras. Sus pesadas botas, adornadas con tachuelas, que eran más que meros adornos, parecían capaces de aplastar el mundo. Había visto el efecto que causaban en la carne humana, cuando vio a Paddy golpear a un tipo al que acusó de intentar estafarle. No podían aplastar el mundo, después de todo, pero sí cabezas. Aquel hombre había quedado tirado en un rincón, encogido sobre sí mismo, con el rostro bañado en sangre. Y solo, como si ya no existiese para todos los que le rodeaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Flynn al sentirla encogerse contra él.

—Viene Paddy.

Flynn no pareció notar que ella se volvía más pequeña, más silenciosa. Todo parecía desaparecer para él cuando Paddy estaba presente. E incluso

cuando no lo estaba, Flynn hablaba pocas veces de algo que no fuera el exitoso primo de su padre.

—Es rico, y será más rico todavía algún día. Y me ha prometido que, si trabajo con él, yo lo seré también.

Flynn quería ser rico. Quería sacarlas de Five Points. Quería... su imaginación no llegaba más allá. Y Paddy le llenaba la cabeza de planes, de lo que harían juntos cuando fuera tan solo un poco más mayor.

Alba, en cambio, añoraba su casa. Sentía que Nueva York jamás sería su hogar. A veces soñaba que todavía estaba en Irlanda y se mantenía así, ya despierta, con los ojos cerrados, tratando de permanecer dentro de su sueño, con tal de no escuchar todo lo que la rodeaba. Si se concentraba, podía casi oler la hierba y ver su vivo tono esmeralda.

Pero lo peor era la terrible sensación de que, cada día que pasaba, estaba perdiendo un poco más a Flynn. Ya no quedaba apenas nada del niño con el que había jugado en la calle con una mísera pelota. Flynn era un desconocido cuando estaba con Paddy.

—¿Cómo está mi pajarillo hoy?

La voz de Paddy, grave y alegre, inundó el pequeño apartamento, y Alba sintió que robaba el poco aire que quedaba allí, por sucio que fuera. Por suerte, Paddy pareció olvidarse de ella al instante y se volcó en Flynn.

—¿Todavía no ha llegado tu madre, muchacho? No creo que a María le moleste si te llevo a dar una vuelta por ahí. Todavía es temprano.

Flynn adoraba salir con el primo de su padre. Paddy veía oportunidades en cada esquina, y negocios y dinero debajo de cada piedra. Según él, un día no muy lejano, sería el dueño de todo aquello, y él, como familiar directo, tendría una buena tajada.

—Porque la familia es importante, muchacho. Tu padre era un buen tipo y me echaba una mano si lo necesitaba. Por eso ayudo a tu madre y también a vosotros. Y un día vosotros me devolveréis el favor, ¿verdad?

Flynn asentía. Comprendía bien sus palabras. La familia lo era todo para él. En ese momento no tenía nada más que a su madre y a Alba, que, si bien no era de su sangre, para él significaba lo mismo que si lo fuera. Alba era más que su hermana. Era parte de su corazón y siempre estarían juntos. Estaba tan convencido de ello que ni siquiera se planteaba una vida sin ella. En sus ensoñaciones sobre su futuro, siempre aparecían juntos, gordos y felices, en una mansión, rodeados de criados que les regalaban los oídos y les acercaban a la boca todas las exquisiteces que jamás podrían degustar en aquel agujero.

A veces, cuando no podían dormir, le susurraba a Alba acerca de sus sueños.

—Dime todo lo que quieres tener, porque lo tendrás. Te juro que, a mi lado, siempre tendrás todo lo que desees. Te lo daré todo. Todo.

Alba reía, con aquella voz un poco grave, procurando no despertar a Maria. Su risa en aquel lugar sonaba como un hechizo, o al menos a él se lo parecía.

—No seas bobo. Salir de aquí ya sería un sueño. Y ahora duerme. No despiertes a tu madre.

Nunca pedía nada. Pero él sabía que tenía sueños. Todo el mundo los tenía, y él los alcanzaría para ella un día. También convertiría a su madre en una señora más grande y más poderosa que todos los lores del mundo. Y ya no tendría que lavar la ropa sucia de nadie. Paddy le ayudaría.

—No podemos dejar a Alba aquí. Es peligroso —dijo Flynn justo junto a la puerta, como si se hubiera acordado de la niña de pronto.

La sonrisa de Paddy se amplió al mirar a Alba.

Si Flynn le caía bien, a Alba la adoraba. Siempre quería que les acompañase a todas partes y la sentaba sobre su regazo, aunque ya no era una niña pequeña para nada, como ella insistía en decir una y otra vez para regocijo de todos.

—Claro, no podemos dejar aquí al hermoso pajarillo. Si le pasara algo malo, no podría dormir por la noche.

Capítulo 2

—No quiero que te lleves a mis hijos por ahí sin mi permiso, ya te lo he dicho mil veces. No quiero...

Un ataque de tos hizo que la protesta de Maria Connelly perdiera fuerza y que Paddy la mirara con lástima.

Maria había sido hermosa en otro tiempo, lo recordaba bien. Todos habían envidiado a Michael, que se llevaba a una de las niñas más guapas de Dublín. Y ahora era solo una sombra grisácea de lo que había sido en otro tiempo. Parecía agotada, estaba demasiado delgada y había arrugas en su rostro. Sin embargo, todavía era atractiva, si la comparaba con la fauna de Five Points. Tenía el encanto de la novedad y de la necesidad.

—Tú no quieres, no quieres, no quieres... —replicó Paddy, dejándose caer cuan largo era en el camastro, haciendo que chirriase bajo su peso—. A nadie le ha hecho mal un poco de aventura. Ven aquí, parece cansada.

Maria lo miró, con los labios apretados. El vestido le caía, sin forma, intentando marcar unas curvas ya inexistentes. Eso no evitó que él la devorase con una mirada animal. Sus palabras, que en otro habrían parecido cariñosas, le resultaron interesadas. No, Paddy no era del tipo que se preocupaba por el bienestar de sus putas.

—Me prometiste que cuidarías de Flynn.

A Paddy no le gustaba que le recordasen sus promesas, sobre todo cuando consideraba que Maria no le había dado nada a cambio de su amabilidad. Uno

no se hacía rico regalando pan sin recibir más que aire.

—Está con unos chicos de su edad, no te preocupes —rezongó—. Ven aquí.

Maria levantó la barbilla al sentir su mano hurgando bajo su falda. Siempre había sido demasiado orgullosa, pero el orgullo no llenaría las bocas de su hijo y de aquella niña que tenía arrimada al hígado.

No le importó que apartase la cara para que no la besara. Sus besos eran lo último que le importaba a Paddy.

Mientras él se aprovechaba de su hambre, Maria miraba a su alrededor. Aquel alojamiento no se diferenciaba del suyo, pero a la vez era tan distinto... al menos no apestaba a miseria. Y no se oían esos gritos a todas horas. Él prefería follarla en su propia cama. Y ella también lo prefería. No quería que los niños supieran lo que hacía. O que pudieran verla, oler la presencia animal de Paddy en su cama o en su piel. Cuando saliera de allí se restregaría fuerte hasta dejar la piel roja y como nueva, recién creada por el Señor.

Paddy acabó pronto, era algo que siempre agradecía a Dios. Cuando volviera a casa, sus hijos no notarían nada en ella. Solo más cansancio, más tos, menos palabras de lo habitual.

En ocasiones, Maria sentía que había muerto cuando había dejado su tierra atrás, como las plantas cuando pierden las raíces.

—Quiero irme a casa.

Billy el Pecas le dirigió a Alba una mirada llena de asco que hizo que la niña escondiera la cara en la camisa sucia de Flynn.

—Tu hermana es un engorro, ¿por qué no la mandas al infierno de una vez y nos divertimos? Tu tío nos ha dicho que eres un fulano estupendo.

Alba pudo sentir contra su cuerpo cómo Flynn se inflaba de orgullo. Que Paddy dijera eso por ahí debía de ser toda una recomendación, aunque ella no veía nada de bueno en Billy el Pecas y sus amigos.

Eran cinco en total, y ella no había sido capaz de retener los nombres de todos. Los había de varias edades y estaturas, vestidos con harapos, gorras, camisas sucias y pañoletas anudadas al cuello o a la cintura. Eran todos irlandeses, eso sí, y Billy el Pecas era el jefe.

Flynn ni siquiera les corrigió para decirles que Paddy no era su tío. Daba igual. Alba comprendía que Flynn quería ser uno más, o incluso su jefe. Tenía aptitudes para ello y lo sabía. En Dublín había sido el líder de una pandilla de pillos más grande que aquella. Era más alto que Billy y también más fuerte, pero no hacía nada para demostrarlo. No quería aparentar que le disputaba el liderazgo, al menos no todavía.

Además, ella estaba delante. Sabía que, si no estuviera presente, las cosas serían distintas. Se metería en problemas y olvidaría que su madre le esperaba en casa, como había ocurrido en Dublín miles de veces.

—Es pequeña, pero lista. No nos molestará.

Billy asintió. Era difícil hacer caso omiso a la autoridad de la voz de Flynn, más grave y potente que la suya. Además, por mucho que no lo demostrase, que mantuviera las manos en los bolsillos y los hombros encogidos, Flynn parecía listo para arrearle un mamporro a cualquiera que discutiese su derecho a estar allí. Y Billy no era idiota. Sabía que no tenía nada que hacer frente al poderío del recién llegado. Prefería parecer magnánimo a hacer el ridículo en una lucha cuerpo a cuerpo.

—Que venga, pero que se esté calladita o la dejaremos tirada. Yo no me hago responsable de los estorbos, ¿me entiendes? —Alba sintió la mirada de Billy el Pecas sobre ella. Tenía los ojos pequeños y oscuros como piedras del camino, llenos de barro. Las pecas que le daban el nombre parecían manchas sobre la piel lechosa, y su boca era una línea cruel y roja que atravesaba su cara de lado a lado. Al ver que no respondía, se volvió de nuevo hacia Flynn, que la sostenía contra sí—. Una vez conocí a alguien como tu hermana. Era idiota y le aliviaron de su sufrimiento de un golpe en la cabeza. Desde entonces canta con los angelitos.

Alba parpadeó y Billy rio a carcajadas, seguido a coro por sus camaradas.

—Será mejor que me enseñes ya ese sitio, se hace tarde.

A Billy no le gustaba que le dieran órdenes, pero había sido él el que había propuesto a Flynn llevarle a ver las peleas de perros contra ratas en los antros del puerto. Se suponía que estaba prohibida la entrada a niños, pero también era un negocio ilegal, así que las normas eran laxas. Se colaron por un agujero en la parte trasera de un callejón, lleno de basura y montones balbuceantes que Alba no miró, temiendo reconocer ojos que la mirasen.

Seguía a Flynn, con la mirada fija en la tela gris de su camisa. No quería ir a ese sitio, pero ya no sabía volver a casa desde allí, y suponía que ni Billy ni sus amigos la acompañarían. Si Flynn no tenía miedo de ir allí, ella tampoco lo tendría.

Nada más atravesar la pared de madera carcomida, el ruido y el olor a carne podrida y a sangre casi la tumbó. Los chicos no parecieron notarlo. Se quedó paralizada durante unos instantes, cegada por la oscuridad. No veía ni a Flynn ni a sus nuevos amigos. Una mano salida de la nada la tomó por el brazo.

—No te rezagues —le siseó Flynn, tirando de ella con menos suavidad de la acostumbrada.

De modo que él tampoco estaba tranquilo. Se había dado cuenta de que aquello no era un juego.

Para empezar, ya era tarde. Su madre ya debía de haber vuelto a casa y se preguntaría dónde estaban. Y por otra... ¿qué era ese ruido, esos gritos?

Muy pronto lo supo. Mientras caminaba, pisando algo blando que no se detuvo a mirar, mantuvo la vista fija en unas luces al fondo del pasillo. Al bajar unos escalones, el griterío y el tufo eran todavía más potentes. Ahora notó también el olor a alcohol y a suciedad humana. La excitación era palpable cuando Billy y sus amigos olvidaron la precaución y corrieron a acercarse a los espectadores, metiéndose entre sus piernas, sin temor a ser pateados.

Alba se vio arrastrada hacia un vallado de alrededor de un metro de altura, que rodeaba un foso. Circundándolo, una especie de circo formado por bancos de madera repleto de vociferantes figuras que clamaban por la sangre de nuevas víctimas.

La niña volvió la vista hacia el foso y vio los cuerpos de numerosos

animales muertos o moribundos, ratas enormes y perros famélicos que se lanzaban sobre los restos de los roedores con saña, mientras el público clamaba por más.

Alba sintió que la bilis le llenaba la boca y retrocedió, sin mirar hacia dónde iba.

Caminó a ciegas, buscando la salida, chocando contra piernas, pies, voces que trataban de detenerla, manos que la buscaban.

Sin saber cómo, llegó a la calle, aunque no se trataba del mismo callejón por el que había entrado al local de apuestas. Miró a ambos lados, buscando una señal de hacia dónde dirigir sus pasos para volver a casa.

Durante un ridículo instante, se preguntó si sería complicado buscar un barco para regresar a su auténtico hogar, a Irlanda. Porque aquel lugar sucio y horrible no era su hogar, ni jamás lo sería. Estaba en el puerto, o cerca. No podía ser tan complicado encontrar a alguien que la ayudara a...

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que puede ocurrirte si alguien te pilla sola aquí?

La voz tranquilizadora de Flynn la detuvo.

Por primera vez fue consciente de que estaba llorando. No recordaba haber llorado desde que había salido de Dublín, o incluso antes.

—Quiero irme a casa, a mi casa de verdad.

Él pareció triste, aunque también avergonzado. De pronto se dio cuenta de que no estaban solos, Billy el Pecas y sus amigos les habían seguido y escuchaban su conversación palabra por palabra.

—Buah, buahhhh, quiero irme a mi casaaaa. Dale una azotaina a esta niñata, Flynn. Por poco no nos cogen ahí dentro por su culpa. Y si nos llegan a pillar, te aseguro que no habría sido bonito.

Otra vez sus amigos imitaron la llantina fingida de Billy, que se había acercado a Flynn, retador. Ya no había ni un solo atisbo de aparente amistad en su mirada, aunque seguía sonriendo. Ahora estaban en un terreno en el que él, con sus amigos, podrían someter al muchacho sin problemas.

Alba supo entonces que lo de acudir al puerto había sido una trampa. Nerviosa, miró a su alrededor, buscando ayuda, aunque sabía bien que era muy

probable que en aquel lugar nadie se inmiscuyera en una riña entre niños, a no ser que fuera para animarles a sacarse los ojos.

Flynn no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, sino que miraba a Alba. Su postura era relajada, con las manos colgando a los lados del cuerpo, los hombros un poco caídos, la sonrisa tranquila que tanto le gustaba...

Y entonces un puño cerrado calló la boca y las burlas de Billy el Pecas, que cayó, más sorprendido que dolorido, sobre su trasero.

A un gesto del muchacho, sus secuaces sin nombre se lanzaron contra Flynn, gruñendo para atemorizarle. Entre mordiscos, patadas y arañazos, Flynn luchó para deshacerse de ellos.

Alba se hizo con la pierna de Billy y mordió con ganas, hasta que él la apartó de una coza, aunque ella volvió con fuerza, con las garras por delante.

Tras unos minutos de lucha felina, sudorosos y jadeantes, los niños se detuvieron, con las miradas atentas a cualquier gesto de sus rivales.

—Esto no quedará aquí, Connelly. No entres en mi territorio o te mataré. A ti y a la tonta de tu hermana. Ni tu tío podrá protegerte, ¿me entiendes?

Flynn se apartó, lo justo para que su retirada resultase digna y no sonara a derrota. Tomó a Alba de la mano y se alejó con ella, caminando a paso tranquilo y tambaleante. En cuanto estuvieron a unos metros de distancia, sabiendo que nadie los miraba, se giró para comprobar que Billy el Pecas no les seguía y miró a Alba.

Ella estaba despeinada y lucía un rasponazo en la mejilla, pero se sentía más viva que en los últimos meses.

—Ni una palabra de esto a mi madre.

Alba asintió, aunque no sabía cómo podrían ocultarle las heridas y los ojos morados.

—No sabes el susto que me he llevado al ver que no estabas a mi lado. No

vuelvas a hacerme eso otra vez.

Flynn no la miraba, sino que caminaba un paso por delante, ligero de piernas, obligándola a correr. Sabía que estaba asustada y que ya no se separaría de él. Hacía rato que había anochecido y no conocía esas calles tanto como le gustaría. A oscuras, la ciudad cambiaba. Las risas que de día parecían amables y juguetonas, de noche resultaban grotescas. A esas horas, su madre debía de estar preocupada y cabreada de veras. Le daría una zurra. Y sin duda se la merecía.

—No quería estar allí.

Flynn se detuvo y ella chocó contra su espalda.

—Yo tampoco quería estar allí, pero a veces un hombre debe hacer cosas que no quiere para poder triunfar. —Alba hizo un gesto con la boca. Vio cómo evitaba la risa con todas sus fuerzas, que incluso se mordía los labios, pero los ojos verdes la delataron—. No te atrevas a reírte, jovencita.

Ella no pudo contener más la risa.

En aquella callejuela sucia y apestosa, alumbrada por la luz procedente de las tabernas, sonó como la melodía más alegre que había escuchado en mucho tiempo. Se le escapó una sonrisa en respuesta, y entonces se dio cuenta de que le dolía la boca por los golpes de esa rata de Billy. Si volvía a encontrárselo sin que estuviera Alba delante, sabría lo que era un enfrentamiento justo.

—Yo soy una jovencita, y tú eres un hombre hecho y derecho, por lo visto —respondió la niña, tomándole de la mano y tirando de él—. Volvamos a casa, Flynn, tu madre nos espera. A estas alturas debe de estar desesperada.

Él clavó los talones en el suelo, impidiéndole avanzar.

—Prométeme otra vez que no le dirás dónde hemos estado. Y que no saldrás por ahí sin mí.

—Ni siquiera si fueras mi hermano mayor te preocuparías más por mí, Flynn Connelly —rezongó Alba—. Te juro que no soy un bebé. Soy casi una mujer. Ya tengo doce años y medio, por si no lo sabes.

Él puso los ojos en blanco y resopló.

—Cuando seas una mujer, yo seré un anciano, chiquilla. Hasta entonces,

tendré que cuidar de ti, quieras o no.

En un impulso poco acostumbrado en él, se acercó y depositó en su mejilla sucia un beso rápido y sonoro. Se apartó tan rápido como se había acercado y la tomó de la mano para tirar de ella.

No volvió a dirigirle la palabra en todo el resto del camino hasta la vieja cervecería, aunque de vez en cuando rezongaba para sí acerca de las mujeres o Billy el Pecas.

Capítulo 3

Para sorpresa de ambos, Maria no dijo nada al verlos llegar tan tarde, sucios y con las ropas desgarradas. Ella, que los arengaba sobre el dinero que costaba cada prenda y sobre lo mucho que debían cuidarla, porque nunca se sabía cuándo podrían permitirse comprar una nueva, un lujo que en ese momento era impensable, o una de segunda mano en buenas condiciones.

Flynn se acercó a su madre para depositar un beso en su mejilla. Era su costumbre. Solo con ella solía mostrar ese tipo de gestos cariñosos. A veces permanecían abrazados durante minutos, muy quietos, mientras ella le hablaba de su padre, de cómo le había conocido, de cómo le había perdido, de cómo sentía que seguía a su lado cada vez que lo abrazaba contra sí de aquella manera.

Para su sorpresa, ella se apartó. Aunque luego le miró y sonrió, cansada.

—¿Tienes hambre, Michael Flynn?

Maria era la única que le llamaba por su nombre completo. Como decía siempre, era el cachito de su marido que todavía seguía con vida. Él siempre llamaba Michael a su hijo. Le gustaba que la gente dijera de ellos al verlos pasar: «Ahí van Michael padre y Michael hijo». Creía que era lo único bueno que había hecho en su vida, y Maria también estaba convencida de ello. Solo esperaba que Dios le diera más tiempo en la Tierra para conseguir que su niño no se torciese. Que tan solo no permitiese que Paddy le embrujase con su palabrería y con su oro.

Flynn asintió. Si le pareció extraño el gesto de su madre, no lo demostró.

Maria no era la misma desde que había llegado a América. Más cansada, más vieja. La sonrisa ya no le llegaba a los ojos. Trabajaba en una lavandería que hacía que sus manos estuvieran en carne viva y sus pulmones sonasen como viejos fuelles a causa de los productos cáusticos que se usaban para blanquear la ropa. Su madre era cada día más pequeña, como si la Maria que había conocido desde niño estuviera desapareciendo. O, como ella decía, lo que pasaba era que él era cada día más alto, como había sido su padre.

Sin una palabra más, sin mirar a Alba siquiera, colocó un plato de peltre frente a él con los restos de una carne requemada de sabor incierto.

Hambriento, la atacó sin miramientos, aunque de pronto recordó a la niña y le señaló el plato.

Alba miraba a Maria con temor, como si mirase a una desconocida.

—¿Tú no tienes hambre? —preguntó.

Maria Connelly no se inmutó. Se había acostado en el camastro y les daba la espalda. No dormía. Lo sabía porque su respiración era lenta, pero no tan pesada como era cuando dormía, con aquel silbido al final.

Alba lo miró. Sus enormes ojos verdes parecían asustados, pero no había nadie allí para consolarla.

Al final la niña alargó una mano y tomó un trozo de carne, aunque lo royó sin ganas, mirando a su madrina sin decir una sola palabra.

A Flynn le dio igual, eso significaba que tendría más para él. Últimamente siempre tenía hambre.

—Mujeres —murmuró para sí, sin estar seguro de si le escuchaban.

En todo caso, ninguna abrió la boca como no fuera para suspirar.

A su alrededor, en la vieja cervecería, para variar, parecía haber un silencio desacostumbrado, aunque pronto el ruido volvió, tranquilizador. Flynn no supo por qué, pero el silencio en aquel lugar daba más miedo que los gritos constantes.

—Tu madre trabaja demasiado, muchacho. Nosotros, como hombres de la familia que somos, tenemos el deber de ayudarla.

Paddy había bebido al menos tres pintas de cerveza, pero parecía igual de fresco que cuando habían entrado en aquella verdulería.

En los primeros tiempos de Flynn en Five Points, las cosas eran lo que parecían, y en una verdulería, al menos en lo que él creía que lo era, se vendían verduras y frutas. Pero no en Five Points. Allí, una verdulería no era más que una tapadera para un bar ilegal, y eso con suerte. En la mayoría se cruzaban apuestas, servían como burdel, taberna y se cometían todo tipo de tropelías.

Ahora, después de un año en América, cuando le hablaban, Flynn trataba de descifrar si lo que le decían era literal o había algún sentido oculto en las palabras. En general pensaba mal y acertaba. Era complicado equivocarse en un lugar como aquel.

—Todo sería más sencillo si tuviera un hombre a su lado.

—Tiene un hombre a su lado.

Paddy le escupió parte de la cerveza que tenía en la boca en la pechera de la camisa. Sin saber siquiera de qué se reía, los que le rodeaban rieron también. Paddy era carismático y tenía cierto poder. Sin ser alto, era fuerte y atractivo. Atraía tanto a hombres como a mujeres por su carácter y por su fuerza. Le temían y admiraban por igual. Y Flynn podía ver cómo ese poder les influía. Era como un aura a su alrededor, les atraía como la luz de un candil a las polillas.

—No te ofendas, chiquillo, pero no eres más que un crío —replicó su tío dándole una fuerte palmada en la espalda—. Todavía es bastante guapa y seguro que algo le queda debajo del vestido que pueda atraer a alg...

Algo en la mirada de Flynn le hizo callar, aunque fingió que bebía un nuevo sorbo de cerveza aguada. Si incluso Flynn podía tolerarla, eso significaba que apenas era un engrudo amargo y rebajado.

—Mi madre nunca olvidará a mi padre. Le amaba.

Mientras hablaba, Flynn sintió que las orejas le enrojecían. Vio además que el primo de su padre, aunque él insistía en que le llamara tío, esbozaba una sonrisa llena de desprecio.

—Michael era un buen tipo, y tu madre es una buena mujer. Aquí no hablamos de amor, sino de bienestar y todo lo bueno que tu querida madre se merece. Todo lo que digo es por vuestro bien, hijo. Lo entiendes, ¿verdad? Pensaremos en un buen hombre para tu madre, no te preocupes.

Se acercó tanto que Flynn sintió sobre sí el aroma a sangre que Alba odiaba. Incluso pudo ver lo que parecían restos de sangre en su camisa.

Al final asintió, aunque solo fuera para que se apartase. Y también para que todos dejaran de mirarle con ese aire condescendiente. No era ningún niño. Estaba a punto de cumplir quince años. Cuando decía que su madre no necesitaba a ningún otro hombre, lo decía en serio. Muy pronto, encontraría un empleo que los sacaría de ese barrio para siempre. Y tal vez un día podrían regresar a casa, su verdadera casa. O, mejor todavía, se construiría una, mejor que ninguna mansión de las que hubiera visto jamás en Dublín o en esas calles de ricos de Nueva York.

—Y ahora cambia esa cara, Flynn, y bebe otra cerveza con tu tío Paddy. Si tanto te ofende, olvidaremos lo de tu madre.

—Estás borracho.

Flynn no estaba seguro de dónde provenía la voz, pero supo que no era la de su madre. A esas horas, Maria todavía estaba trabajando, así que debía de ser Alba.

—No estoy borracho.

Pero sí lo estaba. Solo eso podía explicar que no la viera. ¿Dónde estaba la niña que se había criado a su lado? En su lugar solo veía a una jovencita de pechos incipientes y mirada afilada. Estaba vestida con la camisola interior y tenía gotas de sudor en el cuello. Hacía calor allí. Tanto, que la habitación parecía el corazón del fogón de la cocina del infierno.

—Claro que estás borracho. Si tu madre te ve así, te arreará una zurra, así que ya puedes ir a despejarte. Y ojalá no sepa que me has dejado sola aquí, o tendrás que darle explicaciones.

—He salido con Paddy.

Una sonrisa cruel se dibujó en aquellos labios que ya no eran los de una niña.

—¡Oh, sí, Paddy! Se nota que su compañía te sienta bien.

Flynn sintió que su mirada se enfocaba de pronto. Entonces sí reconoció a Alba. Ella odiaba a Paddy. No entendía que gracias a él podían vivir allí, que gracias a él podían comer cada día, un privilegio que otros no conocían, algo que no sabía cómo podría pagarle.

Trabajaba para él en el matadero desde hacía unos meses, un trabajo que había fortalecido su espalda y sus brazos de adolescente. Había intentado endurecer también su sensibilidad al sufrimiento de los animales, aunque a veces era complicado no notar que sus sentidos se saturaban de gritos y olores nauseabundos.

Paddy seguía hablando a veces de lo mucho que hacía por ellos. No exigía nada, pero a veces sugería que había cosas que podía hacer por él fuera de allí. Sabía que otros muchachos de los que trabajaban para él le hacían favores, pequeños recados no del todo legales, pero él le había prometido a su madre que no se metería en ninguna de las bandas que pululaban por las calles. Le pagaría a Paddy por todo lo que les había dado, pero no así.

Se acercó a Alba, dispuesto a hacerle entender que no tenía razón, que él no se había dejado influenciar por el primo de su padre, no tanto como ella pensaba. Y entonces vio la mancha de sangre en la camisa amarillenta, a la altura de su vientre.

—Estás herida... —gimió, asustado, sintiendo que la cerveza desaparecía de su cabeza al instante—. ¡Oh, Dios! Santísima Virgen de Dios... vas a morir...

Alba dio un paso atrás, tratando de escapar de sus manos, pero no había adonde escapar. Cayó sobre el camastro, y Flynn cayó sobre ella, gimiendo sin parar, buscando la herida y jurando al Señor que mataría al culpable.

—Flynn... ¡Flynn!

Él no supo si había surtido más efecto su grito o el tortazo que le dio, más sonoro que doloroso. A escasos centímetros de él, con esa cara que ya no era la de una niña pequeña, oliendo su sudor, no limpio, sino rancio, de persona que no se ha lavado en semanas, como él, Flynn se dio cuenta de que Alba había crecido al fin. Y que ni siquiera había sido consciente de ello.

—¿Qué? —preguntó, sintiéndose un idiota.

—No me estoy muriendo, imbécil. Es solo que ya soy una mujer, ¿entiendes? Te lo dije y no me creíste.

El joven sintió que enrojecía hasta la raíz del cabello. Claro que lo comprendía. No era ni tan joven ni tan inocente como para no saber a qué se refería. Alba ya no era una niña, a la vista estaba.

Asintió, muy serio, sin saber qué decir. ¿Qué podía decir, en todo caso? Alba era una mujer, y él sería un hombre muy pronto. De hecho, era el hombre de la familia desde que su padre había muerto. Solo quedaba una cosa que pudiera hacer.

—Me casaré contigo.

En esta ocasión, fue Alba la que enrojeció. Recorría su rostro con la mirada, esos ojos verdes tan bonitos, que eran la envidia de todo Five Points, y aquel cabello rojizo que, limpio, brillaba más que la luz del sol.

—¿Pero tú me quieres, Flynn? Porque la gente que se casa está enamorada.

A Flynn se le escapó una sonrisa.

—¿Cómo no voy a quererte, si hasta Paddy dice que eres la más guapa por aquí y tenerte será un premio?

La mención de Paddy oscureció un poco su semblante, pero Alba pareció olvidarlo cuando él le dio un beso torpe en la mejilla.

Desde ese momento fueron novios en secreto. Nadie lo sabía, ni siquiera Maria, que llegó cansada y no notó las manchas de sangre en la camisa interior.

Su hijo era, a la vez, el fantasma de Michael y un desconocido. Su aspecto era el de su marido, sí, con aquellos ojos oscuros, casi negros, alegres, vivos, llameantes de furia a veces, y ese cabello rebelde e ingobernable, de guedejas ásperas y onduladas, que no se doblegaban a su mano jamás...

Pero su voz no era la de Michael. Era ya grave, delatando que no era el niño que fue, que corría entre sus rodillas, amenazando con hacerla caer, que decía que la ayudaría, pero luego se distraía con cualquier nadería, o jugando con Alba.

No. Michael Flynn ya no era un niño. Y eso la aterraba. Porque veía las garras de Paddy cerniéndose sobre él y ella ya no podía defenderle. De hecho, nunca había podido. Paddy sabía bien que, al ayudarla, se cobraría en algún momento su tributo, y que esos revolcones sin alma no eran más que un aperitivo para él. Porque ella se abría de piernas, sí, pero también lo hacían otras dos decenas, como él bien le decía cada vez que acababa con ella.

Cuando ella no estuviera allí, ¿qué sería de su hijo y de la niña? O no tan niña. Porque Alba ya no era una niña. Sin que se diera cuenta, los dos se habían convertido en unos jovencitos que compartían miradas que no tenían nada de fraternales. Susurraban cuando creían que no les oía, rozaban sus cuerpos cuando pensaban que no les veía.

Y podía recordar que ella misma había hecho eso hacía no tantos años, cuando no era una vieja gastada por dentro, cuando los pulmones no silbaban como si fueran a reventar en cualquier momento.

Sentía, lo sabía, y Dios lo sabía también, que se estaba muriendo. Lo malo era que Paddy lo sabía también.

Cada vez la visitaba menos, como si temiera que se le pegara el olor a cadáver. En ocasiones ella misma se olisqueaba, tratando de encontrarlo. O buscaba su reflejo en alguna superficie brillante, rastreando el color de la muerte en su semblante. Y allí estaba, detrás de sus ojos, agazapado. Lo veía tan claro como la luz del día, como olía su tierra mientras dormía.

Le quedaba poco, sí, pero antes le debía a su hijo y a Alba el alejarlos de aquella alimaña carroñera. O intentarlo, al menos.

Capítulo 4

—Creo que deberíamos decírselo a tu madre.

Flynn jugaba con uno de los mechones cobrizos de Alba. En ese momento, en lo último en lo que quería pensar era en su madre. No quería pensar en nada que no fuera esa chica adorable que tenía entre sus brazos, y en que a lo mejor le dejaría besarla. Por ese entonces, aunque había escuchado muchas cosas a otros muchachos, y aún había visto algunas más, algo imposible de eludir viviendo en un lugar como aquel, le parecía pecaminoso imaginarlas siquiera tratándose de Alba, que había sido poco menos que su hermana hasta hacía no tanto tiempo.

Emitió un sonido que ella tendría que identificar como quisiera. No era que no quisiera que su madre lo supiera. Era solo que quería tenerla para él. Temía que, cuando los demás supieran que eran novios, los mirarían distinto, no podrían estar juntos como en ese momento. Ya no podría acercarse para tomarle una mano, y ya no podría darle un beso en la mejilla sin motivo aparente. Ya no podría abrazarla en cualquier instante. Entonces todos se darían codazos entre sí y cuchichearían, y ya no sería lo mismo. Ahora Alba era solo para él. Tenían un secreto y le gustaba esa sensación de saber algo que nadie más podía imaginar siquiera.

¿Era eso estar enamorado?

Pensó en lo que Alba había dicho, aquello de que solo se casaba la gente que estaba enamorada. Que él supiera, así era también. Eso le había dicho su madre, y su madre jamás mentiría en algo semejante.

Nunca se había planteado aquello hasta ahora. Debía de ser cierto, si pensar en perder aquella sensación le hacía sentir dolor de tripa.

—Esperemos un poco. El día de tu cumpleaños. Cuando cumplas catorce se lo diremos a mi madre, ¿qué te parece?

Era un plan improvisado, pero le daba tiempo. Cuanto más lo pensaba, mejor le sonaba. Quedaban todavía meses para esa fecha. El verano y el otoño eran muy largos. El invierno lo era más aún. Y la primavera era una fecha ideal para hablar de amor, como decían las viejas canciones de su tierra. Estaba seguro de que lo había escuchado en alguna de las que cantaba Alba, bajito, justo a su oído, antes de que se durmiera.

Nunca cantaba canciones alegres, sino canciones tristes, de añoranza de su tierra, o canciones de amores perdidos. Muchas veces cantaba *Róisín Dubh*, que tenía el poder de remover algo extraño en él. Al cantarla, la voz de Alba se convertía en un quejido amargo y doloroso, como si ella misma estuviera viendo a Cu Chulain en su última batalla despidiéndose de su Rosa Negra, diciéndole que llegaría su momento, su tiempo de volver a brillar. Él no lo tenía tan claro, y era por eso que aquella canción le hacía sentir un agujero en el corazón. Odiaba que la cantase con aquel sentimiento, porque él no podía compartirlo. Irlanda había quedado atrás y América era el futuro.

—De acuerdo. En primavera —asintió ella, contenta, aflojándose contra él—
—Para entonces habrás encontrado otro trabajo y estaremos lejos de aquí.

Flynn rio.

—Paddy paga bien. Dudo que encuentre un trabajo mejor.

—Pero tú dijiste que...

—Todavía es pronto. Hay tiempo. Quiero probar algunas cosas antes de...

—No podrás. Paddy no te dejará escapar.

Los dos comenzaron a hablar al mismo tiempo, incapaces de escuchar al otro. Poco a poco fueron enzarzándose, alzando el tono de voz, sin darse cuenta de que ya no estaban solos en la habitación.

—Qué bonito espectáculo —dijo Paddy con voz burlona—. Qué poca fe me tienes, pajarillo. Con lo que yo te aprecio.

Alba pareció quedarse paralizada durante unos segundos, como si no supiera qué hacer. Flynn la sintió temblar, aunque se calmó cuando le apretó la mano.

—Alba no te conoce bien, Paddy —dijo Flynn, disculpándose. Ofuscado por la terquedad de la muchacha, se levantó del camastro y se pasó una mano por el cabello oscuro—. No sabe lo mucho que cuesta encontrar un trabajo decente aquí.

Paddy chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. Llevaba una camisa sucia con manchas de sangre seca y las botas pesadas que usaba en el matadero. El pañuelo que llevaba anudado al cuello estaba tieso por el sudor y ya no se distinguía el color original de la tela. Emanaba un olor rancio y desagradable al que Flynn se había acostumbrado, porque era el suyo.

—Este adorable pajarillo nuestro es muy desagradecido. No es consciente de lo mucho que trabajamos para que ella pueda comer y mantenerse tan guapa, ¿verdad, muchacho? Tiene prisa por abandonarnos y olvidar la mano que la alimenta.

Los ojos verdes de Alba se entrecerraron y se clavaron en Paddy.

—Sé bien lo que te debemos, Paddy. Y también sé que es de mala educación que nos lo restriegues a cada momento. Se supone que es de buenos cristianos ayudar al prójimo. ¿Acaso no eres tú un buen cristiano, deseoso de ayudar a lo poco que le queda de familia?

La sonrisa de Paddy se amplió, aunque Flynn pudo ver que no le habían hecho gracia las palabras de la muchacha.

—Maldita jovencita. Si no te quisiera tanto, te daría una paliza ahora mismo. —De improviso, se acercó a ella y la tomó entre sus brazos. Besó sus labios, seco y violento, y la dejó caer de vuelta al camastro—. No me mires así, niña. La familia se besa, ¿no es así?

Tras decir que volvería más tarde, porque tenía que hablar con Maria, Paddy salió, pisoteando los escalones con sus pesadas botas.

Flynn no dijo nada, y Alba se limitó a pasarse una mano sucia por los labios todavía más sucios tras el rastro de Paddy en ellos.

Ninguno dijo que, en realidad, Paddy no era su familia.

Maria no recordaba el momento en que había perdido la consciencia.

En la lavandería hacía siempre un calor insoportable, sin importar la estación del año. La única diferencia eran las horas de luz y su intensidad. Una luz brillante entraba por unos altos ventanales sin cristales. Solo se cubrían cuando llovía, para que la ropa no se mojara. Esa luz, decía la encargada, era para que pudieran ver bien las manchas en la ropa, que tenía que salir de allí reluciente. Cualquier queja de los clientes por el estado de las telas, cualquier mancha que no se hubiera eliminado o cualquier desperfecto ocasionado por las trabajadoras, se pagaba de su bolsillo y no eran pocas las que habían sido despedidas por dañar algún tejido delicado o robado una prenda fina para luego revenderla.

Si lo pensaba, sí recordaba que se le había puesto una bruma ante los ojos. Pero la había confundido con vapor. Ese vapor maloliente y agrio que les quemaba los pulmones a todas.

Bruma, las voces alejándose. Y después nada.

Y en esa nada era feliz. Porque no había hambre, no tenía que preocuparse por Michael Flynn ni por Alba, ni por el modo en que la miraba Paddy.

Sentía que podría perderse en esa nada para siempre, que nadie la echaría de menos. Que merecía descansar.

—Aquí no pagamos por dormir la mona.

Los pulmones se le encogieron dentro del pecho al recibir el cubo de agua fría. En contraste con el abrumador calor de la lavandería, fue como hundirse en la nieve de golpe.

Maria abrió los ojos. Las voces volvieron a ella, el aire huyó de sus pulmones, obligándola a toser, y con todo ello, volvieron el dolor, el cansancio y las ganas de rendirse.

Por unos segundos de vergüenza, pensó que había estado a punto de dejarse morir en ese sucio suelo, rodeada de miradas poco compasivas, que

solo la observaban con, si acaso, algo de curiosidad, como quien ve a un bicho panza arriba luchando por recuperar su postura natural.

No podía irse. Todavía no. Su muchacho todavía la necesitaba. Ya le faltaba poco para ser un hombre, pero aún quedaban en él unos restos del niño que había sido.

Quedaba esperanza de que no se convirtiera en un repugnante gánster como los que le rodeaban. Ladrón y asesino. Su padre se retorcería en su tumba y ella jamás se perdonaría el no haberlo impedido.

Tiritando, con la respiración sibilante, retomó su puesto como si nada hubiera pasado.

Al volver a casa, con la ropa todavía mojada, les dijo a sus chicos que la había cogido un chaparrón de camino.

Ellos sabían que no había llovido, pero callaron. Como tampoco hablaron de la visita de Paddy aquella tarde.

—Estás flaca y descuidada. No mereces lo que pago por ti.

Paddy, jadeante, la apartó de un empujón que la tiró al suelo. Se bajó la camisa y estiró la mano para alcanzar la chaqueta para sacar una pipa de uno de los bolsillos. Pronto, el humo apestoso de su mezcla de tabaco inundó la pequeña habitación. Ese humo se quedaría durante días allí, estaba convencida, como un mal espíritu.

—Seguro que tus otras putas no trabajan tanto como yo.

Él rio y le tiró la camisola, que había quedado aprisionada bajo su cuerpo.

—Mis otras putas al menos fingen entusiasmo, maldita seas. Todavía te traigo porque conservas algo de la vieja belleza de tus tiempos mozos. No sabes lo que envidiábamos todos a Michael por el hecho de acostarse contigo. Era un hijo de perra con suerte. Y yo demasiado sentimental, como todos los irlandeses.

Maria apretó los labios y se vistió con manos rígidas.

—Un hijo de perra con suerte que murió antes de los veinticinco debajo de una carga de ladrillos.

—¡Pero disfrutó lo suyo antes de irse al otro mundo!

Maria se levantó con un gesto de dolor para evitar ver su rostro depravado. Sin embargo, no pudo dejar de escuchar sus risas y sus bromas procaces.

Sobre la mesa, Paddy había dejado caer un trozo de carne envuelta con torpeza en un papel arrugado. Ni siquiera estaba fresca, pero era la única que comerían esa semana, así que no se quejó. Paddy ya no la cuidaba como antes. Incluso había dejado de pagar el alquiler alguna semana. Si no fuera por el sueldo de Michael Flynn, tendrían que dejar aquel antro y buscar algo todavía peor.

Sí, Paddy la estaba avisando de que su crédito se estaba agotando. Ella no era tan idiota como para no darse cuenta. Y sin él, pese a todo, repugnante, canalla, ¿qué sería de ellos? Agotada, con los pulmones destrozados, Maria se sintió más desesperada que nunca.

—Vamos, vamos, no te enfurruñes —dijo él de pronto, malinterpretando su gesto de preocupación—. Todavía eres guapa. Y tienes algo de valor en casa que no has sabido aprovechar.

Maria no le había escuchado acercarse. Sin sus botas, Paddy podía ser sigiloso como un gato. O como una de esas fieras de la selva que había visto en ilustraciones en tiempos más felices, cuando Michael la sacaba a pasear y observaban juntos las estampas de los viejos libros que no podían comprar en las librerías de Dublín.

Sintió sus manos, fuertes, impacientes, poco amables, exigentes, sobando sus pechos y su entrepierna. Las manos de su marido también habían sido fuertes e impacientes, pero era curioso cómo los mismos gestos y palabras podían significar y hacer sentir cosas tan distintas.

—Es una niña —respondió, gimiendo de dolor al sentir cómo la penetraba sin miramientos.

No tenía caso fingir que no sabía a qué se refería. Paddy no era de los que creían necesario ocultar sus intereses. El único en no darse cuenta era Michael

Flynn, que parecía adorar al primo de su padre, incapaz de ver una tacha en él.

—No es una niña. Me he follado a crías más pequeñas. Y te juro que disfrutaron. Todas disfrutaron.

Maria ahogó un grito. No solo de dolor por lo que le hacía a su cuerpo, sino por sus palabras, por lo que pretendía hacer, y por pensar que no sería capaz de evitarlo.

Capítulo 5

—Es una lástima que tu hermanita salga tan poco de casa.

Flynn sabía que no había nada especialmente lascivo en las palabras de Billy el Pecas, pero su mirada era de todo menos inocente. Por algún motivo, seguía pensando que Alba era su hermana, y no sería él el que deshiciera el malentendido. Prefería que pensara aquello si así conseguía que se mantuviera alejado de ella.

—No le gusta toparse con tipos como tú.

Billy sonrió. Siempre sonreía, aunque pocas veces su sonrisa alcanzaba sus ojos, que seguían tan llenos de barro como siempre.

Desde aquella pelea en el muelle, había crecido. Todos lo habían hecho. Flynn seguía siendo más alto, pero Billy poseía una especie de fuerza bruta que hacía que Paddy acudiera a él cuando hacía falta una mano en el matadero.

Y era cruel. Eso no había cambiado.

Con los años habían firmado una especie de tregua. Jamás serían amigos, pero no habían vuelto a enfrentarse. Más bien se toleraban. Ambos tenían claro que, de pelearse, el resultado sería incierto. Además, Flynn sabía que Billy trabajaba para su tío, así que él no le perdonaría que se pelease con uno de sus chicos. No sabía bien qué era lo que hacía para él, pero suponía que no era nada limpio. Varios de los chicos del matadero estaban en un asunto del que hablaban en susurros o con medias palabras en cuanto se acercaba. Aunque sentía curiosidad, sabía que su madre agradecía que no se metiera en

nada ilegal.

—Es muy delicada para ser una niña pobre —dijo Billy, con una sonrisa burlona—. Cualquiera diría que ha nacido en un palacio, como una señorita. Podría venir un día conmigo a tomar una cerveza, y yo le enseñaría lo que un buen hombre puede divertir a una chica como ella. Seguro que se le olvidan las tonterías.

Flynn asintió con la cabeza. Era un experto en ocultar sus verdaderos pensamientos. A esas alturas, se había habituado a sonreír cuando era necesario, aunque se sintiera a punto de explotar. Solo así era capaz de sobrevivir allí. Cuando saliera de aquel lugar, jamás volvería la vista atrás. Y no tendría que volver a fingir.

—Se lo diré de tu parte, descuida —aseguró.

Billy lo miró con los ojos entrecerrados, como si notara que bromeaba. Sin embargo, la cara seria de Flynn no dejó traslucir sus sentimientos. Al final gruñó.

—Pero no el viernes por la noche. Tendrá que ser otro día. Esa noche tenemos un trabajo para Paddy. Puedes venir si quieres, la paga es buena.

Flynn se sorprendió, aunque procuró no demostrar su sorpresa. Billy el Pecas volvía a mostrar aquella sonrisa extraña, vacía, como si sopesase su valor. ¿De verdad quería que fuera con ellos o le estaba probando?

Se encogió de hombros, como si su propuesta le pareciera la cosa más normal del mundo.

—Ya veremos.

El otro sonrió. Una sonrisa de verdad, como si por fin hubiera visto en él a un igual.

—Estaría bien. Un tío fuerte como tú... —dijo Billy, mirándole de arriba abajo con una mirada que calibraba su cuerpo.

Flynn hizo un gesto evasivo ante aquel inesperado interés y se despidió con un gesto.

En ningún momento se había planteado hacer ningún trabajo para Paddy, ni para nadie. Se lo había prometido a su madre, a Alba, a Dios. Sería honrado.

Y estaba tan convencido de que saldría de ese barrio limpio que, si cerraba los ojos, podía ver las paredes de la mansión que construiría algún día para ellas en lugar de los ganchos del matadero.

Era miércoles y Maria iba a morir.

Había nacido un miércoles y era justo que muriera un miércoles. Dios sabía de esas cosas.

Se había levantado mucho antes del amanecer, como todos los días. Ese día no habría desayuno. Hacía días que Paddy no los visitaba ni la llamaba a su alojamiento, y las voces al otro lado de las paredes lo sabían. Ojos más audaces de lo normal, gritos más insolentes, manos que se atrevían incluso a rozarla a su paso. Un día, quién sabe, podrían llegar a entrar en su inmundo refugio, como sabía que habían entrado en otros. En la vieja cervecería ser débil o vulnerable se pagaba, y en general se hacía con la muerte.

Paddy era a la vez su castigo y su salvador, y el muy maldito lo sabía. Jugaba con su alma, con sus estómagos. Quería a la niña y creía que la obtendría del modo más viejo del mundo.

Podrían haberla matado sus pulmones consumidos, o su estómago vacío. Pero Dios le envió la misericordia de una muerte rápida.

Fue culpa suya, por estar pensando en Michael justo en ese momento.

Había llovido el día anterior y la calle estaba resbaladiza. Sucia de barro, inmundicias y a saber qué más. Maria se había arremangado la falda, como no lo habría hecho jamás en Irlanda. En América, había olvidado lo que era el pudor. El pie derecho resbaló en algo blando y cayó sobre el trasero.

Rio y trató de levantarse, pero volvía a resbalar a cada intento, pensando en la imagen que daría al llegar a la lavandería, sucia como un animal que se ha revolcado en el cieno.

El conductor no la vio. Pasó con su carro por encima de ella y ni siquiera escuchó su grito de agonía. Tampoco paró. Si notó que había atropellado a alguien, no sintió la punzada de la compasión o del remordimiento en su alma.

Maria no tuvo tiempo de pensar en su hijo, en Alba o en que se reencontraría con Michael. El carro había roto su columna limpiamente y murió al instante.

Hasta varios minutos después, nadie tocó su cadáver. Cuando lo hicieron, fue para dejar libre la carretera, porque entorpecía el paso de mercancías entre las calles Worth y Baxter.

—No ha venido hoy.

La primera noticia que tuvo Flynn de que su madre podría estar enferma se la dio un adusto hombre con piel cetrina que parecía no tener tiempo para él. Miraba por encima de su hombro, a un punto indeterminado a su espalda, como si tuviera algo más importante que hacer que hablar con él.

—Pero...

—Dile que, si no viene mañana, es mejor que no vuelva. He perdonado sus bobadas y sus desmayos, pero una trabajadora enferma no nos sirve. Adiós, muchacho.

Lo saludó con un incongruente entrechocar de talones. Antes de que Flynn saliera por la puerta de la lavandería, ya estaba gritando a las trabajadoras, que apenas osaron levantar la mirada de las cubas en las que sumergían la ropa sucia.

Sintió una mano que tiraba de su brazo.

—Vámonos. Seguro que está de vuelta en casa.

Flynn se giró hacia Alba, irritado.

—¿De vuelta en casa desde dónde? Si no ha venido a trabajar, ¿dónde diablos puede estar?

Alba frunció los labios. Ese gesto la afeaba, la hacía parecer más joven y además parecía pertenecer a otra persona.

—No hables así. Tu madre es una persona, además de tu madre. Puede estar haciendo algo...

—¿Algo como qué? ¡Maldita sea!

Se soltó de su mano y comenzó a caminar unos pasos por delante, sin importarle que ella no pudiera seguirle.

Muy pronto, Flynn estaba demasiado lejos. Podía oírle rezongar, apartando a la gente a empujones, ignorando las miradas furiosas de aquellos a los que golpeaba, sin importarle que fueran ladrones o asesinos, gente con la que no era conveniente meterse. Sin embargo, por algún motivo, le dejaron pasar, y también a ella, que corría tras él, llamándole.

Pero él la ignoraba, no sabía si adrede o no.

Al final, Alba lo vio entrar en una taberna, la que sabía que solía rondar Paddy después del trabajo. Tras unos minutos, los dos salieron de allí. Alba dudó si seguirlos. Supo que no podía seguir su ritmo, así que decidió regresar a casa a esperar.

Aunque hacía mucho que no rezaba, una oración vino a sus labios y la canturreó en voz baja. Por algún motivo, no se sintió más segura. Era como si Dios ya no pudiera escucharla por más que rezase.

—No es necesario que entres, hijo.

Flynn no comprendía por qué estaban allí. Y ni siquiera sabía dónde estaban. Aquel lugar olía igual que el matadero y estaba más oscuro. Los empleados vestían de negro y parecían incapaces de mirar a la gente a la cara. Siempre había odiado eso en los demás. Le hacía desconfiar, como si le mintieran o trataran de ocultarle algo importante.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, asintió.

Paddy le dejó solo, sentado en una silla de madera dura, vieja y chirriante. No estuvo demasiado tiempo solo. Cuando Paddy regresó, todavía tenía la mirada clavada en las tablas desiguales del suelo, con suciedad entre ellas. Entre alguna de las grietas le entraría un dedo, y daban ganas de probar.

—Ya está, hijo, vámonos.

Paddy no parecía distinto de cuando había entrado en aquella sala con el señor de traje negro y mirada huidiza. Le vio envolver algo en un pañuelo y guardarlo en el bolsillo, solo eso. Y después calló durante mucho tiempo, hasta que estuvieron en casa.

Solo entonces Flynn se atrevió a preguntar por su madre. Viviendo donde vivía, había visto lo suficiente como para saber que algo malo había ocurrido.

—¿Ha muerto mi madre? ¿Ha sufrido?

Paddy volvió a aquella sala. Vio en su memoria el cadáver destrozado de Maria sobre aquella mesa sucia de barro y sangre. No quedaba nada de lo que había sido. La muerte no había respetado ni siquiera su rostro. Vio la mano del empleado de la morgue tendida hacia él con la medalla de san Patricio. Sabía que se la entregaba porque era Paddy Connelly, que si fuera otro lo más probable era que se la hubieran robado, como la ropa o cualquier cosa de valor. No. La vida no había sido generosa con Maria. Ni la muerte tampoco. Y eso era lo que hacía que Paddy no pudiera creer en el Dios de la misericordia y el amor.

—No —mintió al fin—. No ha sufrido.

Y era posible que así hubiera sido, pensó después, temiendo que el muchacho se deshiciera en lágrimas frente a él, cosa que no hizo. Un buen golpe, una muerte rápida. Había tenido suerte, después de todo.

Solo cuando lo dejó solo frente a la puerta de la vieja cervecería, se dio cuenta de que no le había dado el colgante de su madre. Volvió y se lo dejó en la mano sin decir una sola palabra.

—Mi madre no volverá.

Alba apenas escuchó su voz. Flynn se había parado en la puerta y parecía incapaz de avanzar un solo paso más. Miraba a su alrededor, como si faltara algo allí y no supiera lo que era.

—No volverá —repitió, esta vez en voz más alta.

Ella no supo qué decir. Permaneció sentada en una esquina de la cama, con

las manos entrelazadas, mirándole entre las guedejas cobrizas. Flynn había cambiado en unas horas. Ahora era más alto, más viejo, más hombre, menos Flynn. Comprendió por qué su oración no había surtido efecto. Su madrina ya no estaba en la tierra para escucharla. Con suerte, ya estaba descansando en el cielo. Con suerte, ya no recordaría nada de lo que había sufrido en la vida.

Se levantó al fin y avanzó hasta él. Sin una palabra, se pegó a Flynn, apoyando la cabeza en su hombro, como a él tanto le gustaba.

Por un instante, temió que la apartara, pero no lo hizo. Tras unos segundos, Flynn la abrazó y bajó su cabeza para apoyarla en la suya. Sus lágrimas mojaron su cabello y Alba sintió las suyas propias en las mejillas.

Tal vez no era necesario decir nada.

De pronto sintió la mano de ella, caliente y pegajosa, en la suya. Cuando la abrió, vio que le había dejado en ella el colgante con el san Patricio que siempre llevaba al cuello. Era lo único que tenía y se lo daba a él. No intentó devolvérselo. Sabía que la ofendería. Si se lo ofrecía, sabiendo lo que significaba para ella, era que de verdad quería que lo tuviera.

Sacó del bolsillo interior del pantalón el de su madre y se lo dio. También era lo único que le quedaba a él.

En silencio, la apretó todavía más contra sí y la escuchó cantar bajito por última vez en mucho tiempo.

Capítulo 6

—¿Vendrás mañana con nosotros?

Flynn dudó si le hablaban a él. Había dormido poco y mal y sentía una especie de dolor sordo en todo el cuerpo, y sí, en el alma, que sabía que no le soltaría jamás. Su madre ya no volvería, y él ni siquiera se había despedido de ella. Paddy le había dicho que había ordenado que la enterrasen esa misma mañana y que era mejor que se olvidara de ella y siguiese con su vida, que era lo que Maria querría.

Flynn había asentido, aunque durante unos segundos ni siquiera había recordado de qué le hablaba.

¿Qué diría Alba cuando le contase que Paddy había enterrado a su madre y que no les había avisado siquiera?

—¡Eh! ¿Estás alelado?

Entonces reconoció la voz de Billy el Pecas. Y también recordó otras cosas: el trabajito ilegal de Paddy el viernes, que prácticamente les había prometido ir con ellos.

Ahora que su madre ya no estaba, que le había fallado en todos los aspectos posibles, ¿contaba la promesa que le había hecho de no formar jamás parte de una banda?

Asintió sin saber si respondía a Billy o a su propia pregunta. A su alrededor, las voces sonaban distorsionadas y la luz era extraña, con tintes rojizos, y hacía que la sangre de los animales fuera de un color amarronado

repugnante.

Billy no necesitó más respuestas.

—Hablaré con Paddy. Seguro que se alegra de tenerte con nosotros. A tu edad todos los chicos pertenecen a una banda desde hace siglos, pero tu tío esperaba. Decía que tu madre era una mosca cojonera. —Calló al darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Lo siento...

La disculpa de Billy el Pecas, a destiempo y con tono melifluido, le importó poco, así como sus palabras, que en otro tiempo le hubieran hecho tumbarle de un puñetazo.

Sus sentidos estaban tan muertos como su madre, allá en una tumba desconocida.

Alba, a la que había dejado dormida en el camastro, acurrucada mirando hacia la pared llena de desconchones, no se había inmutado cuando se había levantado. Ella también parecía muerta. De hecho, había tenido que comprobar su pulso para recuperar el suyo propio.

No debería abandonarla allí sola, ahora que todos sabían que su madre había muerto. Podía ser peligroso. Pero tampoco podía hacer otra cosa. No tenían otro sitio adonde ir. Y muy pronto tampoco podrían pagar aquello con su sueldo.

Sin embargo, si hacía un trabajito para Paddy.

Solo uno...

El puerto no era su terreno, hasta alguien como Flynn lo sabía. Pero era un buen territorio de caza para cualquiera que tuviera narices, y eso también lo sabía.

Eran cinco y eso tendría que bastar. Paddy había dicho que siendo más llamarían demasiado la atención, y eso no les convenía. Lo habitual era trabajar en lo que se llamaba «cuadrillas», grupos pequeños de hombres que solo se juntaban para hacer trabajitos y luego se disgregaban. Solo que ellos no eran hombres, sino niños. Flynn era el mayor y no había cumplido los

quince. No era tan alto como otros chicos a su edad por culpa de la mala alimentación, pero lo suficiente como para que se fijaran en el grupo al pasar junto a las tabernas iluminadas por lámparas de aceite. Y el resto eran todavía más jóvenes y débiles. Solo Billy el Pecas podría igualarse a él, al menos en fuerza.

Flynn no sabía mucho acerca del trabajo que iban a hacer, pero sí lo suficiente. Como Billy le había dicho, no era necesario saber mucho más para lo que tenían que hacer. Con que Paddy lo supiera, era bastante. Los barcos de mercancías como alcohol, té y tabaco solían dejar poca vigilancia la primera noche al arribar a puerto después de un viaje desde Europa o Asia, cuando los marineros bajaban a emborracharse en la primera tasca abierta.

—Un guardia, quizá dos, como mucho.

Billy el Pecas acarició una porra con remaches metálicos con un gesto que dejaba poco a la imaginación. Su sonrisa daba escalofríos. Aunque era casi una cabeza más bajo que él, Flynn no dudaba de que el pelirrojo era una rata peligrosa. ¿Cuántos barcos más habían asaltado antes de ese? Y solo tenía unos trece.

Unas voces agudas a su espalda hicieron que diera un respingo, pero eran solo unos borrachos que salían de una de las tabernas que jalonaban las calles. Iluminadas con lámparas de aceite de ballena, emanaban una luz espectral y apestosa que hacía que se le revolciera el estómago. O a lo mejor era que tenía hambre. No había comido en todo el día.

De pronto recordó que tampoco Alba había comido nada. La había dejado sola en su alojamiento, abrazada a sí misma. Y su madre ya no estaba.

Bien, aquello ya no tenía remedio. Con lo que ganara aquella noche la sacaría de aquel tugurio para siempre. Hasta su madre comprendería que era algo bueno.

—Novato —siseó Billy a sus amigos, que se rieron de él al ver su nerviosismo—. Ni siquiera ha traído un arma.

Flynn se irguió, fingiendo que no le molestaban sus bromas. Nadie le había dicho que tuviera que llevar un arma. ¿Para qué? Se suponía que aquello era un robo, que no iban a ver a nadie.

Sin decir nada, miró a su alrededor, buscando entre la basura del suelo algo que pudiera usar. Muy pronto descubrió una barra de metal que serviría a sus propósitos. La tomó y sopesó. Era larga y pesada. Estaba húmeda y prefería no saber a qué pertenecían aquellas manchas, pero la alzó un poco para que los demás vieran que ahora era como ellos.

Billy esbozó una de aquellas sonrisas vacías. Al final asintió.

—Vamos —dijo.

El pelirrojo comenzó a caminar sin pararse a comprobar si le seguían. No fue necesario. Allí era el jefe y ninguno quería quedarse atrás, solo.

Alba dormía un sueño inquieto pero profundo.

No recordaba cuándo había dormido así por última vez, sin sueños, lejos del mundo. Quizá de niña, quizá en Irlanda. Al despertar pensó que habría preferido no hacerlo.

No supo qué había hecho que abriera los ojos. ¿Un ruido? Un susurro, tal vez. O su aliento en la piel de la mejilla, demasiado cerca.

Fue la primera vez que no había escuchado sus pesadas botas en las escaleras.

Tumbada boca abajo, un poco de lado, en la cama que hasta hacía dos días había compartido con su madrina, Alba permaneció con los ojos abiertos pero inmóvil, como un animal acorralado, temiendo que, si se movía, Paddy lo haría también.

Era absurdo, lo sabía, Paddy no necesitaba ninguna señal para atacar, pero algo en su espíritu todavía ansiaba anclarse a una mínima esperanza.

Maria había muerto, Flynn había desaparecido con Billy el Pecas, tras decirle que la sacaría de allí muy pronto, que sería rica, y, como el buitre que huele la carroña a la distancia, Paddy se había presentado en cuanto había podido.

Porque Paddy sabía que Alba había muerto en cuanto se había quedado a

solas, a su merced.

—Hola, pajarillo... —susurró él acercándose, soltando su rancio aliento ante su rostro—. Seguro que me esperabas.

—¿Cuál es el barco?

Flynn supo que había hablado demasiado al notar la mirada embarrada de Billy sobre él.

Sin un comentario, el pelirrojo pasó a su lado, agachado, y continuó andando unos metros más. Se detuvo junto a un bergantín y les hizo una señal a los demás.

Flynn observó la envergadura del barco, preocupado. ¿Cómo iban a vaciar aquello los cinco solos sin que nadie se diera cuenta? Algunos no eran más que unos chiquillos. Por primera vez fue consciente de que tal vez había cometido un error. Aunque sus escrúpulos desaparecieron enseguida. Paddy no le habría metido en un asunto así si no fuera seguro.

Para su sorpresa, una vez llegados hasta allí, Billy se tumbó en el suelo.

—¿Qué haces? —siseó Flynn, con una nota aguda en la voz.

Quería acabar cuanto antes y volver junto a Alba. Con suerte, al día siguiente estarían camino de algún sitio mejor.

—Tenemos que esperar a Jack el Zarpas. ¿Cómo te crees que vamos a llevarnos el botín sin un transporte?

Sin más explicaciones, Billy cerró los ojos y pareció quedarse dormido.

Flynn maldijo entre dientes mientras el resto de sus compañeros imitaban al jefe. Ninguno le explicó que ese tipo de operaciones se realizaban a la hora cercana al amanecer, cuando ver zarpar un barco cargado no llamaba tanto la atención. Por no hablar de que navegar de noche, sobre todo cuando no se tenía experiencia, era un riesgo añadido.

De modo que esperaron, escuchando ruidos, risas y gritos. Algunos durmieron, pero otros, como Flynn, se sobresaltaban a cada sonido. El menor

de ellos no debía de tener ni diez años, pero llevaba al cinto un cuchillo más grande que su brazo y con manchas marronáceas que hacían sospechar que tenía más experiencia que él mismo.

Al final, para pasar el tiempo de forma más rápida, Flynn dejó vagar su mente. A veces sentía un cierto ahogo en el pecho al pensar en su madre. Buscaría su tumba y la llenaría de flores, pensó. Siempre le habían gustado las rosas. Y después le compraría vestidos a Alba, cientos de ellos. Y estaría siempre limpia y olería a perfume, pero no como las fulanas de los salones de baile.

Estuvo a punto de quedarse dormido, pero un silbido le hizo erguirse. La barra de metal se le había caído en algún momento de la noche y se le había clavado en el costado.

—¿Así es como vigiláis el botín, sarnosos?

Jack el Zarpas no era uno de los mejores ejemplos de disciplina. Se tambaleaba y apestaba a cerveza, pero había aparecido a la hora.

Billy se levantó como por un resorte, demostrando que no había estado tan dormido como aparentaba. El resto hizo lo mismo, ahogando gemidos y estremeciéndose por el frío húmedo del muelle.

A pesar de los recelos de Jack, el bergantín seguía allí, balanceándose, y tan solitario en apariencia como antes. Ahora, a la incierta luz del amanecer, se apreciaba un poco más su relieve.

—Vamos, se va haciendo tarde —dijo Billy, sacando una botella de dentro de la camisa sucia.

Dio un trago y luego la pasó a los demás, que la tomaron con ansia. Cuando la botella llegó al fin hasta las manos de Flynn y se la llevó a los labios, el líquido ardiente arrasó su garganta y le llenó los ojos de lágrimas. Cayó en su estómago vacío como una bola de plomo, pero agradeció el fuego que calentó sus venas poco después.

A un gesto de Jack, todos se movieron con rapidez. Treparon por la borda, desprotegida, como habían pensado desde el principio, y se hicieron con el bergantín en pocos minutos. El guardia estaba borracho y dormido en la cabina del capitán, con la cabeza apoyada sobre una almohada sucia con vómito

rancio.

—Asegúrate de que no despierte —dijo Billy con voz fría y metálica—. Usa esa estupenda barra que has traído.

Flynn parpadeó.

Ese tipo estaba dormido y ni siquiera se había inmutado ante su llegada. ¿Por qué era necesario hacerle daño si no les molestaba?

Luego comprendió que la mirada de Billy y de los demás estaba fija en él. Le estaban probando. Tenía que demostrar que merecía estar allí, ser uno más de ellos. Y en Five Points aquello solo se demostraba de una forma: derramando sangre.

—¿A qué esperas, niño? —insistió Billy, acercándose. Su aliento olía a alcohol y sostenía una cuchilla de las que usaba para degollar cerdos—. No creas que he olvidado lo de aquel día con tu hermana. Que Paddy crea que...

Un silbido hizo que todos mirasen hacia la puerta y que el hombre en la cama se revolviera entre gemidos.

—¿Qué cojones pasa aquí, basurillas? Está amaneciendo y tenemos mucho trabajo por delante. Que no tenga que decirle a Paddy que hemos perdido este cargamento por cosas de críos, o me las pagaréis.

Billy escupió en las botas de Flynn, se acercó a la cama y clavó la cuchilla en el cuello del marinero sin miramientos. Observó durante unos segundos cómo se desangraba, como si esperase ver la última luz apagándose en sus ojos sorprendidos, y después saltó de la cama para seguir a Jack el Zarpas sin mirar atrás.

Flynn miró al marinero, paralizado. ¿Se suponía que era eso lo que debería haber hecho? ¿Era a eso a lo que quería Paddy que se dedicara? Soltó la barra y siguió a los demás.

Sacaría aquel cargamento, se había comprometido a ello, pero jamás sería como ellos. Se lo había prometido a su madre y a Alba. Si Dios existiera, lo juraría ante él también.

Paddy había sacado una tajada de carne de algún lado y la estaba guisando.

Alba, la difunta Alba, odiaba que su estómago rugiera de hambre.

—Estás demasiado delgada. Maria no te cuidaba bien, pero yo lo haré en adelante. Una chica guapa como tú puede hacer fortunas en los antros de la plaza Paradise, pero serás solo mía, pajarillo. Yo sé cuidar a una mujer que me gusta, siempre y cuando ella se haga querer. Y tú sabes lo que te interesa, ¿verdad?

Alba no quería escuchar. Si estaba muerta, no debería estar escuchando aquello. Su cuerpo no debería doler, su estómago no debería estar clamando por aquella carne, su cabeza no debería estarse preguntando por qué no había vuelto Flynn a tiempo para detener a Paddy.

Sin embargo, abrió la boca cuando él sostuvo un trozo de bistec ante su boca, sangriento como su alma en aquel momento. Y masticó y tragó. Y tomó más, hasta acabar. Porque, aunque Alba estaba muerta, una parte de ella vivía, necesitaba vivir y recordar todo aquello.

Mientras aquel hombre hacía planes de futuro, hablaba sobre lo felices que serían juntos y sobre lo que le compraría si era buena con él, Alba pensaba en estar en algún lugar muy lejos de allí.

—Ahora tengo que irme, pajarillo —dijo Paddy, depositando un beso grasiento en sus labios. Sus ojos le parecieron felices, algo que a Alba le resultó terrorífico—. No le digas nada de esto a Flynn. Será nuestro secretito, ¿de acuerdo?

Se quedó allí, mirándola, esperando a que asintiera.

Y lo hizo. ¿Cómo iba a contarle algo así a Flynn?

Antes de irse, él se giró desde la puerta y le lanzó algo que cayó sobre las sábanas sucias de sangre y sudor.

Alba, la difunta que no había llorado hasta ese momento, se rompió por dentro al ver lo que era. Se trataba de una moneda de oro, gastada y sucia. Ni siquiera se distinguía la efigie ni el nombre de por quién se había acuñado. Daba igual, Alba se sintió tan gastada y sucia como aquella moneda al

sostener aquel oro entre sus manos.

Capítulo 7

Flynn era un asesino y un ladrón.

Cierto que no había matado a aquel marinero, que ahora yacía en la cama de su capitán, bañado en sangre, pero tampoco había hecho nada para impedirlo, así que, a ojos de Dios y de su madre, eso le convertía en un asesino.

Para lo que no había otras interpretaciones posibles era para el hecho de que era un ladrón. Llevaba horas acarreado fardos de mercancía que no le pertenecía al barquichuelo de Jack el Zarpas.

Los niños, que hasta ese momento le habían parecido débiles y pasivos, se movían en silencio y con una sorprendente sincronía, sin hablar entre ellos, valorando lo que merecía la pena llevarse y lo que no con la pericia de un experto mercante en exquisiteces.

Billy el Pecas no cargaba. Se había acodado en una esquina y le observaba sin disimulo.

Era una suerte que Jack estuviera por allí, porque sabía que era muy posible que no saliera vivo del barco esa noche.

No era que tuviera miedo. No por sí mismo. Al fin y al cabo, ¿qué le quedaba en el mundo a esas alturas?

Se había reído cuando oía hablar a los señoritingos de su honor, o a su madre de la honra, que era lo poco que les quedaba a los pobres. Pero ahora sentía una especie de vacío en el alma.

Apretó los dientes bajo el peso de una nueva caja. Las botellas de ron tintinearón en su interior cuando trastabilló con una soga y estuvo a punto de caer.

Un silbido de advertencia le hizo alzar la vista.

—Si tiras eso, saldrá de tu jornal, muchacho —dijo Jack, antes de escupir al suelo justo ante sus pies.

La mención del dinero le hizo recordar que aquello no lo hacía solo por él. Necesitaba el oro para sacar a Alba de la vieja cervecería.

El estrepitoso ruido de cristales rotos le hizo salir de su ensimismamiento. Al principio pensó que había sido él, pero de pronto vio que el niño que le precedía se encogía sobre sí mismo mientras Billy el Pecas se lanzaba sobre él como un lobo rabioso.

Los demás miraron cómo le golpeaba, sin intervenir, hasta que Flynn soltó su caja y se tiró sobre Billy para apartarle del mocoso.

Fue consciente de que estaba amaneciendo porque podía verle la cara. Le salía espuma de las comisuras de los labios y apretaba tanto los dientes que le chirriaban. Sus ojos llenos de barro estaban tan turbios que no estaba seguro de que pudiera verle siquiera.

—Es solo un crío, maldita sea.

—Un crío que morirá en la horca si nos pillan, estúpido niño —balbuceó Billy con voz apenas inteligible.

Como si esas palabras hubieran invocado al mundo exterior, una voz grave llamó: —¿Quién va? ¿Olson? ¿Pasa algo ahí?

Billy intentó escabullirse por debajo de él y lo consiguió tras darle un codazo en el estómago. Lo vio desaparecer por la borda sin echar la vista atrás. Jack y los otros chicos tampoco estaban allí a estas alturas. Solo estaban él y el niño que había dejado caer las botellas de ron.

Flynn se agachó a su lado. De pronto se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Sangraba por la boca y una de las cejas, pero no parecía muerto. No podía dejarle allí. Le ahorcarían, aunque fuera un niño. En eso Billy tenía razón. Pero tampoco podía quedarse esperando a que les pillaran con las

manos en la masa.

No tuvo tiempo para pensar. Una mano de plomo le tumbó de espaldas. Muy pronto solo vio pares de botas pesadas y oyó voces gritando. Y después nada.

Flynn no regresó aquella noche, ni volvió a verle en mucho, mucho tiempo.

Pero Paddy sí lo hizo. Le traía comida, regalos y, sobre todo, le hablaba.

Le decía lo felices que serían juntos, que la sacaría de allí pronto, que nadie más que él la tocaría.

Y no hablaba de Flynn, como si sus pasos ya no hollaran la tierra.

Quizá fuera así, pero la pequeña parte del alma de Alba que vivía sabía, quería pensar, que Flynn volvería. Sin embargo, no preguntaba, no hablaba. Sabía que, si Flynn no había regresado, era por culpa de Paddy. Estuviera donde estuviera, Paddy lo sabía, pero no quería que regresara a su lado. Porque, como él decía, ella era su pajarillo y la quería solo para él.

Pobre Flynn, que pensaba que era su amigo todo aquel tiempo. En ocasiones, Alba quería empezar a gritar, pero sabía que no podría dejar de hacerlo jamás. Una vez vacía de dolor, tendría que dejarse morir del todo. Pero, a pesar de saber que una parte de ella había muerto por dentro, una pequeña parte ardía. Y esa parte necesitaba sobrevivir.

Por eso aceptaba la comida que Paddy le daba y comía con apetito. Y escuchaba sus planes de futuro, permanecía inmóvil y tensa cuando él la acariciaba con una mano torpe y trataba de volar muy lejos cuando él la violaba.

Porque un día lo mataría, aunque fuera lo último que hiciera antes de cerrar los ojos para siempre.

Toda su vida, en los cuentos y en las canciones, cuando los hombres

hablaban en las tabernas, había escuchado que las celdas eran oscuras, pero aquello era más que oscuridad. Y lo peor no era eso, lo peor era el no saber cuánto tiempo llevaba allí y no saber si iba a salir vivo.

En aquel agujero infecto había más gente, no sabía cuánta. Los primeros días hablaban a gritos, pero poco a poco sus voces se habían ido convirtiendo en susurros, hasta que se habían apagado del todo. Ahora ya solo emitían gruñidos, si acaso. Temían moverse, por si pisaban a alguien. O él temía hacerlo, otros no tenían los mismos escrúpulos. Durante la noche, o cuando al fin se rendía al cansancio, encogido sobre sí mismo, se despertaba a veces al sentir que alguien pasaba sobre su estómago.

Había perdido casi toda la ropa y los zapatos, se los habían robado el primer día, y sus protestas a los guardias no habían servido de nada. Tampoco el decir que era amigo de Paddy Connelly. Se habían reído de él, así que supuso que allí no le conocían.

Pensó en Billy el Pecas. Estaba allí por su culpa. Estaba convencido de que, si no fuera por aquel maldito, Paddy ya habría ido a sacarle de ese agujero. No era ningún secreto que Billy le quería muerto. Dejándole pudrirse en esa prisión inmunda se ahorrraba un trabajo.

De modo que esperó. Antes o después tendrían que juzgarle. Era culpable de robo, no podía negarlo cuando le habían atrapado con las manos en la masa, pero él no había matado a aquel hombre. No podían ahorcarle por algo que no había hecho.

Al menos el niño había despertado. Lo hizo entre gritos no supo cuántos días después de que les encerraran en Tombs. En medio de la oscuridad y las voces susurrantes, pensó que estaba en el infierno, y no estaba tan equivocado. Después del primer grito, no había vuelto a abrir la boca. Comía lo que le daban, bebía, y permanecía pegado al costado de Flynn todo el tiempo como si fuera su sombra, o como sería su sombra si allí hubiera una luz suficiente como para generar una.

Seguía sin saber su nombre. No sabía si no escuchaba o si entendía lo que le decía, si siempre había sido idiota, pero decidió llamarle Tim.

No eran los únicos niños allí. No eran especiales.

El movimiento era constante. Cada día entraba y salía gente de la celda, nadie sabía si para ser colgada o para ser liberada. Y a nadie parecía importarle. Durante unas horas había más espacio disponible y se respiraba un poco mejor. Luego se acababa la suerte y su sitio volvía a ser ocupado por nuevos huéspedes.

Las riñas eran frecuentes también en la celda, como en cualquier lugar donde se juntaban más de dos humanos luchando por su supervivencia. Por comida, por agua, por cualquier despojo. A veces incluso había muertos. Se quedaban allí horas y a veces días. Los guardias solo se enteraban de que había un cadáver por el olor. Entonces entraban, haciendo sonar un silbato para hacer que todos se apartasen, con las espaldas pegadas a las paredes pegajosas. Acompañándoles, unos gorilas con porras que no desaprovechaban la ocasión de soltar la mano a la mínima.

Uno de ellos mató a Tim.

El niño abrió la boca un día que vinieron a recoger uno de los cadáveres y dijo algo, Flynn no supo el qué. ¿Fue una pregunta, fue su nombre? El caso es que se apartó de su lado, se acercó a uno de aquellos tipos de las porras con tachuelas y le habló. Él se giró y miró a aquella criatura. Sin apenas inmutarse, soltó un golpe que le destrozó la cabeza en un instante.

La sangre salpicó a Flynn en la cara. Estaba justo detrás de Tim y sintió cómo su cuerpo diminuto le caía contra las piernas.

No tuvo tiempo de recogerle ni de decir nada. El mismo tipo que le había matado se agachó y le recogió del suelo como a un despojo y se lo llevó, como quien recoge la basura.

Y entonces Flynn supo que tenía que salir de allí o moriría. Tenía deudas que pagar. Mataría a Billy el Pecas. Porque, aunque aquel guardia había acabado con Tim, había sido el pelirrojo el que les había encerrado allí. Billy había matado a Tim.

Y, además, tenía promesas que cumplir.

Porque le había prometido a su madre que no sería un ladrón y había roto la única promesa que le había hecho.

Le había prometido a Alba que la sacaría de la cervecería y se lo daría

todo y también había roto aquella promesa.

Si no supiera que iban a quitarle lo único que le quedaba, el colgante de san Patricio que ella le había dado, lo sacaría de su escondrijo en el forro del pantalón y se lo llevaría a los labios.

Había hecho muchos juramentos vacíos en su vida, pero ese lo llevaba en la sangre. Debía cumplir al menos algo en la vida, y sería salir de allí vivo.

Encontrar a Alba.

Y matar a aquel hijo de puta.

Capítulo 8

Un día lo supo. No volvería a ver a Flynn nunca más.

Paddy ya no hablaba de él, como si no hubiera existido jamás. Él, que tanto había apreciado al muchacho, que lo consideraba un heredero. Pero ya no existía en su vocabulario.

—Mañana sacaré a mi pajarillo de este antro —dijo Paddy un día, dejándose caer, como siempre, en el camastro. Su olor a sangre estuvo a punto de hacerla vomitar, pero se contuvo—. Quiero que estés lista a primera hora. Billy vendrá a buscarte.

La mención de Billy el Pecas hizo que Alba entrecerrase los ojos y Paddy no pudo menos que notarlo.

—No te cae bien Billy, ¿eh? No le cae bien a nadie. Es una rata sarnosa, cariño, pero una rata útil. Me ha hecho muchos favores y tengo que compensarle. Pensaremos algo juntos, ¿a que sí?

Alba no quería pensar en qué tipo de compensación podía desear Paddy para su matón y por qué tenía que ayudarle ella en algo así.

Sin embargo, sí había algo que podía preguntarle a Billy cuando le viera.

Sabía que la última noche que había visto a Flynn ambos habían salido juntos.

—Es algo del trabajo —había dicho Flynn, tras darle un beso seco en los labios, su primer y último beso—. Después ya no tendrás que sufrir jamás por

nada, mi vida. Te lo prometo.

Sus ojos muertos estuvieron a punto de dejar escapar una lágrima, pero los cerró y trató de volver con la mente a un sitio mejor, a cuando Flynn y ella jugaban en las calles en Dublín bajo la lluvia, apurando las horas de luz en invierno, y cuando corrían después a calentarse al fuego mientras escuchaban a sus madres charlando.

Flynn no volvería, pero al menos sabría al fin qué había ocurrido con él.

La noche fue todavía más larga de lo normal. Paddy se fue antes del amanecer, como siempre, y ella permaneció a su lado, despierta, sin moverse, temiendo que cualquier gesto, su misma respiración, le despertase. Aunque no debía temer algo semejante. Paddy bebía demasiado y ya llegaba allí borracho cada noche. Muchas veces ni siquiera era capaz de acometer su cuerpo y se sentía satisfecho con balbucear estúpidos planes en los que su pajarillo le serviría con cubiertos de oro mientras todos le envidiaban.

Antes de quedarse dormido, solía arremeter contra los políticos, que buscaban su influencia y sus votos, pero luego no le daban nada a cambio.

—Esos malditos hijos de puta creen que me engañan, pero un día serán ellos los que me laman las botas con su lengua mentirosa. Y también las tuyas, pajarillo.

La obligaba a apoyar la cabeza en su pecho sucio, que apestaba a sangre rancia y a sudor, y empezaba a roncar.

Ella no sabía nada de políticos y le daba igual quién lamía las botas a quién, pero sí sabía algo: un día saldría de allí y averiguaría dónde estaba Flynn. Y jamás volvería a dedicarles a todos ellos ni un solo pensamiento más durante el resto de su vida.

Sin embargo, aquella noche era eterna. Cuando Paddy se fue, arrastrando sus pesadas botas y rezongando, ella permaneció inmóvil todavía, temiendo que le hablara.

Y todavía tenía que esperar a Billy el Pecas.

No le había visto mucho desde aquel día en que los llevó a las peleas de perros, pero habían sido las suficientes como para saber que no la había olvidado. Billy la odiaba, pero había algún sentimiento más detrás de sus ojos llenos de barro, agazapado y deseando salir a la superficie.

Si no necesitase hablar con él para averiguar algo sobre Flynn, en ese momento estaría recogiendo lo poco que le quedaba en el mundo y saldría corriendo para no mirar atrás. Pero no podía hacerlo sin saber si él seguía vivo. Porque, si algo quedaba vivo de la difunta Alba, era la parte de corazón que le pertenecía a Flynn. Si él estaba muerto, su alma estaría muerta, y ya solo le quedaría una piedra oscura en el pecho.

Pero no podía darlo todo por perdido. Todavía no. Dios no podía ser tan cruel con ellos. Les había quitado a sus padres, su hogar, ¿cómo podía arrebatarles también lo único que les quedaba en el mundo, lo único que amaban?

Un ruido en la escalera, el ruido pesado de botas tachonadas, la hizo ponerse en guardia. No era Paddy, le faltaba peso y fuerza, pero pretendía imitarle. Solo podía ser Billy el Pecas.

Se levantó y se adecentó lo mejor que pudo. Solo entonces se dio cuenta de que hacía días que no se peinaba ni lavaba. Olía mal y su aspecto era repugnante. A Paddy le daba igual. Casi parecía satisfecho de verla en esas condiciones, era una señal más de su dominación, de que le pertenecía. Pero no quería parecer débil a los ojos de Billy.

—Soy yo —dijo él en cuanto llegó junto a la puerta.

Sabía que lo esperaba y ella no le hizo esperar. Aunque lo detestaba, trató de disimular su malestar por su degradación y mostrarse al menos amable.

Aunque él no se lo puso fácil.

La miró de arriba abajo como a poco menos que un objeto desechable, con una sonrisa lasciva que le dio deseos de sumergirse en agua ardiente para borrar su rastro de su piel.

¿Cuántos años tenía? No era mucho mayor que ella. Sin embargo, tenía los ojos de un viejo. De un viejo con el alma podrida.

—Espero que hayas recogido todo, como te ha pedido Paddy, porque no quiero perder más tiempo contigo. Tú y tu hermano ya me habéis hecho perder mucho tiempo últimamente. Al menos él ya no me dará más problemas.

Alba fingió que no se moría de ganas de desgarrarle aquellos ojos oscuros y vacíos con las uñas. No podía estar sugiriendo que Flynn estaba muerto. Aquella maldita alimaña no tenía derecho a romper su corazón en dos.

—Flynn todavía puede volver —dijo, sacando fuerzas de algún oscuro rincón. Al hablar se dio cuenta de que su voz sonaba ronca y extraña, y pensó que hacía días que no hablaba.

Billy se acercó a ella, tanto que pensó que iba a tocarla, aunque no lo hizo. Entonces pensó que no lo hacía porque temía a Paddy. Él era el amo de Alba, pero también era el suyo y odiaba que tocaran lo que le pertenecía.

—Claro, puede volver... —respondió el Pecas entre dientes, con voz apenas inteligible. Sus ojos oscuros parecían más duros que nunca, como guijarros de plomo—. Si consigues que los jueces de Tombs se compadezcan de él y no le cuelgan mañana.

De algún modo, consiguió parecer inmóvil, inexpresiva.

Aunque apenas pisaba la calle, hasta ella sabía lo que era Tombs. De modo que Flynn estaba preso e iba a ser juzgado.

Si esa comadreja lo sabía, Paddy también debía de estar al corriente.

Y no había hecho nada.

¿Cómo podía ayudarle? ¿Qué delito había cometido para ser ahorcado?

—Flynn es inocente.

—No, niñata, Flynn no es inocente. Y ahora muévete. Paddy me necesita en el matadero y no tengo tiempo para tus estupideces. Despídete de tu precioso hogar, seguro que lo echarás de menos —añadió con una risa ronca y horrenda antes de agarrarla del brazo y arrastrarla afuera de un empujón.

No tuvo tiempo de coger apenas nada más que un viejo chal que había pertenecido a Maria, su madrina, donde había envuelto los dos vestidos que tenía, aunque ya le venían pequeños, y algunas de las pertenencias de Flynn, además del colgante manco de san Patricio, que siempre llevaba colgado al

cuello.

Al salir, apenas echó una mirada atrás hacia la fachada que un día había sido amarilla. El edificio que había albergado la vieja fábrica de cerveza parecía combado sobre sí mismo y a punto de derrumbarse en cualquier momento. Los callejones oscuros que llevaban a él, sórdidos y llenos de basura, y de los que se escuchaban historias tremendas, desde asesinatos a torturas y robos, parecían tranquilos a aquella hora tan temprana, pero las apariencias podían resultar engañosas. Porque aquella ciudad jamás dormía.

Iban a juzgarle e iba a morir.

Creía que tenía dieciséis años e iba a morir.

Y entonces empezaron a hablarle. Las voces que hasta ese momento le habían ignorado empezaron a susurrarle.

Una mujer le dijo que hablara con su hijo en el cielo.

—Se llama Andrew. Le reconocerás por sus rizos rubios. Siempre tuvo un pelo muy bonito.

—Dame tus pantalones, muchacho. Tú ya no los necesitarás.

El tipo ya había echado mano al lazo que sujetaba su pantalón y tuvo que golpearle para que le soltara.

Tampoco le dieron de comer ese día, como si ya no contara entre los vivos. O tal vez sus compañeros de celda interceptaron su ración, pensando que no la necesitaba, como los pantalones.

No fue consciente de cuándo había perdido la esperanza. Se suponía que en el juicio tendría la oportunidad de defenderse, pero algo de lo que dijo una de las voces hizo que supiera que todo había acabado. O tal vez fue la forma en que lo miraban los guardias cada vez que entraban para darles de comer.

—Ya no existes, muchacho... Una vez que entras en Tombs, eres nada.

Entonces supo que Paddy no vendría a sacarle de allí. Que ya no llegaría a tiempo, aunque supiera que estaba encerrado en ese agujero. Que no había

defensa posible, aunque fuera un niño. Él mismo había visto a críos menores que él colgando del patíbulo en muchas ocasiones. Y también supo que a él ni siquiera le quedaba la esperanza de volver a ver a su madre en el cielo. Había robado, su alma no estaba limpia. Además, porque, a diferencia de aquella mujer, él no creía en el cielo ni en un mundo mejor al morir.

Su mundo mejor era Alba y la había dejado sola.

Cuando se lo llevaron y le pusieron ante el juez y el jurado, dio igual lo que decían.

Dio igual que fuera imposible que él solo hubiera desvalijado el barco y que no hubieran encontrado la carga. Dio igual que el mismo Jack el Zarpas estuviera entre el público, serio, con un palillo entre los dientes, mirándole fijamente, por si cantaba.

Era culpable y no podía negarlo.

También le endilgaron la muerte del marinero borracho, pero a esas alturas ya daba lo mismo. Iba a morir de todas formas.

Era un consuelo que fuera a ser rápido. Ni siquiera regresaría a la misma celda donde había estado.

Ese día supo por primera vez que llevaba preso tres semanas y dos días. De modo que sí, tenía dieciséis años. Los había cumplido en Tombs.

Al día siguiente sería ahorcado.

Sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, tirado en el suelo, encogido sobre sí mismo, empezó a canturrear para sí, en voz muy baja, etérea. Las palabras vinieron solas a su cabeza y a sus labios. La última vez que había escuchado esas notas había sido de los labios de Alba. Era justo que sus últimos pensamientos fueran para ella.

Capítulo 9

—Demasiadas muertes en su conciencia, Su Señoría. ¿Puede usted dormir por las noches?

El juez James Thompson, del distrito cuarto de Nueva York, alzó una mirada irritada para mirar al que había hablado.

—Tengo poco tiempo, reverendo Lewis. Y mi conciencia menos todavía, así que diga lo que tenga que decir y márchese —replicó con voz seca, volviendo a sus papeles.

El reverendo Alfred Lewis ahogó un carraspeo nervioso que sabía que irritaría todavía más al juez. Desde que se había instalado en aquel distrito, con sede en la calle Church, cerca de la vieja cervecería, había sido testigo de todo tipo de iniquidades, pero la desalmada calma con que ese juez condenaba a muerte a chiquillos por el más mínimo crimen le helaba el alma.

Sabía que tendría poco tiempo y que sus palabras debían ser las justas para calar hondo en el corazón de aquel funcionario de la ley. Era consciente de que, si conseguía sacar a algunas pocas almas del purgatorio, sus benefactoras, las damas de la *Ladies' Home Missionary Society*, seguirían proporcionándoles medios, a él y a su esposa, en su misión para ayudar a aquellos pobres desgraciados. De lo contrario, su labor allí habría acabado.

—¿Cómo sabemos que esos muchachos no se convertirán un día en hombres útiles para la sociedad?

El juez Thompson le miró con incredulidad durante unos segundos antes de

estallar en carcajadas.

El reverendo, siempre optimista, pensó que aquello era un triunfo. Peor habría sido que le echara de Tombs de una patada en el trasero. Si algo había aprendido desde que vivía en Five Points era que una sonrisa podía abrirte una puerta.

—Le enseñaré algo, reverendo. Mire esto. Este muchacho, Connelly, juzgado esta misma mañana. Apenas dieciséis años y acusado de robo y asesinato —dijo, tendiéndole un manojito de papeles escritos con letra rápida y apenas legible.

Lewis los ojeó por encima, como si temiera que el otro se los arrebatase. El juez fue poniendo en sus manos un expediente tras otro. Muchachos, muchachas, algunos de ellos niños, con las almas entregadas al diablo y ya, como el juez parecía pensar, sin redención posible.

—Pero este niño no huyó, y no le encontraron mercancía robada encima —dijo el reverendo, señalando el primer legajo—. Podría ser inocente...

—Con razón es usted un hombre de Dios, reverendo —replicó el juez, no sin una cierta simpatía, aunque con un gesto cansado—. Aquí los niños pierden el alma en cuanto asoman su sucia nariz al mundo. A esa edad muchos ya han matado a varias criaturas y hasta mandan en bandas criminales. ¿En qué mundo se ha criado usted? Esto es Five Points. Aquí la inocencia ha muerto.

El reverendo se irguió y pareció todavía más alto y delgado dentro de su traje negro de tela barata. Desde que vivía allí, había abandonado sus ropas de clase alta para poder parecer uno más de ellos, aunque no veía que aquello jamás podría ser así. Solo su manera de caminar o de hablar ya le marcaban como alguien muy distinto al resto.

Su religión, y eso lo sabía muy bien, también había hecho al principio que los irlandeses le mirasen como poco menos que al demonio. Sin embargo, poco a poco, había ido ganándose la confianza de sus vecinos. Aunque fuera un infiel metodista, era una buena persona, decían. Al final, Dios sabría distinguir a los suyos.

Quería acabar con aquella pobreza, con la suciedad, con la incultura.

No quería que los niños tuvieran que robar, matar y morir en la horca por

ello.

—Entrégume a estos niños. Le juro que los sacaré de las calles y haré de ellos gente honrada. Se lo juro por Dios.

Tal vez fue su tono de desesperación, pero algo se removió tras los ojos del juez Thomson. Tomó los papeles que el reverendo Lewis le tendía de vuelta y los ojeó. Sacó algunos de ellos del montón y le miró otra vez con el ceño fruncido.

—Si vuelvo a escuchar alguno de estos nombres involucrado en un delito, aunque solo sea por rozar una manzana sin robarla, le juro que ahorcaré al culpable. Y será usted el que tenga que tratar el asunto con su conciencia, reverendo.

Tras decir esto, hizo sonar una campana y habló en voz baja con un ordenanza, que miró sorprendido al reverendo Lewis antes de desaparecer.

Lewis no fue consciente durante unos minutos de que había ganado. Y aún más tarde, incluso después de salir de allí tras recibir instrucciones de que volviera al día siguiente al amanecer a recoger a sus nuevos pupilos, solo podía pensar en qué haría con esos muchachos.

Aquel sitio no era tan distinto del lugar que acababa de dejar. No estaba limpio y olía a humo rancio y a sangre vieja. En definitiva, apestaba a Paddy.

Alba lo odió desde el primer instante y supo que necesitaba salir de allí en cuanto se quedó a solas.

Además, necesitaba saber qué había ocurrido con Flynn. No podía morir. Si él moría, ¿qué le quedaría a ella?

Entonces supo que solo había una posibilidad de ayudarle, aunque le doliese tener que pedirle algo a aquel canalla.

Paddy llegó pronto y con la respiración agitada, como si hubiera corrido para llegar a ella. Llevaba el pelo apelmazado y pegado al cráneo con fijador y olía a colonia barata. Sus ojos azules estaban más brillantes que nunca, aunque no sabía si era por el alcohol o la excitación.

—Mira quién está en casita —dijo al verla, con un ronroneo que la hizo estremecerse de repugnancia, aunque trató de ocultarlo—. Estás muy guapa, pajarillo. Pareces contenta de verme.

Se había puesto el vestido más limpio que tenía y había intentado peinarse el cabello rojizo en un moño alto como los que llevaban las damas que había conocido en su tierra, aunque se le estaban empezando a caer los mechones sobre la espalda, ya que no tenía nada con qué sujetarlos en el sitio.

Intentó sonreír sin conseguirlo del todo, aunque a él pareció valerle con aquella mueca, porque dejó la chaqueta en un gancho que había para tal uso tras la puerta y se deshizo de las botas con tachuelas.

—¿Te gusta tu nueva casa? Muy pronto buscaré otra para ti, con cosas de las que gustan a las mujeres.

Alba apenas se había fijado en los objetos que había allí, pero asintió de todas formas. Quería tenerle contento y hacer que hablase.

—Debes de trabajar mucho para tener una casa tan bonita.

Él pareció sorprenderse de que ella hablara y no se limitase solo a asentir. Para su disgusto, la tomó de la mano y la obligó a sentarse sobre su regazo.

—¿De verdad te gusta?

Parecía tan emocionado como un chiquillo, tanto que la hizo sentirse incómoda. ¿Cómo podía admirar Flynn a un hombre así? Era cruel y a la vez inmaduro, capaz de hacer daño a una niña indefensa.

—Claro —respondió, incapaz de respirar hondo teniéndole tan cerca. Fuera lo que fuera que se había echado para simular el olor de la sangre seca, resultaba todavía peor que su olor animal habitual—. Ojalá Flynn pudiera verlo. A él también le gustaría.

Algo cambió en su mirada. La mano con la que la sujetaba se convirtió en una garra firme, dolorosa. Sin embargo, su sonrisa permaneció incólume en su rostro. Solo que aquella sonrisa daba miedo.

—Seguro que le gustaría, pajarillo. Es una lástima que se marchase sin decir adónde. Maldito muchacho desagradecido...

Alba sintió que su corazón se paralizaba. Paddy mentía. Tenía que estar

mintiendo. Flynn jamás se marcharía sin ella. Y no podía decir aquello sonriendo así, como si no tuviera la más mínima importancia.

—Billy me ha dicho que está en Tombs y que van a ahorcarle. Si les dices que es inocente, saldrá de allí y volverá con nosotros.

La sonrisa de Paddy se transformó. Ahora solo era una mera mueca. Sus dientes estaban apretados y sus ojos eran fríos.

—Billy dice tonterías. Si Flynn estuviera en Tombs yo lo sabría, pajarillo. ¿Crees que dejaría que colgasen a mi sobrino favorito? No soy ningún monstruo.

Había bajado la mirada al decirlo.

La difunta Alba supo entonces que mentía. No solo sabía que estaba en Tombs y que iban a ahorcarle, sino que no había movido un solo dedo para ayudarle.

Algo se revolvió en su interior. Con el brazo de Paddy todavía alrededor de su cintura, su pequeña mano se deslizó bajo su chaqueta, sabiendo lo que guardaba allí.

Tuvo tiempo de acuchillarle una vez y de que su sangre repugnante y traidora bañase su mano antes de que él la tumbase en el suelo y le quitase la navaja.

—Todas las zorras sois iguales, joder —gruñó él, sangrando sobre ella—. Pero yo sé que hay castigos para vosotras peores que la muerte.

Alba vio el filo de la navaja acercarse a su ojo derecho. Durante unos segundos pensó que iba a cegarla, pero luego le vio bajar la mano.

Sintió el acero cortando su carne, desde la comisura de la boca hasta la oreja derecha, la sangre caliente goteando por el rostro, mojando el suelo, entrando por entre sus labios que gritaban, aunque no podía oír nada.

Intentó patalear, golpear, pero él era más fuerte.

—Yo creía que me querías, puta —gemía Paddy sobre ella, golpeándola una y otra vez, hasta que la difunta Alba ya no pudo ver ni escuchar nada más.

—Está muerta.

—Otra puta muerta más. Mira a ver si tiene algo en los bolsillos.

El reverendo Alfred Lewis llevaba prisa. Llegaba tarde y no quería que el juez Thompson se arrepintiese de su decisión en el último momento. Esa mañana a primera hora había escrito a la comisión de su orden benéfica para pedir instrucciones y más medios en su labor, que por fin estaba obteniendo sus frutos, tras años de trabajo. Solo esperaba que las damas en cuestión, que ponían los principios religiosos por encima del trabajo con los necesitados, no pusieran obstáculos esta vez. No sería la única ocasión en que le habían negado dinero aduciendo que aquellos desharrapados eran católicos y que era prioritaria la evangelización del territorio a la labor social.

Pasó junto a un grupo numeroso de mujeres y niños que murmuraban y parecían estar peleándose como alimañas por unos restos de carne.

—Dame eso —gritaba una mujer—. Seguro que es plata.

Entonces vio que había alguien tendido en el suelo, aunque no pudo ver si seguía vivo.

Aunque llegaba tarde, algo en su interior se revolvió contra la idea de dejar a una persona desamparada contra esos rateros. Dio un golpe con su bastón en el suelo, lo que hizo que parte de ellos se fueran en desbandada. Tendió una mano ante la mujer que había gritado antes, y esta, aunque de malos modos, le dio lo que sostenía con tanta fuerza. Cuando lo miró, vio que se trataba de la medalla de algún santo católico, aunque no sabía de cual.

Al fin se arrodilló ante aquel amasijo de carne, apenas reconocible como una criatura humana.

Era pequeña y delgada como una niña y había tenido el pelo rojo. Su cara estaba deforme y manchada de sangre, pero su piel había sido tan blanca como la leche.

Un ojo verde le miró fijamente cuando levantó una mano para bendecirla en su viaje al cielo.

Aquella mirada no era la de una niña.

—Me llamo Alba Maria McIntyre y estoy muerta —dijo aquella criatura con voz grave y amarga antes de volver a cerrar aquel ojo verdísimo.

No podía dejarla allí, así que la tomó en brazos y regresó a casa. La dejó en manos de su mujer, que no supo qué debía hacer con aquel desecho, y partió corriendo otra vez. Solo esperaba que el juez no hubiera perdido la paciencia.

Segunda parte
La suerte del irlandés

Capítulo 1

1849

Dentro del agua, todo desaparecía, hasta las voces de su cabeza.

De niña nunca había sabido lo que era un baño de verdad. Aquello era un lujo desconocido en su casa de Irlanda. Calentar y desperdiciar tanta agua potable solo para bañarse era ridículo, sobre todo cuando había que ir a buscarla y acarrearla hasta la casa desde una distancia de varios centenares de metros. Podía imaginar las caras burlonas de su madre y su madrina si la vieran en ese momento, ociosa, sin hacer otra cosa que estar ahí, hundida en agua perfumada hasta la barbilla, por no hablar del espacio necesario para meter una bañera en un apartamento diminuto que compartían con otras dos familias.

Todavía recordaba su primer baño, cuando Gertrude Lewis la había metido en una tina rebosante, débil y febril, aún tan dolorida que apenas podía emitir otra cosa que gemidos.

—Un baño no te matará, muchacha —había dicho Gertrude, empujándola con mano firme.

Aquel primer baño fue sorprendente, aromático y delicioso. Entonces había descubierto la propiedad de aislamiento de los baños. Dentro de una bañera todo desaparecía, en efecto, hasta ella misma. Y aquello solo podía ser bueno. Descubrió por primera vez lo que era estar limpia, limpia de verdad,

como si hubiera vuelto a nacer, sin manchas y nueva. Desde entonces, rara era la vez que no se daba al menos un baño al día, algo que ni siquiera Gertrude comprendía.

Ahora sonreía pensando en su paciencia.

La esposa del reverendo seguro que no pensaba que acabaría bañando a niñas de la calle cuando se casó con aquel hombre elegante y demasiado generoso para su propio bien.

Por aquel tiempo, a sus cuarenta años, todavía conservaba cierta frescura, pero tenía una arruga permanente en el entrecejo, causada por las preocupaciones constantes. Su marido le había dicho que debían predicar con el ejemplo y vivir entre la gente que debían cuidar, pero no estaba tan convencida como él de que debieran cuidar de aquellos desharrapados dentro de su misma casa.

Casi podía imaginar la impresión que había causado en aquella buena mujer el día en que el reverendo la había dejado a sus pies, más muerta que viva, delirando y sucia como una rata.

Durante días había navegado entre la vida y la muerte. Y solo Dios sabía que a veces habría preferido morir. Sin embargo, no podía negar que les debía la vida y mucho más al reverendo Lewis y a Gertrude.

Le habían enseñado a leer, a hablar, a caminar, a vestirse, cuando podrían haberla dejado en la calle una vez repuesta. Pero no. Fue Gertrude la que dijo que se había habituado a su presencia silenciosa.

—¿Has visto a alguien que disfrute tanto de los baños como ella? Nadie que ame tanto la limpieza puede ser mala persona, querido.

El reverendo Alfred Lewis había sonreído, algo perplejo. Luego admitiría que no había pensado siquiera en la posibilidad de que Mary se marchase.

Para entonces ya no vivían en Five Points y habían regresado a su antigua vivienda en la zona pudiente de la ciudad. Habían vuelto a abrir la vieja casa en la calle Cherry, abandonada durante años, y habían retomado su antigua vida. La salud de Gertrude se había resentido tras los años en el ambiente insalubre y la tensión vivida entre lo que ella calificaba, solo en secreto con su querida hija adoptiva, como meros delincuentes sin visos de redención.

—No dejes que el reverendo se entere jamás, hija mía —le suplicaba—. De verdad sería una decepción para él enterarse de que soy demasiado débil para cumplir con su labor como él desea.

Mary les había acompañado, entonces. Con su alma rota y su cara marcada, y un nuevo nombre. El antiguo ya no lo sentía como propio y además Gertrude la llamaba así siempre.

—El otro es demasiado... irlandés.

Alba no la había corregido. Su nombre era escocés, el nombre de la tierra de su padre. Pero comprendía a Gertrude. Su nombre no sonaba americano. Quizá para ella era demasiado católico. No lo decía, pero podía leerlo en sus ojos.

Mary era un bonito nombre y era el suyo también. Se lo había puesto su madrina y era parte de ella, una forma de recordarla. A la vez, con ese nuevo apelativo se sentía otra persona. Solo que cada día se obligaba a mirar su rostro marcado durante unos minutos para no olvidar del todo quién era en realidad.

Porque ella no era la hija del reverendo Lewis y su esposa, por mucho que la hubieran acogido en su hogar como a una más. Ella no era una joven americana con el alma limpia y sueños más limpios todavía, con el futuro por delante. A su pesar, su vida estaba tan marcada como su cara, y necesitaba recordarlo.

Cuando salió de la bañera, las voces y todo lo demás volvieron. Peinó su cabello cobrizo dejando unos rizos sueltos que disimularan la cicatriz y se vistió. Esa noche tendrían invitados y no quería llegar tarde.

—Tientas demasiado a la suerte, Michael Flynn, y hasta a un tipo como a ti se le puede acabar un día.

Flynn no necesitó mirar a Chow Li para saber a qué se refería. Lily West acababa de entrar en el salón de baile. Al instante empezaron a escucharse voces y rumores a su paso, y varios de los tipos que hasta ese momento se limitaban a trasegar cerveza amarga se arremolinaron a su alrededor como

moscones.

—No puedo impedir que nadie entre en mi local, Chow, sería contraproducente para el negocio, y tú más que nadie lo sabes. Como mi contable, sabes que sacar a la puta que más dinero atrae sería un desastre para nuestras arcas.

—Lily West solo trae problemas. El oro no compensa la sangre que se derrama por su culpa a cada paso que da.

Como siempre que algo le contrariaba, la voz del chino se volvió profunda y su acento más pronunciado. Cuando se ponía así, sabía que no había nada más que hablar. Y no dejaba de tener razón. En los últimos meses al menos cinco tipos habían dejado sus tripas a la puerta de varios garitos de la plaza Paradise. Si pudiera escoger, preferiría dejar las tablas de su local limpias.

Si había alguien por quien no merecía mancharse las manos, esa era Lily West. Era tan frívola como hermosa, y lo sabía.

—Le diré que nada de líos en El Trébol Dorado —dijo Flynn con un suspiro de agotamiento.

Chow Li emitió lo que solo él consideraba como una sonrisa.

—No es que desconfíe, Michael Flynn, pero dudo que ni siquiera tú puedas conseguir que una mujer como ella deje los problemas en la puerta.

Como si el chino hubiera invocado al diablo, el ruido estridente de un vaso al romperse contra el suelo le hizo mirar hacia la barra.

Hasta la música había parado, como si nadie quisiera perderse la acción. Varios hombres más, además de los de antes, se habían arremolinado en torno a la famosa mujerzuela, que no disimulaba lo encantada que se sentía con la atención que generaba. Vestía un llamativo vestido de lo que parecía seda color verde brillante con un escote más que generoso que dejaba los blancos brazos al descubierto. También su falda era demasiado corta y sus medias blancas dibujaban unos tobillos finos y ágiles por encima de los zapatos negros y gastados, que resaltaban en comparación con el lujoso vestido. Quizá las cosas no le iban tan bien como aparentaba. Dejaba demasiada piel al aire y había bebido, a juzgar por cómo se movía y cómo sonaba su voz, más ronca y gritona que de costumbre.

Su rostro pintado de un modo grotesco se giró hacia él cuando sintió su sombra sobre ella. Su cabello rojo oscuro parecía a punto de desmoronarse al mínimo movimiento, de modo que se lo tuvo que sujetar con una mano llena de anillos de bisutería.

—Ya ha llegado el señor de la casa —dijo en un tono insultante, soltando a continuación una risa estridente que corearon todos sus admiradores—. Démosle la bienvenida, amigos, y pidámosle que nos invite a una copa.

Los muchachos no perdieron la ocasión de ponerle en un aprieto.

Flynn pensó que ningún dueño de salón de baile se había hecho rico sin haber regalado una copa de vez en cuando.

—Claro —dijo, haciendo una seña hacia Mickey, el camarero, que comenzó a servir una ronda de la cerveza aguada que servían en su local. No era la mejor de la zona, pero tampoco la peor. Lo bastante buena y barata como para mantener contenta a su clientela. Hacía que bailasen hasta las tres de la madrugada y después se marcharan, contentos y satisfechos, hasta el día siguiente.

Mientras los hombres bebían, Flynn tomó con delicadeza, pero firmeza a la vez, a Lily por el brazo, apartándola. Ella no se dejó engañar por su sonrisa amable.

De cerca, el olor de Lily era tan ambiguo como su aspecto. Olía a perfume, pero por debajo subyacía un olor a sudor rancio y a suciedad.

—¿Quieres recordar viejos tiempos, Connelly? Ahora soy más cara, no sé si podrías pagarme.

Flynn ahogó una sonrisa despectiva. Sabía que Lily podía llegar a tomarse muy mal un desprecio semejante.

Buscó a su espalda e hizo un gesto hacia Chow Li para que se acercase.

—Chow te acompañará a casa, Lily. Creo que necesitas descansar.

—No quiero que ese chino de mierda me acompañe a ningún sitio, maldita sea.

La voz beoda de Lily sonó por encima del bullicio del bar, haciendo que Chow Li se sobresaltase.

—Lily... —la voz de Flynn sonó espesa y grave, aunque la única reacción de ella al escucharla fue reírse.

—No pasa nada, Michael Flynn —dijo Chow, acercándose—. Si la dama no desea mi compañía, no la tendrá.

Lo más probable fue que la educación aparente en la voz del chino o la tristeza en el fondo de su mirada hicieran que Lily saliera despavorida de allí, maldiciendo a viva voz.

—Creo que le caes bien, amigo —dijo Flynn—. ¿Te apetece una copa?

Chow Li asintió en silencio, observando todavía la puerta por la que había desaparecido Lily West, sin causar, en apariencia, ninguna baja en El Trébol Dorado.

Capítulo 2

—Está usted muy callada, señorita Lewis.

Mary levantó la vista de la partitura de piano que estaba ojeando. Si había algo que les agradecía a los Lewis, aparte de que respetaran siempre sus silencios, era que le hubieran enseñado a tocar el piano.

Un día, muchos meses después de haberse repuesto, al menos de las heridas más visibles, descubrió que no podía cantar. Las canciones estaban en su cabeza y en su corazón, quería agradecer las atenciones recibidas con lo único que poseía, su voz, pero no podía emitir ni una sola nota. Explicó como pudo a Gertrude lo que le sucedía.

Ella había tomado su cabeza y la había acunado contra su pecho, demasiado delgado para el enorme corazón que albergaba en su interior.

—Un día tu voz regresará, pequeña, pero hasta entonces, yo te daré un instrumento para poder expresar lo que sientes. El Buen Señor sabe que yo no aprendí a tocarlo como se supone que toda dama debe hacerlo, pero seguro que tú sabes sacarle provecho al viejo piano del salón.

Las tonadas de su infancia regresaron en sonos apasionados, esta vez a las puntas de sus dedos. Su garganta solo era capaz de emitir poco menos que gruñidos, aunque no tenía ningún problema para hablar.

El reverendo la miraba con aire preocupado. La muchacha nunca había contado cómo había llegado a la calle, pero recordaba muy bien aquellas palabras que había pronunciado, y sobre todo su mirada. ¿Quién había matado

a Alba Maria McIntyre? ¿Qué le había ocurrido? Mientras había estado al filo de la muerte, la había escuchado delirar y había oído... cosas. Sí, él conocía lo suficiente Five Points como para que no le sorprendiesen del todo ciertas cosas que decía.

Era difícil mantener un secreto en un lugar como aquel. Pronto supo más de lo que habría deseado. Bastaba tener los oídos atentos. Ahora esperaba que el pasado hubiera quedado atrás para ella. De hecho, él se había encargado de que así fuera.

A veces, con un estremecimiento, sentía que debía agradecerle al Señor el haber encontrado a aquella niña moribunda, porque así habían podido obtener el don que la naturaleza les había negado, el de ser padres, pero a veces no podía evitar ver la oscuridad que escondía la joven. Deseaba que esa oscuridad no acabara envolviéndola y arrastrándola al infierno del que había salido.

—¿Acaso no estoy callada siempre, señor Jamestown?

Parker Jamestown miró su copa casi vacía, como si se estuviera planteando pedir que se la rellenasen, pero decidió no hacerlo.

A su alrededor, la conversación había decaído. El reverendo Lewis y su esposa charlaban de su labor en Five Points, como siempre, intentando concienciar a unos invitados, bastante poco proclives, para que colaborasen en una obra benéfica que consideraban destinada al fracaso.

—Está usted muy hermosa.

La sonrisa de Mary hizo que su boca se torciese en un ángulo extraño por culpa de la cicatriz. Sin embargo, Parker no hizo ningún gesto de repugnancia por ello. Era un joven amable y caballeroso, o estaba acostumbrado a disimular sus pensamientos detrás de una fachada de modales mundanos y esperaba a quedarse a solas con sus amigos para despellejarla.

Sabía bien lo que decían de ella a sus espaldas, y «hermosa» no era uno de los epítetos que se utilizaban con más frecuencia.

Sí, Mary Lewis podría haberlo sido. Su cabello era de un color prodigioso, sus ojos verdes eran fascinantes, su figura era etérea, y su aire de tristeza le daba un aspecto frágil que encantaba a los hombres. Pero aquella

cicatriz que le recorría el rostro...

Se decía que la había causado un accidente, pero también era cierto que casi todo el mundo sabía que Lewis no era su verdadero apellido y que ese tipo de cicatriz solo la causaba el filo de un cuchillo.

—Usted también está muy guapo hoy, Parker. ¿Podemos hablar ya de algo interesante, o vamos a estar charlando de tonterías toda la noche?

Los ojos azules de Parker se iluminaron al escuchar sus palabras. Mary no necesitaba mirarle para hacerle sentir que era un idiota rematado. No era como ninguna mujer que conociera. Ni como ningún hombre, de paso.

—Ya que me da usted pie, supongo que tengo su permiso para hablar con su padre acerca de mis intenciones.

Al fin había captado toda su atención.

Mary Lewis podía pensar que era un monstruo, capaz de ocultarse tras una máscara de indiferencia hacia los demás, pero en ocasiones podía verla tal y como era, en todo su glorioso esplendor. Sí, ella se creía monstruosa por aquella cicatriz y quién sabe por qué más, y sin duda había gente que la trataba así, cuando había personas mucho más horribles que ella sin tener una sola marca en la piel. Sin embargo, él la consideraba auténtica, dulce y sincera, y por ello quería que fuera su esposa.

Ella se levantó y lo agarró por un brazo, aunque lo soltó enseguida al ver lo que estaba haciendo. Era la primera vez que lo había tocado que no fuera en un roce casual.

—¿Está usted loco? Usted no puede pretenderme. Usted es un... es un Jamestown y yo soy... no soy nadie. Su padre...

Mary siseaba y sus ojos verdes echaban chispas. Su piel pálida había enrojecido, salvo la blanca cicatriz, que destacaba todavía más contra su piel.

Pensó que era la primera vez que la veía tan furiosa. O más bien, si lo pensaba, era la primera vez que la veía reaccionando ante algo. De hecho, notó que los presentes empezaban a mirarles con curiosidad, así que sonrió y procuró mostrarse relajado y cambió de posición, ocultándola a los demás.

—Mi padre no tiene nada que decir acerca de con quién decido casarme.

Marcus es su heredero, y ya está casado y tiene al menos seis hijos —dijo con fastidio—. La naviera ya tiene quién se haga cargo de ella y yo solo quiero a alguien que se haga cargo de mí.

Mary apretó los labios y se irguió.

—En ese caso, búsquese a otra, señor, porque me temo que yo no valgo ni para cuidarme a mí misma —replicó, señalando su cicatriz—. Si me disculpa, creo que he bebido demasiado vino esta noche.

Solo cuando se encontró a solas en su cuarto se dio cuenta Mary de lo impropio de su comportamiento. Había dejado el salón con los invitados de su padre sin despedirse siquiera, sabiendo lo que necesitaban ellos que estos colaborasen en sus obras de caridad. Cualquier mal gesto, cualquier cosa que considerasen un desprecio, podía hacer que decidiesen dejar de colaborar con ellos.

Y además había despreciado la propuesta del mayor benefactor de su padre, Parker Jamestown, el segundo hijo del dueño de una de las navieras más grandes de América.

¿Qué diablo se había removido en su interior cuando había escuchado sus palabras?

¿Por qué no había podido agradecer sus palabras y sus intenciones, sin más, y decir que se lo pensaría? Le rechazaría más tarde. Hasta era probable que él se espantase antes del error que había cometido.

Parker era amable, generoso, su conversación era agradable y era el hombre más guapo que había conocido jamás. Y, sobre todo, jamás la había tocado ni había mostrado ningún tipo de interés amoroso hacia ella. De hecho, cuando había hablado, casi había pensado que bromeaba.

Pero no, no podía dudar de lo que había dicho. Quería casarse con ella.

Claro que él no sabía quién era ella en realidad. No sabía que era una mujer marcada, y no solo en su exterior. ¿La querría todavía si supiera que Paddy la había violado?

¿La querría como esposa todavía si supiera que, en las noches más oscuras, todavía soñaba que Flynn seguía vivo?

—Tu amigo el reverendo quiere más dinero.

La voz de Chow Li sonó con un timbre metálico, seco, como si no quisiera que hubiera implicaciones personales en sus palabras. Había dejado la nota del reverendo Lewis sobre la mesa y la leía sin tocarla, con los anteojos sobre la punta de la nariz.

Flynn estaba convencido de que no los necesitaba, que formaban parte de una puesta en escena. Había conocido a Chow Li poco después de abrir El Trébol Dorado. El local había ganado fama en poco tiempo: era limpio y barato, pero a Flynn no le gustaban los líos. Había colocado en la puerta a dos matones con órdenes de no manchar las cortinas de terciopelo con sangre. Cualquier follón, lo quería fuera del salón de baile. La cerveza era bastante buena y la música mejor. Había mujeres, pero estaba prohibido que ejercieran el negocio en el interior. Tampoco se podía jugar dentro.

En definitiva, era un negocio todo lo legal que podía serlo en la plaza Paradise.

Algunos se reían de él, diciendo que pronto se le pasarían las ganas de ser bueno, que el ansia de oro podría con él, pero dos años después seguía estando lo bastante limpio como para poder dormir a pierna suelta todas las noches.

Chow Li se había presentado en su puerta diciendo que todo hombre justo necesita un contable más justo todavía.

—Michael Flynn —le había dicho—, me necesitas.

—Solo mi madre me ha llamado así en toda mi vida, llámame Flynn.

El chino no le había hecho caso. Seguía llamándole igual, no sabía si por molestarle o por dejar patente que no recibía órdenes suyas. Eran socios de facto, aunque no podían serlo de forma legal.

Recibían presiones de las bandas y de los políticos de Tammany Hall para que pagaran a cambio de seguridad, como todos, pero les dejaban vivir bastante tranquilos. Y así seguirían las cosas, siempre y cuando permaneciesen

en igualdad de condiciones, algo que, por el momento, ninguno de los dos tenía intenciones de cambiar.

—Seguro que él no lo dice con esas palabras.

—Lo diga o no, viene a ser lo mismo, Michael Flynn. Ese hombre te va a hacer pagar ese favor durante el resto de tus días.

Flynn sonrió. Chow Li sabía tan bien como él, a pesar de su tono de fastidio, que si seguía allí, era gracias al reverendo Lewis. Lo que él llamaba «favor» era mucho más que eso. Le debía la vida y, francamente, le debía ser el hombre que era en ese momento.

De pronto Chow se quitó los anteojos y lo miró con curiosidad.

—Tú ni siquiera crees en el Dios de los blancos, Michael Flynn. ¿Qué te lleva a esa parroquia una y otra vez?

Flynn se había cansado de decirle que el reverendo no era como los demás religiosos. Su prioridad no era la de evangelizar, algo que había hecho que perdiera el beneplácito de sus patronas hacía mucho tiempo. Todavía le ayudaban, pero ya no era su predilecto. Había obras que, a los ojos de las piadosas damas, eran más limpias que la que el reverendo Lewis realizaba entre rateros y putas.

—Creo en el reverendo Lewis, y eso me basta —replicó, con una sonrisa rápida—. En todo caso, ¿qué más dan unas monedas menos a finales de mes en la caja?

Chow le miró con incredulidad, tras guardarse los anteojos en un bolsillito cerca del corazón, como si fueran lo más preciado que poseyera.

—Todas las monedas que no guardas ahora son las monedas que puedes necesitar mañana. Eso es algo que aprendí muy joven.

Hubo algo en su voz que hizo que Flynn sintiera deseos de preguntar, pero había aprendido hacía mucho tiempo que eso era algo que no convenía hacer con Chow Li. Nunca hablaba de su pasado, y sabía por experiencia que cuando los hombres no lo hacían, era porque deseaban ocultarlo u olvidarlo. En todo caso, su pasado a él le tenía sin cuidado. Eran su presente y su pericia con las cuentas lo que le interesaba. Y su amistad.

—A veces hablas como un viejo, y no debes de ser mucho mayor que yo, chino resabiado —dijo, palmeándole la espalda—. Te recuerdo que, de no ser por ese hombre, tú tampoco estarías aquí, contando esas adoradas monedas tuyas.

Chow le dedicó una de esas escasas sonrisas suyas, que le hacían pensar que el chino era mucho mayor, más listo y, sobre todo, que un día desaparecería y seguiría sin saber nada de él, ni siquiera si aquel era su verdadero nombre.

—No, Michael Flynn —dijo el chino con una reverencia burlona—, tú no estarías aquí. Tus huesos serían alimento de alimañas, pero yo habría encontrado a otro blanco incauto al que engañar.

Flynn rio. A pesar de sus ofensivas palabras, sabía que Chow le apreciaba. Eran más que socios y su frialdad era fingida.

—Tu sinceridad te traerá problemas algún día. —Flynn agitó un dedo ante él y tomó el sombrero antes de dirigirse a la puerta—. No todos los diablos blancos son tan tolerantes como yo, recuérdalo.

Una sombra cruzó los ojos rasgados de su amigo. Por un instante, Flynn fue consciente de que el pasado de Chow estaba solo agazapado bajo su piel, como el suyo propio.

—Conozco la tolerancia de la que hablas, Michael Flynn —replicó el chino, con amargura, aunque se forzó a sonreír al ver que Flynn le miraba con aire más inquisitivo de lo habitual—. Y ahora, ve con tu reverendo, y dale mis saludos y los de mis monedas perdidas.

Flynn alzó el sombrero a modo de despedida y le guiñó el ojo antes de salir.

En la calle no se diferenciaba apenas la fauna diurna de la nocturna. Los mismos borrachos, putas y ladrones holgazaneaban por la calle Cross y la plaza Paradise. Pasaban allí día y noche, como si no tuvieran dónde caerse muertos. Y era muy probable que así fuera.

Algunos de ellos le saludaron al pasar, eran sus mejores clientes.

Capítulo 3

La pequeña misión metodista del reverendo Lewis, situada en la calle Church, no había cambiado apenas desde que él había llegado allí, recién vuelto a nacer.

Todavía no comprendía bien cómo había acabado en aquel lugar, junto con cinco muchachos más, casi todos menores que él, todos ellos tan asustados como él mismo. Iban a ahorcarles y ahora estaban allí, delante de aquel caballero sonriente vestido de negro, que les decía que Dios les había salvado.

—No voy a ser tu puta, viejo —dijo uno de los más pequeños, escupiendo a los pies del reverendo.

Fue el único que habló, pero no cabía duda de que todos pensaban en el precio que tendrían que pagar por la gracia divina. En Five Points nadie daba nada sin pedir algo a cambio, y la vida que habían salvado, si es que así había sido, sería cara de pagar.

Recordaba a Lewis hablando sin parar, intentando hacerles comprender que serían libres, siempre y cuando no volvieran a la calle, a delinquir, a ser malos. Había comprado su libertad, pero también había comprado su alma.

—He prometido al juez que seréis buenos —había dicho—. Si uno de vosotros vuelve a las andadas, será colgado.

Su tono había tenido un engañoso aire dulce, pero el sentido de sus palabras era innegable. La obligación de ser honrados en Five Points era una

prisión en sí misma.

Uno de ellos fue encarcelado y colgado ese mismo mes. Se había escapado a los dos días de llegar, tras decir que no aguantaba tanto sermón y tanta gazmoñería. Ni siquiera supieron cuál había sido su delito.

El rostro alargado y triste del reverendo cuando les comunicó la noticia les hizo darse cuenta de que sufría de verdad por ellos.

Vivían en la misión, todos menos uno, que todavía tenía madre, en la parte baja de la casa. En la parte alta vivían la esposa del reverendo, Gertrude, a la que veían a la hora de las comidas, y alguien enfermo que creían que pertenecía a la familia.

Se les entregaron ropas limpias y se les instruyó en una nueva forma de vida, que todos, con mayor o menor disposición, acataron.

Aprendieron a leer, escribir, cuentas y modales. Incluso algo de música, ya que Gertrude adoraba escucharles cantar mientras aporreaba las teclas de un piano con más entusiasmo que virtuosismo.

Por las noches penetraban desde el exterior los sonidos de lo que había sido su antigua vida. Algunos la echaban de menos. A solas, contaban lo que habían hecho hasta no hacía tanto tiempo y lo que harían cuando el reverendo les soltara el ronzal. Mientras tanto, Flynn pensaba en Alba, en si todavía le esperaba.

En ocasiones salían, acompañados siempre del reverendo.

En uno de esos paseos perdieron a otro de los muchachos. Ni siquiera se dieron cuenta de que no estaba hasta que regresaron a casa. Luego Matt dijo que se había escabullido al pasar junto a la que había sido su casa y que siempre decía que lo haría cuando pudiera.

No escucharon nada de su ejecución, así que supusieron que seguía libre con quien fuera que se había reunido.

El reverendo, hablando en voz baja por las noches con Gertrude, decía que tres no era un mal número, después de todo. Reconocía que había pensado que los perdería a todos. Era un comienzo. Un día podría salvar a más chicos, en cuanto ellos comprendieran que las calles no eran su lugar.

Tenía a aquel muchacho, ya casi un hombre, que parecía estar pensando siempre en otras cosas, al niño que había dicho que no sería su fulana y a un inteligente inglés que parecía el más vivo de todos. Flynn, Pulga y Stewart. De Pulga ni siquiera sabía el nombre real. Siempre le habían llamado así y así quería que le llamaran. Que le matasen si no hacía de ellos hombres decentes o todo lo decentes que podían serlo habiéndose criado en un lugar así.

—Ya estás en la luna, pensando en esa Alba. ¡Alba, Alba!

—¡Cállate, Pulga, si no quieres que te rompan el morro! —siseó Stewart, mirando de reojo a Flynn, que había oscurecido el gesto, aunque no había hecho amago de moverse.

—Bah, ese no sería capaz de matar a una mosca.

Flynn les dio la espalda mientras les escuchaba hablar en susurros. Stewart le contaba por qué había estado preso. Había degollado a aquel marino, había robado, era un asesino... Ni siquiera sabía cómo había averiguado el inglés todo aquello, pero Stewart parecía saberlo todo de todos.

Pulga calló. Desde aquel día no volvió a molestarle.

Sin embargo, fue su peor época en la morada del reverendo. Llevaban allí un par de años y Gertrude hablaba de mudarse con su hija. El reverendo también se marcharía y ellos se quedarían allí.

¿Qué sería de los chicos sin su vigilancia constante?

Podía ver que Pulga buscaba ya nuevos horizontes. Había crecido un poco, pero seguía tan inquieto e insolente como siempre. Algo le decía a Flynn que no tardaría en colgar de una soga sin la guía del reverendo.

En cuanto a Stewart, era el más listo de los tres. Saldría de aquel agujero y olvidaría su tropiezo. O quizá tropezaría a lo grande y sin dejar huellas. Era un tipo tan inteligente como impredecible.

Y en cuanto a él, no se le había ocurrido en ningún momento salir a buscar a Alba o a Paddy, o incluso a Billy el Pecas, que podía saber dónde estaba la chica.

¿Por qué no lo había hecho? Sabía que podía haber confiado en el reverendo. No había nada de malo en buscarla, incluso podía haberle ayudado,

o a ella, pero había tenido miedo de enfrentarse a la decepción en sus ojos, al asco en su cara, al saber que era un delincuente.

Y por no ver aquello la había abandonado a su suerte.

Era más que un delincuente, era el peor hombre del mundo.

Todos aquellos pensamientos volvieron a él al ver la vieja misión.

Entró sin llamar y se sorprendió al ver que, por dentro, sí había cambiado, y no para mejor.

Todo era más pequeño y más pobre de cómo lo recordaba. Los muebles eran endebles y necesitaban una mano de pintura. El papel de las paredes estaba despegado y había manchas de humedad por todas partes. Los suelos también necesitaban una buena limpieza.

—Vaya, vaya, felices los ojos que te ven, amigo. Reconozco que no pensé que llegarías tan alto en la vida.

El inconfundible acento inglés hizo que Flynn esbozara una sonrisa. Se giró para encontrarse con el rostro sonriente de Stewart, que le tendía una mano.

Iba vestido con un traje de buena calidad, cubierto por un delantal salpicado de manchas de comida.

—Y tú eres la última persona a la que pensé que encontraría aquí.

Stewart suspiró. Sus mejillas estaban enrojecidas por el calor y parecía agobiado.

—¿Hace mucho que no pasabas por la misión?

—Parecen siglos —respondió Flynn, siguiéndole hacia la cocina, recordando a cada paso escenas del pasado—. El reverendo y yo nos relacionamos por carta. Nunca he encontrado el tiempo para regresar.

A su pesar, pensó que tal vez no lo había encontrado porque no deseaba hacerlo. Volver allí significaría enfrentarse a una parte de su vida en la que no era el Flynn atractivo y triunfador, vestido con trajes caros y con los bolsillos llenos de oro. Aunque siempre presumía de que venía del arroyo, allí estaba la gente que le había sacado de él, del mismo patíbulo, la que le recordaba lo

que era de verdad, y aquello no era agradable.

Además, estaba el patente recuerdo de Alba, a la que había abandonado a su suerte mientras se labraba a sí mismo.

—¿Tienes tiempo para quedarte a echarnos una mano?

Aquello no era una pregunta. Flynn pensó que hacía años que no realizaba una labor física semejante. Servir copas, sacar a algún borracho de su salón de baile, incluso bailar con alguna dama ligera...

Desde que había trabajado en el matadero no había tenido callos en las manos. Después de abandonar la casa del reverendo, había trabajado en varias tabernas, procurando siempre mantenerse al margen de las bandas y de los follones entre los grupos violentos, lo que había resultado complicado a veces. Era difícil pasar desapercibido cuando algunos le conocían como el sobrino de Paddy, pero, por lo visto, el primo de su padre había decidido que ya no era su sobrino favorito, de modo que no tuvo dificultades para poder buscarse la vida. No le facilitó las cosas, pero tampoco se las puso difíciles, como podría haberlo hecho, teniendo en cuenta que se estaba convirtiendo en una de las mayores fuerzas de Five Points, con grandes influencias en los políticos de Tammany Hall y en la policía metropolitana.

Seguro que Paddy apreció que no le acusara en su momento y que tampoco le pidiera nada. Era el tipo de hombre que sabía agradecer las cosas a su manera. Y su manera de agradecerse lo era dejarle vivir y prosperar sin que ninguno de sus muchachos le molestasen.

—Tengo tiempo —respondió al fin.

Se estaba deshaciendo de la chaqueta cuando un gemido ahogado de emoción le hizo detenerse.

—Dios está siendo bueno conmigo cuando mis muchachos han vuelto a mi lado cuando más les necesito.

El reverendo había cambiado poco. Los ojos azules estaban llenos de emoción al mirar a Stewart y a Flynn juntos, codo con codo, de modo que los dos jóvenes se removieron y se sonrojaron, incómodos, como si les hubieran cogido en una falta, en lugar de haciendo algo bueno y justo.

Mientras trabajaban en el rancho, pobre pero nutritivo, que se les daría a las decenas de personas que comían allí cada día y daba en mano el propio reverendo, Lewis les contó las penalidades que sufría cada día.

—Las damas de la *Ladies' Home Missionary Society* han decidido disminuir todavía más los fondos que me daban. Creen que estoy dejando de lado mi labor fundamental y que estos católicos no merecen el dinero que gastan en ellos.

—¿Acaso estos desagradecidos papistas no quieren convertirse a cambio de pan? —preguntó Stewart, secándose el sudor de la frente.

Había sonreído, aunque no había humor en sus ojos azules y fríos.

Flynn se preguntó a qué se dedicaba el inglés. No había vuelto a oír a hablar de él, pero eso no quería decir nada. Vestía bien, sin ropas llamativas. Tenía las manos cuidadas y el pelo bien peinado. Estaba delgado y parecía fuerte, pero siempre lo había sido, en eso no había cambiado. También su mirada seguía igual, siempre alerta, como si viera más cosas que nadie más veía. Pero sonreía más, como si estuviera más relajado que nunca. Por experiencia, Flynn sabía que una sonrisa no siempre significaba ni alegría ni simpatía, pero siempre se había sentido a gusto junto a Stewart.

El reverendo rio, como si le hubiera parecido muy gracioso lo que había dicho. Sin embargo, no lo era. Había muchas asociaciones benéficas que primaban la religión al bienestar real de los necesitados.

—Me temo que estas señoras no son muy conscientes de las necesidades de esta gente, pero...

—Esas viejas estiradas solo son conscientes de las arrugas de su frente y de si conseguirán un buen partido para sus feas hijas. Es bien sabido que no hay una sola mujer de fortuna que sea medianamente hermosa, salvando a nuestra querida Gertrude —aseguró Stewart, haciendo una reverencia llena de gracia, que hizo que un rizo castaño le cayera sobre la frente—. O será que llevan la nariz tan alta que nunca he podido verles bien la cara.

El reverendo Lewis reía sin parar. Él provenía de aquel ambiente que Stewart criticaba, aunque Flynn no estaba convencido de hasta qué punto alcanzaba la fortuna de su familia. Estaba a la vista que su bolsillo ya no se

encontraba tan boyante como en otros tiempos, aunque su ropa seguía siendo de buena calidad y tenía buen aspecto.

Que él supiera, todavía conservaba su casa en la calle Cherry, donde vivía con Gertrude y aquella muchacha que algunos decían que era su hija y otros que se trataba de una familiar a la que criaban como tal y a la que los jóvenes nunca habían visto mientras vivía allí, ya que estaba enferma. Sin embargo, que conservase aquella casa no quería decir nada, su carta pidiendo ayuda era poco menos que desesperada. Mientras terminaba de colocar los platos en las mesas gastadas por mil comidas semejantes, se dijo que tendría que tener una charla con el reverendo.

Capítulo 4

—¿Te pidió matrimonio?

Gertrude siempre había sabido leer en su corazón, sin necesidad de que abriera la boca. Desde la muerte de Maria, había sido lo más cercano a una madre, y quizá la única madre que había tenido desde que la suya había fallecido, hacía toda una vida.

Mary salió del baño, que esta vez no le había producido el efecto calmante esperado, y se dejó envolver por la toalla que le tendía Gertrude, que la frotó con firmeza, como si todavía fuera aquella niña que había dejado su marido en su puerta, casi moribunda.

—No lo hizo con esas palabras, pero habló de intenciones, así que sí, supongo que me pidió matrimonio.

Mary fue consciente de que Gertrude permanecía en silencio. No quería mostrar su desacuerdo, pero, a todos los efectos, fue como si lo hiciera.

Gertrude Lewis, que había nacido en el seno de una de las familias más antiguas de Nueva York, la de los Vanderloo, y que se había casado con el reverendo Lewis, contraviniendo los deseos de su familia, no olvidaba sus orígenes.

Lewis podía no pertenecer a una de las viejas familias, pero venía de un linaje con buen nombre y una cierta fortuna. En el fondo, todos sabían que no había nada deshonroso en su matrimonio.

Parker Jamestown era el segundo hijo de una de las mejores familias de la

ciudad, podía escoger a quien quisiera. A quien quisiera menos a la muchacha marcada y recogida de la calle por el reverendo Lewis y su esposa.

Gertrude la quería, eso no podía dudarlo. La consideraba una hija en muchos aspectos, pero jamás lo sería. Nunca sería una igual y no podía, en consonancia, casarse con uno de ellos.

—¿Le has animado de alguna forma?

La mano de Gertrude fue cálida en su piel cuando la ayudó a vestirse y eso la sorprendió. Había esperado rechazo, incluso una invitación para marcharse. En su interior, siempre la había esperado. Sin embargo, no fue así, Gertrude la ayudó a vestirse, como si la conversación versara sobre el tiempo o un tema inocuo cualquiera, y esperó su respuesta.

—No, claro que no, jamás podría hacer algo así —dijo al fin, mientras comenzaba a cepillarse el largo pelo rojizo, con la mirada clavada en la señora Lewis a través del espejo—. Aunque admito que disfruto de su compañía, porque es un joven amable y simpático. No sospechaba hasta anoche que él... que sintiera...

La mirada de Gertrude se ablandó al fin. Le tomó el cepillo de la mano y comenzó a cepillarle un mechón con sorprendente suavidad.

—Cuando tenía tu edad, yo pensaba que todos los hombres tenían por fuerza que enamorarse de mí, aunque ya estaba casada con Alfred. Aunque no lo creas, yo era hermosa y delgada, muy alegre —añadió con una risa chispeante que hizo sonreír a Mary, imaginándola a sus veintipocos años, feliz y despreocupada—. Era muy consciente de que era guapa y eso hacía que los hombres me mirasen, pero tú tienes algo que hace que seas más atrayente para ellos.

—No te entiendo, yo soy un monstruo, sienten repugnancia al mirarme.

Gertrude sonrió con cariño y le tomó el rostro para obligarla a mirarse en el espejo, aunque no como ella hacía cada día, como una mujer marcada, sino para fijarse en el resto de sus rasgos: su pelo largo y de color de fuego, sus ojos rasgados del color de las hojas en primavera, su piel clara y radiante, sus labios rojos y de forma seductora.

—Los hombres ven un misterio inalcanzable, querida, al menos los que se

molestan en mirar más allá. Y creo que Parker Jamestown es uno de esos hombres. Sin embargo, ten cuidado. Su padre no es de los que dejan que sus hijos elijan con libertad. Date prisa o llegaremos tarde al té en casa de Priscilla.

Mary frunció el ceño mientras aquella mujer sabia salía de su dormitorio. ¿Acaso la había malinterpretado desde el principio? Había creído que no la apoyaba, pero tal vez solo la estaba advirtiendo de que anduviese con cuidado.

—Me alegra tanto ver que mis muchachos son hombres decentes...

Flynn se sintió incómodo al ver que los ojos del reverendo se humedecían al mirarle.

Los hambrientos se habían marchado y Stewart también, tras colocarse una elegante chaqueta y un no menos elegante sombrero de copa. Le escribió su dirección en una tarjeta de papel satinado y le dijo que le visitaría. Al parecer sabía el nombre de su salón de baile y quería hablarle de negocios. Flynn había sonreído y le había dado la mano sin comprometerse, como era habitual en él en esos casos. No sabía nada de la vida del inglés y, para ser sincero, quería seguir así.

Un hombre honrado. No sabía qué decir a eso. ¿Era un hombre honrado? Todo lo que podía serlo un tipo que se mantenía al margen de todo en Hell's Kitchen, quizá. Pero sabía que nadie hacía una pequeña fortuna, como había hecho él, manteniéndose limpio del todo. Jugando con los límites de la ley, tal vez. Pagaba sobornos y escatimaba a la policía algo de licor de contrabando, como todos, aunque no se sentía orgulloso de ello.

No había robado, no había matado, no había estafado, o no demasiado. Era lo bastante honrado como para poder mirarse al espejo cada mañana, pero no lo suficiente como para poder sostener la mirada del hombre que le había salvado la vida.

—¿Cuánto dinero necesita exactamente? —preguntó, cortando toda posible charla peliaguda.

El reverendo parpadeó para alejar las lágrimas y le miró, como sorprendido por su brusquedad. Pareció avergonzado de que hubiera notado que pasaba necesidades, pero tampoco disimuló ese hecho. Le habló de las menguantes ayudas de las damas benefactoras, de las facturas crecientes, del número de demandantes que crecía cada día.

—Este lugar parece salido del mismo infierno. Por cada alma salvada, cien caen en el pozo del pecado, hijo mío.

Flynn intentó no sonreír. No dijo que varias de esas almas pecaban en su propio establecimiento, aunque El Trébol Dorado no fuera el peor antro de la plaza Paradise.

—Me temo que usted no podrá evitar que eso siga ocurriendo.

—¿No estarás sugiriendo que deje de intentarlo?

Imaginó a aquel hombre de mediana edad sin aquella labor en la vida. Por mucho que considerase que, en muchos casos, solo perdía el tiempo, no podía negar que había hecho mucho bien en la calle Church. Él mismo era un ejemplo.

—No, reverendo. Estoy diciendo que puede haber otra manera. ¿Ha pensado en implicar a los poderes locales? Aquí no se mueve nada sin que Tammany y las bandas lo deseen.

Flynn no era consciente de lo que él mismo estaba planteando hasta que las palabras salieron de sus labios. ¿De verdad estaba hablando de asociar a los políticos corruptos de Tammany Hall a las bandas de gánsteres, delincuentes, asesinos y ladrones, y al reverendo Lewis en una labor para ayudar a los más necesitados?

En su cabeza pudo escuchar las risas de Chow Li burlándose de él, y tendría razón al reírse, porque era una locura. Sin embargo, pudo ver que el reverendo comenzaba a mostrar interés y le pedía que le hablara más de sus ideas.

—Has tardado en volver. Pensaba que ibas a abandonar el salón de baile y

la vida nocturna para buscar a tu Dios. O quizá otra cosa...

Flynn miró a Chow Li con una sonrisa poco amable. Desde que había dejado al reverendo Lewis había tenido tiempo de reflexionar y estaba convencido de que había cometido un tremendo error al hablarle de involucrar a aquella gente en su proyecto, pero, como bien sabía, ese hombre ya no quería escuchar nada más. Ya hablaba de la labor que realizarían en Five Points y de la gente a la que lograrían sacar de las calles.

—Una vez educados y convencidos de que su camino está en hacer el bien, este barrio se irá limpiando, hijo mío.

Una escuela fundada con el oro ilegítimo de Tammany y de las bandas. ¿Qué delirio se le había cruzado por la cabeza? Sin duda, debía dormir más y beber menos. O, como Chow decía, había llegado la hora de abandonar aquel negocio y de buscar otra cosa, o a alguien...

—Cuando te diga lo que ha ocurrido, esa sonrisa se te borrará de la cara de golpe. Y podrás llamarme estúpido con razón, amigo. Esta vez he cometido la mayor estupidez de mi vida, y bien sabes que he hecho muchas idioteces.

A medida que hablaba, el chino permaneció en silencio, para su sorpresa. Había esperado rezongos e insultos en chino, que sonaban terribles, aunque no pudiera comprender ni una sola palabra, pero Chow no dijo nada.

—Tarde o temprano el pasado siempre vuelve a tocar a nuestra puerta, por mucho que corramos delante de él para evitarlo, Michael Flynn. Lo malo es que tú has ido a rascarle en la barriga.

Flynn se sirvió un vaso de whisky de una botella que guardaba en un cajón del escritorio. No solía beber tan temprano, pero sentía que lo necesitaba. El salón de baile estaba vacío todavía. Sin luces, las cortinas rojas parecían tristes y semejaban colgaduras mortuorias. Las lámparas de aceite olían mal y tendrían que avisar para que las limpiasen para evitar un accidente que acabase con todos en llamas el día menos pensado. Las tablas del suelo, por mucho que las fregasen, apestaban a cerveza derramada. Aquel sitio era su hogar, por mucho que tuviera una casa donde dormía y comía en ocasiones.

Chow, diplomático por una vez, no había querido pronunciar el nombre que a él le quemaba la lengua. No lo había querido pronunciar, pero le miraba

fijamente, como si esperase que lo dijera él mismo.

Ese pasado se llamaba Patrick Connelly y que le matasen si deseaba volver a tenerlo ante sus ojos.

Capítulo 5

Los días pasaron y Mary pensó que lo había imaginado todo. Parker no había vuelto ni había escrito. Una parte de ella respiró aliviada y otra comenzó a plantearse algo que no había hecho nunca: ¿qué haría cuando los Lewis fallecieran? De verdad esperaba que quedara mucho tiempo para ello. Estaba convencida de que les quedaban años por delante. El reverendo debía de rondar los sesenta en ese momento y estaba sano y fuerte como siempre, y Gertrude nunca había estado mejor de salud, pero no podía obviar el tema una vez que se había plantado en su mente.

Ella no era su hija, no era su heredera, no era nadie.

Había vivido en su hogar como tal, pero no tenía ningún derecho ante la ley. En el caso de que algo sucediera, los herederos auténticos la echarían de aquella casa sin contemplaciones y lo sabía bien. Era muy consciente de que habían intentado varias veces que se deshicieran de ella y que se habían topado con un muro. El reverendo Lewis, todo sonrisas y amabilidad, podía ser testarudo como una mula cuando algo tocaba su corazón.

—Mary es mi protegida, nuestra pupila.

—Pero es una mujer de la calle... —Agnes, la sobrina de Gertrude había hablado con su tono frío y seco, atravesando las paredes con su voz aguda, llegando incluso al dormitorio de Mary—. El doctor nos dijo que no era pura cuando la trajiste.

—Puedo asegurarte que su alma es más pura que la tuya, Agnes. Y ahora,

te agradecería que no volvieras hasta que no tengas nada agradable que decirle a nuestra muchacha.

Agnes había vuelto muchas veces y jamás había dicho nada agradable a Mary, pero nunca había sido abiertamente hostil, así que el reverendo no había vuelto a reprenderla ni había vuelto a echarla de la casa. A veces Mary se sentía observada por la rubia joven, como si esta quisiera saber de qué formas había sido malvada, en qué formas había dejado de ser pura.

Sí, Agnes la echaría de allí sin dudarle ni un solo segundo, sin un centavo.

Pero no podía aceptar a Parker, aunque en apariencia este supusiera la tranquilidad y seguridad que le faltaban.

Aunque la quisiera, no la conocía, no sabía quién era en realidad, el lugar del que había salido, sus pecados, el pecado que tenía que cometer todavía, el que la condenaría para siempre al infierno.

Por eso, era una suerte que él la hubiera olvidado.

Con un suspiro de alivio, decidió que podía pedirle a Gertrude que diera un paseo por el parque con ella. Hacía mucho tiempo que no paseaban por Gramercy Park. Era un parque privado al que tenía acceso poca gente y en el que no tendría que ponerse un velo para ocultar su rostro de miradas curiosas o de susurros bajo la sombrilla. En el caso de encontrarse con alguien, sería gente discreta y casi seguro conocidos.

Gertrude había dicho que era hermosa, pero ¿qué sabía ella de lo que era sentirse observada cada día con avidez malsana? ¿Qué sabía de lo que era sentirse siempre sucia?

Por un solo día deseaba olvidarse de sí misma y disfrutar de un bonito día de primavera. Por esa fecha el parque debía de estar rebosante de flores y aromas maravillosos. Ni siquiera le importaría sentir unas pocas miradas imprudentes clavadas en la espalda a cambio del aire y el sol en el rostro por primera vez en semanas.

—¿A Gramercy? ¿Tan lejos? Llegaríamos muy justas a la hora de la cena.

—¡Oh, Gertrude, por favor! Hace un día espléndido y te juro que no me entretendré demasiado con las flores.

La señora Lewis hizo un gesto de incredulidad a la vez que chasqueaba la lengua.

—Mentirosilla. Nunca he visto a una niña que pierda más el tiempo que tú mirando unas tristes rosas —protestó Gertrude, fingiendo severidad—. No sé a qué esperas, muchacha, todo el tiempo que estés mirándome será tiempo que no estés en tu dichoso parque.

Al comprender que Gertrude aceptaba ir con ella, Mary olvidó a Parker Jamestown y su dilema acerca de su futuro y dio un saltito para abrazarla.

Gertrude no era del tipo cariñoso, pero la mimaba a su modo. Mary era muy consciente de que la señora Lewis preferiría quedarse en casa y tomar el té mientras bordaba o leía, pero salía con ella para hacerla feliz, del mismo modo que la entretenía de mil maneras distintas.

¿Cuántas veces al día pensaba en la suerte que tenía en la vida? En ese mismo momento podría estar muerta, ser una puta ajada o estar enferma y moribunda. Solo al pensar en Flynn sentía que le faltaba algo. La aguda punzada en el corazón la hacía cerrar los ojos al recordar que él estaba muerto. Colgado hasta morir, según las palabras de Billy el Pecas. Entonces todo lo que la rodeaba parecía palidecer. ¿Merecía ella ser feliz mientras él estaba muerto en una tumba sin nombre, como su madre? ¿Merecía ella ser feliz mientras el hombre que no le había ayudado y la había marcado para siempre seguía vivo?

—Es un lugar maravilloso —decía el reverendo Lewis—. A mi hija le encanta venir aquí. Creo que es su lugar preferido en el mundo, es como un hada entre las flores.

Los dos hombres que le acompañaban sonrieron.

—Sin duda Mary es un hada y puedo imaginarla sin problemas rodeada de rosas y transportada por mariposas.

El reverendo emitió una risa ronca al escuchar la descripción de Parker Jamestown, que enrojeció y apartó la mirada.

—¿Has notado ya que este joven pretende a mi hija, Flynn? Cualquiera día me pedirá su mano y se llevará mi único bien verdadero.

Flynn se removió incómodo ante semejante charla íntima. Cuando el reverendo le había citado en aquel lugar al que, por cierto, él no tenía acceso ni en sueños por tratarse de un parque privado, había estado a punto de declinar la invitación, pero luego pensó que tendría ocasión de hablarle de la gente a la que estaba pensando en incluir en sus planes de construcción de la escuela de huérfanos. Políticos corruptos, taberneros sin escrúpulos, comerciantes que pedirían antes de ofrecer, gente que no veía más que el beneficio. Sin duda, había sido una mala idea y él mismo le ayudaría a buscar hombres decentes que quisieran invertir en su misión.

Para su sorpresa, se había encontrado con que el reverendo no estaba solo. Le acompañaba un joven bien vestido, agradable, de rápida sonrisa, que se había presentado a sí mismo como el mayor inversor del proyecto.

—Parker Jamestown, estoy deseando trabajar con usted. Los Lewis me han hablado tan bien de Flynn Connelly que estoy celoso.

Jamestown, de Navieras Jamestown. Un pez tan gordo que no haría falta ningún otro en la cesta. En cuanto Paddy y los demás se enterasen de que estaba en el asunto, se frotarían las manos hasta hacerse sangre.

Por el momento, no había tenido tiempo de meter baza. Solo hablaban de la hija del reverendo, de la que jamás había oído hablar. Pensó en aquella pariente enferma que había vivido en la vieja misión mientras ellos estaban allí y a la que jamás habían visto. ¿Sería ella? En todo caso, no era asunto suyo. Se alegró por el reverendo. Si Jamestown entraba en la familia, ya no tendría que preocuparse por sus finanzas nunca más. Más hombres de buena familia y mejor fortuna acudirían como moscas a la miel a ofrecerle sus carteras bien provistas. Ya no tendría que pedir ayuda a gente como Paddy.

Casi sin darse cuenta, Flynn suspiró de alivio.

Mientras el reverendo y el joven hablaban de la etérea muchacha, Flynn dejó que su mente vagara. Se alejó unos pasos y contempló un macizo de rosas. Eran hermosas y aromáticas, de un sutil color rosado. Trató de pensar en cuánto tiempo hacía que no había visto rosas así. Quizá desde que había dejado Irlanda.

El golpe vino de súbito, por sorpresa. Se quedó sin respiración y tuvo que jadear para recuperar el aliento.

Una voz en su memoria cantaba *Róisín Dubh*. Nunca volvería a escuchar una voz semejante y lo sabía. Sus ojos se empañaron sin remedio. Sin darse cuenta de lo que hacía, sus dedos estrujaron los pétalos, destruyendo la rosa que antes había admirado.

—¡Señor!

No fue consciente de que lo llamaban hasta que sintió una mano en el hombro. Parker Jamestown, sonriente y ridículamente hermoso, elegante y pomposo, opuesto a él en todo, se había acercado y le señalaba un grupo de gente.

—No va a creerse la enorme suerte que hemos tenido. Mary y Gertrude se han reunido con nosotros por casualidad. Así podrá conocerlas.

Flynn no dijo que ya conocía a Gertrude, pero asintió.

Algo en su expresión debió de llamarle la atención a Jamestown, pero este fue lo bastante discreto como para no decir nada. El rubio se alejó unos pasos y fue a reunirse con su amada, el reverendo y su esposa.

Flynn los contempló desde la distancia. Parecían la familia perfecta, riendo y charlando. Él solo sería una nota discordante en un grupo así. Un hombre de las cloacas con sangre y mierda en las manos, con el alma oscura y un futuro incierto, aunque con los bolsillos llenos de oro.

Pensó que podría escabullirse, pero la verdad era que tampoco tenía una excusa válida para hacerlo. Saludaría a Gertrude, conocería al hada que tanto había impresionado a Jamestown y se marcharía. Hablaría con el reverendo otro día. Además, con ese joven tan enamorado de su hija, no necesitaba a nadie más que le ayudase. A la larga sería mejor que mantuviese alejados a tipos impresentables como él mismo, y lo entendería en cuanto le contase las cosas que eran capaces de hacer hombres como Paddy y los demás.

La hija del reverendo parecía delgada y frágil como un hada, en eso tenían razón. De espaldas su cintura era tan pequeña en comparación con la amplia falda que pensó que podría tomarla entre las dos manos sin necesidad de hacer ningún esfuerzo. Vestía de un color oscuro para su edad. Porque, ¿cuántos años

debía tener? Más de veinte, sí, pero no era tan mayor. Claro que, tener más de veinte en su clase social y seguir soltera era un crimen en esa ciudad. ¿Qué defecto tenía esa joven para que nadie la hubiera querido antes? ¿O a lo mejor no era tan etérea como su enamorado afirmaba?

Llevaba el cabello recogido bajo una especie de sombrero tupido con una maraña de tul que impedía ver nada de sus facciones, ni siquiera un mechón.

A medida que se acercaba, pudo escuchar su voz, fina y tan baja que parecía casi imaginaria.

—No esperaba encontrarle aquí, reverendo. Y menos todavía a usted, Parker.

Reverendo, había dicho. De modo que no era su padre.

Su voz había sonado cariñosa hacia el reverendo Lewis y más sorprendida que amorosa hacia el joven Jamestown, lo que hizo sonreír sin motivo alguno a Flynn. Era posible que Parker Jamestown se estuviera haciendo demasiadas ilusiones con su hada.

—Teníamos un asunto que tratar y pensamos que aquí estaríamos alejados de oídos indiscretos, querida.

—¿Sobre la escuela?

Flynn había llegado a su altura. De ese modo pudo ver cómo todo el cuerpo de la joven se tensaba al decir aquellas palabras. ¿Por desaprobación o más bien por todo lo contrario?

—Sí, eso mismo —respondió Lewis, colocando un dedo ante sus labios—, aunque ya sabes que debemos mantener el secreto hasta que sea una realidad. Justo aquí está el hombre que nos va a ayudar a conseguir el dinero necesario. Es una suerte que hayáis venido las dos, porque habría sido un problema presentaros en un evento más... social.

Gertrude le dio un golpe en el brazo a su marido por su poca formalidad. Odiaba que no tuviera ningún tipo de respeto por los convencionalismos.

Pudo ver que la señora Lewis tardaba en reconocerle, aunque, cuando al fin lo hizo, su sonrisa fue radiante, cariñosa.

—¡Oh, hijo mío! No sabes lo que me alegro de ver lo mucho que has

crecido.

Flynn no hubiera pensado que se emocionaría tanto al sostener entre sus brazos a aquella mujer pequeña y a veces gruñona que le había educado con esmero durante años. Le había alimentado, vestido y regañado. En muchos aspectos había sido una madre para él. Solo entonces supo que a ella también le debía parte de lo que era.

—Gertrude, está usted tan hermosa como siempre. Si no estuviera el reverendo aquí presente, huiría con usted ahora mismo.

Gertrude se sonrojó sin remedio al escuchar el halago y le colocó una mano en el rostro.

—Siempre fuiste muy guapo y muy sinvergüenza, irlandés, con esos ojos oscuros tan tristes. No se lo digas a los demás, pero eras mi favorito.

Flynn acercó su rostro al suyo y susurró a su oído: —Será nuestro secreto, señora mía.

—Bueno, bueno, muchacho, no me robes a mi esposa ante mis narices, ¿qué va a pensar mi hija de ti?

La joven se había girado hacia ellos, pero no podía verle el rostro. Se lo había cubierto con un velo espeso y se había apartado a un lado con Parker Jamestown, como si quisiera retrasar todo lo posible el momento de ser presentada.

Flynn lo comprendía. Una joven fina y elegante no quería tener nada que ver con un tipo como él. Y era mejor así. Ella era un hada y ya tenía su propio caballero de la alta sociedad, encantado por su polvo mágico.

Sin embargo, hubo algo en ella que le hizo sentir un ramalazo de rebeldía, de modo que se acercó, le tomó una mano enguantada y se la llevó a los labios.

—Un placer, señorita —dijo, sin presentarse.

Ella no retiró la mano, sentía su mirada fija a través del velo.

Estaba paralizada, como si no pudiera creer que un tipo de su calaña hubiera osado tocarla en público. Sintió que una sonrisa irónica afloraba a sus labios.

Pero entonces vio algo colgando de su cuello, entre los pliegues del velo.

La mano que sostenía la de la joven se cerró con fuerza hasta el punto que le hizo daño. Lo que la hija del reverendo portaba como adorno brillaba contra la tela oscura. Soltó un gemido de dolor y sorpresa al reconocer algo que le pertenecía, o le había pertenecido en otro tiempo, a él y a su madre, el san Patricio con una mano un poco más corta.

—Alba —murmuró para sí.

Ella liberó su mano como pudo y retrocedió un paso, aunque no se movió más, como si se hubiera quedado tan helada como él por la impresión o el temor. Seguía sin poder ver sus facciones, pero todavía podía sentir su tacto en los dedos, ardiendo a pesar de la tela que había separado su piel.

—¿Perdone? —preguntó Parker Jamestown.

Flynn había olvidado su presencia, solo tenía ojos para aquella joven, que permanecía inmóvil, mirándole todavía. ¿Quién era? ¿Cómo era posible que llevara aquello puesto?

—Creo que debemos irnos o no llegaremos a cenar —dijo el reverendo de pronto, sacando al irlandés de aquella especie de parálisis—. Ha sido un placer volver a verte, muchacho. Te aseguro que hablaremos pronto.

Flynn asintió, sintiendo que la cabeza le daba vueltas sin parar. Toda la escena había transcurrido como en un sueño. De pronto, se encontraba a solas. Todos se habían despedido y él apenas recordaba el momento en que había ocurrido.

Mientras alguien cerraba las puertas del parque a sus espaldas, recordándole una vez más que aquel lugar estaba reservado a una clase a la que no pertenecía y a la que no pertenecería jamás, su mente era un torbellino. Era la única vez en toda su vida que se había quedado sin palabras. Por suerte, nadie salvo aquella joven parecía haberlo notado.

Como en un delirio febril, imágenes de lo que había sucedido se superponían en su cabeza sin cesar, hasta el punto de que ya no sabía si aquel encuentro había sido real o lo había imaginado.

Sin saber si reír o llorar de emoción, solo podía pensar en que aquella

mujer llevaba el colgante de su madre y que solo había una persona en el mundo, que él supiera, que podría llevar algo tan feo puesto como si fuera hermoso.

Capítulo 6

Mary agradeció la presencia de Parker durante el viaje de regreso a casa. Gertrude le había invitado a cenar, olvidando sus propios consejos de no animarla a profundizar sus relaciones con él. Los dos charlaban en un tono tan íntimo, punteados en ocasiones por el reverendo, que se diría que ya formaba parte de la familia. Por suerte, ninguno de los tres notó su silencio durante el viaje en coche de vuelta a la calle Cherry.

En ese momento se dio cuenta de lo ausente que había estado durante los últimos meses de lo que ocurría en su propio hogar. Por lo visto, la escuela con la que había soñado el reverendo Lewis era casi una realidad, y Parker iba a invertir en ella. Y también Flynn.

Dios... Flynn estaba vivo.

De un manotazo, se deshizo del velo que le impedía respirar.

Otra podría haberle confundido. Al fin y al cabo, iba vestido como un caballero. Sus ropas no se diferenciaban apenas de las del mismo Parker Jamestown. Pero ella jamás podría olvidar sus ojos oscuros, su sonrisa con aquel aire pícaro irlandés que había heredado de su padre, como Maria siempre decía.

Flynn, que debería estar muerto, enterrado en una tumba anónima.

Quería saltar de aquel carruaje y ponerse a gritar, a cantar. Quería reír a carcajadas.

Se llevó una mano al rostro al notar que una lágrima caía por su mejilla, no

supo si de alegría o por tristeza por todo el tiempo perdido.

Su corazón se heló al notar el reborde de la cicatriz con los dedos enguantados.

Poco a poco volvió a bajar el velo para ocultar su emoción, aunque ninguno de los ocupantes del carruaje había notado nada.

Tal vez Flynn no estuviera muerto, pero Alba Maria McIntyre sí, pensó. Ella había muerto el día en que Paddy la había tocado y violado, y solo volvería a vivir cuando él estuviera muerto.

Recostó la espalda contra el asiento, rígida, y pensó que el destino era algo curioso. A veces te devuelve lo que te ha quitado, incluso más de lo que esperabas. A ella le había devuelto al hombre que amaba, aunque él no lo supiera. Por desgracia, su esperanza también había muerto aquel día en la vieja cervecería, junto con su madrina y todas sus posibilidades de ser felices.

—Ha vuelto y está armando problemas.

Flynn había vagado durante horas por las calles y todavía seguía desorientado, como si su mundo hubiera girado en un sentido, luego en el otro, y le hubiera soltado en el mismo sitio en el que estaba al principio, tambaleante, pero con todo distorsionado a su alrededor.

Se suponía que tenía un camino trazado. Iba a forjarse una fama, un camino, una fortuna. Y entonces la buscaría. Le había prometido que se lo daría todo, y lo haría. Pero todavía no estaba preparado.

Si es que era ella.

Mientras caminaba, con el pulso acelerado y la sangre golpeteándole en los oídos, pensaba en lo ridículo que resultaría que Alba hubiera estado todo el tiempo tan cerca, a solo unos pasos de distancia, justo encima de él, con Gertrude.

Enferma...

¿Cómo había llegado allí? ¿Por qué?

Se suponía que Paddy iba a cuidarla.

Sabía que le había fallado a él, pero a Alba la quería como a su propia hija.

Sus pasos giraban una y otra vez para llevarle a la casa del reverendo en Cherry, pero estaba demasiado lejos y no podía presentarse allí de aquella manera, alterado y sin saber siquiera si se trataba de Alba.

Primero, tenía que averiguar si era su Alba, su niña, su amor.

Eufórico, asustado, regresó al salón de baile. Ya era tarde y había anochecido. Llevaba tantas horas dando vueltas que, hasta que se sentó, no se dio cuenta de lo agotado que estaba. Pidió a uno de los muchachos que cuidaban la puerta que le trajera algo de comer y preguntó a Chow cómo iba la noche.

—Mal, ya te lo he dicho. Lily ha vuelto. Y esta vez busca problemas.

—¿Alguna vez no los busca? —preguntó Flynn al fin, con impaciencia.

Lo último que le interesaba en ese momento eran Lily y sus asuntos. Necesitaba reflexionar con calma, dormir. Con la cabeza más clara, sabría lo que hacer.

—Está incitando a los hombres a beber por ella, Michael Flynn. El que más aguante se la llevará a casa. Y sabes de sobra que la bebida atrae la sangre.

Flynn sintió que la ira hacía hervir sus venas. Había mantenido El Trébol Dorado limpio de altercados graves desde su apertura, hacía casi dos años, algo que podía considerarse milagroso en un lugar como aquel. Podía pensarse que tenía lo que su padre llamaba la suerte del irlandés, pero esta parecía estar a punto de acabarse. De hecho, mientras se acercaba al grupo de hombres que rodeaba a Lily, notó que la violencia podía respirarse. Y ella parecía disfrutar de aquella situación.

El olor acre a sudor, cerveza derramada y de dientes podridos le asaltó al llegar junto a ellos. No eran más que cinco, pero gritaban como dos docenas.

—Más cerveza, Mickey. No seas tacaño, joder, ¿no ves que esta dama me está esperando?

Flynn ni siquiera supo cuál de ellos había hablado. Daba igual. Eran marineros, ladrones, estibadores, asesinos, clientes fieles de su salón de baile. Allí todos podían beber por igual, bailar unas piezas, pero las reglas eran claras: nada de peleas y nada de sangre.

Uno de ellos ya tenía la nariz rota y otros dos parecían a punto de enzarzarse en una riña, aunque apenas eran capaces de tenerse de pie.

Le hizo una seña a Mickey, que salió de detrás de la barra con una porra adornada con tachuelas metálicas en una de sus manazas. Nunca había tenido ocasión de utilizarla hasta ese día, pero parecía encantado de poder lucirla como algo más que un adorno. La mayoría de las veces, el solo hecho de sacarla a pasear calmaba al instante los ánimos.

Mickey había sido el matón en varios de los mejores garitos de Five Points. O en los peores, según se mirase. Se decía que tenía varias almas en su conciencia. Que decidiera trabajar para él había supuesto una sorpresa, pero pagaban bien y ocupar el cargo de camarero suponía un aliciente para él. Sin embargo, de vez en cuando sentía nostalgia por los viejos tiempos, y aquel parecía ser uno de esos días.

—Vamos, chicos, creo que os vendrá bien tomar un poco de aire fresco — dijo, acariciando con cariño su porra. Su voz sonó ronca, pero con un extraño aire dulce, amable.

Aquello, un par de empujones y muchos juramentos bastaron para devolver una calma aceptable a El Trébol Dorado. Flynn no pudo creer durante varios segundos que todo hubiera sido tan sencillo. Y entonces una voz chillona y desagradable le recordó que Lily seguía allí.

—Eres un hijo de puta que ha olvidado que viene del arroyo. Ya no dejas que una chica se divierta, Flynn.

Seguía bebiendo, o lo intentaba. Parte de la cerveza se derramaba por la pechera de un vestido que había sido bonito en otros tiempos.

¿Cuántos años tenía? Parecía tener al menos cien en el alma.

Ella sonrió al notar su mirada y extendió la falda para que él la viera bien.

—¿Te gusta? Este vestido me lo regaló tu tío antes de aburrirse de mí. Es

muy generoso si eres buena y mantienes el pico cerrado. Ahora ya soy demasiado vieja para él, pero todavía follamos a veces, por los viejos tiempos.

Flynn entrecerró los ojos. Por mayor que pareciera, Lily era una niña en comparación con Paddy. No era tan inocente como para ignorar que muchas de las putas de la ciudad eran apenas unas crías, pero sus palabras lo incomodaron.

—Ve a casa, Lily, descansa.

Lily se remangó el vestido y le mostró sus medias rasgadas, sus piernas desnudas desde la rodilla hasta los muslos flacos y blancos, su ropa interior sucia.

—¿A casa? ¿A descansar? Si apareciera en la pensión ahora, la señora Daniels me echaría a patadas a ganarme el jornal. Solo una puta enferma descansa antes del amanecer, y a veces ni eso. Y yo todavía puedo ganar un buen sueldo, Flynn, ¿me oyes? ¿O acaso crees que no?

Su aliento agrio le golpeó la cara. Sintió deseos de apartarla, pero no lo hizo. Por un instante la temió. Vio su propio reflejo en los ojos oscuros de Lily, un reflejo más rico, más afortunado. Pero sabía que la diferencia no era tanta. En el fondo venían del mismo lugar y el barro del que estaban hechos era el mismo.

—Chow te acompañará a casa y te dará dinero para que no tengas que volver a salir esta noche.

Era un error, lo sabía. Ella no se lo agradecería y nada le garantizaba que no saldría igual en cuanto Chow la dejara en la pensión, pero algo le impulsó a cometer aquella estupidez.

—No me acuesto con negros ni con chinos —le escupió ella.

—No sé qué le hace pensar que yo querría acostarme con alguien tan sucio como usted, señorita —espetó Chow Li tras ella, ajustándose los puños perfectamente blancos de su camisa—. Y ahora, le agradecería que se apresurase, me gustaría regresar antes del cierre para hacer las cuentas.

Lily bufó y se alzó todavía más las faldas, mostrando más carne de la que

habría enseñado estando sobria, y salió a la fría noche. Taconeó varios pasos por delante de Chow, como para demostrar que ella no se hacía acompañar por gente indeseable.

—¿Vas a pagarme algún trago para el camino? Seguro que a tu amo no le importará. Te lo descontará de la paga y listo —le gritó, sin ni siquiera girar la cabeza.

Chow se sorprendió de que le hablara, aunque fuera en aquellos términos.

Tardó un rato en comprender que ella esperaba una respuesta. Se había detenido para esperarle en una esquina, donde varias putas la miraban con desprecio, como si fuera a quitarles el puesto. Lily las ignoró. Iban peor vestidas que ella, a pesar de que su ropa había visto días mejores, y eran más viejas y feas.

A la luz amarillenta de las tabernas, Chow pensó que Lily West era una mujer capaz de arruinar a muchos hombres. Quizá ya lo había hecho. Pero también supo que le quedaba poco tiempo para encontrar algo que la atase al mundo, o estaría perdida. Estaba perdiendo la belleza y la frescura, y pasaba más tiempo borracha que sobria. Un día cualquiera aparecería muerta en cualquier calle y ya nadie recordaría su nombre.

—Bueno, ¿vas a pagarme una bebida o no? —insistió ella, dando un zapatazo en el suelo embarrado—. Tengo frío y empiezo a ver lo feo que es esto.

—Yo solo pago bebidas en mi propio local, señorita Lily West —respondió Chow al fin.

Pensó que ella le maldeciría, pero rio.

—Maldito chino tacaño. Así es como vistes como un ricachón y te puedes dar esos aires. Pero te diré algo: por mucho que te vistas como nosotros, jamás serás uno de los nuestros. Ninguna de nuestras mujeres se enamorará de ti ni seréis iguales a...

—¿Qué le hace pensar que quiero ser como ustedes, Lily West, o que me gustaría que una de sus mujeres me amase? —la cortó él, con un tono tan seco como el frío aire del río Hudson—. Además, usted es irlandesa, Michael Flynn es irlandés. Son tan extranjeros como yo. Media ciudad es alemana, la

otra mitad proviene de Holanda, Inglaterra, África, y cientos de países más. Y sí, también de mi país. Sin contar con los propios habitantes de este país, las tribus indias. Estamos construyendo este país entre todos y usted solo ve que nuestro color de piel es distinto. Pero qué se puede esperar de...

—¿De una puta? —lo interrumpió, acercándose tanto que él tuvo que bajar la cabeza para mirarla a los ojos. Solo entonces se dio cuenta de lo pequeña que era, de la fragilidad de sus huesos, de la palidez de su piel.

—No, Lily West. De una mujer que nunca ha salido de este horrible lugar —respondió Chow, con una suavidad inesperada, soltando el aire muy despacio. Hacía mucho tiempo que no tenía a ninguna mujer tan cerca, no estaba preparado para sentir atracción por alguien como ella, que lo despreciaba abiertamente.

Lily se separó y se sacudió la ropa.

—No se me ha perdido nada por ahí —replicó, con voz amarga—. No sé tú, pero yo voy a tomar una copa, estoy helada hasta los huesos. Puedes decirle a Flynn que me dejaste calentita en mi cama, no te delataré, nunca fui una chivata.

Chow no quería quedarse en aquella calle. Sentía que le miraban demasiado. Iba bien vestido y era una víctima fácil, solo y acompañado de una puta. Pero también era Chow Li, lo bastante conocido como para sentirse seguro... o eso creía.

Se preguntó si ella merecía la pena el riesgo. Al final decidió que había recibido una orden y eso fue suficiente para engañarse a sí mismo y quedarse. Dio igual que Michael Flynn no fuera su jefe y que Lily West no fuera a agradecersele jamás.

Aquella noche no regresó a El Trébol Dorado y fue la primera vez que Flynn empezó a sentir que su suerte de irlandés le daba la espalda en mucho tiempo.

Capítulo 7

Paddy había engordado y vestía mejor, casi como un caballero, pero en esencia seguía siendo el mismo. Todavía llevaba aquellas botas pesadas y gastadas, tachonadas de metal, que solía usar cuando trabajaba en el matadero, que avisaban a cualquiera que le conociera de que llegaba mucho antes de verle.

En su ropa ya no había restos de sangre, sino que la llevaba bastante limpia, y hasta olía a colonia cara, pero algo en él delataba al animal rapaz.

Su mirada observó todo a su alrededor, evaluando la calidad de lo que veía, y a los pocos segundos supo que el hijo de su primo había prosperado, como él siempre había sabido que haría.

El salón de baile no se diferenciaba de otros de los que abundaban de la plaza Paradise, por mucho que su dueño presumiera de ello, aunque sí debía reconocer que se encontraba por encima de la media de las tabernas mugrientas en las que la gente moría cada noche en altercados por una mísera cerveza.

Todo estaba limpio y hasta tenía entendido que Flynn no aceptaba que sus clientes entrasen armados en el salón, pero, como Paddy bien sabía, en ocasiones no era necesario más que un cuello de botella roto y una cuchilla escondida en el forro de una chaqueta o de una gorra para causar más daño que un arma de fuego empuñada por un borracho.

El muchacho, había escuchado, quería mantener su alma limpia de pecado,

pero no recordaba que Hell's Kitchen era lo que era, un agujero donde todas las criaturas del averno acababan confluyendo, y era lógico que, antes o después, Flynn volviera a asomarse al pozo. Al fin, pensó con regocijo, el ángel del mal había llegado a aquel impoluto rincón celestial.

—Te ha ido bien sin mí, chico —dijo desde la puerta, a modo de saludo, levantando una mano grande y fuerte.

Estaba demasiado oscuro como para saber qué pensó al verle. De lo que sí estaba seguro era de que no le esperaba. Y eso era bueno cuando no se sabía si se trataba de un aliado o un posible enemigo.

Acompañado de tres de sus hombres, pensó que no eran necesarias las ceremonias ni las invitaciones. Al fin y al cabo, eran familia. Flynn no se atrevería a echarle de su local siendo quien era. Y tampoco lo haría si era tan ambicioso como parecía.

Al acercarse más, pudo verle bien. Flynn estaba sentado a una mesa en un lugar iluminado en un rincón del salón de baile, solo. Tenía una botella de algo que no era cerveza al lado, pero no estaba ni medio vacía todavía. O acababa de llegar o era lento bebiendo.

Tras unos segundos de incredulidad, pudo ver claramente un ramalazo de rabia pasearse por sus ojos oscuros. Se parecía a su padre, sí. Aquel idiota de su primo nunca había sido capaz de ocultar sus ideas ni sus emociones, igual que su vástago. También tenía algo de la belleza delicada de Maria. Aquel pensamiento le hizo sentir una punzada desagradable en el pecho al recordarla, muerta y fría, en la morgue, aunque la desechó al instante. Era guapo y altanero, sí, como todos los Connelly, pero el hecho de estar allí, vivo y rico, le demostraba que poseía algo más que no todos los Connelly tenían, inteligencia.

Flynn se tomó su tiempo para responder y también para levantarse. Quería dejarle claro que no era bienvenido del todo. No se atrevió a echarle. No podía mostrar su desprecio de modo abierto a una de las fuerzas políticas en alza de la zona, pero Paddy pudo sentir en cada poro de su cuerpo que no le quería allí.

No le invitó a una copa, no le tendió una mano. Se limitó a levantarse, muy despacio, y a mirarle durante unos segundos, esperando a que fuera él el que

se acercase. Estaban en su terreno y era él el que debía ceder.

Maldito niño orgulloso, rezongó para sí, mientras mostraba una sonrisa que era marca de la casa.

Sin mostrar su disgusto por el gesto del hijo de su primo, avanzó un par de pasos, se detuvo junto a la barra y pidió una cerveza. Sus hombres le siguieron, aunque no pidieron nada. Tenían órdenes de mantenerse sobrios mientras cuidaban sus espaldas.

—Al menos invitarás a un trago a tu viejo tío.

Flynn sonrió al fin, aunque su gesto quedó oculto por la sombra mientras caminaba hacia él.

—Deberías ser tú el que me invitase, Patrick Connelly, te ha ido mucho mejor que a mí. Todo Five Points sabe que te codeas con lo mejorcito de la ciudad.

Paddy sintió sus palabras como un puñetazo, no solo por la forma en que pronunció su nombre, sino por el patente desprecio con el que las dijo. Era evidente que aquel muchacho no había aprendido nada en aquellos años, por mucho que hubiera estado a punto de que una cuerda le partiera el cuello.

A su espalda, una voz grave masculló una maldición. Entonces recordó que Billy el Pecas le acompañaba aquella noche.

No había sido una buena idea traerle allí. Esos dos chicos tenían demasiadas cuentas pendientes y todavía no había llegado el momento de saldarlas. Por suerte, estaba convencido de que Flynn no sospechaba nada de lo que había ocurrido mientras estaba preso en Tombs, de lo contrario no habría esperado tranquilo tantos años.

—El rencor no te sienta bien, sobrino —dijo, ampliando su sonrisa, aunque un relampagueo en la mirada de Flynn le hizo saber que aquella palabra le molestaba. Decidió dejarse de disimulos e ir al grano. Tomó un sorbo de cerveza y escupió en el suelo, evitando por poco sus brillantes zapatos—. Hablemos de negocios. Creo que hay algo que nos va a unir dentro de poco y conviene que pongamos las cartas sobre la mesa.

De pronto la mirada de Flynn se volvió inescrutable. Quizá sí había

aprendido algo después de todo, o tal vez ese tema era menos peliagudo que otros.

Una sonrisa que apenas podría calificarse como tal se paseó por sus labios y señaló el lugar donde había estado antes.

—Visto que vas a quedarte quiera o no, será mejor que hablemos en privado... Patrick.

Paddy entrecerró los ojos ante la ligera vacilación al pronunciar su nombre, aunque al final asintió y caminó hacia el lugar señalado. Se detuvo al ver que Flynn no se movía. Se había quedado mirando a sus hombres, que habían tratado de seguirle. Flynn les cortaba el paso de manera categórica.

—Su local, sus reglas —dijo Paddy, haciéndoles un gesto para que salieran del salón de baile.

Su local, sus reglas... hasta cierto punto. Esperarían en la puerta y correrían adentro a la mínima señal, nadie era tan idiota como para imaginar lo contrario. Paddy iba armado hasta los dientes y era el doble de pesado que Flynn, y este también lo sabía. Si había problemas, estaría muerto antes de que cualquier matón que tuviera a sueldo pudiera llegar para ayudarlo. Ni siquiera el famoso Mickey y su maza tendrían nada que hacer. Para cuando llegara a su lado, Flynn sería una masa de carne que un día fue atractiva.

Se preguntó por un momento si el chico pensaba aprovechar la ocasión para hacerle alguna jugarreta, si sería tan estúpido como para intentarlo.

Y entonces Flynn sonrió como si el tiempo no hubiera pasado, como cuando no era más que un niño a su servicio que no se cuestionaba una sola verdad, una sola orden.

Paddy se relajó. Ni siquiera había sido consciente de que había estado conteniendo el aliento durante esos instantes eternos. Antes de que Billy desapareciera por la puerta, le hizo un gesto para que estuviera pendiente y averiguara todo lo posible acerca de lo que se cocía en aquel lugar.

Mientras se sentaba y aceptaba una copa de lo que Flynn bebía, que resultó ser un whisky irlandés más que decente, pensó que ese chico siempre había sido un idiota útil, como su padre, y que volvería a serlo. Él le abriría las puertas definitivas del poder, de la respetabilidad.

Era su destino, como el suyo era el ser el rey de Five Points.

Patrick Connelly se bebía su whisky, sentado en su silla, contemplando su local como si le perteneciera.

Flynn creía que era extraño que no hubiera aparecido antes, y entonces pensó que no, que lo lógico era que apareciera justo entonces, cuando de verdad servía para algo. Era rico, tenía posibilidad de serlo más y había un posible negocio a las puertas que, de dejar entrar a Paddy, le granjearía contactos y votos.

Sí, era el momento adecuado para que se volviera a fijar en Flynn.

Hacía diez años que no le veía.

La última vez había sido el día después de la muerte de su madre. Le había dado las instrucciones del robo, pero, al ver que no se concentraba, había chasqueado la lengua y había comenzado a hablar con Billy. Ni siquiera recordaba bien aquello. Solo pensaba en el oro que cobraría, que les sacaría de la vieja cervecería. Tan imbécil había sido. Y Paddy no había hecho nada para hacerle bajar de su nube.

Lo último que Flynn le había dicho era que cuidase de Alba, y luego, tras recibir una palmada en la espalda, nada.

Había confiado en él y había dejado que le condenasen a la horca. Estaría muerto si no fuera por el reverendo Lewis.

En cuanto a Alba... Si de verdad la hija adoptiva del reverendo era ella, tampoco había cumplido su parte con respecto a la muchacha. También a ella la había abandonado y traicionado. Pero jamás sabría por él lo que había ocurrido. Paddy, con su lengua de oro, trataría de embaucarlo otra vez. De hecho, sus ojos azules le miraban con un aprecio que no sentía, tratando de ganárselo, como si el pasado no hubiera existido.

Tomó su vaso, pero no bebió. Ya no le apetecía beber.

—He recibido un mensaje muy importante de alguien que dice conocerte, muchacho.

Muchacho. Ya no lo era. Hacía mucho tiempo que no. El muchacho que era había muerto en Tombs. Como Tim.

—¿Y qué decía ese mensaje? —preguntó, llevándose el vaso a los labios, fingiendo calma, aunque no dejó que ni una gota pasara a su garganta. En su presencia, todo sabía más amargo.

Paddy se removió en la silla y entrecerró los ojos. No estaba acostumbrado a los rodeos ni a estar en desventaja. Le gustaba ser el listo, el fuerte, y no sabía cómo actuar en su presencia. Ahogó una sonrisa, aunque aflojó un poco su postura, mostrándose más cordial.

No, Flynn no le quería allí, pero era un mal enemigo y no le convenía mostrar sus cartas demasiado pronto.

—Hablaba de una escuela y dinero. Nunca pensé que enseñar a leer a mocosos fuera un negocio rentable, pero si tú estás en ello... —Paddy calló, como si no supiera qué más decir o como si quisiera parecer titubeante. Flynn se preguntó si fingía. Nunca se había caracterizado por la timidez ni por la indecisión, pero de pronto parecía reacio, esperando su reacción—. Quiero saber de qué se trata antes de meterme en nada serio, ya sabes. Ahora soy un hombre del pueblo.

Paddy tuvo la delicadeza de reírse de su propia broma. Ningún político de Tammany Hall era un hombre del pueblo. Los votos se compraban y había quien era capaz de matar por ellos, y Paddy no era ningún ejemplo de honradez. Si había llegado a ocupar un cargo en el partido, no había sido manteniendo sus manos limpias.

Flynn se preguntó cuál era la mejor manera de disuadir a aquel hombre y se dijo que no existía. Ya era demasiado tarde. Si tan solo el reverendo le hubiera consultado antes de escribirle, habría tenido una oportunidad de mantenerle alejado, pero ya no había nada que pudiera hacer para alejar sus sucias manos del proyecto. Por no decir que, en cuanto supiera que no le quería en ello, Paddy querría hincar sus garras todavía con más ansias.

—En realidad no se trata de ningún negocio, Patrick —explicó, con su mejor sonrisa de tabernero—. El reverendo quiere tu dinero para construir una escuela, y eso es todo.

Hubo una mirada de incredulidad en los ojos de Paddy. No podía creer que no hubiera nada sucio en aquello. No era posible que el reverendo pudiera tener, sencillamente, buenas intenciones.

Su risa, grave y escandalosa, se lo confirmó.

Vació su copa y se levantó. Su paso vacilante le dijo que no era la primera de la noche.

—Casi me engañas, sobrino —respondió, agitando un dedo adornado con varios anillos ante sus ojos.

Flynn vio que, aunque su ropa estuviera limpia, debajo de sus uñas había mugre vieja, como si la sangre del viejo matadero se hubiera quedado allí. Y quizá no solo la del matadero.

Se limitó a sonreír. Paddy se tomó aquella sonrisa como una confirmación de sus sospechas de que había algo turbio en el asunto, pero Flynn no se molestó en explicar nada, sabía que no le creería. Le despidió con un gesto, sabiendo que, por desgracia, no podría evitarle en su vida como había hecho hasta ese momento. Aquella especie de tregua había acabado y un día tendrían que hablar de las cosas que habían estado evitando esa noche. Le vio reunirse con sus hombres en la puerta. Billy el Pecas apenas había cambiado. Cuchicheó en el oído de su amo en cuanto tuvo la oportunidad, sin fingir ni por un instante que había estado averiguando todo lo que podía acerca de él. Le saludó con la mano. Su cuenta con él también era larga y detallada.

Sí, Paddy le había robado la que podría haber sido su vida, y tenía que darle muchas explicaciones.

A pesar de que hasta ese momento había sido imposible, tendría que hablar con el reverendo y convencerle de que aquellos hombres no eran necesarios para el proyecto. Si tenía que hablarle de su propio pasado, lo haría. Ya no había medias tintas posibles.

Ni por un instante se permitió pensar que al acudir a la casa del reverendo tendría ocasión de ver de cerca a aquella mujer misteriosa que podría ser Alba.

Capítulo 8

La casa de los Jamestown en la calle Cherry no era una mansión, pero le faltaba poco para serlo. En todo caso, Garrett, el patriarca de la familia, dueño de una de las navieras más importantes de la nación, estaba ultimando los planos para construir una más grande en la Quinta Avenida, más acorde con lo que él creía que merecían el prestigio y la fortuna de la familia. No echaría de menos aquel lugar. Últimamente muchos de sus vecinos estaban cambiando sus circunstancias y ya no todos eran tan bienvenidos en su círculo como antes. Incluso había rumores de que antiguos habitantes de barrios menos afortunados, tocados por la mano de la diosa Fortuna, estaban comprando las viejas casas deshabitadas.

Cherry estaba dejando de ser el lugar privilegiado y agradable que había sido y se estaba llenando de gente vulgar.

—¿Nos honrarás hoy con tu presencia en la naviera, hijo?

Su tono, irritado y más que irónico, se estrelló, como una bala sin carga de pólvora, contra la sonrisa incólume del segundo de sus hijos, Parker.

Este, fino, delicado de un modo casi caricaturesco, inclinó su cabeza rubia hacia él desde el otro lado de la mesa del desayuno, aunque su padre sabía muy bien que en su carácter no había nada de blando, como demostraba ante él cada día.

Junto a él, Aurelia, su madre, esbozó una risa nerviosa. Odiaba que discutieran delante de los criados. No comprendía que, ante ellos o no, Parker

debía entender que tenía deberes hacia su familia y la empresa que le daba de comer y hacía que pudiera vestir como un caballero.

—Tengo un compromiso previo, padre, te ruego que me disculpes.

Garrett Jamestown dejó escapar una risa ronca y desagradable que hizo que su hijo le mirase al fin. Sin duda, el muchacho había salido a Aurelia. Era rubio y de ojos claros como ella, alto, delgado, demasiado educado y pálido como para ser el hijo de un rudo emigrante inglés de pasado incierto como él, que todavía conservaba los modales de un estibador. Marcus, su primogénito, era como él, moreno y brusco, pero en el fondo despreciaba sus orígenes. No sabían apreciar el trabajo que le había costado llegar hasta allí, montar aquella empresa de la nada, por mucho que el dinero de su madre le hubiera ayudado. Habían sido sus manos sucias las que lo habían construido.

—Imagino con quién tienes ese compromiso —dijo, con tono cansado—. Supongo que hasta tú sabes que no puedes casarte con esa chica marcada.

—¡Garrett!

La voz de Aurelia, aguda y, sin embargo, tan baja que apenas pudo escucharla, no hizo que Garrett cejara en su empeño de acabar con aquella historia de una vez por todas. Hasta él comprendía que aquella joven era hermosa a su modo, pero de ahí a convertir a alguien tan inconveniente en una Jamestown, había un abismo, y no iba a consentirlo.

Parker removió su té con una sonrisa en los labios, como si no le sorprendieran sus palabras. A veces no sabía si ese muchacho era valiente o un inconsciente. En otro tiempo él mismo había sido así, audaz y testarudo, pero Parker tenía obligaciones que él no había tenido.

—Me pregunto qué pensaron los padres de madre cuando tú la visitabas para pretenderla.

Su tono fue insultante y su sonrisa lo fue aún más.

Garrett se levantó como un toro y cruzó el comedor en cinco grandes zancadas. Con la sangre rugiéndole en los oídos, apretó los puños y miró a su hijo. Este le ignoró mientras seguía bebiendo aquel estúpido té, como si no fuera consciente de que podía destrozarle con sus propias manos.

Allí, a menos de un metro, con Aurelia a solo unos centímetros de él, pensó que el muchacho no sabía lo que decía. Había nacido en una cuna de oro, sin tener que pelear por nada en su vida. Relajó las manos y suspiró, tratando de relajarse.

—Si crees por un segundo que mi situación y la de tu madre se parece en algo a lo que tú crees sentir por esa joven, estás muy equivocado. Por mi parte, no me gustaría que pienses que tengo nada en contra de ella, pero recuerda que todos tenemos un deber que cumplir en la vida, y que el tuyo no está a su lado. Un día lo verás tan claro como yo.

Parker ni siquiera le miró, se limitó a tomar un nuevo sorbo y a dejar la taza en su lugar antes de levantarse y dejar el comedor sin mirar atrás.

El ruido de una taza al romperse contra el suelo le hizo mirar atrás. Aurelia miraba una mancha en su vestido como si fuera a desaparecer con la sola fuerza de su mirada.

Garrett despachó al criado que acudió en su ayuda con un gesto, así como a todos los demás.

Se agachó junto a su esposa, sintiendo que sus rodillas crujían al hacerlo. Ya no era el jovencito que miraba a la hija de su jefe con deseo, soñando con labrarse un futuro solo por el placer de plantar un tesoro a sus pies. Al final lo había hecho, pero la gente seguía pensando que se había casado con ella por su nombre y su fortuna. En cierto modo, eran iguales cuando se habían casado, al menos en cuanto a capital. Su padre se había convertido en su socio y los dos construían barcos que navegaban y mercadeaban por todo el mundo. En pocos años serían una de las navieras más importantes del globo, y él había logrado su tesoro, el corazón de la muchacha a la que miraba con anhelo cuando el que había sido su jefe le invitaba a cenar.

—Si pensara que tienen un futuro, no me opondría, y lo sabes. Quién soy yo para oponerse a los sueños de nadie, Aurelia.

Los ojos de su esposa, llenos de lágrimas, dolorosamente azules, se clavaron en él.

Alzó una mano y acarició el rostro de Garrett.

—Es un niño todavía en muchos aspectos —dijo Aurelia—. No es como

nosotros ni ha vivido lo mismo que nosotros, Garrett. Se dará cuenta de que Mary no es apropiada para él. Recapacitará y encontrará a alguien adecuado.

—Esa muchacha no es el mayor problema, querida. Bien sabe Dios que es dulce y una cicatriz no es un crimen mayor que la maldad que llevan otros en su corazón. —Inspiró hondo, como si necesitase tomar aire antes de lo que iba a decir—. Podría admitirla en nuestro seno si supiera que Parker va a aceptar su responsabilidad con la empresa y la familia.

—Lo hará —respondió Aurelia con convicción—. Un día.

Garrett se dejó caer en el suelo. Las rodillas le estaban matando. De pronto se sintió demasiado mayor, cansado.

—Un día. ¿Y qué pasa si no queda tiempo? ¿Qué te dice que no puedo morir mañana?

Aurelia le miró desde lo alto de su silla, digna, hermosa todavía, sorprendida, indignada.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres el hombre más fuerte y más cabezota que he conocido en toda mi vida. Tú no morirás jamás, ¿me oyes?

Lo dijo con tal convicción que Garrett no pudo más que reír. Por ello y por mil cosas más se había enamorado de esa mujer. Tiró de su mano y la obligó a sentarse en su regazo, sin importarle que los criados o el mismo diablo pudieran verles. La besó y la acunó entre sus brazos, feliz.

—Ojalá pudiéramos estar seguros de eso. Pero mientras tanto, alguien tiene que conseguir que Parker madure de una vez.

La calle Cherry debía su nombre a la enorme hilera de cerezos que la flanqueaban. Una calle de gente acomodada, limpia y tranquila.

Flynn se sintió un intruso en cuanto sus suelas pisaron sus adoquines. Incluso el coche de punto que le había dejado junto a la casa del reverendo Lewis parecía fuera de lugar, sucio y viejo, en comparación con las lujosas berlinas que circulaban por allí. Sentía como si, en cualquier momento, alguien, el mismo juez James Thompson, fuera a aparecer tras una esquina y

fuera a señalarle con uno de sus dedos largos y blancos. Entonces todos le mirarían, se reirían y le echarían de allí como el ratero disfrazado que era.

Sin embargo, nadie le señaló ni se rio, sino que le saludaban con gestos de la cabeza o sonrisas amables, asumiendo que era uno de ellos por el simple hecho de que estuviera allí, pisando la misma calle limpia que ellos, vestido como ellos.

—¿Señor Connelly?

Unos pasos rápidos le alcanzaron en cuanto se detuvo. Solo al tenerlo cerca reconoció al joven Parker Jamestown, que le sonreía y le tendía una mano.

—Tiene usted buen ojo, señor, para reconocerme de espaldas — respondió, estrechando aquella mano limpia, blanca y delicada. La suya, mucho más morena y fuerte, pareció engullirla durante unos segundos, aunque la mano del rubio le correspondió pronto con la misma fuerza. Jamestown no era un alfeñique, como su apretón le demostró. Podía parecer débil, pero no lo era—. Mi socio dice que, de espaldas, todos los blancos parecemos iguales. Y creo que de frente todos se lo parecemos también.

Jamestown le dedicó una sonrisa rápida y sincera. No preguntó por su socio, aunque hubo curiosidad en su mirada. Su educación se lo impedía, o tal vez no quería que su contacto pasase de ese apretón y ese encuentro casual.

—Le habría reconocido sin problemas. En esta calle todos nos conocemos y alguien nuevo destaca como un... —De pronto se calló, como si no supiera cómo calificarle—. ¿Iba a visitar al reverendo? Me temo que no le encontrará a esta hora.

Flynn se contuvo para no mostrar su molestia. ¿Seguiría estando justificada su visita, ahora que sabía que el reverendo Lewis no estaba en casa?

Parker Jamestown seguía mirándole con atención, como si no supiera muy bien cómo actuar en su presencia. No era exactamente maleducado, pero tampoco se comportaba como lo había hecho el día anterior. Era evidente que pensaba que él no merecía la misma consideración que el reverendo y, por su puesto, su adorada hada. En efecto, no era un caballero, no era su igual, y no le trataba como tal.

—Ya que estoy aquí, creo que me gustará saludar a la señora Lewis.

—¿De qué les conoce usted? ¿Tiene algún tipo de... parentesco?

Flynn sintió que algo se aflojaba en su interior. De modo que aquello era lo que inquietaba al muchacho. Un posible... parentesco.

¿Cuántos puntos podía perder aquella adorable hada si el reverendo estuviera emparentado con un tipo de su categoría? Incluso si ella no era su hija, como sospechaba, y como el mismo Jamestown debía de saber también si les conocía tanto como aseguraba.

Algo en su cabeza estuvo a punto de hacerle gritar. Si esa muchacha era Alba, no quería que se relacionase con tipos capaces de valorarla menos por sus relaciones familiares. Tampoco lo merecía si no lo era.

Pero si era Alba...

Dios, ¿le amaba ella?

Al final, se limitó a hacer una pequeña reverencia en su dirección y a sonreír, con pesar.

—Digamos que le debo la vida, es todo. Y ahora, creo que es hora de partir, o se hará demasiado tarde.

—Por supuesto, por supuesto.

Nunca sabría si él también se dirigía a la casa del reverendo, pero no le acompañó, y Flynn lo agradeció. No estaba preparado para verle adorando a una mujer que podía ser o no Alba. Necesitaba hablar con ella a solas, si podía, comprender lo que había ocurrido, y, sobre todo, rogarle que le perdonara.

Capítulo 9

—Un caballero desea ver a las señoras de la casa, señorita. Ya le he dicho que la señora Lewis está indispuesta, pero insiste en hablar con usted.

Mary frunció el ceño y tocó una última nota en el piano, que sonó, discordante, en la sala, hasta desaparecer.

No estaba preparada para recibir a nadie y no le gustaba hacerlo sin que estuvieran el reverendo o Gertrude presentes.

—¿Ha dicho lo que desea, Petra?

—No, señorita, solo que desea hablar con usted. Parece importante. Ha dejado su tarjeta.

Petra le tendió una bandeja con un papel en medio. Color claro, papel grueso y de buena calidad, letras negras y de ortografía elegante. Pudo leer su nombre incluso a varios metros de distancia.

Pensó que podía despacharle, pero ¿qué sentido tenía hacerlo?

¿Acaso no había deseado poder tener la oportunidad de volver a hablar con él durante diez años? Le había suplicado a Dios miles de veces por ello, sin ningún tipo de esperanza, hasta perder la voz y quedarse sin lágrimas.

—¿Qué le digo, señorita?

Petra la miraba, como si pudiera leer todos y cada uno de sus pensamientos, con aquella mirada que a veces era fría e insolente, pero otras, la sorprendía con su calidez. Suponía que obtenía de ella lo que daba. Si no

podía amar, ¿cómo iba a ser amada?

—Dile que pase a la biblioteca, Petra, por favor —dijo con una sorprendente calma, a pesar de que todo a su alrededor parecía estar borrándose—. Sírvele un té, o lo que desee tomar, y dile que bajo enseguida.

Petra debió de notar algo en su voz, porque pareció a punto de hablar, pero no lo hizo. Se limitó a hacer una reverencia y salió del saloncito donde Mary pasaba tantas horas que lo consideraba su hogar.

Sus dedos se pasearon por las teclas del piano, aunque ya no volvió a tocar nada.

En un impulso, se levantó y salió al pasillo. No miró su reflejo en el espejo. Conocía su aspecto de memoria. No se puso un vestido bonito, no arregló su cabello, no se colocó el velo que reservaba para no ofender a los desconocidos.

No. Aquel era Flynn. Y él la había visto con ropas andrajosas y sucias y la había amado así, como ella le había amado cuando no era el hombre vestido como un caballero que era ahora.

Solo que ahora ninguno de los dos conocía al otro y nadie podía vivir solo de recuerdos.

El té se enfriaba en la delicada taza, sin que lo hubiera tocado siquiera. Flynn temía que, si la tocaba, derramaría su contenido en la alfombra. Gertrude no se lo perdonaría jamás.

Inquieto, se paseó por la biblioteca, tratando de distraerse. Cualquier cosa con tal de no pensar en el hecho de que ella llegaría en cualquier momento.

Pudo sentir su presencia antes de verla. Aun de espaldas, escuchó su respiración leve, olió su aroma, no a perfume, sino a flores. Y recordó al reverendo diciendo lo mucho que las adoraba. Siempre lo había hecho, desde niña.

—No me gustaría que nuestras primeras palabras después de diez años estuvieran llenas de odio y rencor, Flynn. No sabes lo mucho que me alegro de

que no te ahorcasen.

Su voz sonaba extraña, triste, sin música. Era como si hubiera perdido el alma. Sus palabras en sí también habían sido raras, como si ella hubiera tenido la culpa de que hubiera estado a punto de morir.

Cuando se giró para mirarla, esperó ver a una niña, a la muchacha que había amado, sucia, mal vestida, y se sorprendió al ver a una dama con un vestido tristón, con el cabello rojo recogido, demasiado tirante, con los ojos secos y la boca convertida en una línea.

En su interior, reconoció que había esperado que no hubiera cambiado, que todo volviera a ser igual, pero aquello era absurdo. Del mismo modo que él no volvería a ser el mismo, era imposible que ella lo fuera. Y no tenía derecho a esperar que le recibiera con los brazos abiertos después de haberla abandonado.

—El reverendo me salvó el pescuezo en el último momento —comenzó a decir, con voz vacilante, aunque calló al ver que ella no parecía escucharle. No había avanzado un solo paso hacia él, como si no quisiera escucharle y miraba hacia un punto por encima de su hombro, como si fuera un desconocido—. Fui un idiota y jamás podré compensar lo que hice. Pero eso tú ya lo sabes. Alba...

Ella levantó la mirada y le miró a la cara por primera vez. Entonces vio su cicatriz y la rabia en sus ojos, el dolor que no podía ocultar.

—Alba murió hace diez años. Me llamo Mary, ¿me oyes?

—Eso es...

—Tuvimos suerte en la vida, Flynn. Una parte de nosotros vive aún y tú incluso has hecho la fortuna que querías. Olvida que Alba Maria McIntyre vivió un día, ella ya no existe.

—¿Quién te hizo eso? ¿Cómo ocurrió?

Ella suspiró, desesperada. Se acercó al fin y su olor llegó a él, mezclado con el de la rabia y el miedo.

—No te das cuenta, pero estamos muertos desde hace mucho tiempo. Tú y yo somos solo fantasmas. Lo que estás viendo es solo una cáscara vacía, y lo

que queda un día dejará de existir también —añadió con un gruñido—. Olvídame, Flynn, por favor.

Flynn ahogó un gemido de agonía. Levantó una mano para tocarla, pero ella le evitó.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Sabes lo que he pasado todos estos años, pensando en que te había abandonado, en que podías haber muerto por mi culpa? Si estás aquí, hay esperanza de...

—¿Esperanza? —le espetó ella, con una violencia que le hizo retroceder un paso—. Mi esperanza murió hace diez años, la noche en que me dejaste sola. Y ahora, lárgate y no vuelvas. No vuelvas, por Dios.

Su voz sonó desgarrada, amarga.

Flynn claudicó y cerró los puños. La dejó allí, clavada, con la mirada dura, perdida, en mitad de la biblioteca.

Alba... Mary... podía pensar que era sencillo dejar el pasado atrás, que bastaba con decir unas simples palabras, dar un portazo, pero sabía por experiencia que el destino era un hijo de puta con muchas mañas y que, el día menos pensado, te tocaba la puerta con una sonrisa.

Mary apenas veía por dónde iba mientras caminaba de vuelta al saloncito, el lugar que durante tantos años había supuesto el refugio que su alma necesitaba.

Se cruzó con Petra, que dijo algo, aunque no la escuchó, y siguió adelante. Necesitaba silencio, aunque, por desgracia, sabía que ni siquiera en el saloncito lo hallaría ya.

El silencio había terminado para siempre. Ya no habría refugio nunca más. Ya no podía escapar de sus pensamientos ni de los anhelos de su corazón.

Solo en ese momento se dio cuenta de lo sencillo y cruel que había sido pensar que Flynn estaba muerto. Sí, su muerte lo facilitaba todo. Solo tenía que vivir, o sobrevivir, comer, dormir, sonreír cuando era necesario, decir obviedades a sus conocidos en las cenas de compromiso e incluso bailar

alguna pieza con algún joven en los bailes. Todo aquello era un mecanismo que su cuerpo realizaba por inercia, sin necesidad de pensar, de sentir. Aquella capacidad había desaparecido hacía diez años, la noche en que Flynn aceptó trabajar para Paddy para sacarles de la miseria, o quizá antes, cuando Maria decidió dejar Irlanda para buscar un futuro mejor en América.

En todo caso, con Flynn muerto, su vida había transcurrido sin altibajos, aburrida, plácida. Nunca se había quejado por ello, ni siquiera se había dado cuenta del paso del tiempo.

En su cabeza a veces pensaba en lo que podría ser si aquello no hubiera ocurrido, pero prefería no hacerlo. El destino no podía cambiarse. Solo tenía una meta en la vida, matar a Paddy, y aquel día su vida acabaría.

Pero ahora...

¡Dios, Flynn vivía!

Y ella acababa de expulsarlo de aquella casa, como si fuera igual de sencillo echarlo de su cabeza, de su corazón, de debajo de su piel.

Él había sido una ausencia constante en su vida.

Se detuvo en medio del pasillo, con la mirada ausente.

Debería sentirse feliz de que estuviera vivo, de que hubiera alcanzado lo que siempre había deseado.

Era un hombre de fortuna, por lo que había podido ver. El reverendo le había pedido ayuda en su proyecto de la escuela, así que debía de tener dinero y cierta influencia.

¿Por qué no se sentía feliz por él? ¿Por qué, maldito fuera?

Seguro que su madre debía sentirse satisfecha, allí en el cielo. Siempre había sabido que llegaría lejos.

De pronto, se sintió agotada. Con la vista borrosa, se dejó caer en el asiento más cercano. El corsé le apretaba como si estuviera a punto de ahogarse en cualquier momento.

La voz de Flynn, su voz casi de niño, le habló desde el pasado, haciendo que las lágrimas brotaran de sus ojos: —Dime todo lo que quieres tener,

porque lo tendrás. Te juro que, a mi lado, siempre tendrás todo lo que desees.
Te lo daré todo. Todo.

—Yo solo te quería a ti, Flynn —susurró, sin darse cuenta, notando al fin cómo el dolor la desgarraba por dentro, como si el tiempo no hubiera pasado—. Solo a ti...

Capítulo 10

Al salir de casa del reverendo Lewis, abrumado y dolorido, Flynn tomó otro coche de punto para volver desde la calle Cherry, pero se bajó en cuanto se acercó lo bastante a su destino como para no destrozarse los zapatos andando. Siempre había pensado mejor mientras caminaba. Además, aquel cochero había debido de oler en él al farsante que se escondía bajo la ropa cara, porque le había pedido un precio desorbitado por el trayecto.

Sin rechistar, pagó lo pedido y algo más, haciendo que el tipo escupiera junto a sus zapatos.

Al parecer, no le gustó que alardease de su fortuna de aquel modo.

En algún momento de su camino hacia Five Points, comenzó a correr. Necesitaba ahogar de algún modo la agonía que sentía, la energía negra que quemaba sus venas.

Alba había muerto. Aquella mujer que le había hablado aquella mañana no tenía nada que ver con la muchacha que él había conocido. Y él tenía la culpa. Él la había matado al abandonarla, al haber aceptado participar en aquel maldito robo.

Apretando los dientes para ahogar un grito, sin hacer caso de los que le miraban al pasar, sorprendidos, corrió hasta que sintió que el aire quemaba en sus pulmones y necesitaba detenerse. Entonces, jadeante, apoyó la espalda contra un edificio destartado.

Durante unos minutos, agradeció el no poder pensar. Pero con la

respiración tranquila, los pensamientos regresaron a su cabeza.

Necesitaba saber lo que había ocurrido. ¿Cómo había acabado Alba en casa del reverendo? ¿Por qué tenía aquella cicatriz, que le había dolido en la misma alma? ¿Por qué decía que había muerto la noche en que se había marchado?

—Yo la maté —un gemido hondo y grave se escapó de entre sus labios.

Una risa aguda salió de una calle aledaña, sobresaltándole, pero no parecía estar relacionada con sus palabras.

En todo caso, le hizo reaccionar.

Habían pasado diez años y ya no era ningún niño estúpido, o eso se suponía. Había llegado la hora de enmendar sus pecados. La vida le había dado una oportunidad de volver a vivir, así que era hora de aprovecharla al fin.

Cuando Flynn llegó a El Trébol Dorado, el local estaba vacío. Era lógico, porque todavía estaba cerrado, pero la puerta estaba abierta, así que se puso en guardia, esperando que alguna sombra lo asaltase por la espalda.

Desde que Paddy y Billy el Pecas habían vuelto a su vida, podía esperar cualquier cosa, y una visita del pelirrojo no sería lo más extraño que podía ocurrir.

Sin embargo, en cuanto su vista se acostumbró a la oscuridad, pudo ver que era Chow el que estaba detrás de la barra, sirviéndose una cerveza.

Se quitó la chaqueta y la dejó en la mesa más cercana, dando por sentado que estaba limpia, aunque sin preocuparse lo más mínimo por ello.

Sentía que apestaba a sudor. Más tarde iría a su alojamiento para darse un baño y cambiarse de ropa, pero en ese momento necesitaba hablar con alguien.

—No volviste anoche.

No quiso que su voz sonase como un reproche, pero pudo ver que Chow Li apuraba su vaso de cerveza antes de servirse otro. El chino parecía cansado y

se movía de modo extraño, como si necesitase en todo momento el apoyo de la barra o algún mueble para poder mantener el equilibrio.

—¿Estás borracho? —preguntó Flynn cuando vio que Chow trastabillaba contra una silla al salir de detrás de la barra, derramando casi toda su cerveza.

Chow masculló algo en su idioma. No sonó bonito y Flynn agradeció no entenderlo.

Se preguntó qué había hecho que su amigo cayera en semejante estado. No era que Chow fuera un santo, pero le había visto pocas veces en ese estado de embriaguez. Pensó que la última vez que le había visto había sido al salir de allí con Lily West y temió asociar ambos hechos.

—Espero que no hayas acabado con todas las provisiones o Mickey te romperá la cabeza con esa porra a la que le tiene tanto cariño.

—Hablas demasiado, Michael Flynn, pero ni borracho puedo dejar de ver que tienes el corazón roto. Eres demasiado sentimental como para disimular. Todos los irlandeses lo sois.

Para su sorpresa, Flynn sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Cuántos años hacía que no lloraba? ¿Qué consuelo le depararía hacerlo en aquel lugar, con olor a cerveza rancia y a suciedad de cuerpos acumulada durante años, mientras un chino borracho a punto de caerse le apuntaba con un dedo tembloroso?

—Tú tampoco pareces estar pasando por tu mejor momento, amigo. Será mejor que vayas a acostarte.

Chow hizo lo que Flynn supuso que era un amago de bufido, pero que quedó en chapurreo baboso.

—Yo nunca he faltado a mi deber. Chow Li debe estar aquí, o todo puede ser un desastre. Podrías perder El Trébol Dorado en una partida de cartas o... —siguió un farfuleo, no supo si en chino o en inglés. De pronto, levantó la cabeza y le miró a los ojos, con una mirada sorprendentemente clara—. Este lugar es un maldito infierno y estamos condenados, Michael Flynn. Yo ya he dado mis primeros pasos y tú me seguirás pronto.

Flynn se preguntó qué le había alterado tanto para hablar así. Hasta hacía

muy poco, Chow siempre decía que él saldría de allí con el alma limpia. Rico, pero intocado. Flynn también había pensado lo mismo cuando era un niño, pero aún seguía allí. Y se temía que moriría allí. Había luchado por todo aquello por Alba, o por su recuerdo, pero ella ahora estaba muerta, o eso aseguraba.

Todavía tenía la oportunidad de ver si quedaba algo de lo que había sido en el corazón de aquella que se hacía llamar Mary. Entonces, quizá, todavía quedaría una pequeña esperanza.

En caso contrario, Chow tendría razón y estaban condenados. No quiso decirle que en su ausencia ya había recibido la visita del primer enviado de Satanás, porque aquello confirmaría sus sospechas. Con un suspiro, tomó a su amigo del brazo y lo llevó a su pequeña habitación, en la parte trasera del salón de baile. Siempre le había dicho que debería buscarse algo decente, que tenía dinero suficiente para ello, pero Chow insistía en que necesitaba ahorrar todo su oro y regresar un día a su país como un señor.

Flynn no podía reprocharle sus sueños. Él también los había tenido un día. Ahora sabía que era mejor aferrarse a la realidad y olvidar las quimeras. Los sueños dorados podían convertirse en pesadillas que rompían el corazón y las vidas de los que amamos.

La sede de Tammany Hall, en la calle East, entre la Tercera Avenida e Irving Place, estaba abarrotada esa noche. A Billy el Pecas le costó encontrar asiento, aunque, de todas formas, después de un rato, se levantó y se colocó junto a la entrada. Siempre le había gustado observar a la gente, a ser posible desde cerca de la salida, por si había problemas y había que salir pitando antes de que llegara la policía metropolitana.

Claro que las trifulcas no eran tan habituales desde que Isaac Fowler era Gran Sachem de la organización.

Era curioso que un tipo como él hubiera acabado como mandamás en un lugar como Tammany. Se decía que hasta tenía estudios. Gracias a sus influencias, tipos que jamás se hubieran relacionado con pobretones irlandeses

y pendencieros como Paddy, por rico que fuera, señoritingos con reloj de oro, bajados de sus carruajes justo en la puerta, acudían a las reuniones y se unían al partido cada semana.

No parecía importarles que Tammany estuviera de capa caída por culpa de los escándalos. Gente como Paddy y otros compraban los votos de sus hambrientos compatriotas a cambio de comida y monedas, y se reían de las denuncias de sus rivales.

En un lugar como Five Points, si eras irlandés, o votabas a Tammany o te partían el espinazo. Era muy sencillo en el fondo.

También era sencillo para gente como Fowler y esos ricachones de buena familia. Al fin y al cabo, el dinero era el dinero, y también el poder. ¿Qué más daba de dónde provenían los votos y cómo se conseguían si te daban el lugar que merecías?

Paddy seguía hablando y hablando. Siempre había tenido labia, pero bien vestido, con los ojos azules echando chispas, los dedos metidos en los bolsillos del chaleco, casi parecía uno de aquellos señoritos. Si no fuera por aquellas botas de carnicero, claro.

Billy podía oler a veces el aroma de la sangre que habían vertido sus manos cuando era niño, no toda de animales.

Esas botas siempre se lo recordaban.

Eran lo primero que había visto cuando había abierto los ojos un día en la calle. Hacía frío y no había comido en días. Creyó que iba a morir o que le iban a violar. En ese momento le dio igual. No tenía ni diez años y había vivido mil vidas. La primera había acabado en el momento en que su padre les había echado a su madre y a él a la calle después de que ella le llamara borracho por enésima vez. Ella le había dejado en una esquina y no la había vuelto a ver. A esas alturas ya sabía lo suficiente como para comprender que no tenía que esperarla.

Había robado, había comido basura, se había metido en callejones con tipos que le habían pedido que les hiciera cosas que ni entendía.

Y un día había visto las botas de Billy al abrir los ojos.

—Tienes suerte de que me haya levantado de buen humor, chico.

Supo que el hueco donde se había tirado a dormir le pertenecía, que toda la calle era suya. Y también supo que no se había levantado, sino que Paddy no se había acostado.

El carnicero necesitaba a un chico de los recados, a alguien que no preguntase nada, que no se cuestionara nada. Y sabía bien el valor que tenía el hecho de que le debiera la vida. Billy le debía la vida y mucho más. Le debía el ser quien era.

Supo que Paddy había terminado de hablar cuando le vio con una copa en la mano, rodeado de los ricos caballeros que no le llegaban a la altura de las suelas de las sucias botas de carnicero, esas que arrancaban miradas de asco y sonrisas de superioridad.

Esperó. No tenía prisa.

Vio que Fowler le palmeaba la espalda. Había escuchado que intentaba convencerle de que se presentase a las elecciones. Billy dudaba que lo hiciera. Paddy prefería ser un poder en la sombra, manejarlos a su antojo. A su modo, eran él y sus amigos los que gobernaban aquella ciudad y todos lo sabían.

Supo el momento justo en que Paddy le vio, porque sus ojos azules se entrecerraron y su sonrisa se volvió más fría. Nadie más lo notó. El irlandés era un perro de presa y había visto que la pieza que deseaba estaba un poco más cerca.

Billy hizo un gesto con la cabeza y salió del atestado edificio. No le gustaban los sitios cerrados. La calle era su sitio, allí donde se podía respirar, aunque fuera el olor de la mugre.

A esa hora ya había anochecido y allí el ambiente se diferenciaba bastante del que estaba acostumbrado. No había putas ni borrachos en las esquinas, aunque, en esencia, ningún humano era tan distinto, rico y educado o no. Escupió a un lado y se recostó en la fachada del edificio a esperar a Paddy, que no tardó en salir.

—¿Con quién hace los tratos sucios? Rápido, me están esperando, mañana hablaremos con más calma.

Paddy hablaba con aspereza, como siempre que no necesitaba disimular ni ganarse el afecto de la persona que tenía ante sí. Era posible que Billy fuera el que mejor le conocía en el mundo, pero sabía cuál era su lugar. Había sufrido su violencia, pero conocía su afecto también. Paddy sabía castigar y también sabía compensar a los que le servían bien.

Le contó en pocas palabras lo que había averiguado sobre Flynn, tratando de contener el desprecio que sentía por el que había sido su rival.

—Todo el mundo dice que está limpio, pero sabemos bien que en Nueva York ni siquiera la Virgen María lo está. Paga su tributo a los Conejos Muertos y a algunas bandas más para que le dejen tranquilo, pero no hace negocios sucios, según ellos. Algo de contrabando, pero poca cosa. Nada de juego, nada de putas. Y no porque no lo hayan intentado con él. Quiere llegar virgen al cielo y parece que lo va a conseguir, aunque eso no quiere decir que no haga sus tejemanejes detrás de esas bonitas cortinas de terciopelo que tiene.

Paddy emitió una risa seca entre dientes.

—Un día me dirás por qué odias tanto a mi sobrino, chico. Nunca he conocido a nadie tan rencoroso como tú. Pero ahora tenemos que conseguir que nos abra las puertas de ese reverendo y de sus amigos. Solo por si acaso, intenta averiguar todo lo que puedas sobre él. Tiene que haber algo más de lo que se ve a simple vista.

Billy volvió a escupir junto a la bota tachonada de Paddy.

—Tu sobrinito es un gato que siempre cae de pie y tiene la suerte del irlandés, como dicen los viejos borrachos, o la ha tenido hasta ahora. Se libró de la horca por algún milagro divino y se ha hecho rico con una reputación más limpia que la sotana del Papa de Roma. Si el cabrón desagradecido no te abre esa puerta, yo me encargaré de que te abra una ventana.

Paddy rio y le palmeó la espalda, como quien palmea el lomo de su perro más fiel, pero a Billy le dio igual. Como todo esclavo, solo esperaba su momento para rebelarse y tomar lo que merecía.

Capítulo 11

Mary llevaba horas escribiendo nombres en sobres diminutos. Gertrude le había dado una lista, y le había dicho que más tarde le daría las invitaciones.

—Tu letra es preciosa, hija, y mi vista ya no es lo que era, ya lo sabes.

Había asentido y se había puesto a ello. Al menos sería una ocupación que la mantendría con la mente ocupada, que la obligaría a no pensar.

Apenas era consciente de los nombres que estaba escribiendo, uno tras otro, haciendo una marca diminuta en la lista que Gertrude le había dado, cuando vio el de la sobrina de esta, Agnes.

¿Qué tipo de evento estaba organizando Gertrude para invitar a su sobrina?

Se tomó un descanso en la escritura para estirar los dedos y el cuello, masajeándolo.

Agnes, con su antipático gesto perpetuo y su voz seca y aguda. Ella, que ni siquiera tenía palabras amables hacia el marido bienamado de su tía, sabiendo el daño que le hacía a Gertrude con su actitud.

—¿Has acabado, cariño? Te he traído una taza de té y las invitaciones que te dije. Creo que me voy a sentar contigo para echarte una mano. Los invitados tendrán que perdonar mi terrible caligrafía. Al fin y al cabo, es una buena causa.

Mary tomó la taza de té de la bandeja y comenzó a leer la nota por encima. Al hacerlo, sintió que la taza temblaba entre sus manos y tuvo que posarla en

el regazo.

—¿Una fiesta de recaudación de fondos para la escuela? ¿Es necesario?

Gertrude bufó y agitó la cuchara en el aire con energía.

—Eso mismo le dije yo al reverendo, y ¿sabes qué me respondió? Que debíamos avanzar con los tiempos, niña. ¡Me llamó antigua!

Mary no pudo evitar sonreír al ver su aire indignado. Gertrude, que llevaba el mismo peinado desde que se había casado, no podía llamarse a sí misma una innovadora, aunque tampoco era una mujer conservadora en muchos aspectos. Se había casado por amor en contra de los criterios familiares y la había acogido en su casa cuando otros la habrían dejado en el arroyo.

De pronto, sintió una oleada de cariño enorme hacia ella. Dejó la taza a un lado y le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—Eres la mujer más maravillosa del mundo, Gertrude, y él lo sabe. Lo que no entiendo es cómo se le ha podido ocurrir algo así. No parece propio de él el querer llenar la casa de desconocidos.

La esposa del reverendo le sonrió y pareció más calmada.

—Se lo ha sugerido alguien que quiere invertir en la escuela, alguien de ese partido con sede en Tammany, no recuerdo su nombre. Lo conocerás en la fiesta, debe de ser todo un carácter, según el reverendo.

Mary sabía lo que el señor Lewis valoraba a la gente con iniciativa, así que supuso que, en efecto, le gustaría conocerle. Por un momento había temido que hubiera sido una sugerencia de Flynn, que aprovecharse la ocasión para volver a abordarla.

Hacía días de su visita y no había vuelto a saber de él. Le sorprendía su contención, aunque, si lo pensaba, lo cierto era que no sabía nada de él. Quizá, después de todo, había comprendido que habían crecido y que debían pasar página. Eso se lo haría todo más sencillo.

—Me alegra verte sonreír, pequeña. Estos últimos días estabas...

Mary parpadeó y miró a Gertrude, tratando de sonreír. No había sido consciente de que sus emociones eran tan visibles.

—He estado pensando mucho en todo este asunto de la escuela, solo eso.

Gertrude la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—Bien, pero no te preocupes tanto. Y ahora, será mejor que nos pongamos a trabajar o no acabaremos nunca con esta lista interminable.

Mary dio un último sorbo al té y tomó la pluma, escribiendo con rapidez la dirección de Agnes y pasando al siguiente nombre sin pensar en nada más.

Quedaba mucho tiempo para esa fiesta. Dos semanas enteras eran toda una vida. Incluso podía aducir un dolor de cabeza para no asistir. No era necesario que ella, la muchacha marcada y recogida por el reverendo, estuviera presente.

—Reconoce que has estado evitándome.

Mary miró a Parker por el rabillo del ojo. La dama que se sentaba a su derecha carraspeó, molesta, pero la sonrisa del joven no disminuyó un ápice.

—No es el momento —le amonestó Mary, ganándose un nuevo carraspeo.

Parker tuvo el tino de mantenerse en silencio durante el resto del servicio religioso, aunque no se privó de sonreírle ni de dedicarle miradas cómplices que levantaron rumores en la concurrencia.

Cuando salieron, había corros de vecinos que murmuraban acerca del joven caballero y la hija del reverendo.

Mary no pudo menos que notar sus miradas en su espalda, sus cuchicheos nada discretos, los siseos de sus voces siguiéndola. Era una suerte que Gertrude no se diera cuenta de ello, ocupada en discutir el menú de la fiesta con las damas, y que el reverendo estuviera comentando el sermón con sus fieles.

Parker, en cambio, a unos metros de distancia, le hacía guiños descarados. Sin duda, consideraba toda la situación muy divertida.

Destacaba entre el resto con su traje elegante y su figura apuesta. Era alto,

delgado, tan guapo y delicado. Bajo el velo, Mary se sonrojó, aunque no fue de emoción ni de deseo.

Era cierto que había estado evitando su presencia. Verle habría supuesto el riesgo de que él le hablara de esos sentimientos que decía que tenía hacia ella.

No dudaba que la apreciara. Se conocían desde hacía años, pero ¿era posible que la amara? O, como sospechaba, ¿la pretendía solo en una muestra de rebeldía porque era alguien inadecuado, sin pasado, sin nombre? ¿Solo porque sabía que sus padres, y la sociedad en general, jamás aprobarían su unión?

No podía evitarle siempre. Ese mediodía estaba invitado a comer y ella misma había escrito la invitación con su nombre para la fiesta. Sería el socio de su padre en la escuela.

Como Flynn...

También había escrito una invitación para él, con letra algo temblorosa, deseando que resultara ilegible, para que se perdiera y no llegase nunca a su destino. De ese modo no tendría que volver a enfrentarse a él.

—Hoy en la comida no podrás evitarme con tanta facilidad.

La voz de Parker la hizo sobresaltarse. Había sonado demasiado cerca. Tanto, que su aliento había hecho moverse el velo justo ante su rostro. Ese hombre no sabía lo que era el decoro.

—Podremos comentar las palabras del reverendo durante el sermón de hoy, señor Jamestown. Estoy segura de que eso es lo que tanto desea.

Su tono ácido hizo que Parker fuera consciente al fin de que su insistencia en público no era bienvenida. Él hizo una ligera reverencia en su honor y se dirigió hacia el reverendo, con el resto de caballeros.

—Parece que Parker se ha vuelto algo... audaz últimamente.

Gertrude sonreía, pero Mary sabía que no aprobaba su comportamiento.

—Te aseguro que no le he animado.

—Lo sé, lo sé —la cortó la señora Lewis, sujetándole una mano para acallarla. A su alrededor, las miradas se habían vuelto hacia ellas—. Sé bien

que la indiferencia es a veces el mayor de los alicientes. Creo que tendremos que tener una charla con el señor Jamestown.

Mary volvió a sonrojarse tras el velo. Hacía calor y le molestaba, pero no le gustaba mostrar su rostro ante las miradas de tanta gente. En todo caso, el calor no justificaba sus alteradas emociones en los últimos tiempos.

—Claro —respondió, aunque ni siquiera sabía si Gertrude esperaba una respuesta, porque ya estaba hablando del menú de la fiesta como si no hubiera ocurrido aquel interludio.

Libre otra vez a sus pensamientos, Mary dejó vagar sus ideas. No era habitual que nadie le hablase, de modo que podía pasear un rato por las calles aledañas a la iglesia metodista mientras el reverendo y Gertrude se despedían de sus amistades. A veces había paseado del brazo de Parker, pero en esta ocasión lo único que deseaba era estar a solas.

Tras hacerle un gesto a Gertrude, se alejó unos pasos, sin ni siquiera fijarse por dónde caminaba. En cuanto estuvo lejos del pequeño grupo, se soltó el velo e inspiró hondo, como si no hubiera suficiente aire en el mundo para llenar sus pulmones.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, notó que estaba corriendo. Las anchas faldas se le enredaban en las piernas y el corsé le impedía respirar, haciéndola resollar.

Se detuvo junto a un edificio adornado con columnas y estatuas en la fachada. A veces había pasado junto a él, pero ni siquiera sabía a qué estaba destinado. Le dio igual, necesitaba parar para no ahogarse. A su lado pasaron varias personas que la miraron con curiosidad, pero ninguna de ellas le ofreció su ayuda, y ella lo agradeció.

Algo en su interior la impelía a seguir corriendo, pero sabía que no podía, que la esperaban.

Gertrude, el reverendo Lewis, Parker... todo el mundo esperaba algo de ella, pero ella ni siquiera era Mary, como tanto se había empeñado en creer.

Desde el regreso de Flynn, cada vez le costaba más mantener aquella frialdad, aquella medida. ¿Cómo podía enfrentarse a él en público, delante del reverendo, delante de todo el mundo, fingiendo que no le conocía?

No, tenía que acabar de una vez con lo que se había prometido a sí misma hacía diez años. Solo entonces podría volver a vivir, con el nombre que fuera.

Sacó la lista de la fiesta del bolsito. La había metido allí en un impulso, como si tenerla a mano supusiera tener en su poder la capacidad de recuperar su propia vida, lo que podría haber sido. Volvió a leer el nombre que había escrito para Gertrude, con letra sorprendentemente templada.

Sí. La vida, después de todo, le había dado una oportunidad de vengarse. Paddy estaría en la fiesta, a su alcance, muy pronto. Era justo que Flynn también estuviera presente. Al fin y al cabo, el destino era circular, como decían los ancianos en la vieja Irlanda.

Cuando volvió junto a la iglesia, mucho más calmada, incluso se pudo permitir sonreírle a Parker. Algo en su interior se sentía distinto, pero más fuerte que nunca.

Podría darle una respuesta si es que él le hacía una proposición. Aunque primero él tendría que saber quién era ella en realidad. Solo entonces podría decidir él, el segundo hijo de uno de los mayores magnates del país, si todavía deseaba pretenderla a ella, huérfana, profanada, marcada y, muy pronto, asesina.

Capítulo 12

—Nada de chinos y nada de negros aquí, señorita West, ya se lo dije. Esta es una casa decente.

La voz agria de la señora Daniels despertó a Chow Li. Desorientado, miró a su alrededor. Aquella voz le taladraba el cerebro como un gusano insidioso. Estiró una mano y buscó la botella que había dejado en alguna parte la noche anterior. Cuando la alcanzó, vio que estaba vacía, así que la volvió a soltar, con una maldición en su idioma.

—Este chino tiene más dinero del que usted puede ganar en mil años, vieja maldita.

Lily intentaba hablar en susurros, pero no podía. La discreción no era su fuerte. Si pretendía que no la oyera, era demasiado tarde.

Bien, nunca se había hecho ilusiones acerca de que ella le apreciase, y tampoco era afecto precisamente lo que él sentía por ella. Había algo en esa mujer que ni siquiera le gustaba, algo reptiliano y frío, desagradable, que le hacía despreciarse a sí mismo por seguir cayendo en sus redes cada vez. Y, sin embargo, allí estaba, en aquel mugriento jergón, todavía borracho, apestando a sudor.

Se levantó y se tambaleó hasta llegar a la silla destartada donde había dejado su ropa la noche anterior. Se vistió con movimientos torpes y buscó su cartera en el bolsillo interior de la chaqueta. Seguía allí. Tras un instante de duda, dejó cien dólares en la almohada. Era un precio más que generoso, pero

era su modo de despedirse.

Cuando salió del dormitorio diminuto, sin ventanas, y pasó junto a Lily y la casera, ambas cesaron en sus susurros furiosos y lo miraron. Tal vez esperaban que dijera algo, pero él no lo hizo. Se limitó a quitarse el sombrero para saludar, como si se encontrase en una calle cualquiera y ellas fueran las damas más delicadas del mundo.

Al llegar a la calle, el sol brillaba de forma despiadada, pero eso le ayudó a despejarse. Sin duda, lo necesitaba. Llevaba días envuelto en una bruma de alcohol y estupidez que le había hecho olvidar lo que más importaba: su negocio, el dinero, el oro que necesitaba para regresar a su país convertido en el señor que siempre había ansiado ser, como aquellos que le habían humillado.

Muy pocas veces se permitía pensar en el pasado. Desde que había llegado a América, siendo apenas un niño, muerto de hambre, con las heridas de la espalda todavía tiernas, lleno de odio, se había jurado que no dedicaría ni un minuto de su tiempo a pensar en la gente que le había obligado a dejar las tierras de sus ancestros a la fuerza, le había marcado, le había robado todo lo que amaba, y no le había dejado más remedio que huir a otro lugar muy lejano. Se había dicho que solo cuando estuviera en condiciones de recuperar todo lo que había perdido, solo entonces, podría volver a pensar en esos malnacidos.

Sin embargo, en momentos de debilidad, cuando una fiebre le atacaba, cuando la melancolía le acosaba, cuando bebía demasiado, los recuerdos volvían a él inexorablemente.

Entonces volvía a ser ese chiquillo que había visto cómo un terrateniente mataba a sus padres y a su hermano mayor, que había sentido el látigo en la espalda, el filo de la espada en el estómago. Había sido abandonado en un campo, dado por muerto, junto a los cadáveres de sus familiares, de sus criados, que se pudrían mientras los cuervos los devoraban. A veces todavía pensaba que habría sido mejor dejarse morir, pero otras, todavía sentía el impulso que le había hecho levantarse y comenzar a andar hacia el puerto cercano. Desde allí salían cada día barcos hacia Nueva York, repletos de chinos dispuestos a todo por ganar oro con el que hacerse ricos. Sí, él podía

comprender esa ambición, aunque su vida había sido afortunada hasta ese momento. El oro no era un fin en sí, sino un vehículo hacia la venganza.

Y ahora lo estaba desperdiciando en una puta que en el fondo lo menospreciaba.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios. Desterró los pensamientos de su pasado al lugar de su mente en el que los guardaba siempre. Todavía faltaba mucho tiempo para que pudiera llevar a cabo su venganza. Rezó una oración a sus parientes muertos y maldijo en silencio su estupidez. En definitiva, no era tan distinto a Michael Flynn y al resto de los hombres, por mucho que se preciase de su inteligencia.

—Bien, al fin has llegado, amigo.

Su socio no podía disimular su ansiedad, aunque tenía la deferencia de ahorrarse los sermones. Sabía que era inútil que tratase de advertirle contra Lily. Nadie más que él sabía lo absurdo de enamorarse de alguien como ella.

Se quitó el sombrero y, con mucho cuidado, lo dejó en el perchero, junto con la chaqueta.

No entendía por qué su cabeza había formado aquella extraña combinación de palabras. Él no estaba enamorado de Lily West. Era hermosa, estaba hecha de fuego, pero no la amaba.

—Ya te dije que me necesitas, Michael Flynn —respondió, con una de sus habituales sonrisas de sabelotodo—. Sin mí este negocio iría a la ruina, y lo sabes. Dime que has pagado los tributos semanales y no tendremos una de esas visitas de los matones de los Conejos Muertos. Cada vez que vienen lo dejan todo perdido.

El irlandés asintió.

—Pagué, no te preocupes por eso. Hemos recibido esto.

El papel era de buena calidad, aunque no excelente. La letra en la que estaba escrita la invitación era algo temblorosa, aunque se leía con claridad.

—¿Y qué tengo que ver yo con esta invitación? Tu amigo el reverendo necesita más dinero y cree que así va a convencer a sus amigos ricachones, ¿qué hay de malo? Es algo habitual.

Chow sentía que la cabeza se le estaba despejando por momentos. Le sentaba bien volver al trabajo, a su rutina. De hecho, sus ideas estaban tan frescas, que pudo ver que había algo que Michael Flynn no le contaba.

—Quiero que vengas conmigo.

Chow se quedaba sin palabras en pocas ocasiones. Miró a su socio en silencio, tratando de comprender qué se le escapaba.

—No creo que necesites carabina con esa gente, Michael Flynn, así que hay algo que te preocupa. ¿Quieres contármelo?

Los ojos de Flynn, atormentados como pocas veces los había visto, se volvieron hacia él, oscuros como pozos, llenos de dolor. Chow se dio cuenta de que mientras él había estado imbuido en una nube de alcohol y placer con Lily, su amigo lo había necesitado y él ni siquiera se había dado cuenta.

—Alba está viva y en esa casa, Chow. Ella ha... cambiado.

Chow se dejó caer en la silla más cercana y se pasó una mano por la cara. Durante años había escuchado la historia de la infancia y la juventud de su amigo, los sueños que había creado para cuando encontrase a esa joven. Lo que escuchó ahora, lo poco que sabía Flynn y lo menos aún que alcanzaba a comprender, le dejó mudo.

—Mierda —murmuró entre dientes.

Sin duda, la vida no ponía las cosas fáciles a la hora de hacer planes. Siempre se las arreglaba para ponerte la zancadilla de la forma más cruel.

—He pensado que Agnes podría venir unos días antes para ayudarnos a organizarlo todo.

La voz de Gertrude sonó en un tono monocorde a través de la mesa, como si no quisiera levantar apenas el aire, para no sobresaltar al resto de los comensales.

El reverendo Lewis, que estaba repasando el sermón del día siguiente, apenas se inmutó, pero Mary notó que su espalda se envaraba sin poder

evitarlo.

—Si crees que te será de ayuda —comentó la joven, con voz tan anodina como la suya, apartando la mirada de ella, para que no notase que estaba molesta.

Gertrude, sin embargo, no era idiota. Sabía muy bien que Agnes y Mary no se llevaban bien, de modo que trató de mostrarse animada y plantear el asunto del modo más sencillo y agradable posible para todos.

—Será solo una semana, o un poco más. Sabes muy bien que estamos desbordadas. Ni siquiera con el servicio que hemos contratado damos abasto.

Mary asentía ante todas y cada una de las palabras de la señora Lewis. Tenía razón. Eran demasiados invitados, de varias categorías sociales, había demasiadas cosas a tener en cuenta, y el reverendo apenas echaba una mano, salvo para darles más trabajo, añadiendo más invitados o sugiriendo más platos para el menú.

—Seguro que Agnes será de gran ayuda, Gertrude, ha sido una gran idea.

Mary se esforzó por sonreír, aunque apenas lo consiguió. Como Gertrude había dicho, apenas quedaba una semana para la fiesta. En solo siete días, tendría ante ella al hombre que había destrozado su vida. Podría vengarse al fin.

No había pensado el modo, pero le parecía tranquilizadora la idea de tenerle frente a ella y acabar con él y con su recuerdo de un solo golpe.

Solo entonces podría empezar una nueva vida, allí o muy lejos. Aquello era lo de menos, habría tiempo para pensarlo.

Por la noche, en la cama, encogida sobre sí misma, los recuerdos de aquellos días volvían a ella, pero era extraño cómo podía mirarlos de un modo distinto, como si los viera desde el exterior, como si todo aquello le hubiera sucedido a otra persona. En efecto, durante años se había convencido a sí misma de que ya no era Alba Maria McIntyre, de que había muerto. Todo aquello le había ocurrido a esa niña pelirroja, pálida y delgada. Mary no era ella. Sin embargo, todavía dolía.

¿La recordaría Paddy? Estaba segura de que ella le reconocería al instante.

Todavía recordaba su olor sobre ella, no podría olvidarlo jamás.

En cuanto a Flynn, pensar en él era más complicado.

Pensar en él la obligaba a valorar si era responsable o no de lo que había ocurrido. Sabía que Paddy le había metido en uno de sus robos, que Flynn había accedido para sacarla de la vieja cervecería, que necesitaban el dinero. Podría haberse negado, pero habrían muerto de hambre.

Sí, ella no habría sido jamás el pajarillo herido de Paddy, Flynn no habría estado a punto de morir ahorcado por su culpa, pero ¿habría sido su destino mucho mejor?

Ahora los dos estaban vivos, habían crecido, habían sobrevivido a sus heridas.

Y ella no le había dado la oportunidad siquiera de explicarse ni le había contado nada. Quizá todavía podían...

Con una mano temblorosa, Mary se llevó la copa de vino a los labios y tomó un sorbo, molesta por sus pensamientos, mientras escuchaba a Gertrude hablando acerca de Agnes, la eficiente, la gentil, la laboriosa y hermosa Agnes.

En su cabeza solo podía pensar en la sangre de Paddy bañando sus manos, como aquel día hacía diez años. Solo que esta vez él moriría.

Ella se aseguraría de ello.

Capítulo 13

Para sorpresa de Mary, e incluso de su tía, la llegada de Agnes no supuso ningún cambio en la rutina de la casa del reverendo Lewis.

La muchacha parecía más amable que nunca, dispuesta a ayudar, sin criticar en ningún momento, como solía, la decoración o el caos que gobernaba siempre en aquel hogar.

Desde el primer instante, cuando había ofrecido una mano cariñosa a Mary, no había dejado de dar órdenes a los criados. Había revisado el menú, la organización de las mesas, e incluso la selección musical que tocaría la pequeña banda que había contratado Gertrude para el baile.

—Espero que no te importe, querida tía, pero estoy tan acostumbrada a estas cosas que podría hacerlo hasta con los ojos cerrados.

Gertrude había asentido. En el fondo lo agradecía. Si la había mandado llamar había sido por eso. Agnes adoraba aquellas cosas. Era una anfitriona nata. A sus veinte años, con una figura delgada y pequeña, rubia como todas las Vanderloo, y con cierta fortuna asociada a su nombre antiguo, no entendía cómo seguía soltera. Era cuestión de tiempo que algún hombre supiera reconocer sus méritos. En cuanto tuviera una familia y una casa propia de la que ocuparse, Agnes dejaría de mirar por encima del hombro a su pobre tía, casada tan por debajo de las posibilidades de una Vanderloo.

Mary no podía negar que la actitud de Agnes la sorprendía. Estaba acostumbrada a su desdén, a su odio. Sin embargo, ahora la trataba de un

modo, si bien no fraternal, sí amable. Jamás serían amigas, era cierto, pero al menos no tendría que preocuparse de sus ataques constantes, como en otras visitas.

—Tengo entendido que Parker Jamestown te pretende.

Mary arreglaba las flores de un jarrón, sin quedar del todo a gusto con el resultado, por mucho que lo intentase. Al final había terminado sacando todas las flores y había vuelto a empezar, impaciente. En otras circunstancias, se trataba de una labor que la relajaba, pero esos días su cabeza vagaba con facilidad a lo que iba a suceder el sábado.

La voz de Agnes, suave pero insidiosa, se coló en el saloncito como una brisa fría.

Trató de no demostrar que sus palabras la afectaban, pero le fue imposible. La rosa que estaba cortando se le resbaló de entre los dedos y cayó al suelo, perdiendo la mitad de sus pétalos. La miró por un instante, como si no supiera qué hacer con ella, aunque al final se agachó para recogerla con cuidado, pétalo a pétalo, como si no tuviera ninguna prisa por responder.

Sabía que su tardanza molestaría a Agnes, pero le dio igual. Contuvo una sonrisa cuando la escuchó resoplar. Bien, aquel comportamiento era más propio de la Agnes que conocía.

—¿No vas a responder? No entiendo qué puede ver alguien como Parker como tú. Eres tan...

—Si soy tan... supongo que no puede ser cierto que Parker me pretende, como tú dices. En todo caso, eso sería un tema entre él y yo.

—Entonces, es cierto. Le has engañado con tus tretas de mujerzuela. ¿No pensarás que no sé lo que eres? El doctor dijo que no eras pura cuando mi tío te recogió. Eres una mujer de la calle y un día regresarás a ella. Seguro que alguno de tus hombres te marcó como la fulana que eres.

Mary la ignoró. Le resultaba más sencillo lidiar con la Agnes que conocía que con aquella muchacha amable y colaboradora que había llegado hacía tan solo unos días.

—Es una suerte que tú seas una dama y nunca tengas que saber lo que se

siente al ser una mujer como yo, Agnes —respondió, sin mirarla. Giró la cabeza al escuchar el sonido de una campanilla—. Creo que tu tía te necesita.

—Un día todos entenderán que no mereces estar aquí, que cada cual tiene su lugar en el mundo.

Mary se volvió al fin a mirarla. Se sorprendió al notar por primera vez que Agnes era casi diminuta, poco más que una niña. A su lado, se sentía una anciana. Su rostro hermoso se veía enrojecido y congestionado por la rabia, que le hacía perder la frescura.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Yo no debería estar aquí, pero no sabes lo mucho que les agradezco a tus tíos el hecho de que me acogieran. Sé bien que no todo el mundo puede presumir de tener un corazón tan grande. Sin ellos, yo habría muerto.

Agnes abrió la boca, pero la cerró al instante, sabiendo que no podría rebatir aquello. Quizá en otro momento habría osado decir lo que de verdad pensaba, que merecía haber muerto en la calle por sus pecados, pero algo la detuvo. Entonces escuchó los pasos de Gertrude en las escaleras y supo que Agnes los había oído antes. Vio cómo la muchacha cambiaba de postura y de expresión. De pronto le sonreía y parecía mucho más amable.

—Basta ya de trabajo, niñas. ¿No habéis oído que os llamaba? Es hora de tomarnos un descanso para el té —dijo Gertrude, entrando en el saloncito con paso suave. Las miró con una sonrisa y les tomó las manos, con los ojos brillantes de emoción—. No sabéis lo mucho que me agrada veros siendo amigas al fin. Me hacía muy infeliz veros discutir. Y ahora sois como hermanas, ¿verdad?

Agnes tuvo más reflejos que Mary, o tal vez estaba más capacitada a la hora de fingir.

—Claro que sí, tía. Mis sentimientos por Mary son tan profundos que no puedo ocultarlos.

Si Gertrude notó algo extraño en las palabras o la expresión de su sobrina, no dijo nada. Mary la comprendía. Debía de ser todo un dilema para ella el escoger entre su sobrina y la mujer que había acogido en su casa. Ella no quería hacerla elegir entre una de las dos. Al fin y al cabo, Agnes tenía razón,

ella era una mujer de la calle y la joven rubia una dama. Si alguien sobraba, era ella.

Tomó el té con las dos, respondiendo con monosílabos a la charla entre tía y sobrina.

Por suerte, Gertrude charlaba por las tres. Agnes tampoco parecía demasiado comunicativa. Podía notar su mirada por encima de la taza de té. Tal vez se preguntaba por qué no la había denunciado. Por algún motivo, Agnes quería aparentar que había cambiado, al menos de cara a sus tíos, aunque ante ella no se molestaba en disimular. Claro que, ella no tenía ninguna importancia. Mary no era nadie, como bien le repetía una y mil veces.

De pronto lo vio claro.

Agnes, que a sus veinte años casi se consideraba una solterona, veía una oportunidad de oro en la fiesta que ofrecía el reverendo. Allí estarían presentes caballeros de fortuna y sería un buen escaparate para mostrarse.

Por eso le molestaba tanto la atención de Parker hacia Mary. No podía entender que alguien como ella, fea, sin fortuna, con unos antecedentes más que oscuros, hubiera atrapado a uno de los hombres más ricos de Nueva York. Agnes, en cambio, procedente de una de las familias más antiguas de la ciudad, con una reputación intachable, hermosa como una muñeca, joven, un partido inmejorable, todavía no había recibido ninguna proposición de matrimonio.

No pudo evitar una sonrisa. A pesar de lo terrible que era su vida, de lo oscuros que eran sus planes, a veces ocurrían cosas tan simples como que una niña caprichosa creyera no tener suerte en el amor y que pensara que la vida era terriblemente injusta por ello.

—¿Qué te hace tanta gracia?

La voz de Agnes sonó más amarga de lo que hubiera deseado, de modo que se ganó un carraspeo por parte de Gertrude.

—Pensaba en lo mucho que te divertirás en la fiesta del sábado.

Gertrude pareció relajarse al escuchar su respuesta, aunque Agnes la miró con los ojos entrecerrados, como si buscara un sentido oculto en sus palabras.

—Tú también lo pasarás bien, cariño. Todos lo haremos —respondió Gertrude, tomando un pastelillo y llevandoselo a la boca—. No todo va a ser trabajo en la vida.

—No, claro que no.

Por suerte, ni Gertrude ni Agnes pudieron ver su expresión mientras contemplaba el fondo de la taza de té, como si intentase ver su destino en ella.

Flynn despertó empapado en sudor como no le sucedía desde hacía muchos años. La luz que entraba por los postigos de la ventana le hizo saber que había amanecido hacía tiempo, aunque eso le dio igual. Hacía mucho que se había acostumbrado a dormir sin importarle la hora a la que se acostaba, y desde que regentaba el salón de baile se acostaba siempre pasadas las cinco de la madrugada, a veces cuando ya había amanecido, después de haber hecho las cuentas con Chow. Sabía que no era necesario, que el chino jamás le robaría, que incluso al inicio de su relación se lo había tomado como un insulto, pero, como le había explicado, lo suyo era un trato entre caballeros, igualitario.

—Si tú te quedas, yo me quedo. Somos iguales, amigo.

Todavía con el pulso acelerado por el sueño, la boca seca y sintiendo que apeataba a sudor, se sentó en la cama, tratando de comprender lo que le había asustado tanto.

Durante mucho tiempo había sido incapaz de sentir nada apretado al cuello, como si le recordase lo cerca que había estado de la horca. Solo ahora, diez años después, era capaz de usar lazos y corbatas sin problemas. La sensación que sentía en ese momento era similar.

¿Había soñado acaso con Tombs, con Tim, con la porra de aquel guardia?

¿O tal vez con Billy el Pecas en aquel garito de peleas de perros y ratas?

Tenía la vaga sensación de que había soñado con su madre, con sus primeros meses en Nueva York, aunque aquello era absurdo. Aquel tiempo no había tenido nada de particular para él.

Solo estaban Maria, Alba y él. Ni siquiera necesitaban a Paddy por

entonces, él se había presentado más tarde, siempre dispuesto a ayudarles, a ofrecer una mano amiga. Por entonces Maria sonreía y Alba cantaba y jugaba, soñaba, hacía planes de futuro. Después todo se había podrido, como la carne vieja en el matadero de Paddy, llena de moscas.

Se sirvió un sorbo de café frío y amargo del día anterior, aunque lo escupió con desagrado.

De pronto supo qué era lo que tenían de particular aquellos recuerdos. Eran felices. Quizá habían sido sus últimos días felices en la vida, y él los había menospreciado.

Era curioso que ese sueño volviera a él justo en ese momento, después de tantos años. Era como si Dios, después de haberle abandonado durante media vida, hubiera vuelto a poner sus ojos sobre él, dispuesto a darle una nueva oportunidad. O eso ocurriría si él creyera en Dios. Por desgracia, el Todopoderoso no le había dado muchas pruebas de su existencia a lo largo de su vida.

Echó el agua que quedaba en una jarra en un aguamanil y se lavó como pudo antes de vestirse. Sabía que no volvería a dormirse por mucho que lo intentase. Si tuviera el alma tranquila, lo haría. Después de haber vuelto a Alba y a Paddy, aquello ya no era posible.

Tal vez Dios no era el que le había dado la oportunidad, sino el destino.

Bien, fuera quien fuera, al día siguiente tendría una prueba a superar. Estarían los tres juntos frente a frente y no podrían evitarse. La maldita fiesta del reverendo Lewis al menos le daría la oportunidad de hablar con Alba, Mary, o como quiera que se llamase. Entonces ya no podría esquivarle. Le contaría qué había ocurrido hacía diez años, quién la había marcado, cómo había acabado en casa del reverendo.

Se resistía a creer que no podían tener un futuro juntos.

Flynn había conseguido todo lo que tenía solo por ella, para ponerlo a sus pies. Le había prometido que se casarían, que le daría todo lo que quisiera, que la haría feliz. Hasta el momento solo le había fallado. Ahora podía cumplir sus promesas, tenía la fortuna suficiente para convertirla en una reina, para sacarla de aquella maldita ciudad.

Apretó los dientes hasta hacerse daño en la mandíbula. El dolor le obligó a aflojar la tensión. Terminó de hacerse el nudo de la corbata. En un impulso, se la aflojó, como si la notara demasiado apretada, como el nudo de la horca.

Si al menos ella le explicara lo que había ocurrido...

Con una maldición, tomó un bastón y salió a la calle. Aquel cuarto parecía tan muerto como sus esperanzas en ese momento.

A esa hora la misión ya estaba llena de gente necesitada y a Flynn le pareció que había incluso más que la vez anterior que había estado allí. Esta vez Stewart no estaba y el reverendo no daba abasto con el trabajo. Sin decir una palabra, Flynn se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se puso a ayudarlo a repartir cuencos de sopa y trozos de pan fresco.

Pensó en las damas y el resto de los benefactores que sufragaban aquella comida, elevando sus ojos al cielo mientras susurraban entre dientes que Lewis debería estar atrayendo a aquellos sarnosos irlandeses al camino de la buena fe. Seguro que de aquella manera no serían tan pobres, tan sucios, no tendrían tantos hijos ni estarían tan necesitados.

El reverendo parecía cansado y estaba pálido, sudoroso y emanaba un olor a sudor rancio.

—Menos mal que has venido, muchacho, creo que ya me hago viejo para este trabajo.

El cuenco de sopa que estaba sirviendo tembló en su mano y estuvo a punto de volcarse, pero lo sostuvo a tiempo y se lo dio a la mujer que lo esperaba con una sonrisa.

—¿Se encuentra bien, señor? Parece algo indispuerto.

—Tú no tienes mucho mejor aspecto que yo, Flynn. Es solo que creo que he pillado un pequeño resfriado. Llevo unos días con dolor de vientre. Creo que se me pasará mañana, en cuanto hayamos recaudado el dinero necesario para construir la escuela.

Flynn se vio obligado a sonreír. El reverendo Lewis no parecía resfriado

en absoluto. Estaba más delgado que nunca, consumido. Su piel tenía un tinte algo amarillento a causa de la consunción y andaba un poco encogido sobre sí, como si no pudiera estirarse por el dolor.

Miró a su alrededor y vio que al menos cinco personas de entre las que estaban en la sala, esperando a ser servidas, tenían el mismo aspecto.

—¿Le ha visto algún médico?

Vio por primera vez una expresión de molestia en la cara del reverendo. Había dejado el cucharón, que lo salpicó todo al caer dentro del puchero.

—No te comportes como Gertrude, por favor. Ya te he dicho que estoy bien. Solo necesito dormir un poco y estaré como nuevo, dispuesto a la labor que Dios me ha encomendado.

Una nueva energía imbuyó al reverendo después de estas palabras. Sus mejillas se colorearon y por unos instantes pareció el mismo hombre que le había salvado la vida.

Flynn dejó de preocuparse.

Trabajaron mano a mano durante horas, hasta que las filas de gente desaparecieron.

Agotado y satisfecho, el joven descubrió que había olvidado su amargura durante ese tiempo, que no había tenido ni un segundo para pensar en sí mismo.

Al marcharse, feliz, se despidió del reverendo con un apretón.

—Descanse, señor. Seguro que Gertrude se lo agradece, y yo también.

No nombró a la otra mujer que vivía en su casa y el reverendo tampoco lo hizo. Sus ojos estaban vidriosos, pero bien podía ser, como había asegurado, por el agotamiento.

Muy pronto sus preocupaciones acabarían para ser sustituidas por otras más gustosas. Cuando al fin hubiera construido aquella escuela y pudiera sacar a los muchachos de las calles, a muchos, y no solo a unos pocos, para darles una oportunidad de futuro, sería un hombre realizado al fin.

Capítulo 14

Agnes Vanderloo contempló su reflejo en el espejo, aunque apartó pronto la vista.

Sabía que aquel vestido le quedaba bien. Lo había diseñado ella misma, y ella misma había ayudado a confeccionar las flores de tela que lo adornaban, una a una, porque la maldita costurera era incapaz de crearlas a su gusto. El azul de la seda era del tono exacto de sus ojos y la crinolina no era tan ancha como para hacerla parecer ridículamente diminuta. Sus hombros blancos quedaban al desnudo, pero no tanto como para que resultase un escándalo. El cabello lo llevaría recogido en la nuca, no demasiado arriba. Odiaba a aquellas muchachas que lo estiraban hasta lo infinito, como si creyeran que iban a engañar a alguien con respecto a su altura.

No, Agnes sabía que era bajita, pero lo compensaba sacando provecho a sus numerosos puntos fuertes. Su cabello rubio era la envidia de muchas de sus amigas. Lo lavaba con camomila y lo cepillaba más de mil veces cada noche para mantenerlo brillante. Jamás se exponía al sol para evitar que le salieran pecas y para mantener la piel blanca y lechosa. Además, usaba guantes para cualquier mínima tarea, aunque no fuera necesario, para cuidar sus manos, que embadurnaba de cremas y afeites, tanto como su rostro.

En definitiva, Agnes Vanderloo era, con diferencia, la muchacha más hermosa de cuantas ella conocía en su círculo, pero era la única que seguía soltera.

Aquello era algo que, como siempre se esforzaba en asegurar, con una risa

cálida y simpática que ensayaba a solas en su dormitorio, no la hacía sufrir. Sin embargo, a sus casi veintiún años, a veces se preguntaba cómo hombres guapos, ricos y supuestamente inteligentes como Parker Jamestown iban a fijarse justo en mujeres como la arrimada de Mary.

Con el vestido que usaría esa noche en la fiesta todavía puesto, Agnes se esforzó por no fruncir el ceño, sabiendo que era malo para su cutis.

No sabía qué le ocurría cada vez que veía a esa mujer. Siempre se decía que la ignoraría, porque era lo único que merecía. En todo caso, no debería hacerle caso. Eso era lo que buscaba, irritarla, sacarla de quicio, hacerla quedar como una bruja delante de su tía y de todos los que la conocían.

Y todos decían que Parker se iba a casar con ella...

Soltó los ganchos que cerraban el vestido, con cuidado para no romperlos, y dejó caer el vestido a sus pies. Luego lo colgó en la percha para que no se arrugase. En ropa interior, se pasó las manos por el talle y el escote.

—Parker no se lo plantearía siquiera si supiera lo que yo sé. Los hombres decentes deberían casarse con mujeres buenas como yo.

Satisfecha, se puso el vestido de mañana que había reservado para ese día y bajó a desayunar con su tía, que estaría atareadísima con los preparativos de última hora.

Con suerte, solo tendría que aguantar a la arrimada de Mary durante unas horas más. A veces en ese tipo de eventos los rumores empezaban a correr sin que nadie supiera de dónde provenían. Una vez desatados, era complicado retenerlos. Cuando todos supieran quién era esa zorra, nadie con clase volvería a acercársele jamás y por fin se vería libre de ver su rostro marcado para siempre, junto con aquella mirada impertinente y aquel horrendo cabello rojo de bruja.

Sí, presentía que aquel era su día de suerte.

—El reverendo se quedará en la cama hoy un rato más. Ese maldito catarro le está agotando las pocas energías que le quedan. No sé dónde está

esa muchacha también. ¿Dónde está todo el mundo justo hoy, cuando más se les necesita?

Gertrude se movía de un lado al otro del comedor, moviendo un jarrón allí o allá, para volver a colocarlo al instante en el mismo lugar donde estaba al inicio.

Habían desayunado en la cocina porque el servicio ya había colocado la mesa para la cena y no querían darle más trabajo.

Mary se había sentido a gusto allí abajo. Era un lugar más oscuro que el resto de la casa, pero también más cálido, lleno de aromas deliciosos. Por un instante se había sentido de vuelta en su infancia, en Irlanda, entre las faldas de su madre, cerca del puchero o del horno de ladrillos, cuando miraba, expectante, cómo sacaba el pan recién hecho, sabroso y humeante.

La cocinera estaba demasiado afanada como para hacer que se sintieran bienvenidas. Tenía que lidiar con el servicio contratado, además de con el habitual de la casa, y parecía agradecer que Mary no le diera más trabajo. Además, Gertrude no era una buena compañía ese día. Estaba tan nerviosa que no dejaba de dar órdenes contradictorias que anulaba en el mismo instante de darlas. Por suerte, la señora Phillips sabía mejor que nadie lo que debía hacer y la ignoraba con delicadeza. El menú estaba organizado desde hacía días y ninguna orden, por perentoria que fuese, iba a hacer que lo cambiase en ese momento.

De vuelta al salón, Mary miró a su alrededor, con una inevitable sensación de pérdida.

Sabía que, pasara lo que pasase esa noche, era muy probable que esa casa ya no volviera a ser su hogar nunca más.

Era una lástima que el reverendo y Gertrude tuvieran que sufrir alguna represalia por su culpa, pero era mejor que no supieran nada de lo que iba a suceder, o se lo impedirían.

Debería haberles contado cómo había llegado a aquella situación. Al menos así entenderían que lo que iba a hacer era necesario. Paddy debía morir. Porque en su corazón estaba convencida de que lo que le había hecho a ella se lo había hecho a otras niñas. ¿Cómo podía permitir que un monstruo así

tuviera acceso a una escuela llena de muchachas inocentes?

No, no se trataba solo de venganza, aquello era justicia. Incluso Dios lo entendería así, estaba convencida de ello.

—Ni siquiera tú hablas. ¿Qué le pasa a todo el mundo hoy?

Mary no pudo evitar una sonrisa al ver cómo la enfurruñada Gertrude salía del comedor con un jarrón en brazos. Muy pronto la dama regresó con él y volvió a colocarlo en su sitio antes de volver a salir sin mirarla, con aire indignado.

La echaría tanto de menos. A ella y al reverendo, que le habían dado una vida maravillosa que no merecía. Tal vez muy pronto una horca fuera su destino, pero al menos habría librado al mundo de una sabandija que debería estar ardiendo en el infierno.

—¿Por qué crees que puedes dejarme tirada? Un puto chino como tú no deja a alguien como yo, maldito bastardo.

El escupitajo de Lily West no habría alcanzado su zapato ni aunque lo hubiera soñado, pero el veneno de sus palabras sí llegó hasta donde Chow anotaba las últimas cifras en el libro de cuentas. Esa noche El Trébol Dorado cerraría por primera vez desde que lo habían abierto, y quería asegurarse de que se lo podían permitir.

Con satisfacción, se permitió el lujo de hacer un par de cuentas más mientras ella gruñía junto a la barra, para regocijo de los parroquianos, que le servían un vaso de cerveza tras otro para hacerla hablar más.

Chow dejó la pluma a un lado del libro y dejó que la tinta se secase antes de cerrarlo. Cerró el frasco de tinta negra y limpió la pluma. Guardó los útiles de escritura en el estuche y lo colocó junto al libro, con mucho cuidado, como si estuviera realizando un ritual sagrado.

Mientras tanto, Lily seguía hablando con su voz desagradable e insultante.

Su presencia era placentera y dolorosa al mismo tiempo. No podía negarse a sí mismo que había extrañado su cuerpo, el placer que su carne le había

proporcionado, aunque tampoco podía evitar pensar que era la peor mujer que podía haber escogido para desahogarse.

Lily no ocultaba ante nadie que le despreciaba. Ni siquiera se molestaba en disimular que solo ansiaba su oro. Sin embargo, aun a esa distancia, odiaba a ese tipo que le acariciaba el cabello y comenzaba a bajar su mano repugnante por su cuello blanco, camino a su escote.

—Paddy ya me echó una vez, pero al menos él es blanco. A él le gustan las cosas nuevas, sin usar. ¿Qué excusa tienes tú? Yo debería bastarte, chino. Que una blanca te mire siquiera debería ser un premio para ti.

Chow detuvo la mano de Mickey cuando le iba a servir un nuevo vaso de cerveza.

—Creo que la dama ha tenido más que suficiente.

—Yo decido cuándo he bebido bastante, estúpido.

—Basta —la cortó Chow Li con voz suave.

Los hombres se arremolinaron a su alrededor, como si esperasen que la golpeará o algo peor. Sin duda, era a lo que estaban habituados en aquel infecto lugar. Tal vez ella lo esperase también, porque, a pesar de que irguió la cabeza, apuntándole con la barbilla, sus hombros se adelantaron como para defenderse de un ataque.

Al fin, como si prefiriera ser ella la primera en iniciar la lucha, Lily alzó una mano y le golpeó una, dos veces.

Chow sintió que la fuerza de su golpe le movía el rostro a un lado. Un hilillo de sangre comenzó a caer por una de las comisuras de su boca. Se lo limpió con el dorso de la mano antes de que llegara a mancharle la camisa blanca. Flynn llegaría en cualquier momento y no tenía tiempo de cambiarse antes de ir a la fiesta.

—Ni siquiera tienes valor para defenderte.

Chow detuvo su mano antes de que volviera a golpearle. La arrastró hasta el rincón que hacía las veces de despacho, desde el que podía dominar todo el salón de baile y la zona de la barra. Los hombres que los habían escuchado podrían seguir haciéndolo si querían, pero al menos no tendría que soportar su

desagradable olor.

En la penumbra, podía escuchar la respiración agitada de Lily, no sabía si causada por la ira o por la desesperación.

—Podría pegarte, como estás acostumbrada —comenzó, con voz suave, haciendo que ella lo mirara. Parecía a punto de escapar, como un animal acorralado, pero, por algún motivo, se quedó allí, junto a él, el maldito chino al que tanto odiaba—. Podría obligarte a hacer la calle por mí, explotarte. Casi diría que es lo que quieres que haga.

Lily escupió a sus pies otra vez. Se acercó a él, de modo que su falda le rozó los pantalones. A Chow le llegó su olor rancio, a sudor y a perfume barato y llamativo. También olía a alcohol. Entendía que gustara a los hombres. Era hermosa todavía, pero empezaba a marchitarse, como una flor abandonada bajo la lluvia.

—Soy la mejor puta de Five Points —protestó ella, sacudiendo su mano llena de pulseras ante su rostro.

—Oh, sí, lo eres. Pero un día dejarás de serlo. Cada día pagarán menos por ti. Y una noche acabarás como las zorras del puerto, acostándote con cualquiera por un trozo de pan. ¿Es esa la vida que quieres? Tú, que siempre te precias de no ser como el resto, acabarás igual que todas las demás, vieja y gastada. Con suerte, no te toparás con algún tipo que te destroce. En serio, Lily, ¿qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué me buscas si tanto me desprecias?

Una sombra oscura atravesó los ojos de Lily. Retrocedió un paso, tambaleante.

Salió de allí sin decir una sola palabra más.

Chow estuvo a punto de seguirla, pero luego pensó que, al fin y al cabo, era mejor así. Esa mujer solo traía problemas y era bueno haberse librado de ella. Tenerla en su vida sería como una condena, adictiva e imposible de amortizar, por mucho oro que tuviera.

No, Lily no lo quería en su vida, ni él a ella.

Ahogó el malestar que le inundó el pecho con una sonrisa y una cerveza que le sirvió Mickey. Estaba tibia y amarga. No apagó del todo aquel dolor

sordo, pero lo amainó.

Tendría que bastar.

Capítulo 15

—Nunca entenderé cómo puede vivir la gente en casas tan grandes sin perderse.

Gertrude estaba estrechando la mano de Patrick Connelly cuando él tiró de ella para susurrar aquello al oído, con tono de confidente. Enrojeció al pensar que nadie que no fuera de la familia había estado jamás tan cerca.

Aquel hombre no era un caballero, aunque fuera vestido como tal. Su traje parecía nuevo, sobre todo sus zapatos, que todavía rechinaban a cada paso, pero el hábito no hacía al monje. Se tiraba de la levita y de la pajarita todo el tiempo, como si no estuviera habituado a vestirse así. Además, miraba todo a su alrededor como si evaluase el valor de cada objeto que veía.

A su lado, Agnes se había vuelto hacia el siguiente invitado, evitando adrede al señor Connelly. Este lo notó, sin duda, porque miró a la joven con fijeza, esperando a que ella le devolviera la mirada, con un descaro que incomodó a la anfitriona.

Gertrude recordó las palabras de su marido acerca de aquel hombre. Se trataba de uno de los políticos de la zona donde pensaba construir su escuela. Contaba con los contactos necesarios para que pudieran conseguir los fondos sin problemas.

Con una sonrisa de circunstancias, se preguntó si era necesario de verdad rodearse de gente así para lograr sus objetivos.

—Espero que el cura no eduque a nuestros niños igual que ha educado a su

damita. —La risa de Connelly molestó a Gertrude y atrajo las miradas de varios invitados—. Por cierto, ¿dónde está nuestro buen señor?

—El reverendo está indispuesto, pero bajará en unos instantes — respondió Gertrude, tirante.

Miró por encima de su hombro, dando a entender que había más personas a las que debía saludar. Por suerte, él comprendió la indirecta. La dejó y se giró hacia Agnes, que parecía haber sido su objetivo desde el principio. Iba a intervenir, pero el siguiente invitado atrajo su atención, así que no pudo hacerlo.

Pudo ver cómo Agnes ignoraba al señor Connelly a pesar de su insistencia, enrojeciendo mientras él tocaba su brazo como al descuido.

¿Cómo osaba ese hombre insultar su casa de aquella manera?

¿Dónde estaba el reverendo para impedir aquel comportamiento?

Miró hacia la escalera por donde él debería haber bajado hacía un buen rato. Mary estaba con su marido desde la tarde, cuidándole. A pesar de que Alfred aseguraba que se encontraba bien, Gertrude estaba preocupada. Era una suerte que el doctor Jones fuera a acudir a la fiesta esa noche, de ese modo podría revisarle. Quizá él tenía razón y todo se debía al agotamiento, pero ella se quedaría más tranquila. No podía evitar pensar que estaba en contacto con gente enferma y necesitada cada día, no sería la primera vez que había vuelto a casa sintiéndose mal. Casi siempre sus problemas habían remitido en pocos días, pero ya no era un niño y el cansancio y los achaques cada vez hacían más mella en su salud.

Suspiró cuando vio aparecer a Mary en el rellano superior. Llevaba un vestido sencillo de color azul oscuro. No había nada en él que destacase especialmente, sin embargo, estaba hermosa con el pelo rojo recogido en la nuca en un sencillo moño sin adornos y los hombros blancos al aire.

No estaba acostumbrada a verla vestida de forma tan formal y los ojos se le llenaron de lágrimas. En ese momento comprendió por qué un hombre como Parker Jamestown podía enamorarse de alguien como ella. Sin duda, a pesar de la marca en su rostro, Mary era bella como pocas mujeres que hubiera conocido. Había una especie de magnetismo en ella que atraía.

Se acercó al pie de la escalera para esperarla, ansiosa por conocer las novedades.

Mary la tranquilizó con una sonrisa.

—Se está vistiendo. Bajaré en unos instantes. Creo que se encuentra mejor después de haber tomado el caldo que le has preparado.

Gertrude le dio un beso en cuanto llegó junto a ella.

—Estoy muy nerviosa, cariño. Hay mucha gente y no conozco a nadie. Espero que todo salga bien.

Mary asintió, pero no dijo nada. Desde donde estaba, apenas se veía el salón donde Agnes seguía recibiendo a los invitados. La joven rubia echó una mirada interrogativa en su dirección y Gertrude corrió a su lado, dispuesta a cumplir su labor de anfitriona.

Al quedarse a solas, Mary pudo dejar de fingir.

Cerró los ojos y sintió que se tambaleaba.

¿Cómo podía decirle a Gertrude lo que acababa de ver en su dormitorio? El reverendo débil, pálido, manteniéndose en pie a duras penas, febril. Había adelgazado tanto en los últimos días que parecía una sombra de sí mismo.

—No le digas nada a tu madre. Se preocuparía sin motivo. Te prometo que mañana haré llamar a mil médicos si hace falta, pero esta noche necesito hablar con toda esa gente para que nos ayude. Lo entiendes, ¿verdad?

Lo entendía. Comprendía el ansia que se adueñaba del alma y el cuerpo cuando sentías que tenías una misión que cumplir. Entendía que él la consideraba su hija, que no podía traicionarle. Tenía que ayudarle a conseguir su sueño. Sería su forma de pagarle por haberle salvado la vida.

—Siempre supe que te convertirías en una belleza al crecer, pajarillo. Quién iba a pensar que el curita guardaba un tesoro en su casa de muñecas.

—Espero que no le importe que haya traído a mi socio, Chow Li. En realidad, si tengo algo con lo que poder ayudar a construir esa escuela, es

gracias a él.

Gertrude extendió una mano firme y sin fisuras hacia Chow y sonrió.

—Por supuesto que no me importa, querido. Será muy bienvenido en esta casa, señor Li. El reverendo me ha hablado de usted. Siempre dice que tiene un humor muy particular. El señor Lewis tiene muy en cuenta el humor de las personas.

Flynn se fijó en la expresión de Chow, que se había quedado sin palabras por una vez en su vida. Sabía por Mickey que había tenido un encontronazo con Lily, pero no le había dicho una sola palabra. Al parecer, ella se había marchado y no tenía pinta de ir a regresar más. Ojalá fuera cierto. Lo último que necesitaban en ese momento eran más problemas. Había visto a Billy el Pecas junto a los carruajes de los demás invitados. No se relacionaba con los conductores de los ricos asistentes a la fiesta, pero estaba atento a todo posible chisme que pudiera servir a su señor.

Eso significaba que Paddy ya había llegado.

Inquieto, echó una mirada a su alrededor.

—Quizá no conozcas a mi sobrina, la señorita Agnes Vanderloo. Ven aquí, niña, quiero que conozcas a uno de esos muchachos de los que tanto te hemos hablado.

Mientras Flynn veía cómo la joven, rubia, pequeña y elegante, con un aire de agravio tal que no podía disimular, abandonaba al hombre con el que estaba charlando, pensó cómo podía suponer Gertrude que podían tener algo en común.

Agnes Vanderloo no era el tipo de mujer con la que Flynn solía relacionarse. Educada, estaba seguro, fina, con la ropa limpia y planchada. Solo una de las peinetas con las que adornaba sus cabellos dorados valía lo que él podía ganar en una semana o más en su salón de baile. Por no hablar de que no sabría de qué hablar con ella. Esa chica estaría acostumbrada a charlar sobre música, libros, teatro, y él solo conocía las obras burlescas que se ofrecían en Five Points, llenas de escenas grotescas, chistes burdos y música estridente. Aunque quisiera, solo podría entretenerla contándole cosas que la horrorizarían o escandalizarían.

Cuando llegó hasta ellos, Agnes primero miró a Chow con una sonrisa que pareció una mueca, sin saludarle, hasta que clavó sus ojos en él.

Flynn pudo notar su interés al instante, aunque al mismo tiempo pudo ver que calibraba su valor como el mejor perista judío.

A su modo, Agnes Vanderloo no se diferenciaba de cualquier puta o ladrón de Hell's Kitchen. Solo buscaba su porvenir allá donde estuviera el mejor postor.

Ese pensamiento estuvo a punto de arrancarle una sonrisa, pero se contuvo al ver aparecer al reverendo por una de las puertas del salón.

Tenía peor aspecto que el día anterior. Estaba más delgado y pálido y parecía estar a punto de perderse dentro de su levita, como si le perteneciera a alguien mucho más grueso que él.

De pronto le vio trastabillar. Estuvo a punto de caer, y así habría sido si no se hubiera sostenido contra la mesa donde estaba el ponche. Las copas tintinearón cuando se apoyó, pero ninguna llegó a caer.

—¡Oh, ahí está mi marido!

Al escuchar la voz de Gertrude, el reverendo Lewis trató de erguirse, sin conseguirlo del todo. Podía tratar de parecer sano, pero nadie podría dudar que estaba enfermo. De hecho, ese hombre debería estar en la cama, y no entreteniéndolo a gente como él y aquellos ricachones, que le miraban en ese momento con mal disimulada curiosidad.

—Gertrude, no me habías dicho que ya habían llegado casi todos nuestros invitados.

En ese instante todas sus fuerzas fallaron y el reverendo Lewis se desmayó, haciendo caer la mesa contra la que se sostenía.

Agnes Vanderloo gritó al escuchar el sonido del fino cristal haciéndose añicos. El líquido rojizo comenzó a manchar la alfombra que habían colocado precisamente para evitar que el resto del suelo se ensuciase si alguien derramaba su vaso.

Con Gertrude paralizada por el horror a su lado, Flynn se preguntó qué debía hacer. No estaba en su casa ni en su ambiente.

De pronto vio una sombra junto a él.

—Por favor, ayúdame —susurró Alba a su lado.

Su voz le hizo reaccionar. De entre toda aquella gente, personas a las que tal vez conocía mejor, con las que se había relacionado durante esos diez años, entre las que estaba incluso Parker Jamestown, tan paralizado como el resto, ella había acudido a él. Entre los que contemplaban al reverendo sin hacer nada también estaba Paddy, con una sonrisa burlona en los labios.

Flynn se agachó al lado del señor Lewis, sin saber muy bien qué hacer. Su olor acre le hizo fruncir los labios.

Había olido eso otras veces, entre los más desamparados de los que habitaban en su distrito. Se preguntó cómo le había podido engañar. No esperaba que el reverendo, alguien bien alimentado y pudiente, pudiera contagiarse de algo tan sencillo como el cólera, que arrasaba barrios y calles depauperados enteros. Luego pensó que él se relacionaba con esa gente cada día, con los más pobres y necesitados, era lógico que sufriera sus mismos males, por mucho que se lavara, se alimentase y vistiera bien.

—Acompáñame a su dormitorio y después ve a buscar a un médico —dijo Flynn con tono triste y grave. Una vez llegado a aquel estado, dudaba que el reverendo sobreviviera. Lo único que podían hacer era evitar que nadie más enfermase—. Será mejor que saquéis a todo el mundo de aquí. Chow, por favor, ven conmigo, te necesitaré.

Tomó en brazos el delgado cuerpo del hombre que le había salvado la vida y siguió a Alba que, muda, abandonó el salón y comenzó a subir las escaleras hacia el piso superior.

Gertrude hizo amago de seguirles, pero Chow la detuvo. Flynn le escuchó decirle a la señora Lewis que se quedara con los invitados para tranquilizarlos. Agnes Vanderloo no hizo un solo gesto en su dirección, sino que volvió junto al joven que la había acompañado hasta su llegada.

Todo había sucedido demasiado deprisa.

Paddy estaba ante ella y estaban a solas. Sabía que podía hacerlo. Se había puesto ese vestido adrede, aunque no era el apropiado para una fiesta, solo porque podía guardar un cuchillo en los amplios bolsillos.

Había imaginado ese momento muchas veces, pero el destino se había mostrado caprichoso con ella, una vez más.

Paddy hablaba mucho, como siempre. Le recordaba sus planes, lo mucho que la había cuidado y querido, hasta el momento en que había olvidado lo bien que se había portado con él y se había revuelto en su contra como una serpiente.

—Las serpientes son malos bichos. Patricio hizo bien en echarlas de Irlanda. Y, como compartimos el mismo nombre, yo les tengo especial manía, supongo que lo entiendes, pajarillo.

Había osado tocarla otra vez, rozando la cicatriz que le había hecho, marcándola para siempre. Ese hijo de puta la estaba tocando. La mano en el bolsillo envolvió el mango del cuchillo que había cogido de la cocina. Era pequeño pero afilado. Seguro que la señora Phillips lo echaría de menos. Pero con suerte se lo devolvería pronto, ya limpio de la sangre de ese canalla.

Sí, le dejaría tocarla, pero solo porque así se acercaba más a ella.

—Seguro que tú también me has echado de menos, bonita. Viéndote ahora, creo que podría perdonarte ese costurón en la panza...

Mary estaba a punto de sacar el cuchillo del bolsillo cuando escuchó un gemido en lo alto de la escalera.

Paddy se apartó y se fue hacia el salón, mientras silbaba por lo bajo, como quien ha ganado el premio gordo en la tómbola.

Cuando Mary llegó junto al reverendo, este se tambaleaba y se agarraba a la barandilla para no caerse. En el poco rato que habían estado separados parecía haber empeorado.

—¡Padre!

La palabra salió de su boca sin pretenderlo. El reverendo no era su padre, pero su corazón lo sentía así. Él también la consideraba su hija.

Y ahora se estaba muriendo. Eso le decían los ojos oscuros y tristes de

Flynn por encima de su cabeza hundida.

Cuando el doctor llegó, ya era demasiado tarde. Aunque no hubiera estado asistiendo a un parto que le había impedido acudir a la fiesta de recaudación de fondos, también habría sido demasiado tarde.

El reverendo había contraído el cólera y le quedaban horas de vida.

Ahora la cuestión era que ni Gertrude ni las muchachas se contagiasen.

Tuvieron que sacar a la señora Lewis del dormitorio a la fuerza, de modo que ni siquiera pudo despedirse de su marido.

En el salón, nadie hablaba. Los invitados se habían marchado después de que Chow les diera explicaciones insatisfactorias acerca del malestar del reverendo. En todo caso, se enterarían en unas horas, era inevitable.

Parker se había negado a irse, pero permanecía algo alejado, como si no estuviera del todo seguro de que podía acercarse sin riesgo para su salud.

Agnes hacía preparativos para el regreso a su casa en cuanto estuviera segura de que no estaba infectada, aunque no había estado en contacto con el reverendo en ningún momento.

Había tenido una crisis de nervios y había roto parte de la vajilla de gala de su tía, pero ni siquiera eso la había calmado.

—Yo tenía planes —había gritado en la cara de Chow, que la había hecho sentarse junto al fuego sin ningún tipo de delicadeza y la había obligado a beber una copa de coñac—. No sé cómo osa usted tocarme. Es usted...

—Chino —había replicado él con una sonrisa sin humor—. Y en este momento soy la única persona con criterio en esta casa. Bébase eso y respire hondo, maldita sea. No es usted la que más ayuda necesita ahora mismo. Piense en su tía.

Sin embargo, Agnes no pensaba ni en su tía ni en nadie más que en ella misma. Miró a aquella gente que la rodeaba.

Su tía, en efecto, se quedaría sola muy pronto. Sola con la arrimada. Al final no había conseguido hablar con Parker acerca de ella, y estaba claro que no era el momento para ello.

En cuanto a esos dos hombres...

No tenía ni idea de quiénes eran, pero Mary y el irlandés parecían conocerse.

Con los ojos entrecerrados, ocultó su gesto astuto tras la copa. Fingió beber mientras los oía susurrar. Muy cerca, Parker también los contemplaba con el ceño fruncido. Con suerte, no sería necesario hablar con él. Tal vez la arrimada volviera al arroyo con los de su calaña por ella misma.

La noche parecía alargarse por siglos cuando al fin el doctor bajó de la parte alta de la casa. Si para ellos el día había sido largo, él debía de estar agotado, después del parto y de atender al buen reverendo.

Mary lo vio asentir y sintió que el corazón se le encogía dentro del pecho.

Miró a Gertrude, que entendió el gesto tan bien como ella.

También Flynn lo comprendió. Lo vio santiguarse y mover los labios con rapidez, como si rezase una rápida oración. Ojalá ella pudiera rezar por el reverendo, pero no le venía ninguna plegaria a los labios. Lo sentía por el hombre que la había cuidado como una hija durante diez años. Él creía en Dios, pero este parecía haberles olvidado a todos.

Puso una mano en el hombro de Gertrude y la apretó con fuerza. No podía hablar, pero algo en su pecho le hizo abrir la boca. De ella salió algo que no había salido desde hacía diez años, cuando pensó que el corazón se le había muerto de pena y rabia.

Cuando Mary empezó a cantar, primero con voz cascada y luego más firme a medida que tomaba fuerza, todos la miraron sorprendidos. Luego Gertrude se derrumbó sobre sí misma en el sillón donde estaba sentada, como si se hubiera roto por dentro.

Flynn sintió que las lágrimas mojaban sus mejillas. Esa era la voz que poblaba sus sueños y sus pesadillas desde hacía diez años. Al escucharla supo que la Alba que recordaba no había muerto del todo, por mucho que la mujer que tenía ante sí tratase de negarse a sí misma.

Parker salió de la casa sin que nadie, salvo Agnes, notara su ausencia. Antes de dejar el salón hizo amago de dar su pésame a Mary, pero esta ni siquiera pareció ver que estaba a su lado, de modo que saludó con la cabeza y se fue, con un aire triste que hizo que la rubia esbozara un mohín que disimuló enseguida.

Esa estúpida no sabía lo que estaba arriesgando con su actitud.

Al ver que nadie la miraba, abandonó el salón y comenzó a preparar su baúl. Por una vez, no necesitó ayuda de ningún sirviente. Sus vestidos cayeron uno sobre otro, sin importarle que se arrugaran o estropeasen. Tenía prisa. Tomaría un coche de punto si era necesario, pero tenía que regresar a casa cuanto antes. Le daba igual lo que dijera el doctor. Ella no moriría de cólera. Volvería a su casa y le daba lo mismo lo que pensara nadie.

Tercera parte
La Rosa negra

Capítulo 1

1849-1850

El cólera llegó desde Europa como los miles de inmigrantes irlandeses, alemanes, ingleses o polacos. Daba igual de dónde fueran. En 1848, la enfermedad había llegado a casi todo el mundo. El frío del invierno fue generoso con los habitantes de Nueva York, pero para el verano del año siguiente, se había expandido a toda la ciudad, llevándose a más de cinco mil almas, entre ellas la del reverendo Alfred Lewis.

Aunque las autoridades trataron de instaurar medidas higiénicas para detener la enfermedad, era complicado hacer entender a la población que era necesaria una extrema limpieza y evitar las heces de las personas enfermas. Además, en los barrios más pobres todo era más difícil debido a las extremas condiciones de vida.

Algunos de los propietarios de tabernas y salones de baile decidieron cerrar sus negocios para evitar más contagios, pero pocos podían soportar la carga económica de permanecer cerrados durante tanto tiempo, de modo que fueron escasas docenas los que mantuvieron su decisión más allá de unos días.

En poco tiempo una especie de histeria se instaló en la ciudad. A pesar de que se sabía cómo se contagiaba la enfermedad, pocos llevaban a cabo las medidas sanitarias necesarias para evitar la contaminación, de modo que la peste se expandía por la metrópolis, sin tener en cuenta clases sociales o fortuna.

Parecía como si se tuviera miedo de acudir a despedir a los muertos, por miedo a que contagiasen a los vivos que habían ido a despedirlo.

El reverendo Lewis se marchó del mundo que tanto había amado prácticamente a solas. Pocas personas acudieron a decirle adiós, aunque al menos esas pocas le amaban con creces.

Mary sostenía a Gertrude, sintiendo que, si no lo hacía, esta se dejaría caer en el agujero que habían abierto para su marido y se dejaría morir allí mismo. La mujer parecía haber envejecido en esos dos días. Se negaba a comer y apenas había sorbido con desgana unas pocas tazas de té ya tibio a insistencia de su pupila.

—No puedo creer que ya no esté, niña —decía una y otra vez, mirando el retrato del reverendo encima de la chimenea con los ojos húmedos y fijos, como si esperase que él volviera a la vida de un momento a otro y fuera a perderselo si parpadeaba.

No habían recibido visitas, y lo entendía. Su casa estaba marcada y quizá lo estaría para siempre. De nada servían las buenas obras del reverendo, su amabilidad y el hecho de que hubiera muerto por ayudar a los más desamparados. Ya había escuchado que él había traído la enfermedad a la calle Cherry, que morirían todos por su culpa...

Había sido una voz aguda que no se había molestado en disimular durante el funeral. Al girarse, la dama que había hablado había mantenido la mirada de Mary durante unos segundos antes de desviarla, pero ese desafío le había hecho saber que ni ella ni Gertrude eran bienvenidas ya. Ahora, en esa despedida final, el desprecio era todavía más patente.

Ni siquiera Parker estaba allí.

Tuvo que reconocer que eso sí le sorprendió. No había vuelto a verle desde la noche del baile. Ni siquiera notó cuándo se había ido. ¿Fue antes o después del desmayo del reverendo? Poco después, él había muerto y ella apenas recordaba nada más. También Agnes se había marchado de la casa en algún momento de la noche sin que se dieran cuenta.

Solo Flynn y su socio se habían quedado hasta el amanecer, hasta que Gertrude se había derrumbado, agotada, y Mary los miró, deshecha. No tuvo

que decir nada. Con Flynn siempre había sido así.

Y ahora estaba allí también, bajo la lluvia. Su cabello oscuro estaba pegado a la cabeza, pero no parecía notarlo. Miraba con fijeza el agujero que los empleados del cementerio iban llenando de tierra poco a poco, como si estuvieran enterrando a la vez todas sus esperanzas.

Con las manos en los bolsillos, ojeroso y con la ropa empapada, tenía un aspecto tan derrotado y agotado como ella misma.

¿Lloraba? Era complicado saberlo. La lluvia borraría sus lágrimas como hacía con las suyas propias.

—Señora...

La voz, ronca y amarga, la obligó a apartar la mirada. El enterrador miraba a Gertrude, pero ella ni siquiera se dio cuenta. También ella tenía la vista fija en la tumba de su marido, que ya había sido cubierta de tierra oscura, apelmazada por la lluvia. El otro hombre daba golpes encima con la parte de atrás de la pala para compactarla más, haciendo que Gertrude se estremeciera.

—Dile que no haga eso, molestará a Alfred... —creyó escucharla decir.

Mary apretó los labios y levantó la barbilla.

El hombre seguía mirando a Gertrude. Seguro que había visto a muchas familias en ese estado e incluso cosas peores. Había una especie de fascinación enfermiza en su mirada, como si coleccionara expresiones de dolor para disfrutarlas a solas más tarde.

Rebuscó en un bolsillo y agarró un puñado de monedas que le ofreció sin mirar siquiera lo que le daba.

Él abrió los ojos, sorprendido por su generosidad. Sin duda, la gente no solía tratar con tanta deferencia a alguien como él. Mary pensó con amargura que le daría todo lo que poseía solo por perderle de vista y salir de allí. Los dos hombres, con la ropa manchada de barro, se largaron tras saludar con las gorras, sin esperar a estar fuera de su vista para repartir su propina.

—Gertrude...

La voz de Flynn sonó apagada bajo la lluvia. No miraba a Mary y tampoco se dirigió a ella, pero supo sin lugar a dudas que era a ella a la que estaba

hablando. Flynn también era consciente de que Gertrude no estaba en condiciones de atender a nadie en ese momento.

Durante unos segundos fue incapaz de mirarle, de modo que miró a su alrededor. Estaban solos en el cementerio. La tristeza la golpeó con fuerza. Deseó estar muy lejos de allí, no tener que sobrellevar el peso de Gertrude, además del suyo. Pero se lo debía, ahora más que nunca.

Para su sorpresa, la señora Lewis se irguió contra ella y tomó una mano de Flynn.

—Mi guapo muchacho irlandés —dijo con voz cascada y débil—. ¿Qué vamos a hacer ahora sin él?

—Seguir con su labor, Gertrude. Seguro que es lo que más le gustaría. Si no lo hiciéramos, nos sentiríamos culpables cada día de nuestra vida.

La mirada de Flynn estaba clavada en Mary, pudo sentirlo sin necesidad de mirarle. ¿Qué diablos quería?

—Su escuela, su misión...

En la voz de Gertrude hubo una extraña pasión. Era la primera vez en días que parecía viva otra vez.

Mary quiso hablar para quitarle aquella idea de la cabeza. Con la epidemia de cólera y sin el reverendo, sus contactos y conocimientos, no podrían llevar a cabo aquella prueba, era imposible. Además, ella no quería volver a Five Points. Volver allí supondría regresar al pasado, reencontrarse con una parte de su vida que había muerto para siempre. Tratar con Paddy...

—Vámonos, Gertrude, necesitas descansar.

Al notar la dureza en la mirada de Flynn, supo que su voz había sonado demasiado seca. Estuvo a punto de decir algo para enmendarlo, pero Gertrude cedió de pronto bajo sus manos.

No cayó al suelo, pero sus piernas se debilitaron y parecía incapaz de andar. Flynn la tomó en brazos y la llevó hasta el carruaje. De pronto su mirada lucía ajena a todo lo que la rodeaba y balbuceaba sin cesar el nombre de su marido.

—¿Crees que ha enfermado? —preguntó Flynn, preocupado.

Él mismo parecía enfermo, pálido y delgado, pero solo tenía ojos para la mujer que le había educado.

—No, no creo. Solo está agotada —respondió Mary con una ternura inesperada hacia él—. Puedes visitarla, si quieres. Te lo agradecerá.

Él emitió una sonrisa amarga.

—Ella lo hará, aunque tú no estés deseando perderme de vista. —Le tomó una mano y se la llevó a los labios de un modo inesperado—. Piensa en lo que he dicho. Al reverendo le gustaría ver que su trabajo ha servido para algo.

—¿Un té?

Flynn se dejó caer junto a Chow y tomó la taza que su socio le tendía. El brebaje, de tono verdoso y de sabor amargo, le confortó. Todavía empapado, se deshizo de la chaqueta y la tiró a un lado, sin que le importase dónde caía. En todo caso, daba igual. La sala de baile llevaba días cerrada y no sabía cuándo volverían a abrir. Chow había tenido el detalle de dejar de recordarle la cantidad de dinero que estaban perdiendo, pero el pánico por evitar los contagios de cólera hacía que los clientes evitasen los sitios concurridos de todas formas.

—Creo que no han ido ni diez personas. Perros...

—La gente tiene miedo. Es normal. Les hace pensar que también los ricos pueden morir y no solo las pobres ratas de los suburbios.

—Han olvidado todo lo que ha hecho por ellos, pero yo no lo haré. Acabaré su proyecto y...

Chow Li soltó su taza y se levantó. Levantó las manos y señaló el local vacío.

—Ahora mismo no te puedes permitir ayudar a nadie más que a ti mismo. En pocos días ya no nos podremos permitir seguir cerrados. Necesitamos dinero, Michael Flynn, como todos.

—Me salvó la vida, Chow —gritó Flynn, con voz amarga.

—Seguro que no lo hizo para que tú tiraras lo que te queda en una misión estúpida.

Flynn golpeó la mesa con el puño, haciendo caer las tazas y derramando el té.

—¡Esa misión estúpida era su vida! Murió por ello.

—Y tú podrías estar camino de la muerte también por el mismo motivo. Abre los ojos, Michael Flynn. Sin el reverendo, Patrick Connelly ha tomado el mando de ese lugar con sus hombres de Tammany. Ese proyecto está envenenado. Ya no tiene nada que ver con lo que quería el reverendo Lewis. Se dice que piden votos para las próximas elecciones a cambio de dinero y comida. La gente acude a ellos como locos, creen que los van a salvar de la epidemia, y es posible que así sea, si tienen la única agua limpia de Hell's Kitchen. No creo que Paddy quiera que nadie meta las manos en su negocio.

—Se lo prometí a Gertrude.

—Se lo prometiste a tu Alba, Michael Flynn.

—Le he fallado demasiadas veces. Necesito cumplir alguna de las promesas que le he hecho —dijo con voz ahogada.

Dejó caer la cabeza contra la mesa y cerró los ojos. Sintió la mano de Chow en el hombro, consoladora.

—Tal vez ella no necesite tus promesas, amigo, sino que estés a su lado.

—Alba no me quiere a su lado, Chow.

El chino volvió a sentarse a su lado y emitió una risa triste.

—En ese caso, deberías plantearte olvidarla. A veces no se puede luchar contra el destino. Si ella no te quiere a su lado, como aseguras, pasa página. Vete de aquí, lejos. Todavía eres joven. Puedes largarte adonde quieras, rehacer tu vida. ¿Quién te va a echar de menos?

Flynn levantó la cabeza y miró a su socio, que parecía tan cansado como él mismo. Sin embargo, Chow iba tan bien vestido como siempre, con el pelo arreglado y afeitado, como si todo fuera bien y el mundo no fuera a acabarse en cualquier momento.

—¿Tú?

Chow rio.

—No seas ridículo, Michael Flynn. Todos los blancos sois iguales para mí. Si sigo aquí es porque te necesito. Si tú te fueras, buscaría a otro socio antes de que hubieras desaparecido en el horizonte.

Quizá aquello fuera cierto, pero su mirada era amistosa. Chow era su amigo y sabía que era la única persona con la que podía contar en ese momento.

—Pensaré en lo que has dicho acerca de la escuela, pero no puedo dejar algo así en manos de Paddy. Creo que puedes entenderlo.

El chino suspiró.

—Lo único que entiendo es que eres un irlandés cabezota que no comprende que se está metiendo en la boca del lobo por una dama que ni siquiera le quiere.

—No es así, y lo sabes.

Sin embargo, mientras lo aseguraba, no estaba seguro de que Chow no tuviera razón. Sentía que le debía lo que era al reverendo Lewis, pero, si no fuera por Alba, no sabía si se hubiera empeñado tanto en llevar a cabo su sueño de construir una escuela para sacar a niños como ellos habían sido de la calle y poder darles un futuro.

El saber que Paddy quería corromper el sueño del reverendo solo afianzaba la idea de querer salvaguardar sus deseos.

Sí, lo conseguiría, por Alfred Lewis y por Gertrude, y también por los niños que habían sido Alba y él, y hasta por su madre, por todas las oportunidades que ella no había tenido de ser feliz.

Capítulo 2

Y de pronto los casos empezaron a menguar. Tras meses de miseria por toda la ciudad, la peste comenzó a desaparecer. Para entonces había dejado un rastro de muerte que nada podría reparar y el poder de las bandas se había afianzado todavía más en los barrios bajos. Mientras tanto, en las zonas altas, los ricos vivían en su propio paraíso, ajenos a todo. Aunque el cólera les había tocado, la mortandad no podía compararse con la de las zonas pobres. En definitiva, nada cambió y la vida siguió como siempre en la joven Nueva York, con dos mundos paralelos habitando en su seno. Nunca iban a mezclarse ni tenían nada en común, pero a la vez eran tan cercanos que la frontera era invisible.

Nada había cambiado pero algunas vidas jamás volverían a ser las mismas.

—Dile a tu marido y a los hombres de tu familia que voten por Tammany, querida. Recuerda quiénes estuvieron a tu lado cuando más lo necesitabas.

La mujer, consumida, apenas movió la cabeza para asentir, pero tomó la taza de peltre con caldo de la mano de Billy el Pecas. Este hizo todo lo posible porque su piel no la rozase en ningún momento. A veces, sobre todo las mujeres, insistían en tomarle las manos y hasta en besarle en señal de agradecimiento. Decían que les salvaban la vida a sus hijos con aquella comida. A muchas no volvían a verlas, así que dudaba que aquello fuera

cierto.

Billy tenía miedo. Le tenía pánico a aquella muerte repugnante. Prefería morir desangrado o de un tiro. Siempre que le tocaban se rociaba las manos de ginebra y les prendía fuego. Dolía, pero confiaba en que las llamas le purificasen. Por el momento había funcionado. O a lo mejor solo había tenido suerte.

La vieja misión del reverendo Lewis ahora les pertenecía. Paddy decía que, en virtud a aquel acuerdo no escrito que había suscrito con el difunto, aquel negocio era suyo.

—La epidemia pasará, como pasaron otras antes. Los que sobrevivan recordarán que nuestro partido les dio de comer y que los demás dejaron que se pudrieran.

Tenía razón. Ni las viejas damas metodistas se habían preocupado de lo que ocurría con los feligreses del reverendo ni el resto de sus socios ricos se habían molestado en preguntar si el proyecto de la escuela iba a salir adelante.

Paddy tampoco se preocupaba demasiado de ese asunto. Solo pensaba en los votos que sacaría el partido de Tammany Hall en las siguientes elecciones. Después de una temporada de capa caída, veía aquella oportunidad de oro como la puerta abierta al gobierno. Billy dudaba que le permitieran acceder a ningún puesto de responsabilidad, pero no cabía duda de que era útil para los politicastos ricos y listos de la ciudad. Alguien con poder, dinero y sin escrúpulos para usarlos.

Las semanas de primavera habían pasado sin cambios hasta que el verano hizo que las víctimas aumentasen. El calor hizo que la epidemia se recrudeciera y que hasta Billy se plantease si merecía la pena arriesgarse por aquellos estúpidos votos. ¿Quién podría votar si todos morían? El otoño trajo una mejoría repentina y muy pronto, con el frío invierno, aquella epidemia sería un recuerdo. La nieve la enterraría y cubriría las más de cinco mil tumbas que había hecho cavar, la mayoría de ellas sin nombre. Hasta que llegara la siguiente.

Oh, sí, Paddy vivía. Él no arriesgaba su vida de modo estúpido. Tenía a sus esbirros para hacerlo en su lugar. Les pagaba bien por ello. Al menos a los que todavía quedaban con vida.

Billy seguía a su lado. Tenía la sensación de que tenía la cartilla de deudas llena. Paddy le debía mucho, aunque él no fuera consciente de ello.

¿Acaso no vigilaba a Flynn, cuidando que no metiera las narices donde no debía? ¿No tenía a una de las chicas de Paddy en la casa de la viuda del reverendo, vigilando a aquella puta?

Por el momento la epidemia parecía haber adormecido a aquellos dos, pero sabía que un día despertarían. Paddy no se daba cuenta, o tal vez ya no recordase, con su tripa incipiente y su reloj de oro colgando del chaleco, lo peligroso que era un animal herido cuando se revolvió contra uno. Él lo recordaba bien, y Paddy no debería haberlo olvidado jamás.

—¿Esta gente no deja de venir nunca?

Billy se volvió hacia Stewart, que iba tan elegante como siempre. Era el último vestigio de la antigua misión del reverendo Lewis, un tipo que no dudaba en contarle a cualquiera sus orígenes y lo mucho que le debía al difunto, que había muerto como un mártir, sacrificando su vida y su salud ayudando a sus feligreses.

El instinto de Billy habría sido romperle la cara y echarle de allí de una patada en su bien vestido trasero, pero la imagen de respetabilidad que le daba a lo que hacían le detuvo. A Paddy le interesaba tenerle allí porque daba una especie de continuidad a la labor de la misión.

—Se supone que eres tú el que está aquí por ser buena persona —replicó Billy con tono seco que no hizo callar a Stewart.

Aquel inglés nunca se daba por enterado de cuándo su charla no era bien recibida. Hablaba y hablaba, casi siempre de tonterías relacionadas con sus múltiples negocios de importaciones, aunque nunca decía qué importaba exactamente. Billy le había investigado y sabía que aquellos negocios de los que tanto alardeaba ni eran tan limpios ni tan boyantes como decía, pero daba igual. Nunca se sabía cuándo un tonto como él podía ser útil. Y además hablaba con la gente cuando Billy no quería hacerlo.

Como siempre, Stewart se tomó sus palabras como una broma. Era un ejemplo más de lo poco que le conocía. Ese tipo todavía no se había dado cuenta de lo que estaban haciendo. Con suerte, los demás tampoco lo harían.

Grammercy estaba hermoso en otoño. Era su época del año preferida para visitarlo.

Había menos flores que en verano y primavera, pero las hojas de los árboles, teñidas con diferentes tonos rojizos, el olor húmedo de la tierra, le hacían recordar su tierra, aunque el paisaje era muy distinto.

Mary no recordaba cuándo había sido la última vez que había paseado por allí. ¿Había sido aquel día en que había visto a Flynn por primera vez en diez años y había sabido que estaba vivo?

Tal vez sí.

Habían sido tiempos mucho más felices, sin duda. Todo estaba en su lugar, aunque ella no fuera consciente de ello y no hubiera sabido disfrutarlo.

A pesar de la humedad y del aire frío, se sentó en un banco. Llevaba un velo negro y un pesado vestido de luto. Se sentía anciana por fuera y por dentro.

En casa, Gertrude dormía.

A veces pensaba que sería mejor que hubiera muerto con el reverendo. En cierto modo, su alma había muerto con él, de todas formas.

Cuando le hablaba, su mirada estaba perdida y su espíritu ausente. Había perdido el interés en todo lo que la rodeaba. Mary había tomado el mando de la casa y de lo poco que quedaba de la labor del reverendo. Incluso había tenido que contratar personal para la casa, después de que varias criadas, Flora entre ellas, se marchasen por miedo a contagiarse de cólera después de la muerte del reverendo. Una de ellas era una muchacha procedente de Five Points. Durante unos instantes había dudado si contratarla o no. Sus ojos le habían recordado demasiado a los suyos propios. Pero lo cierto era que la necesitaba, de modo que la había aceptado. Se llamaba Emma y era callada y trabajadora. Su voz sonaba en susurros y todavía tenía un fuerte acento irlandés, como si apenas hiciera unos días que había desembarcado.

Recibían pocas visitas. A pesar de que habían transcurrido meses de la

fiesta, o más bien de aquella fiesta que no había podido ser, la gente seguía evitando su hogar. Mary lo agradecía. Gertrude no estaba en condiciones de recibir a nadie y ella no deseaba contacto con nadie que la interrogase con la mirada acerca del futuro.

Sin embargo, ahí, muy cerca, estaba Agnes, como un escorpión con el aguijón listo para atacar.

La sobrina de Gertrude había escrito hacía unos días. Tal vez había sabido que la epidemia estaba remitiendo en la ciudad y que hacía semanas que no había un solo caso en los barrios afortunados.

Había decidido regresar para cuidar de su amada tía.

Mary sabía leer entre líneas. Agnes no la quería en la casa de los Lewis. Ahora que el reverendo no estaba allí para defenderla contra viento y marea, pensaría que era más fácil echarla. Sin duda, tenía más derecho a exigirlo que ella a quedarse, por mucho que odiase la sola idea de dejar a Gertrude sola en esos momentos.

Flynn también las había visitado. Gertrude se había limitado a mirarle con su mano tomada sin escuchar una sola palabra de lo que decía. En ese momento había sido consciente de que estaba enferma, aunque también la habían preocupado las palabras de Flynn.

—Paddy se ha adueñado del trabajo del reverendo. Le debo intentar al menos que no destruya el sueño del señor Lewis. Sin él yo no estaría aquí — había dicho, evitando su mirada, tras contar que estaba comprando votos a cambio de comida, usando la misión para ello.

Gertrude se había limitado a asentir, sin comprender nada, y Mary se había estremecido al pensar en lo que ocurría. ¿Dónde estaba la gente que había estado junto al reverendo durante años? ¿Por qué era Flynn el único en ver lo que estaba ocurriendo?

De eso hacía dos meses y no había vuelto a verle. Apenas había probado el té que le había servido Emma. Poco después se había marchado, con aire triste. Ni siquiera sabía si seguía vivo o se había contagiado de cólera. Suponía que se habría enterado de ser así, pero no lo tenía claro.

Inspiró hondo, sintiendo que había llegado la hora de tomar una decisión.

Siguiera vivo Flynn o no, era su deber acabar con Paddy, por ella y por el que había ejercido como su padre durante diez años. No podía permitir que acabara con la labor de tantos años por algo tan mezquino como unos míseros votos.

Además, debía pensar en buscar un alojamiento, un trabajo... No sabía hacer nada aparte de leer, algunas cuentas y tocar el piano de modo aceptable. Siendo pobre e ignorante hubiera tenido más posibilidades de sobrevivir que ahora, cultivada, pero con la cara marcada. Si no hubiera salido de Five Points, podría ser criada o puta, pero ¿quién la querría a su servicio en una buena casa? Estaba en el limbo entre dos mundos, y no pertenecía a ninguno de los dos.

—Has debido de odiarme estos meses.

La voz, grave y un poco arrastrada, provenía del sendero a oscuras.

Mary no fue consciente del tiempo que llevaba sentada hasta que vio que apenas había luz en el claro. Se tranquilizó al ver a Parker caminar hacia ella desde la oscuridad, con su habitual paso tranquilo y elegante.

No había cambiado desde la noche de la fiesta. Si acaso, estaba más guapo y maduro. El cabello rubio le caía sobre la frente, como si se hubiera estado mesando los cabellos y no se hubiera dado cuenta de que se había despeinado.

—La verdad es que no he tenido demasiado tiempo para pensar en ti, Parker —respondió, con una sonrisa triste que él no pudo ver a través del velo.

Él pareció tomarlo como un reproche, porque aceleró el paso y se colocó junto a ella, aunque dudó antes de sentarse. Cuando al final lo hizo, Mary pudo ver que Parker sí había cambiado, después de todo. Estaba ojeroso y pálido, más delgado de lo habitual.

—No he estado a la altura a la primera prueba que se me presentó.

Mary sintió deseos de reír ante sus palabras rebuscadas. De pronto le pareció un muchacho que solo la encontraba interesante por la novedad, su exotismo, su rareza.

Se quitó el velo para poder respirar el aire de otoño y ver la luz del

atardecer en todo su esplendor. Aquel era uno de los momentos más hermosos que había vivido en mucho tiempo y no quería perderse.

—No ha sido ninguna prueba, Parker. El hombre que me salvó la vida murió. Y habría agradecido tener a un amigo a mi lado.

El rostro de Parker se crispó.

—La situación fue tan desagradable. De pronto eras una persona desconocida para mí. Y estaba ese Connelly allí contigo. No pensé que me necesitases...

Mary frunció el ceño. ¿Flynn? Intentó recordar aquella horrible noche. No recordaba haber hablado siquiera con Flynn. Sus últimos recuerdos eran los de la mirada vidriosa del reverendo y la de una voz en su cabeza que la obligaba a gritar y escapar de allí, muy lejos.

—El señor Connelly era amigo del reverendo desde hace muchos años. Si te parecí una desconocida es porque no me conoces, jamás te has tomado la molestia en conocerme de verdad. Y sí, habría agradecido tu apoyo, Parker — su voz sonó más violenta de lo que habría deseado—. Mi padre murió aquella noche y el que yo creía mi mejor amigo se marchó sin decir adiós.

Él torció la boca en un gesto amargo. En la luz menguante, ese ademán le hizo parecer una persona distinta, alejada del amable y gentil Parker Jamestown que siempre había apreciado.

—Un amigo. Ese es el problema. Que nunca me has visto como nada más. Agnes me ha hablado de ti durante estos últimos meses... —Le vio pasarse una mano por el cabello claro. El Parker que tenía ante ella era un hombre muy distinto al joven seguro y agradable que siempre había conocido. ¿Dónde estaba el muchacho dulce y amable que siempre estaba dispuesto a una broma y a recitar un poema, a pasarle la hoja de la partitura? ¿Qué le había dicho Agnes para que la mirara así en ese momento? De pronto sonrió y volvió a ver al amigo que siempre había conocido—. Por Dios, perdóname. Te he buscado para pedirte perdón y aquí me tienes, reprochándote estupideces. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios—. Dime que me perdonas y que me darás otra oportunidad. Todo lo que dijo Agnes no puede ser verdad. Esperaré lo que sea necesario, Mary. Si lo he hecho hasta ahora, podré esperar un poco más para que me aceptes.

Mary se levantó del asiento de piedra y lo miró desde su altura. Parker parecía muy joven de repente, ansioso de escuchar su respuesta. Sintió ternura por él, pero no amor.

—Claro que somos amigos, Parker. —Emitió una sonrisa triste y volvió a sentarse a su lado, sabiendo que podría estar a punto de perder su amistad para siempre—. Antes de que me hagas ninguna propuesta, quiero que me escuches y me prometas que lo pensarás bien para no lamentar más tarde el haber cedido a un débil impulso de compasión.

—¿Un débil impulso de compasión? —preguntó él con voz áspera y violenta, levantándose a su vez y apretando los puños—. ¿Cómo puedes pensar algo así? Es como si pensaras que soy un niño, como mi padre. Nada de lo que me digas podrá hacerme cambiar de opinión.

Ella asintió y comenzó a hablar. Las palabras sonaron al principio a trompicones, pero, a medida que hablaba, fluyeron con más facilidad, como si hubiera liberado algo que llevaba demasiado tiempo atrapado en su interior.

Pasados unos minutos, ya no era consciente de si hablaba para él o para sí misma. Olvidó dónde estaba. Escuchaba las voces de la vieja cervecería, los gritos aquella terrible tarde de la pelea de perros y ratas, la voz de Paddy llamándola pajarillo...

—Todos los que te rodeaban te fallaron y abandonaron.

La voz de Parker sonó oscura y jadeante. Sus ojos brillaban en la ya casi total oscuridad. A esa hora el parque debía de estar ya a punto de cerrar, si no lo estaba ya. La oscuridad parecía menos acogedora de repente, y Parker menos dulce que nunca.

—Solo quería que supieras que Agnes tenía razón, al menos en parte. Yo no sería una buena esposa para ti, Parker. Te mereces a alguien puro y decente.

Él la detuvo poniéndole una mano en los labios.

—Calla. Te acompañaré a casa, es tarde. Hablaremos mañana.

Mary no respondió. No pudo evitar pensar que Parker apenas la había tocado hasta entonces y que en ese momento su mano permanecía sobre sus labios y que sus dedos le acariciaban la mejilla. Incluso su mirada era distinta.

—Sí... —respondió, con tono cansado.

Se colocó el velo y le dio la espalda. Caminó con parsimonia hacia la salida, sintiendo su mirada de fuego en la espalda. Su confesión lo había cambiado todo, aunque no se arrepentía. Ahora ya no era la mujer intachable e intocable que había sido hasta hacía unas horas. Ahora era una mujer marcada y la mente de Parker ya no podía obviar ese hecho, por mucho que lo intentase.

No estuvo segura de que no la abordaría otra vez, pero no lo hizo. Mientras caminaba hacia la salida, fue consciente de que caminaba tras ella, a solo unos metros de distancia. Hacía unas horas no habría dudado de él, pero ahora todo era distinto. El mundo había girado y ella misma lo había provocado. Sin embargo, pudo llegar al carruaje sana y salva.

Pensó en el daño que podían hacer unas palabras, aunque fueran la verdad, una verdad terrible. Ante Parker ella había perdido su condición de dama, como siempre había temido que sucedería. ¿Perdería también su amistad?

¿Ocurriría lo mismo con Flynn si llegaba a saber lo que Paddy le había hecho? Era posible, pero lo dudaba. Quizá si su educación fuera distinta, se hubiera criado en las calles, entre ladrones y putas, pero su corazón no era mezquino. ¿A cuántas mujeres como ella no había conocido y querido? Aunque, si lo pensaba bien, no era lo mismo sentir cariño o compasión que amarlas, tomarlas como esposas o novias. ¿Sería capaz Flynn de querer a su lado a una mujer como ella? Con un gesto de disgusto, se dijo que le daba igual. Esa puerta estaba cerrada para siempre.

Cuando llegó a casa, Gertrude todavía no se había levantado y era la hora de cenar. Se preguntó si merecía la pena molestarla si estaba descansando.

Se asomó a su dormitorio y la vio con la mirada fija en el retrato de su marido, que ahora presidía la chimenea. Por lo demás, el cuarto se conservaba como estaba en vida del reverendo. Bajó a la cocina y ordenó una bandeja para las dos. Cenaron juntas allí, como cuando era una niña que no soportaba ver a nadie, en especial a Agnes cuando iba de visita.

Era una suerte que Gertrude no pudiera ver la angustia en su mirada, porque el haber abierto la caja de sus secretos no la había apaciguado en absoluto, sino más bien lo contrario.

Por mucho que lo intentase, no podía olvidar la mirada llena de deseo de Parker y sus dudas ante la reacción de Flynn en una situación similar.

Capítulo 3

—Este lugar nunca volverá a ser el mismo —gruñó Chow Li, mirando a los cuatro borrachos que se movían al ritmo del violín y del tambor. Hasta Mickey seguía el ritmo de la música con la bota contra el suelo para combatir el aburrimiento—. Puede que me busque otro socio blanco con más seso que tú, Michael Flynn.

Flynn levantó su vaso de cerveza en honor a su socio y bebió. No podía negar que el chino tenía razón. Su suerte del irlandés se había acabado hacía meses, al mismo tiempo que el cólera había empezado a arrasarse la ciudad.

El Trébol Dorado ya no era lo que fue en otros tiempos, eso estaba claro, pero tampoco lo era ninguno de los viejos negocios de la zona. Ahora había nuevos garitos que sustituían algunos de los que habían cerrado. Había cerveza más fuerte e incluso brebajes peores, y más baratos. Antros donde se jugaba el dinero y la vida. La gente parecía haber perdido el miedo a morir al haberse salvado del cólera.

En definitiva, Flynn comprendía a Chow. Sabía que tenía otros negocios de los que jamás habían hablado y planes de volver a China algún día a recuperar las tierras de su familia. Él, en cambio, no tenía ningún tipo de plan, salvo la difusa idea de llevar a cabo el sueño del reverendo.

Y Alba. Siempre ella.

Sin embargo, no hacía nada.

Podía ver en los ojos de Chow que él pensaba lo mismo. Se sentaba allí

cada noche, con un vaso de cerveza, dando vueltas a las mismas ideas, pero quieto.

Cierto que era complicado arrebatar la vieja misión a los políticos de Tammany, pero no lo lograría si no lo intentaba siquiera. Y en cuanto a Alba... la había visitado varias veces, pero no habían hablado. No de verdad.

Sabía que estaba de duelo por la muerte del reverendo, que el dolor hacía difícil pensar, pero ahora que habían pasado meses, quizá fuera el momento de moverse al fin.

—¿Y has puesto las miras en alguien? —preguntó, fingiendo interés—. Dicen que a los de Tammany vuelven a irles bien las cosas.

Chow bufó.

—No es por desmerecer a tu familia, pero no quiero a tu tío cerca. He oído las cosas que les hace a las jovencitas. Alguien capaz de dañar a una mujer es capaz de cualquier crimen.

Flynn entrecerró los ojos. Todo el mundo había escuchado los rumores acerca de Paddy, pero nadie sabía nada concreto. Ninguna de las chicas a las que había dejado al aburrirse de ellas había osado decir que la hubiera maltratado.

Él sabía bien que no era el más amable de los hombres. Recordaba su crueldad con los animales en el matadero. Pero pensaba en el cariño con el que había tratado siempre a Alba y no podía imaginar que pudiera dañar a una mujer.

Bebió otro sorbo de cerveza y se encogió de hombros.

—Creo que el mismo Paddy se encarga de engrandecer su leyenda para que le teman. Yo no creería ni la cuarta parte de lo que se dice por ahí.

Chow sonrió de lado.

—Claro, Michael Flynn —dijo, con tono tan neutro que su acento fue inapreciable—. Y ahora creo que es hora de que pienses en nuestro negocio, si no quieres perderlo para siempre.

Flynn dejó su cerveza y se levantó. Se colocó la chaqueta con aire de desafío y caminó hacia los borrachos que bailaban. Palmeó la barra para

llamar su atención.

—¡Eh, muchachos! ¿Os apetece un trago gratis?

Uno de ellos le miró con desconfianza, aunque asintió sin dudar.

—¡Claro que sí, jefe! ¡Los Connelly siempre son tan generosos que parece que les sale el dinero y la cerveza por las orejas!

Flynn apretó los labios al comprender que le comparaban con Paddy, aunque disimuló y sonrió.

—Tendréis toda la que queráis esta noche si salís a buscar a unos amigos.

Vio por el rabillo del ojo que Mickey fruncía el ceño, pero le dio igual. No había recurrido en su vida a un truco tan ridículo y rastrero, pero funcionó. Dos de ellos salieron corriendo a buscar a los primeros que vieron por la calle, aunque no los conocieran de nada. Pronto, El Trébol Dorado había recuperado su esplendor de siempre.

Chow le sonrió desde un rincón. Esa noche no ganarían tanto dinero como en los viejos tiempos, pero era un principio. Estaba dispuesto a recuperar su vida desde esa noche en adelante.

Lily West habría preferido morir durante la peste.

Muchas de sus amigas habían fallecido por culpa de la mala alimentación y el hacinamiento. Ninguna se podía permitir dejar la calle, ni siquiera en lo peor de la epidemia, así que muchas de ellas se habían contagiado, pero ella no había tenido tanta suerte.

Dios era cruel, pensó.

Se abrigó más con el chal al notar la mirada ansiosa de dos marineros que pasaron a su lado.

Tenía frío, estaba cansada y hambrienta. Además, necesitaba el dinero para pagar el alojamiento. Si seguía sin trabajar, esa maldita vieja la echaría de la pensión, pero no podía trabajar así. Había hombres que la rechazaban al ver su estado. Otros no tenían tantos escrúpulos, lo sabía bien. Les daba lo mismo

tirarse a una anciana desdentada que a una niña de pecho, pero algo en su interior le impedía desde hacía unos días acostarse con ninguno de esos sucios desconocidos.

Desde que el bebé había empezado a moverse, todo era peor.

La vieja comadrona se había negado a realizarle un aborto al pensar que sus vómitos estaban causados por la enfermedad. Después, ya era demasiado tarde. El diablo había castigado a la zorra por no haberla ayudado. La peste se la había llevado un mes después de que la echara de su casa con repugnancia.

¿Quién era ella para tratarla así? Una mujer que había ayudado a tantas desgraciadas a deshacerse de sus hijos no deseados no tenía derecho a juzgar a nadie. Debería haber tenido más compasión.

Algunas compañeras le habían dicho que podía venderlo o que, si era niña, podía sacarle provecho.

Lily no podía pensar en lo que llevaba adentro como en un bebé, una pequeña persona. Ni siquiera sabía quién era el padre. Podría ser cualquiera de aquellos repugnantes cabrones que la miraban con deseo en ese momento.

Le daba igual, para ella todos eran iguales.

Se detuvo en la puerta de El Trébol Dorado. Había mucha gente aquella noche. La música sonaba más alta que nunca y los hombres gritaban y jaleaban a los que tocaban con aplausos y patadas contra el suelo.

Al fondo del salón de baile pudo ver a ese maldito chino, tan elegante como siempre.

Por un momento, pensó que la veía, pero era absurdo. No podía verla en la oscuridad.

Todos eran iguales, sí. Y él la había echado de su lado como todos, como Paddy, después de haberla usado.

Se pasó una mano por el vientre con rabia.

—Ojalá no seas niña, criatura, o te tocará lidiar con un mundo horrible —gruñó.

Se moría por beber algo fuerte, pero a la vez sentía náuseas, así que

decidió volver a la pensión, aunque todavía era temprano.

—¡Eh, Lily! —gritó una voz grosera a sus espaldas—. Gracias por habernos dejado el campo libre, cariño.

Las otras chicas corearon la risa de la puta.

Lily apretó los dientes y estuvo a punto de partirle la cara de un puñetazo, pero no lo hizo. No quería llamar la atención estando tan cerca de ese salón de baile.

Se limitó a llevarse la mano al cuello en señal de amenaza y a largarse.

Era probable que en ese momento no fuera más que una puta preñada, pero un día volvería a ser la Lily de siempre, la más hermosa, la más descarada. Todas esas zorras no tendrían nada que hacer a su lado.

La sede de Tammany Hall, en el número 14 de la calle East, solía estar tranquila por la mañana. A los políticos no les gustaba madrugar y a los que buscaban pedir sus favores tampoco.

En uno de los despachos más pequeños, al fondo, Paddy Connelly contemplaba el tránsito desde una ventana baja, sin hacerle demasiado caso. Llevaba la misma ropa que la noche anterior y no se había afeitado. Había llegado muy temprano y apenas se había movido desde el momento en que había entrado. Estaba cansado, pero necesitaba pensar, y para eso necesitaba tranquilidad.

Se llevó el vaso que tenía en una mano a la boca y rezongó al comprobar que estaba vacío. En ese antro no había bebidas decentes, de todas formas. Solo jerez y un coñac que él no le daría ni a un mendigo.

Últimamente Paddy no dormía.

Si creyera en Dios, podría pensar que su conciencia le quería decir algo, pero, por suerte, hacía mucho tiempo que había dejado de tener escrúpulos. Esas estupideces solo servían para ponerle fronteras a uno.

No, era solo que en cuanto cerraba los ojos veía esos iris verdes,

taladrándolo desde lo más hondo de su cerebro.

¿A cuántas mujeres, algunas más hermosas que ella, había poseído sin que ninguna de ellas permaneciese en su memoria más tiempo que el necesario para conseguir a la siguiente?

Se decía que todas las chicas más bonitas de Five Points habían sido primero suyas y después de los demás, y Alba también lo había sido, por su puesto. Pero había algo en ella que le hacía imposible olvidarla.

Debería estar muerta.

Incluso le habían asegurado que era así. Después de haber dejado su cuerpo en la calle, creyendo que había muerto, había mandado a Billy a buscarla. No la había encontrado y eso solo podía significar una cosa para él.

Durante años, a veces, en sueños, su voz había venido a él. Aunque nunca había cantado para él, la había escuchado hacerlo para Flynn y para Maria. Después, su voz se había apagado para siempre. Él mismo la había acallado a golpes, aunque nunca había tenido el más mínimo remordimiento por ello, se decía una y otra vez.

Paddy hubiera hecho cualquier cosa para que cantase para él, pero ella no lo había comprendido. Había querido matarle y él solo se había defendido.

Debería estar muerta, sí.

Pero no, no lo estaba, y ahora sus ojos no solo lo perseguían en los sueños más inconfesables, sino que también lo hacían mientras estaba despierto.

Siempre había estado allí, tan cerca de él. Incluso ahora, saber que estaba prácticamente sola, en aquella casa desprotegida, era una tentación casi insalvable.

Sin embargo, no debería seguir tentándole. A él no le gustaban las mujeres usadas y menos aún las marcadas. Y ya no era una niña, ni mucho menos. Debía de estar rondando los veinticinco. Además, su odio hacia él era patente, aquella mirada que le había dirigido al pie de las escaleras lo atestiguaba. Lo recordaba bien y no lo había perdonado.

Tiró el vaso contra la pared contraria, furioso.

¿Cómo se atrevía esa maldita zorra a mirarle así, desafiante, en lugar de

encogerse de miedo ante su presencia? ¿No comprendía que podía buscarla en cualquier momento, en ese mismo instante, para acabar lo que había empezado? Si decidía que era suya, solo suya, ella no podría hacer nada por evitarlo. Ella no era nadie, solo una huérfana sin un centavo que ahora había quedado al cargo de una vieja que había perdido la chaveta.

Sonrió de pronto.

Recordó que no había visitado a la viuda para presentarle sus respetos.

Capítulo 4

—Un caballero desea verla, señorita.

La voz tímida de Emma sacó a Mary de su ensimismamiento. Estaba sentada en el banco del piano, pero no tocaba. Se limitaba a pasear sus dedos por las teclas sin llegar a pulsarlas.

Pensó con inquietud que podía tratarse de Parker, que había prometido visitarla. Habían pasado dos semanas desde que le había confesado la verdad sobre su pasado y él no le había escrito ni se había puesto en contacto con ella. Si pensaba en su forma de mirarla antes de marcharse, era mejor que la olvidase.

—Gracias, Emma —dijo, levantándose y alisándose la falda del vestido por costumbre—. Ofrécele una taza de té y dile que ahora voy, por favor.

La muchacha asintió y evitó su mirada, aunque a Mary no le pareció extraña su actitud. A pesar de que llevaba en la casa más de seis meses, no conseguía romper la barrera de su timidez.

Antes de ir al salón, comprobó que Gertrude seguía en el jardín, sentada junto a las rosas, leyendo al parecer. La saludó con un gesto y siguió a lo suyo. En los últimos días parecía más despierta, como resignada a su destino. Agnes llegaría en un par de días y Gertrude se había animado con la idea de recibir a su sobrina. Si al menos servía para que fuera feliz, Mary estaba dispuesta a soportar la insolencia de la joven mientras siguiera en aquella casa.

Mary se sorprendió al llegar al salón. Fuera quien fuera, se sentía cómodo

allí, o quizá era del tipo de personas que se sentían a gusto allá donde estuvieran. De espaldas, parecía bien vestido, pero había algo en él que delataba que no era un caballero. Toqueteaba los libros y las licoreras, como si todo lo que había allí le perteneciera.

—Espero que esta vez sí podamos hablar, pajarillo —dijo él de pronto, como si hubiera presentido su presencia, sin darse la vuelta, con una voz suave y cantarina que hizo que se estremeciera de terror.

Mary sintió cómo la habitación, y hasta la casa, encogían de golpe.

¿Cómo no le había reconocido? ¿Cómo no le había preguntado a Emma el nombre de la persona que la esperaba?

Rebuscó en el bolsillo de la amplia falda, pero no tenía el cuchillo que debería estar allí. Jamás había pensado que él se atrevería a visitarla.

—Vamos, vamos, no pongas esa cara de susto —siguió Paddy, acercándose con una sonrisa evaluadora que la recorrió de arriba abajo y se detuvo durante unos instantes en la cicatriz que él mismo le había dejado como recuerdo—. Tú y yo éramos amigos...

—Un amigo jamás habría hecho lo que tú hiciste.

Paddy no mostró ningún tipo de arrepentimiento ni pidió perdón, y ella se lo agradeció. Tampoco habría creído sus palabras.

—Habrías muerto de hambre sin mí aquellos días, niña. Pero mírate, deberías agradecerme esto —añadió, señalando a su alrededor—. Ahora eres una señorita fina, educada. Hasta has perdido el acento irlandés. Seguro que tienes pretendientes ricos que olvidarán esa marca si eres buena con ellos en la cama. Ya tienes edad para haber aprendido a complacer a un hombre.

Mary apretó los labios para contener las palabras que estaban a punto de salir por ellos. Él deseaba que se rebajase a su nivel, pero no iba a hacerlo.

—¿Qué deseas, Paddy? Estamos de luto en esta casa, como bien sabes, no tengo tiempo para charlas de salón.

La sonrisa de Paddy se congeló en su rostro a medida que se iba acercando otra vez a ella. Mary sintió deseos de huir, pero no quería darle esa satisfacción, de modo que permaneció en su lugar, con los puños apretados por

la rabia y el pavor.

Estaba sola con él y los dos sabían que podía hacerle daño si quería. Sería muy sencillo. Ella ya no era una niña, pero la Alba que creía muerta estaba agazapada en algún lugar de su interior, temblando de pánico, como hacía diez años.

—A pesar del daño que me hiciste, te sigo queriendo mucho, pajarillo. No sabes cómo...

La mano de Paddy temblaba cuando rozó la cicatriz de su rostro. Sus ojos estaban vidriosos y a ella llegó el tufo del alcohol. Estaba borracho, pero eso no era todo. Estaba obsesionado.

—No sabes lo que es el amor, Patrick Connelly —respondió entre dientes, sin atreverse a moverse del sitio. Sabía que, si lo hacía, él saltaría sobre ella como un animal, que solo esperaba su oportunidad.

Los ojos de Paddy se clavaron en ella, claros y fríos. Su sonrisa le puso los pelos de punta.

—Tú sí lo sabes, por supuesto. Tú querías a mi sobrino y él a ti. —De pronto su sonrisa se amplió y acercó su rostro hasta que pudo respirar el mismo aire que él—. ¿Sabe él que yo te probé primero?

Pudo leerlo en su mirada. No podía mentir.

La sonrisa de Paddy, heladora, se pegó a su boca cuando supo la verdad.

Mary forcejeó para liberarse de él. Paddy, con el equilibrio de un borracho, trastabilló y cayó de espaldas, pero no pareció molesto por ello. Tenía tal mirada de satisfacción y triunfo que Mary sintió más deseos que nunca de matarle.

—Lárgate, maldito seas. No quiero que vuelvas a esta casa —gimió con voz apenas inteligible.

—No tienes ningún poder sobre mí, bruja —respondió él, poniéndose en pie con torpeza—. Ninguno... Serás mía cuando quiera, y todo lo tuyo lo será también y no podrás evitarlo.

Mary jadeó y lo miró marchar.

Paddy reía a carcajadas. No podía negar que había triunfado y que ella no había hecho nada para impedirselo. Se dejó caer en un asiento junto a la chimenea y contempló el fuego en silencio. Las manos le temblaban de impotencia.

Era débil y estúpida.

¿De qué le servían todas sus ansias de venganza si era incapaz de defenderse cuando la situación lo exigía?

Derrotada y ansiosa, se encogió sobre sí misma y lloró por primera vez en mucho, mucho tiempo.

Cuando Agnes Vanderloo llegó a la casa de su tía, un día antes de lo esperado, pensó que estaba vacía.

Había poco servicio, menos del imprescindible, y tardaron en abrirle la puerta cuando llamó. Cuando al fin alguien acudió a su llamada, lo hizo una muchacha desconocida, que balbuceó algo que no pudo comprender y salió corriendo escaleras arriba al instante, dejándola allí sola, en el vestíbulo, tan sorprendida por el caos en la casa que ni siquiera tuvo tiempo de reprenderla.

Mientras esperaba, el cochero metió su equipaje. Lo bueno del luto era que no hacía falta llevar tantos vestidos. Todos eran negros, al fin y al cabo. Además, no podría acudir a bailes y fiestas por respeto al reverendo. En unos meses más la gente miraría con indulgencia alguna pequeña escapada, pero no todavía.

Miró a su alrededor y se deshizo del sombrero y los guantes. Al menos estaba todo limpio y ordenado. Visto el recibimiento, casi esperaba que hubieran vendido la plata y los muebles.

—Tu dormitorio todavía no está listo. Te esperábamos mañana y no hemos tenido tiempo de prepararlo.

Mary no se disculpó por su error o la falta de disciplina en el hogar de los Lewis, ni tampoco se acercó a saludarla ni besarla.

Hasta hacía unos meses, el dormitorio de invitados siempre estaba listo

por si alguno de los parientes o amigos del reverendo o Gertrude necesitaba quedarse en la ciudad. Pero ahora comprendía el estado indecente en que se encontraba todo. Mary había conseguido lo que siempre había deseado y era la dueña de aquella casa.

Agnes se irguió en toda su estatura, que aún y todo no alcanzaba la de Mary, y dijo con dureza: —Creo que avisé con la debida antelación. Una dama hubiera estado preparada.

—Tú y yo sabemos que no soy una dama, así que tendrás que perdonar que no haya tenido en cuenta que podrías decidir venir un día antes —replicó Mary con tono serio pero inexpresivo—. He ordenado que te preparen un baño y algo para comer si estás cansada. Como habrás notado, el servicio es muy escaso, así que te agradecería que no atosigues a Emma con peticiones absurdas.

Agnes abrió la boca y dejó escapar un grito agudo y desagradable.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué sabe alguien como tú, que nació en una alcantarilla, de las necesidades de una verdadera dama? Quiero saber por qué has despedido al servicio.

Mary emitió una sonrisa triste.

—No les despedí, Agnes. Huyeron, como tú. Nadie quería contagiarse de cólera. Y ahora, si me disculpas, tengo que ayudar a la cocinera con la cena. Seguro que una dama como tú agradecerá comer algo caliente hoy. Por cierto, tu tía está en el saloncito de atrás, por si quieres saludarla. Estoy convencida de que se alegrará de verte.

«Pero tú no, maldita rata...», pensó Agnes, mientras la miraba desaparecer por el oscuro pasillo que conducía a las cocinas que ella jamás visitaba.

Miró las maletas, allí abandonadas. ¿No pensaría esa bruja pelirroja que iba a subirlas ella misma?

Por suerte, sus días allí estaban a punto de acabar.

Hacía unos días había coincidido en una cena en casa de unos conocidos con Parker Jamestown. Él había tratado de evitarla, pero al fin había conseguido arrinconarle mientras la sosa hija mayor de los anfitriones les

torturaba con una interminable salva de piezas al piano.

—Es bueno comprobar que Dios sabe distinguir la paja buena de la morralla, ¿verdad, señor Jamestown?

Parker la miró, como si no supiera a qué se refería. Contempló a los asistentes que disimulaban con más o menos éxito su aburrimiento antes de volverse hacia ella. Parecía más apagado de lo habitual y también más delgado. De hecho, se preguntó si había estado enfermo.

—Ilumíneme, hermosa mujer. Explíqueme a qué se refiere.

—Al cólera, querido señor Jamestown.

Parker tomó un sorbo de su copa, como si estuviera pensando qué decir en respuesta a sus palabras.

—Tal vez su tía no piense lo mismo, querida —respondió al fin, violento.

Agnes se sonrojó furiosamente, consciente de su traspie. Comenzó a hablar sin parar, sin saber muy bien lo que decía, hasta que él tuvo la decencia de detenerla al ponerle una mano en el brazo, justo en el espacio desnudo entre la manga y el guante. Agnes contempló aquella mano grande, delicada y elegante. Ningún hombre la había tocado allí nunca, salvo su padre.

—A veces olvido que ya no está entre nosotros. Querido reverendo...

En otro momento Agnes hubiera mirado al cielo, haciendo que brotasen a placer lágrimas cristalinas de sus ojos, pero solo podía pensar en esa mano en su brazo. Todavía permanecía allí, como si él hubiera olvidado que la tocaba. De hecho, no había presión en sus dedos. Su mano solo descansaba sobre su piel, como descansaría sobre un mueble, pero para ella ardía.

—Todos le amábamos. Y su muerte nos ha cambiado a todos, créame. Estos días he pensado mucho en algo que me dijo usted hace tiempo... acerca de...

Algo todavía más ardiente que el calor de su piel se instaló en el corazón de Agnes. De estar a solas, habría gritado de triunfo.

Al fin él sabía con qué tipo de mujer quería relacionarse.

Se obligó a dejar el rostro inexpresivo, aunque con un leve gesto

interrogativo.

—No le entiendo, señor Jamestown.

—Oh, por favor, llámeme Parker.

Agnes sonrió con timidez.

—Por supuesto, Parker.

—Todo lo que usted me dijo era cierto, pero no me explicó cómo había ocurrido. —La voz de Parker se volvió lejana y sus ojos adquirieron aquel brillo dulzón que tenían cuando pensaba en aquella perra. Agnes supo entonces que se había equivocado. Parker no quería denunciarla, destrozarla, devolverla al infierno, no...—. Es una historia terrible, Agnes. Ella ha sufrido tanto. Creo que...

Los aplausos lo interrumpieron y Agnes lo agradeció. No deseaba escuchar el resto de sus palabras.

¿Cómo era posible que un hombre como él, perteneciente a una de las mejores familias de Nueva York, siguiera queriendo a su lado a una perdida como aquella?

No. Fueran cuales fueran las intenciones de Parker, aprovecharía el tiempo que iba a estar allí para hacerle comprender que Mary no era la mujer indicada para él. Lo conseguiría, aunque tuviera que echarla ella misma, arrastrándola de los pelos.

La señora Phillips preparaba los platos preferidos de la señorita Agnes: perdices con cebolletas confitadas, ternera con salsa de trufas negras y tarta de manzana, junto con otras exquisiteces.

Cuando la señora Gertrude y la señorita Mary estaban solas, la comida era mucho más sencilla, pero la señorita Agnes era una dama fina, y le gustaba comer como tal.

Por suerte, aunque había perdido a su ayudante, a la señorita Mary no se le caían los anillos por echar una mano entre los fogones. Incluso parecía

gustarle. Juraría que hasta se sentía más a gusto abajo, con ella, que con los señoritingos.

Sabía, como todos en la casa, que Mary no era hija del reverendo y de la señora Gertrude, y que había nacido en las peores calles de la ciudad, pero no creía lo que decían de ella.

Esa criatura tan amable no podía ser una de esas fulanas gastadas desde niñas. Había tristeza en sus ojos, sí, pero su alma no estaba perdida para siempre.

—Emma —la oyó decir de pronto—. ¿Todavía tienes familia o amigos en Five Points?

La criada para todo asintió con la cabeza. Estaba pelando patatas con poco arte en una esquina. Dejaba más tubérculo en la piel de la que debería, pero no tenía mal fondo.

—Sí, señorita —respondió con aquel atroz acento que a veces le costaba entender—. Tengo a mi madre y a mis hermanos. En mi día libre iré a visitarles, como siempre, señorita.

Señorita para aquí, señorita para allá. Todavía no había aprendido cómo tratar con los señores de la casa, y quizá no aprendiera nunca. Aunque al menos era limpia y trabajadora.

—¿Conoces a Flynn Connelly?

Emma sonrió. Casi nunca sonreía y le sorprendió. Si lo hiciera más a menudo, sería hermosa.

—Claro que sí, señorita. Es muy guapo. Tiene un salón de baile en la plaza Paradise. ¿Le conoce usted?

La señora Phillips miró a Mary. La conocía desde que había llegado a aquella casa, cuando no era más que una mocosa. La había visto convertirse en la señorita que era ahora.

Y nunca la había visto mentir hasta ese día.

—No, no lo conozco. Era amigo del reverendo, que el Señor le tenga en Su Gloria. ¿Crees que podrás entregarle un mensaje de mi parte?

¿Había notado Emma el nerviosismo en la voz de la señorita Mary? No era tan tonta como parecía, no, porque la miraba con más atención, como si supiera bien que aquello no era habitual.

—Claro, señorita. En mi día libre podría dárselo, si no le importa esperar al miércoles.

Mary asintió.

—Gracias, Emma. Muchas gracias.

¿Qué se traía la señorita con un golfo de los bajos fondos, por muy amigo del reverendo que fuera?

La cocinera bufó con disimulo y probó la salsa. Los tejemanejes de los ricos siempre serían un misterio para ella, y era mejor que todo siguiera de ese modo. Ella era pobre pero honrada, y tenía su lugar asegurado en el cielo por ello, como debía ser.

Capítulo 5

Emma O'Dowd había mentido.

No tenía familia ni hermanos en Five Points. No que ella supiera. Su madre había muerto cuando era una chiquilla y ya no la recordaba. Había pasado hambre y frío hasta que Paddy se había fijado en ella.

No era bonita como otras de sus mujeres, pero tenía el pelo rojo, y todas sabían que a Paddy le gustaba el pelo rojo. No era bueno ni amable, pero le había proporcionado un techo y comida. A veces también le regalaba vestidos. Para que estuviera contento, solo había que quedarse quieta y hablar poco.

Y escuchar.

Paddy hablaba mucho. De sus ambiciones, de poder, de sus enemigos, y de la mujer que le había marcado.

El dueño de la mitad del barrio tenía una cicatriz estrecha y encogida sobre sí misma en el abdomen, fea y rosada como un trozo de carne muerta.

No le gustaba que le vieran desnudo, aunque todavía no era viejo ni estaba tan gordo como otros hombres que había tenido.

Una vez la había cogido mirando su cicatriz y le había dado una paliza.

—Si la maté a ella, imagina lo que te haría a ti, muchacha.

Pero la mujer que le había hecho aquello no estaba muerta. La mujer que le había marcado llevaba también una cicatriz, pero esta era mucho más visible. Se había cambiado el nombre. Lo sabía porque Paddy la llamaba de otra

forma en sueños. Sin embargo, sabía por experiencia que de poco servía cambiar de nombre, de ropa o de peinado. El pasado era tan imborrable como las propias marcas de la piel, y Mary, o Alba, llevaba el rastro de lo que Paddy le había hecho en la mirada y en la piel.

A veces le daba pena, pero luego pensaba en lo que le ocurriría si no cumplía las órdenes que había recibido. Ese maldito Billy el Pecas la mataría, o algo peor. A veces la muerte era un consuelo en comparación con otras cosas que un tipo así podría hacerte.

—¿Tengo que darle el mensaje a Flynn Connelly de todas formas?

Billy la miró como si fuera la criatura más estúpida del mundo.

—Por supuesto que sí. Si no lo hicieras, esa puta te preguntaría el motivo de que no se lo hayas dado.

Emma hizo un mohín de disgusto. No le gustaba el chino que trabajaba para Flynn. En general, no le gustaban los orientales. Nunca se sabía lo que pensaban.

—¿Qué le diré a Flynn si me pregunta algo?

—No te preguntará nada, Emma. Estará tan contento de que su amiguita quiera volver a verle que ni siquiera te mirará dos veces. Y ahora ve, y vuelve pronto. Seguro que Paddy se alegra de verte.

Emma asintió, aunque esa noticia no la hizo tan feliz como en otros tiempos. Que Paddy la quisiera ver la habría hecho saltar de alegría hasta hacía unos meses. Eso suponía dinero y comida durante una buena temporada si le hacía olvidar sus problemas, pero ahora no le faltaba nada de todo eso, y a cambio solo tenía que limpiar y estar callada, algo que no le suponía ningún problema. Era mejor que abrirse de piernas con alguien que no controlaba su fuerza y la dejaba siempre llena de moratones y podía darle una paliza con solo pronunciar la palabra equivocada, o a veces ni eso. Con Paddy a veces una mirada mal dirigida bastaba para encender la chispa de su ira.

Era una lástima que ella no tuviera la misma suerte que esa señorita a la que servía. No pasaba frío, ni hambre y no necesitaba complacer a nadie para tener un techo. Emma podría acostumbrarse a una vida así.

—Mi señorita quiere verle, señor...

La voz de la joven era prácticamente inaudible, y eso que la música todavía no estaba en su momento de mayor apogeo.

Ella apenas le miraba, aunque sí lanzaba miradas curiosas a su alrededor, como si nunca hubiera pisado un lugar semejante.

Flynn tuvo que contener su voz para no dar un grito de alegría. Alba quería verle. Había mandado a su criada a llamarle. Miró a Chow, pero él estaba enfrascado en su libro de cuentas, como siempre a esa hora. Solía aprovechar la primera hora de apertura del salón de baile, cuando todavía había poca gente para esa labor. Decía que el olor a cerveza le ayudaba a concentrarse.

—Me ha dado esto para usted.

El objeto era diminuto y estaba envuelto en un pañuelo bordado. Flynn lo apretó en su mano, aunque no lo miró.

La muchacha lo miró con curiosidad, pero no dijo nada más. Era bonita y sencilla, la recordaba de cuando había ido a visitar a Gertrude. Tenía acento irlandés y sus mismas facciones eran tan irlandesas que pensó que podrían estar en Dublín en lugar de en un antro neoyorquino.

—Dígale que iré a verla mañana mismo.

—Emma —respondió ella, mirándole a la cara por primera vez. Hubo algo en su mirada que le hizo verla de un modo distinto por unos segundos, como si su expresión hubiera hecho que algo resonara en su memoria, pero ella bajó los ojos enseguida, como si se avergonzase de su atención.

—Claro, Emma. Toma esto por tus molestias.

Emma sostuvo la generosa propina en la mano y sonrió. Su sonrisa le pareció a Flynn una mezcla de dulzura y coquetería.

—Muchas gracias, señor —respondió con una reverencia que ocultó su mirada.

—¿Sabes que esa muchacha que acaba de salir es una de las mujeres de

Patrick Connelly?

La voz de Chow Li le sorprendió. Emma se había ido hacía rato y Flynn llevaba varios minutos mirando el objeto que le había entregado, envuelto en el pañuelo bordado con una M tan recargada que costaba reconocerla. La tela todavía olía a flores. A Alba.

Era el colgante de san Patricio de su madre.

¿Por qué le enviaba Alba algo así? ¿Acaso creía que no iría a verla si no le mandaba una ofrenda?

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar de vida. Lleva meses al servicio de los Lewis. Dudo que prefiera a Paddy antes que una casa tranquila donde la tratan bien.

Chow tuvo la delicadeza de no reírse en su cara ante su inocencia.

—Paddy espía a tu amorcito y también a ti, Michael Flynn. Por algún motivo se siente intranquilo y cree que debe vigilaros. Ni esa criatura ni nadie tendría el valor de desobedecer una orden. Si está allí es por algo, y no precisamente para servir té y lavar ropa blanca.

Flynn apenas le escuchaba. No podía apartar la vista del colgante barato que había visto por última vez colgado del cuello de Alba. ¿Para qué quería verlo? ¿Podrían hablar al fin de su pasado, de su posible futuro?

—Paddy está demasiado ocupado con sus ambiciones políticas, Chow. Ya tiene todo lo que siempre ha querido y más.

—Espero por vuestro bien que tengas razón. En todo caso, yo no perdería el reflejo de cuidar de mis espaldas.

El irlandés asintió al fin, aunque solo por contentarle. En ese momento no deseaba sermones. Conocía a Paddy y sabía de lo que era capaz mejor que nadie. Era posible, como Chow decía, que Emma estuviera en casa de Gertrude para vigilar a Alba, pero dudaba que pretendiera hacerle ningún daño. Siempre la había tratado bien, con más cariño que a nadie que él hubiera conocido.

—Tendré cuidado —dijo, aunque Chow seguía mirándolo con aquel aire de incredulidad tan habitual en él.

El salón de baile se fue llenando de gente poco a poco y no tuvieron tiempo de hablar más, por suerte para Flynn. Guardó el presente de Alba en el bolsillo. No se lo quedaría, por su puesto. Era suyo, le pertenecía, como su corazón.

—Agnes me ha preguntado por el testamento de Alfred.

Mary, que estaba peinando a Gertrude, de pie tras ella, mientras la señora Lewis estaba sentada en un banquito bajo frente a la chimenea de su dormitorio, emitió un suspiro.

—Han pasado ya seis meses desde la muerte del reverendo, Gertrude. Tal vez haya llegado la hora de arreglar sus asuntos en la tierra.

Sintió cómo la dama se estremecía bajo sus manos, pero, para su sorpresa, no se derrumbó. De algún modo, Gertrude se había fortalecido y había asumido su pérdida sin que ella se diera cuenta. Estaba tan enfrascada en sus propias preocupaciones que no lo había notado. ¿Qué más cosas no había visto en los últimos días?

—He escrito a los abogados y vendrán pasado mañana a leer... —La voz de Gertrude se quebró de pronto, aunque su cuerpo permaneció firme. Mary se arrodilló ante ella y la abrazó, quizá más deseosa de consuelo de lo que lo estaba la propia Gertrude—. Estoy tan preocupada por ti, mi niña. Alfred era un buen hombre, pero había cosas en las que nunca pensaba. Siempre decía que debería arreglar tu situación, pero dudo que jamás llegara a hacerlo. Cada día había algo más necesario lejos de casa. Y luego ya fue demasiado tarde...

Mary supo lo que quería decir. Si el reverendo no la había adoptado de modo oficial o no había dejado al menos algo de dinero a su nombre, estaría desprotegida.

Ahora comprendía el aire de triunfo de Agnes durante los últimos días. Sin duda, la joven sabía algo acerca de ese asunto.

Por fin, tras muchas dudas, tendría la confirmación de algo que siempre había creído: en cuanto Gertrude no estuviera allí, y tal vez antes, estaría en la calle. Sin su protección, su familia al fin obtendría lo que siempre había

deseado.

Agnes no dudaría en ceñirse a la legalidad si hacía falta.

—Tú eres mi hija, Mary, no lo olvides, pase lo que pase. El reverendo te quiso como un padre, digan lo que digan esos papeles. El día que te trajo a casa, Dios iluminó nuestras vidas. Un día el Señor te compensará por todo lo que has sufrido.

Mary sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Gertrude hablaba como si se estuviera despidiendo.

—Ya me compensó dejándome en vuestras manos. No podía haber escogido otras mejores. Y a cambio yo nunca os dije la verdad siquiera...

Gertrude acarició su mejilla marcada y emitió una sonrisa triste.

—Ni él ni yo lo necesitábamos. Nos bastaba con ver el tamaño de tu corazón. Era imposible que alguien con tu bondad hubiera sido capaz de hacer nada malo, hija mía. Es posible que la sociedad pueda escandalizarse por el hecho de que una muchacha ya no sea virgen, pero es peor tener el corazón y el alma podridas.

Mary levantó la cabeza de su regazo y la miró, sorprendida.

—¡Oh, sí, cariño! —prosiguió, Gertrude, con tono dulce—. Hablaron y hablaron durante meses. Los Vanderloo y otras familias, y algunas todavía hablan. Decían que una noche te levantarías y nos cortarías el cuello, robarías la plata y mis joyas y no te verían jamás. Cosas tan ridículas... Tanto, que un día Alfred intentó averiguar quién eras en realidad.

—No...

Gertrude la retuvo con una fuerza sorprendente cuando Mary intentó levantarse. Su mirada estaba más clara que en los últimos meses. La joven tuvo miedo. ¿Por qué le decía todo aquello ahora?

—Durante años te he visto luchar contra la mujer que llevas en tu interior, intentando reprimirla. Te he escuchado canturrear mientras tocas al piano, tan bajo que apenas tú misma te escucharías. Y hasta juraría que no te das cuenta de ello.

Mary negó con la cabeza.

—No es cierto. Yo...

—Alba Maria McIntyre, tú misma le dijiste tu nombre a Alfred aquel día. Él iba a salvar a unos muchachos de la horca. Flynn estaba entre ellos. Dios le hizo tropezarse contigo, casi muerta, aunque él siempre aseguraba que estuvo a punto de llegar demasiado tarde. Le llamabas en sueños cuando delirabas y él hablaba de ti a todas horas, de lo que haría cuando tuviera oro y pudiera sacarte de Hell's Kitchen. Ese muchacho... Siempre estabas presente para él, dormido y despierto.

De rodillas, Mary miró a Gertrude como si fuera una desconocida. ¿Habían sabido aquello todo el tiempo y no les habían dejado estar juntos?

Como si leyera sus pensamientos, Gertrude le ofreció una mano temblorosa que ella tomó como en un reflejo. Le había dado tanto, su mirada era tan dulce, que no podía pensar que sus intenciones hubieran sido oscuras.

—Os mantuvimos separados porque los dos hablabais también de otras personas, y no convenía que ellos supieran que seguíais vivos y en la misión. Cuando supimos que alguien te buscaba y preguntaba por una joven marcada hicimos correr el rumor de que habías muerto. En cuanto estuviste lo bastante fuerte como para que no fuera posible mantenerte solo en la parte alta de la casa, pensamos que sería más seguro traerte aquí. Mi salud tampoco era fuerte, así que Alfred pensó que mataríamos dos pájaros de un tiro. El reverendo era un romántico, pensó que un día el destino os uniría y que, si hacía falta, él le echaría una mano.

—La escuela... por eso le pidió ayuda. Yo no comprendía cómo...

—No creas que fue un plan. Al final las cosas surgieron sin pensar, cariño. Supongo que había llegado el momento y Dios decidió por nosotros. Y fue una suerte que así fuera. Aquel día en el parque fue uno de los más dichosos en nuestra vida, veros al fin juntos, después de tanto tiempo. Alfred pensó que era una pena que Parker estuviera allí, pero que...

Gertrude siguió hablando, pero Mary ya no le prestó atención. Durante media vida había tratado de ocultar un pasado que sus personas más cercanas conocían de sobra. Le dolía el hecho de saberlo, pero a la vez comprendía que lo habían hecho por su bien, por protegerla. Intentó recordar el día del

reencuentro del parque. Se había sentido tan impresionada por el hecho de ver a Flynn, de saberle vivo, que no había notado nada de lo que ella le contaba.

Si conocían la historia de Flynn, eso quería decir que conocían a Paddy y lo que le había hecho. ¿Sabían que aquel carnicero que había destrozado sus infancias era el mismo político al que el reverendo había pedido ayuda para construir la escuela? Lo dudaba. En su infinita bondad, el señor Lewis jamás atraería a un hombre así a sabiendas de que era un depredador.

Se levantó y compuso su vestido, sintiéndose más segura. De pronto todo su pasado parecía tener una pátina distinta. Se sintió protegida, amada como nunca.

Abrazó a Gertrude con fuerza y sintió que sus lágrimas le mojaban el rostro.

—Muchas gracias, madre —dijo, con la voz rota por la emoción—. Nunca os podré agradecer lo suficiente todo lo que habéis hecho por mí, por nosotros.

Gertrude la apretó más fuerte contra sí y le susurró al oído: —Podrías hacer algo que seguro que al reverendo le haría muy feliz, hija mía. Recupera tu nombre. Ahora ya no tiene sentido que sigas llamándote por el nombre que te pusimos para protegerte. Si hay algo que lamento, es no haber podido despedirme de Alfred. No cometas el mismo error que yo, Alba. No dejes que el tiempo te robe la oportunidad de ser feliz.

El pecho de Mary se llenó de calor y dudas.

Hacía años había jurado que Alba Maria McIntyre había muerto, pero en ese momento la tímida jovencita que había sido, no la que Paddy había deshonrado, sino la que cantaba y reía, la que jugaba con Flynn, pugnaba por salir a la luz otra vez.

Asintió en silencio y ayudó a Gertrude a acostarse. La besó y se refugió en su dormitorio. No sentía deseos de ver a nadie esa noche, y menos aún a la seguro que triunfante señorita Vanderloo. Tenía muchas cosas en las que pensar.

Mientras se metía entre las sábanas calentadas por Emma hacía un rato, Alba se preguntó si era posible borrar lo feo del pasado y quedarse con lo

hermoso. Si había, después de todo, esperanza.

Capítulo 6

Parker esperó, indeciso, en la entrada del salón.

La muchacha que le había conducido hasta allí era una desconocida para él, pero hacía meses que no pisaba aquella casa, así que era normal que las cosas hubieran cambiado.

Nervioso, se sentó en una silla, aunque se levantó al instante, incapaz de permanecer quieto en el mismo lugar por más de un minuto.

Oyó pasos femeninos en la escalera y se obligó a permanecer quieto. No quería parecer ansioso ahora que por fin había tomado una decisión.

No podía negarse a sí mismo que había sido difícil. Mary no era lo que la sociedad llamaba una mujer decente, pero él la amaba. Las manos se le crispaban cuando esa palabra se le cruzó por la cabeza.

Era tan hermosa, tan distinta a todas las demás que había conocido.

Se giró en cuanto escuchó los pasos detenerse a la espalda, pero sintió una enorme decepción al ver que era Agnes Vanderloo la que le miraba desde el dintel.

—Querido Parker, no esperábamos su visita.

La señorita Vanderloo era hermosa también, con esa belleza fría y distante de tantas mujeres que le rodeaban a diario. Elegante, educada, siempre dispuesta, preparada para ser la esposa de cualquier caballero de sociedad. Nacían para ello, no tenían otra opción.

Mary, sin embargo...

Durante semanas, lo que le había contado en el parque le había torturado día y noche.

La idea de otro hombre tocándola, obligándola a hacer... cosas... le había provocado sudores. Se había sentido incómodo e inquieto al sentir algo que nunca había creído sentir hasta ese momento. Hasta entonces, Mary había sido una amiga para él. No era tan inocente como para haber pensado en ella como una hermana, ella era demasiado hermosa para ello, pero había mantenido sus instintos controlados. Pero desde que ella le había contado aquello...

Era terrible, lo sabía.

Era despreciable, incluso, pero ahora la deseaba más que nunca.

Necesitaba que ella le aceptase.

—He venido a ver a Mary —respondió Parker con cierta brusquedad.

La sonrisa de Agnes no se evaporó del todo, pero se enfrió varios grados.

—Parece usted nervioso. ¿Puedo ofrecerle algo? Seguro que baja enseguida. Mary no es de las que pone demasiado cuidado a su aspecto.

—Mary no lo necesita. Hay mujeres que no necesitan tanto afeitado para estar hermosas, brillan por sí mismas.

La risa de Agnes sonó tan falsa que incluso Parker, en su nerviosismo, pudo notarlo. Siempre había pensado que Agnes era una muchacha encantadora, pero por primera vez notó su mirada calculadora y la rabia de su mirada.

—Veo que a usted también le ha embrujado. ¿Acaso soy la única persona que la ve tal cual es?

—Tal vez el problema sea que usted es la única que no la ve tal cual es, Agnes.

Ella apretó los labios y salió del salón, recogiendo la falda azul de algodón para no tropezar con ella. Parker comprendió que toda la dulzura que acostumbraba a ver en las muchachas que le presentaban, aquel donaire, aquellos ademanes tan finos, quizá solo fueran una representación de cara a la

galería. Igual que los caballeros, ellas tenían una misión que cumplir, y tenían menos tiempo que ellos para lograr sus objetivos: casarse con un buen partido, tener hijos. ¿Qué pasaba con aquellas que no lo lograban y no tenían dinero para mantenerse? Trabajar para algunas de ellas quedaba descartado. Su clase social no se lo permitía, ni aun en el caso en que estuvieran preparadas para ello.

Con un suspiro, se sentó, mucho más tranquilo. Casi comprendía a la señorita Vanderloo. Tal vez había puesto sus miras en él, que se había comportado de un modo más que amable con ella, agasajándola más que a otras, sacándola a bailar e incluso haciéndole pequeños presentes. Agnes no había comprendido que solo se había acercado a ella por su extraño parentesco con Mary. Quería saber más acerca de ella, comprenderla. Agnes había pensado que era ella misma la que le interesaba. Era una lástima, pero Agnes no era para él.

Cuando escuchó los pasos, mucho más lentos y silenciosos de Mary, volvió a ponerse en pie.

No notó nada extraño en ella, salvo que parecía más seria con él de lo normal.

Le había prometido que la visitaría y no lo había hecho. Debía pensar que la despreciaba, que la había desterrado de sus pensamientos y de su corazón, cuando ocurría todo lo contrario.

—Señor Jamestown, no esperaba su visita —dijo ella con una reverencia rígida.

—Mary, perdóname, por Dios. Te he tratado de una forma nefanda. He venido a...

—Yo también tengo algo que pedirle, señor. Siéntese, por favor.

Le hablaba como una desconocida. Evitaba su mirada y su contacto en todo momento. Parker deseaba estrecharla contra su cuerpo de una forma dolorosa. Nunca había sentido algo semejante en su vida y se avergonzaba de ello.

—Mary...

—Permítame hablar a mí primero, se lo ruego —lo interrumpió, con voz

suave, mirándolo por primera vez. Sus ojos verdes parecían los de una extraña. Siempre le habían mirado con dulzura y ahora aparecían serios pero decididos—. Quiero que recuerde la promesa que le hizo al reverendo y prosiga con el proyecto de la escuela en la antigua misión. Hable con los interesados en su nombre y retomen el asunto como si él estuviera vivo.

—¿Cómo?

Parker tardó en comprender lo que decía. Tuvo que reconocer que ni siquiera se acordaba de aquello. Si había participado en aquella obra de caridad, había sido por ella, para poder estar a su lado. Ahora no tenía ningún interés para él.

—Creo que es usted un hombre de palabra, señor Jamestown, y se la entregó al reverendo...

Parker se irguió. Que ella insinuara que no iba a cumplir su promesa hizo que sintiera una punzada en el orgullo. Al fin y al cabo, era hijo de su padre, un Jamestown.

—Me comprometí y le juro que lo conseguiré, querida Mary.

Le tomó una mano y se la llevó a los labios. Su piel estaba fría, pero su contacto hizo que su propia sangre ardiera. Necesitaba tener a aquella mujer a su lado o se quemaría en el infierno.

—Muchas gracias, señor Jamestown, sabía que no le fallaría al reverendo. Él le apreciaba tanto... —La voz se le quebró al pronunciar las últimas palabras, aunque se repuso y recuperó su mano—. Gertrude también le ha echado de menos.

Parker se acercó y la tomó por la cintura.

—¿Y tú, Mary? Yo te anhele día y noche. No hago más que pensar en ti. Haría cualquier cosa que me pidieras, amor mío...

Alba se quedó rígida entre sus brazos. Por unos instantes, fue incapaz de

respirar, de moverse, de pensar. Un frío extraño se extendió por sus miembros. Pensó que moriría allí mismo, sin poder reaccionar.

Podía escuchar las palabras de Parker, apasionadas, sucias, y sentir sus manos recorriendo su rostro. Sus labios la rozaban, intentando que ella respondiera.

—Agnes me ha dicho que estabas aquí, querido. Qué buena noticia.

La voz de Gertrude, animada, que se escuchó desde fuera del salón, hizo que la soltara. La señora Lewis los miró con sorpresa, como si notara que había ocurrido algo, aunque tuvo la delicadeza de no decir nada al respecto.

Alba miró a Parker, que tenía la respiración agitada y la miraba a su vez con incredulidad.

¿Qué pasaba por su cabeza? Parecía más sorprendido por su falta de reacción que arrepentido por su propia forma de tratarla.

Sintió una llamarada de rabia hacia él. Había pensado que al contarle la verdad se comportaría como un amigo, como hasta entonces, que nada cambiaría, pero había tenido razón al temer aquella primera mirada. Ahora era una presa para él.

Era posible que él pensara, en efecto, que lo que sentía era amor, pero aquello no tenía nada que ver con ese sentimiento.

—El señor Jamestown se tiene que marchar, madre. Solo ha venido a saludar —dijo, con voz tan firme como pudo.

Parker la miró con algo similar al rencor, como si no pudiera creer que le estuviera echando.

—¿Le has dicho lo de la escuela, cariño? —preguntó Gertrude con aquella nueva animación de la que parecía imbuida. Desde que habían hablado la noche anterior, había encontrado una extraña energía en su interior. Acabarían los proyectos del reverendo y aquello le daría un objetivo a su vida—. Alfred estaría feliz de verla terminada, Parker, y de saber que contamos con su ayuda. Él siempre le quiso como a un hijo.

Parker no pudo negarse, sabiendo que Gertrude también esperaba su colaboración.

El joven murmuró una excusa acerca de un compromiso previo y se marchó. Aunque antes se inclinó hacia Alba y le susurró que volvería a hablar con ella.

Alba no supo si tomárselo como una amenaza, pero, en todo caso, era bueno saber qué esperar de él.

Una vez a solas con Gertrude, se dejó caer en un sillón, temblorosa y agotada. Todavía sentía su contacto en la piel, sucio y resbaladizo como el de una serpiente.

¿Sería así siempre? ¿Sería incapaz de tolerar que nadie la tocara durante toda su vida? ¿Tendría que ver esa mirada en los ojos de todos los hombres en cuanto supieran la verdad?

¿Sería una presa, un trozo de carne para siempre?

Sintió temor de decirle la verdad a Flynn. Sin embargo, debía hacerlo. Si quería que hubiera una posibilidad, al menos una pequeña, de ser felices, él tenía que saber quién era de verdad. Y aquello formaba parte de su vida.

Flynn evitó adrede la hora de la comida. No quiso que las damas de la casa se vieran en el compromiso de invitarle. De modo que se presentó poco después, cuando todavía no era la hora del té.

Emma le condujo al salón en silencio, fingiendo a la perfección que no le conocía de nada. Allí, con aquel uniforme, el cabello rojizo recogido en lo alto de la cabeza, no la habría reconocido.

Por primera vez se preguntó qué interés podía tener Paddy al meter a aquella mujer en esa casa. Dudaba que esas mujeres hicieran nada interesante, más allá de bordar, pasear y cuidar las flores del jardín. Tocar el piano, leer, recitar poemas. Sabía poco de la vida de una dama de sociedad, pero estaba convencido de que allí no se llevaba ningún tipo de conjura en contra de Paddy Connelly.

Sin embargo, la vigilaba.

Quería saber a quién veía, y por qué.

Cerca de la puerta, vio salir a Jamestown con una expresión extraña. Iba tan alterado que ni siquiera le vio. Recordó sus palabras y su sonrisa aquel día en el parque de Grammercy, sus planes más que seguros de boda. ¿Se habían comprometido ya Alba y el joven heredero? Sabía que era costumbre respetar los períodos de luto antes de casarse, pero aquel tipo estaba lo bastante enamorado como para olvidar los convencionalismos.

Molesto, dio una vuelta por el salón, sin fijarse en realidad en lo que había allí.

Era curioso cómo apenas había pensado en Jamestown en aquellos meses. Le había visto marcharse sin despedirse el día de la fiesta, en un momento en que todos los habitantes de aquella casa le necesitaban, y había pensado que ese traspie era definitivo. Pero ¿quién conocía a las mujeres?

—Flynn... Dios mío, al fin estás aquí.

Alba le tendió una mano, pálida y fina, que él tomó y apretó. De pronto ella estaba entre sus brazos, temblorosa.

Cuando empezó a llorar, lanzando gemidos llenos de angustia, él sintió que el corazón se le quebraba. Trató de apartarla para preguntarle qué ocurría, pero ella se aferró todavía con más fuerza a él, como si no quisiera dejarle escapar.

—¿Qué ocurre? Dímelo, por favor, me rompes el alma. ¿Es Gertrude?

La sintió negar entre sus brazos.

Se sorprendió al notar que todavía era pequeña entre ellos, como si apenas hubiera crecido en diez años. Su cuerpo había cambiado, pero para él era más importante en ese momento la sensación de sentirla contra sí, a su Alba, a su pequeña. El consuelo era tan grande que sus propios ojos se llenaron de lágrimas.

—Dime que no me dejarás más, por favor, aunque cometa crímenes horribles, aunque sea la peor mujer del mundo.

Flynn sonrió contra su mejilla mojada. La apartó un poco para poder mirarla.

—Nada que puedas hacer ni decir hará que me separe de ti nunca más.

Entiéndelo, Alba Maria McIntyre. Dios nos unió en el cielo, y nadie podrá separarnos, ni siquiera tú.

—Hay tantas cosas que no sabes... —gimió ella, dejando caer la cabeza, aunque volvió a alzarla, como si quisiera enfrentar sus fantasmas de una sola vez—. Yo... no soy pura... —añadió con voz oscura, como si le perteneciera a otra.

Flynn le sostuvo la cabeza mientras ella hablaba, leyendo en sus ojos lo que ella no fue capaz de pronunciar con los labios. Habló y habló, pero no dijo el nombre del culpable.

—¿Quién fue? Le mataré... maldita sea, le sacaré el corazón con mis propias manos.

Los ojos verdes de Alba le miraron, fijos, buscando en el fondo de su mirada. No había cambiado. Seguía siendo él. No la miraba con deseo ni con lástima.

Flynn parecía mayor. Sus ojos no la juzgaban, pero estaban llenos de dolor. De su dolor, como si parte de su carga se hubiera instalado en ellos, haciéndolos todavía más oscuros y profundos.

—No quiero que le hagas daño —dijo, con voz temblorosa por la ira y el alivio—. Yo juré matarle y lo haré, aunque sea lo último que haga.

Como si lo hubiera evitado hasta ese instante, él miró al fin su cicatriz, que recorría su rostro desde la comisura de los labios hasta la del ojo.

—Él te hizo esto.

Sus dedos recorrieron la cicatriz, del mismo modo que sus ojos, con suavidad y cariño. De pronto, como si no pudiera evitarlo, sus labios se posaron en ella también.

Un escalofrío recorrió la columna de Alba, pero no fue una sensación desagradable, sino de alivio, quizá de placer, aunque sus sentimientos en ese momento eran tan confusos que solo sabía que no podía renunciar a aquello, a tenerle así.

—Necesito mi venganza, Flynn. Por favor...

Él apartó los ojos por primera vez, aunque ella no lo notó. La abrazó con

fuerza una vez más y susurró en su oído, con voz grave y oscura y un acento irlandés tan profundo que la hizo estremecer: —Tendrás tu venganza, mi Pequeña Rosa Negra.

Capítulo 7

Agnes no había bajado a comer. Había aducido una migraña inexistente y nadie se cuestionó siquiera que no fuera cierto. En su casa, su madre habría insistido y habría ordenado a la cocinera que le preparase gelatinas y golosinas para tentarla. Su hermana habría caminado de puntillas para no molestarla, y hasta su padre habría bajado el tono de voz para no osar inquietar su sueño. Pero allí nadie se preocupó. Su tía le ofreció un té y la dejó tranquila cuando lo rechazó.

—Duerme, te sentirás mejor después.

El problema era que Agnes no se sentía mejor y el sueño no haría nada por remediar aquello.

Frustrada, se encogió sobre sí misma y cerró los ojos. No quería llorar. Nunca se había considerado una mujer débil, como sus amigas. Las lágrimas eran un arma más. Cuando se usaban demasiado perdían efecto.

Desde que tenía uso de razón, había estudiado cómo acercarse a los hombres, cómo manipularles, cómo sacar lo que deseaba de ellos.

A los caballeros, ya fueran jóvenes o ancianos, les gustaba la belleza, pero también que les facilitasen la vida. Por eso, a veces tenían una esposa que les diera todo lo que necesitaban en la vida y una amante que les proporcionase lo que necesitaban para el alma y el placer.

Agnes no tenía ningún problema con la existencia de esas mujeres, siempre y cuando esta no se mezclara con la de las damas decentes. Sin ir más lejos, su

propio padre mantenía a una actriz de pésima fama y talento. Su madre lo sabía y se lo perdonaba, pero sus joyas debían ser siempre más grandes y caras que las de miss Fortune.

Sí, Agnes comprendía que los hombres se desahogaran con esas mujeres, pero no que las amaran. Eran hermosas e indecentes, eran capaces de hacerles enloquecer, mientras que las mujeres decentes no podían dejarse llevar por sus deseos si no querían parecer unas perdidas.

También Parker prefería a una mujerzuela, aunque había habido momentos en que había pensado que él había olvidado a esa ramera.

Pudiera ser que en ese mismo momento estuvieran comprometidos y él ya estuviese encargando sus anillos de boda.

Sintió que el corsé la ahogaba.

No podía volver a su casa soltera. No después de haberle insinuado a su madre que era posible que Parker Jamestown le hiciera una proposición muy pronto.

Todavía recordaba la ilusión pintada en los ojos de su madre al hablar del buen matrimonio que supondría ese enlace. Superaría todas sus expectativas, después de haber enterrado la posibilidad de que se casara, ahora que había pasado los veinte años sin una sola proposición. Todas sus amigas se habían casado ya o estaban a punto de hacerlo, y la señora Vanderloo había perdido la esperanza con ella. A esas alturas, consideraba un fracaso que no hubiera conseguido atrapar a ningún partido medio decente.

Agnes no se planteaba una vida distinta. Conocía su misión y la aceptaba. Ella quería un marido, una vida común, como la de la mayoría de las mujeres que conocía. ¿Qué otra cosa existía? ¿Una vida de solterona que vivía a expensas de la caridad de los demás? ¿Vivir sola como una de esas excéntricas mujeres que se dedicaban a vivir de fiesta en fiesta, alardeando de sus amantes? Ella no tenía una fortuna propia que le permitiera pensarlo siquiera.

Muy quieta, trató de pensar. Respiró hondo, haciendo que el aire llenara sus pulmones muy despacio.

No todo estaba perdido. Parker podía pensar que estaba enamorado de

Mary, pero una cosa era creer que podía casarse con una mujer así y otra que su familia aceptase un matrimonio tan irregular.

El señor Jamestown, dueño de una empresa que debía mantener una fachada impecable, no aceptaría a una fulana en su familia, estaba convencida de ello.

Sin herencia, sin dinero, ¿seguiría Parker queriendo a Mary, la desharrapada, en su vida?

—Tu voz me ha acompañado en sueños durante todos estos años. Te escuché en mi cabeza cuando pensé que iba a morir. Ahora siento que no podré recuperar los diez años que he perdido a tu lado.

Flynn hablaba en susurros, como si no tuviera fuerzas para nada más que para sostenerla contra sí.

Se había sentado en el sillón y ella a su lado. Con la cabeza contra su hombro, como cuando era una niña, charlaban de las cosas que habían vivido en todo ese tiempo, aunque evitaban adrede los últimos días que habían pasado juntos.

De algún modo, era como si temiesen que hablar de ello rompiera el hechizo. Gertrude había asomado la cabeza por la puerta y se había limitado a saludar y sonreír, sin interrumpirlos. Alba dudaba que Flynn la hubiera visto siquiera.

—No he vuelto a cantar en mucho tiempo, aunque Gertrude dice que sí lo hago, muy bajito, cuando toco el piano.

Pudo sentir cómo él reía. Su cuerpo vibraba contra ella. Era una delicia.

—No puedo imaginarte tocando el piano, aunque seguro que lo haces bien. Siempre lo hacías todo bien, hasta pelear. Seguro que Billy el Pecas todavía recuerda tus dientes en la pierna.

Alba se separó de él. La mención de Billy atrajo recuerdos desagradables. Flynn no pareció notar que evitaba su mirada. Hablaba del pasado, de sus juegos en las calles de Irlanda, de sus familiares, a los que no había visto en

tantos años, de su llegada a Nueva York.

No había hecho más preguntas acerca de lo que le había ocurrido. No sabía si era porque ya sabía quién era el culpable o porque de verdad no le importaba, porque aceptaba que la venganza le pertenecía. Ojalá fuera así, pero no podía confiar del todo en ello. Lo poco que conocía a los hombres le hacía pensar que nada era tan sencillo.

Por el momento, todo era hermoso y fácil. Era como si esos diez años no hubieran existido.

Sin embargo, algo en su cabeza era incapaz de evitar pensar que la vida nunca les había facilitado tanto las cosas. Sería bonito relajarse y solo disfrutar del momento.

—Tengo algo que te pertenece —dijo Flynn de pronto, tan deprisa que las palabras se atropellaban en sus labios, apenas comprensibles—. No sabes lo que sentí cuando te vi aquel día en el parque, con esto colgado al cuello. Durante diez años viví en las sombras y verte me devolvió a la luz, Alba... Creo que volví a respirar hondo, ¿puedes comprenderlo?

Su voz sonó temblorosa en las últimas palabras. Alba miró lo que le tendía: era el colgante con la figura de san Patricio que había pertenecido a su madre. Clavó su mirada en su otra mano, que rebuscaba entre el corbatín hasta que sacó su figura gemela, aquella a la que le faltaba medio brazo. Los ojos se le llenaron de lágrimas al verlo.

—Te creí muerto durante todo este tiempo. Perdí mi honra, mi nombre y mi alma. Mi voz, mi corazón... Cuando te vi pensé que me volvería loca y ahora siento que la vida ha vuelto al fin a su cauce, que estoy en el camino correcto. Creo que comprendo cómo te sientes, Michael Flynn Connelly —añadió con la voz ahogada por la emoción.

Él volvió a acariciar su rostro, limpiando sus lágrimas de paso. Sus ojos oscuros eran tan similares a los de su madre que Alba sintió que se le encogía el corazón. ¿Sabía Maria, allí en el cielo, que su hijo había logrado al fin todo lo que quería?

—Un día te prometí que te daría todo lo que quisieras, que te haría rica, me costase lo que me costase, que lo tendrías todo. Bien, no lo he conseguido,

porque me faltaba algo muy importante —añadió con un gesto irónico—, pero tampoco me va mal.

Alba apretó los dedos en torno al colgante de su madre. La sonrisa de Flynn, calurosa de pronto, la incomodó. No era en nada similar a la de Parker, pero no había nada de candidez en ella. Por extraño que pareciese, no se sintió rara cuando él la acarició e hizo que volviera a apoyar la cabeza en su hombro, aunque ella volvió a apartarse para mirarle.

—Nunca te pedí nada salvo tu amor, Flynn, y ahora solo deseo algo de ti, que me ayudes a recuperar la misión del reverendo de las manos de Paddy. No podemos consentir que ningún niño quede a merced de Paddy después de lo que nos hizo. —La tensión la hizo callar, aunque él no pareció notar nada extraño en su voz.

Él chasqueó la lengua.

—Dudo que le sigan interesando los ladronzuelos para usarlos a su antojo, pero tienes razón, se lo debo al reverendo. Y a ti.

Alba le miró, sin apenas respirar. Flynn no sabía que era Paddy el que la había violado y marcado. Dejó escapar el aire que había retenido en los pulmones sin apenas darse cuenta. Era mejor que así fuera. No deseaba que cayera otra vez entre sus garras. La venganza le pertenecía, tanto la propia como la de Flynn.

—Sí... —respondió al fin, con una sonrisa oscura y llena de dolor—. Se lo debemos.

Flynn habló y habló. Planeó un futuro juntos, lejos de allí, muy lejos. No notó que ella no hablaba y que apenas le miraba.

La mente de Alba estaba ya muy lejos. Quizá ese futuro no llegara, pero sí el momento que había ansiado durante diez años. El instante en que la sangre culpable y rastrera de Patrick Connelly bañaría sus manos estaba muy cerca.

—Ese chino quiere verte.

Paddy Connelly no era un tipo que se dejara impresionar. Tampoco era

alguien que subestimara a los demás, pero a veces le sorprendía la desfachatez de ciertas personas, como ese amarillo.

Cierto que él mismo no había nacido en América, pero era blanco. Su sangre era tan pura como la del mismísimo Jesucristo.

Él era irlandés, de piel blanca, tenía derecho a gobernar el mundo. No como esos infectos chinos, negros o indios. Ellos eran inferiores en todo a cualquier blanco, por inmunda que fuera su clase. Seguro que incluso la ciencia demostraría un día ese hecho. Aunque no se podía negar que algunos eran listos.

Esos chinos, por ejemplo, habían montado negocios por toda la zona y habían hecho pequeñas fortunas. Eran herméticos, solo se relacionaban entre ellos como no fuera para sacarles el dinero a los demás, y tal vez esa fuera una buena estrategia, pero Paddy no podía evitar despreciarles.

Y luego estaba ese chino en particular. El socio de Flynn era el que había conseguido que el negocio del muchacho funcionase, y todos lo sabían. Sabía de números y era discreto. Evitaba los problemas y pagaba puntualmente a las bandas para que les dejasen tranquilos. Se decía que, en cuanto hubiera ganado lo suficiente, dejaría al incauto de Flynn en la estacada, que incluso le desplumaría antes de largarse.

Sería una lástima para Flynn, que siempre había sido demasiado ambicioso para su propio bien. Ambicioso, pero también honrado, una mala combinación. Cualquiera con pocos escrúpulos podía engañarle y venderle paja a precio de oro. Lo sabía bien, él mismo lo había hecho en otros tiempos.

Ese chino podía ser alguien con quien le conviniera hacer tratos. En todo caso, no era ningún pusilánime. Tenía los suficientes cojones para ir a visitarle allí mismo, en su despacho de Tammany Hall, algo que no cualquiera haría.

Billy decía que no era de fiar, pero pensaba lo mismo de todo el mundo. Si fuera por ese chico, a esas alturas no le quedaría nadie en el planeta en quien confiar, salvo él mismo. Y a lo mejor ni siquiera eso.

Aunque era temprano, se sirvió un vaso de whisky. Tras dudar, sacó otro vaso, aunque no sabía si el chino bebía alcohol. Quería parecer amable... al menos hasta saber con qué intenciones venía.

Vio la mirada extrañada de Billy cuando colocó el vaso ante la silla vacía.

—No te quedes ahí, hazlo pasar. Y sé simpático con nuestro invitado.

Billy no dijo nada ni hizo un solo gesto. Bajó la cabeza a modo de saludo y dejó el despacho.

Aquel antro era como su casa. Si tan solo le dejaran llevar a alguna mujer, sería el tipo más feliz del mundo. Pero las chicas que a él le gustaban no eran lo que los políticos llamaban mujeres decentes. Algunas ni siquiera eran mujeres todavía.

Torció la boca al recordar las palabras de su pajarillo. No comprendía por qué no podía olvidarla. Esa puta ni siquiera sabía follar. Ya no era guapa ni joven. Su belleza estaba ajada. Y le había mentado... le había hecho creer que le quería.

Billy le había dicho que Flynn la había visitado el día anterior y que había pasado horas en la casa del reverendo.

Sus labios esbozaron una sonrisa amarga. Ese muchacho siempre había tenido más suerte de la que se merecía. Y él siempre había sabido cuándo había llegado el momento de cortar sus alas.

—No pensé que me recibiría, señor Connelly. Reconozco que es una sorpresa.

Chow se había sentado en la silla que Patrick Connelly le había ofrecido y había rehusado con un gesto cortés la bebida que había puesto ante él.

Desde su perspectiva, el irlandés parecía más alto y más poderoso de lo que era en realidad. No dudaba que la silla en la que el otro se sentaba estaba más alta para crear esa ilusión.

Sin embargo, a pesar de ese efecto óptico, había detalles que no podían engañar a alguien como Chow: Paddy olía a alcohol, aunque todavía era temprano. Su camisa estaba sucia y su chaqueta arrugada, como si no se hubiera cambiado de ropa en días. Además, los papeles y libros que había sobre la mesa, a juzgar por la capa de polvo que lucían, no eran más que

decorativos. Incluso se preguntaba si Paddy sabía leer y escribir siquiera, más allá de su nombre y cuatro letras más. Sus dedos, velludos y de uñas sucias, estaban llenos de anillos y la cadena del reloj era tan gruesa como su meñique.

Todo en Paddy era a la vez ostentoso y mostraba un aspecto decadente.

—¿Por qué no iba a recibirle, amigo? Es usted el socio de mi querido sobrino y, si él le aprecia, yo le aprecio —dijo el irlandés con las manos abiertas a modo de bienvenida.

Chow llevaba el tiempo suficiente entre esa gente como para saber cuándo eran sinceros o no, por mucho que las palabras fueran de miel.

Paddy había progresado en la vida con su labia y su atractivo físico, aunque su mala vida estaba acabando a marchas forzadas con el segundo. Ya no era tan delgado como antes y estaba perdiendo el pelo. Además, si seguía bebiendo a ese ritmo, moriría rápido.

Por unos instantes no pudo evitar pensar que eso sería bueno para Michael Flynn.

Su socio le había hablado del primo de su padre. Les había ayudado a llegar desde Irlanda y luego le había traicionado.

Podía imaginar a una mujer sola, viuda, todavía hermosa, con dos niños a su cargo. Veía al hombre ante sí y podía imaginar lo que había pedido a cambio de su ayuda. Y seguramente se había quedado corto. ¿Pensaba alguna vez Michael Flynn en si su madre había dado algo a cambio de aquella comida? Tal vez fuera mejor que no lo hiciera.

Y esa muchacha, Alba...

Chow entrecerró los ojos y evaluó la falsa sonrisa del irlandés.

Era un secreto a voces que a ese cerdo le gustaba forzar a niñas. Y había tenido una niña a su alcance, mientras Michael Flynn lo adoraba y era incapaz de ver una tacha en él. Para cuando se había dado cuenta de cómo era Paddy en realidad, ya era demasiado tarde.

Incómodo, Chow sonrió también. Si había llegado adonde estaba, era porque él tampoco era idiota. Despreciaba a ese tipo y a la gente como él, pero él no lo sabría.

—Tengo entendido que se ha estado haciendo cargo de la misión del reverendo Lewis durante estos últimos meses. Es algo que todos le agradecemos, señor Connelly.

La sonrisa de Paddy se fue desvaneciendo poco a poco a medida que escuchaba sus palabras, aunque no lo hizo del todo.

—Estoy convencido de que el Señor lo tiene en Su Gloria —respondió Paddy, elevando sus ojos claros al techo en señal de devoción—. Le aseguro que no ha sido ningún esfuerzo. Nuestro partido siempre agradece hacer algo por los ciudadanos. Si usted pudiera votar un día, ¿no lo haría por un partido que ayudase a los más necesitados, señor...? Perdona, pero he olvidado su nombre.

—Chow Li, señor Connelly —dijo Chow con calma, sin acusar su dardo. En el fondo, la situación de ambos era igual de ilegal, de modo que su hipocresía le resultó graciosa—. Ahora que la crisis ha pasado, podrán seguir ayudando de otra forma, siguiendo el proyecto original del reverendo Lewis.

—¿Le ha mandado mi sobrino?

La voz de Paddy sonó alterada por primera vez. Chow sintió que le salpicaba con saliva, pero no se movió.

—Por supuesto que no, señor Connelly. Michael Flynn no me perdonaría que acudiera a usted para recordarle sus promesas a un muerto. Y ahora, si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer. Tenga usted un buen día.

Cuando salió de Tammany Hall, Chow no sabía si había conseguido algo o no, pero le satisfizo el solo hecho de poder decirle aquello a aquel hombre cruel y egoísta, el ver su cara de completo estupor y odio, y ser testigo de su nulo poder de respuesta.

A veces la vida ofrecía placeres pequeños que se podían disfrutar de modo sencillo, y aquel era uno de ellos.

Capítulo 8

—Tengo entendido que al fin estás aprendiendo a ser un adulto, hermanito. Padre está satisfecho de verte aceptar tus responsabilidades en la naviera al fin. Ya te había dado por perdido. Además, a todo el mundo le sorprende esa seriedad tuya a la hora de reclutar a sus amigos para que ayuden en esa obra de caridad. He de decirte, con franqueza, que pareces otro, muchacho.

Parker esbozó una sonrisa sin humor y levantó su copa hacia su hermano Marcus. Había engordado desde que se había casado hacía un par de años, y perdía cabello con tanta rapidez como engrosaba su cintura. Su esposa, Henrietta, le había dado dos hijos tan robustos y rubios como ella. Uno de sus divertimentos favoritos consistía en molestarle fingiendo que no recordaba cuántos eran. Ambos heredarían un día la fortuna de los Jamestown, y Marcus no disimulaba su satisfacción por ello.

—No quisiera privaros de vuestro entretenimiento preferido, Marcus. Sé muy bien lo que disfrutáis al llamarme vago y tarambana. No dejaré que las responsabilidades se me suban a la cabeza.

Marcus se dejó caer a su lado y cruzó las manos sobre el grueso vientre. Tuvo que desabrocharse la levita, que le tiraba en la zona de modo incómodo.

—No me gustaría pensar que solo lo haces para ganar el beneplácito de esa joven.

Parker volvió a llevarse la copa a los labios, aunque no llegó a beber. La rabia hizo que su mano temblase, pero lo ocultó a los ojos observadores de su

hermano.

—No lo hago por ella. Hice una promesa al reverendo Lewis y la cumpliré. Es una cuestión de honor.

Su hermano hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Ese reverendo está muerto y ya no le debes nada, Parker. —Se acercó a él con una sonrisa lasciva—. A mí no me engañas, muchacho. Yo tuve tu edad y sé lo que se siente al tener la entrepierna caliente por una chica a la que no puedes tocar. Padre no te dejará casarte con ella, hagas lo que hagas, pero a lo mejor ella te abre las piernas si consigues el sueño de su padre adoptivo, ¿eh?

Parker le apartó de un empujón, y le habría derribado de su silla si este no le superara en peso y él no hubiera estado tan borracho.

—No hables así de ella. Es una dama y...

Marcus rio y le señaló, divertido.

—¿Una dama? ¿Acaso no sabes lo que se dice de ella? Es poco menos que una furcia recogida de la calle por el reverendo. Estoy seguro de que ni siquiera es necesario que te esfuerces tanto para que se levante la falda. Ofrécele un poco de oro y verás lo fácil que...

Parker abandonó el salón, dejando a su hermano allí, riéndose de él.

¿De verdad era tan ridícula su actitud?

Como le había dicho a Marcus, y como Mary le había recordado, le había hecho una promesa a Alfred Lewis. Por desgracia, la había olvidado durante meses, pero ahora la tenía en mente a cada minuto. Estaba convencido de que, cuando consiguiera que aquella escuela estuviera construida, aquellos sueños dejarían de atormentarle.

Mientras su padre insistía en que debía asumir nuevas responsabilidades en la naviera, él era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Mary.

La conocía desde hacía años, pero de pronto era una persona nueva para él. A su pesar, ya no podía verla como la joven inocente que era hasta hacía poco.

Sabía que era injusto. Si lo que le había contado era cierto, la joven no

tenía la culpa en lo que había ocurrido, pero su cerebro febril hacía que imágenes terribles aparecieran cada vez que pensaba en ella.

Las noches en particular eran horribles.

Parker no era un niño. Había visitado las mejores casas de citas de la ciudad e incluso había mantenido a una amante durante unos meses. Habían sido relaciones satisfactorias y sin complicaciones, pero ninguna de aquellas mujeres le había provocado lo mismo que Mary.

Era algo animal y extraño.

Durante años lo que sentía por ella había sido tibio y agradable, pero ahora era violento, ácido. Le corroía las venas como un veneno.

Pensó en las palabras de Marcus. Eran despreciables. Sin embargo, comprendía la verdad que había en el fondo de lo que decía.

Por mucho que luchara contra la idea, no podía casarse con esa mujer. Él... no la amaba. Lo que sentía por ella era distinto al amor.

Antes de saber la verdad acerca de ella había sentido cariño por ella, pero no la había deseado. Siempre había pensado que sería una buena compañera para él. Era inteligente y divertida y le comprendía como nadie: sus intereses, tan distintos a los de su padre y su hermano, su amor por la poesía y la música, los unían.

Ahora, en cambio, ya no veía nada de lo que había visto antes en ella. Ya no podía ver a la que había conocido en la mujer que le enfrentaba con la mirada.

Y lo peor de todo era que no podía culparla. Era él el que había cambiado. En efecto, cuando más debería apoyarla, cuando más debería demostrarle su cariño, su amistad, menos podía hacerlo.

Lo que antes era tibio afecto, ahora era una pasión enfermiza. Y sabía que no era correspondida.

Mary no le amaba ni lo haría jamás. Y tampoco sentiría por él el mismo deseo que él sentía por ella.

Eso no impedía que la deseara, cada día de un modo más intenso. Día y noche pensaba en lo que debía ser sentir esa piel blanca contra la suya, su

boca acariciándola.

Era horrible, se sentía como un monstruo... pero a la vez se sentía con derecho. ¿Acaso no era el único hombre que había estado a su lado durante años? ¿Quién más había estado dispuesto a casarse con ella, una mujer marcada, de pasado incierto? Ella debería estar agradecida de que quisiera, siquiera, mantenerla como amante.

Apretó los puños en la penumbra del pasillo.

¿En qué momento había dejado de pensar en casarse con Mary para pasar a convertirla solo en su amante?

Todo sería mucho más sencillo, Marcus tenía razón. Su padre no tendría que sentir vergüenza de su esposa y sus negocios no se resentirían. Incluso podría casarse con Agnes Vanderloo. Era aceptable y guapa. En todo caso, estaba dispuesta y le ahorraría tener que buscar a alguien más.

Corrían rumores de que Mary se quedaría en la calle en cuanto se leyera el testamento del reverendo. Dudaba que le quedaran más opciones que aceptar su propuesta.

Un peso desagradable desapareció de su pecho, al punto que decidió salir a despejar la cabeza. Podría incluso visitar a un par de los caballeros que se habían comprometido con el reverendo en su proyecto para recordarles su promesa.

Estaba convencido de que Mary sabría recompensarle por sus esfuerzos.

—Dime que no has visitado a Paddy.

La voz de Flynn sonó cansada, pero no desagradable. Desde que había reencontrado a aquella muchacha, algo en él había cambiado. Una especie de tensión en el irlandés, siempre presente, aunque no pareciera evidente para los demás, se había evaporado.

¿Era consciente de que siempre estaba buscando, allá adonde fuera? Cada vez que entraba en una sala, por la calle, como un perro de presa. Sin descansar, Michael Flynn, buscaba sin cesar.

—No conseguirás nada de él, te haya dicho lo que te haya dicho —siguió Flynn—. Sé por experiencia que, cuanto más sonría, más profundo clavaré el puñal más tarde. Aléjate de él, por favor.

Chow Li sonrió y apoyó las manos planas en el libro de contabilidad. Los números aparecían con cientos de marcas extrañas al lado que Flynn no comprendía. Sin embargo, confiaba ciegamente en Chow. El día en que el chino decidiera abandonarle, se lo diría a la cara.

Poco a poco iban recuperando lo que habían perdido durante los meses de la epidemia, aunque se temía que el local ya no volvería a ser el de antes. Las nuevas tabernas que habían abierto en Paradise mientras ellos habían cerrado vendían alcohol más fuerte y otro tipo de sustancias. Solo cuando sus clientes estaban tan borrachos que apenas podían mantenerse en pie acababan en El Trébol Dorado. Aquello traía peleas y problemas, pero no había nada que pudieran hacer.

—No me dijo nada —dijo Chow tras unos segundos de silencio, tan largos que pensó que no iba a responder—. Tampoco le di la oportunidad de hacerme ninguna promesa. No soy tan tonto como vosotros, los blancos. Yo no dejaría que sus espías me vigilaran los pasos como haces tú, Michael Flynn. Un día te encontrarás con ese pelirrojo en un callejón oscuro y te sacará las tripas. Te tiene ganas y tú solo sonríes. Con las ratas no se juega, se las descabeza.

Flynn sonrió. A pesar de lo que su socio pensaba, no era tan idiota. Sabía que Billy le vigilaba, y no solo en persona. Tenía a esa chica en casa de Gertrude Lewis y quién sabía a cuánta gente más. Podía sentir sus ojos de barro en la nuca cuando salía, agudos como dagas. Su rabia era palpable cuando se cruzaban. Sin duda sabía que, en algún momento, Flynn intentaría sacar a su amo y señor de la antigua misión del reverendo.

Sus deudas eran antiguas y algún día las saldarían.

—De esa rata, en concreto, me encargaré yo mismo. Quiero que te mantengas alejado de ellos. Y también quiero pedirte un favor.

Chow rio al ver que evitaba su mirada de pronto.

—¿De verdad te estás sonrojando, Michael Flynn?

—Deja de burlarte, chino del averno, y escúchame, maldito seas. Alba...

¿crees que soy un hombre honrado?

La risa de Chow hizo temblar las vigas del salón de baile y atrajo la mirada curiosa de Mickey, que sacaba brillo a los vasos tras la barra. Como si hubiera escuchado la pregunta de Flynn, él también rio. No era algo habitual, así que Chow le miró sorprendido y se lo señaló a su socio.

—Hasta Mickey se ríe de ti, Michael Flynn. ¿Cómo puedes preguntar algo tan ridículo? La honradez es algo que no existe en Five Points. Estarías muerto a los cinco minutos de entrar aquí si fueras honrado. Pero, respondiendo en cierto modo a tu pregunta, eres todo lo honrado que puede serlo un hombre de por aquí. ¿Era ese el favor que querías pedirme? Te conformas con poco — añadió con ironía, guiñándole un ojo rasgado.

—Claro que no era ese. Se trata de Alba, ya te lo he dicho.

—¡Oh, sí, tu novia!

Flynn apretó los labios. Alba no era su novia, pero no iba a explicárselo a Chow.

El día anterior habían hablado mucho de cosas terribles, que le habían desgarrado el corazón de una manera que pensaba que no dejaría de sangrar jamás. No podía evitar pensar que todo lo que había sufrido Alba era por su culpa. Ella había cambiado, no solo por aquella marca en su rostro, sino por las que le habían hecho a su alma. La habían roto por dentro y él no había estado a su lado para ayudarla a curarse.

Quizá ya fuera tarde, por mucho que se hubieran reencontrado.

No podía evitar pensar que, en comparación, lo que él había pasado era insignificante.

Había visto cosas horribles, sí. Había estado a punto de morir, había sentido el miedo puro en la prisión, pero después había tenido la suerte del irlandés durante años. Todo aquello apenas había tocado su alma. Solo la soledad había hecho mella en él, la sensación de que le faltaba un pedazo a su corazón.

Sin embargo, Alba había perdido su esencia. Era como si su alma se hubiera ausentado de su cuerpo durante diez años. Maldita sea, incluso había

renunciado a su nombre, como si ya no fuera ella misma.

Y no le había dicho el nombre del culpable. Mientras hablaba, contando lo que había ocurrido, lo que había sentido, era como si se refiriera a otra persona en todo momento.

Por unos instantes, Flynn había sentido que retrocedía diez años y era un niño otra vez. Débil, tonto e iluso, la había dejado sola pensando que, de un solo golpe para Paddy, conseguiría una fortuna.

Ahora sabía que no solo la había abandonado, sino que además la había dejado en manos de los lobos.

¿Por qué no la había protegido Paddy? Él sabía que estaba sola en la cervecería. Ese maldito que decía quererla tanto como a su propia hija...

—... la llamaba su pajarillo, ¿sabes? —Flynn hablaba en voz alta sin darse cuenta—. Ella lo odiaba, nunca quiso que me aliara con el primo de mi padre. No entiendo cómo ha podido sobrevivir a algo así, Chow. Y no entiendo tampoco cómo me quiere todavía a su lado cuando todo fue por mi culpa. Dime que me harás ese favor, amigo.

Chow había escuchado en silencio, sin apenas moverse. A veces parecía una estatua. Muchos decían que los chinos eran como los animales, que no tenían sentimientos, pero él lo conocía lo suficiente como para saber que sufría por Alba.

—Lo que quieras, Michael Flynn —respondió Chow, con un acento más marcado que de costumbre, lo que demostraba su emoción.

—Dime que la cuidarás si un día me pasa algo.

Los ojos del chino se entrecerraron de un modo que al irlandés le parecieron impenetrables, más todavía si cabe que antes. Al final asintió. Lo que su amigo le había contado le había generado imágenes terribles y conocidas en la cabeza.

Conocía bien los efectos que el poder causaba en la gente, sobre todo en aquellos que ya de por sí pensaban que eran superiores en los demás. Paddy era el tipo de persona que se creía más fuerte, mejor, más listo. También lo había sido el que había ordenado que matasen a su familia.

Ahora comprendía la obsesión de Patrick Connelly con Alba. Emitió una sonrisa sin humor. Era una suerte que el amor por ella y el odio mezclado con el temor hacia su pariente cegasen a Michael Flynn. Si tan solo abriera los ojos, podría ver al causante de todas sus desgracias al alcance de su mano. Sí, era una suerte, porque aquello le protegía de cometer una estupidez en ese momento. Pero un día ese velo desaparecería, y esperaba poder estar a su lado para poder ayudarlo a acabar con aquel demonio.

Capítulo 9

—¿Has oído hablar alguna vez de la mujer del César, Patrick?

Isaac Vanderbeck Fowler, el Gran Sachem de Tammany Hall, no le miraba. Tenía la vista perdida tras el vidrio de la ventana y las manos rollizas unidas tras la espalda. Rondaba los cuarenta, por lo que era joven para el puesto que ocupaba, pero parecía mayor.

Paddy tenía la misma edad, pero se sentía más sabio que aquel mequetrefe.

Fowler creía conocer a los irlandeses, pero no tenía maldita idea de su carácter, más allá de que eran católicos y de que les gustaba el whisky. Sin embargo, con sus estudios y habiendo nacido en una cuna de oro, tenía unos contactos que Paddy jamás poseería, por muy imbécil que fuera. Aunque los contactos no lo eran todo, como Paddy muy bien sabía. Para llegar a lo más alto hacía falta una astucia que Fowler no tenía ni tendría jamás.

Al no recibir una respuesta, el Sachem se giró hacia Paddy, que se habría servido una copa de no haber estado él presente. Se moría por un trago.

—Solo conozco a la santísima Virgen y a las putas, señor, y supongo que no se refiere usted a ninguna de ellas —respondió al fin, con un gruñido.

Fowler lo miró con incredulidad durante unos instantes, no supo si por su vocabulario o por el hecho de que no disimulase que no le quería allí.

Bien, aquello era la sede del partido que él presidía. En el fondo, Fowler podía echarle de una patada en el trasero cuando quisiera. Se descubrió pensando que le daba igual. Si todavía seguía allí era porque le daba dinero.

La apariencia de respetabilidad le facilitaba los negocios y le abría puertas que hasta hacía poco nunca hubiera pensado que pudieran abrirse.

—He oído que estás comprando votos en la vieja misión de Lewis.

La voz de Fowler no había sido especialmente desagradable, sino más bien pegajosa como la melaza.

—He estado ayudando a la gente en un momento de necesidad y les he recordado que sean agradecidos con el que les ha ayudado cuando llegue el momento. No sabía que eso era ilegal.

Fowler se acercó a él con una sonrisa. Ahora su aire era conciliador y había perdido aquella suficiencia tan desagradable, pero Paddy no bajó la guardia. Como todos los políticos, era un lobo vestido de cordero, y su sonrisa era tan brillante como una moneda que hubiera pasado por las manos de cien ladrones.

—Y no lo es. Pero como decían de la mujer del César, no solo debe ser honrada, sino que debe parecerlo. Si hay rumores de corrupción antes de las elecciones, Tammany saldrá perjudicada. —Su mano se movía por la pechera de su chaleco, como si buscara el reloj de oro, sin encontrarlo jamás—. Sé discreto. Necesitamos votos, pero hay formas de que la gente no hable. ¿No querían hacer algún tipo de escuela para pobres en esa misión? Sería bueno que Tammany apoyara algo así. El partido que ayuda a los niños a salir de la calle y educarse para conseguir un futuro mejor —declamó con tono solemne, señalando al aire, como si lo viera escrito ante sí—. Suena bien, ¿verdad?

Los ojos azules de Paddy se clavaron en él y en su sonrisa vacía. Él podía ser un tipo despreciable, pero estaba claro que Fowler no era menos despiadado que él mismo. Solo que, ante los ojos de la sociedad, el americano era un tipo honrado, de buena cuna, y él era un despojo irlandés venido a más.

Fowler se tomó su silencio como una respuesta. Se marchó murmurando una irritante cancioncilla para sí. O a lo mejor ensayaba uno de sus discursos, que a tantos caballeros de sociedad atraían. Era un tipo con carisma, sí, pero estaba vacío por dentro. No comprendía a la gente con la que trataba, personas con las plantas de los pies manchadas de barro y mierda, y eso sería su perdición en algún momento.

La confirmación fue, en cierto modo, un alivio para ella.

Mil dólares no eran una suma nada despreciable, pero el testamento dejaba claro que el reverendo no había llevado a cabo sus planes de naturalizarla como hija suya.

Gertrude estuvo a punto de derrumbarse a su lado y Agnes dio un respingo al escuchar que Alba Maria McIntyre, en calidad de «queridísima pupila» recibiría la cantidad de setecientos dólares en valores y acciones varias, más trescientos en efectivo. Era una pequeña fortuna, mucho más de lo que esperaba. Agnes, sin duda, creía que era más de lo que merecía alguien sin lazos de sangre con la familia. Era más de lo que ella misma había recibido.

Tendría algo con lo que empezar una nueva vida... en el caso de que tuviera la oportunidad de hacerlo. Si fuera una persona normal, con un pasado como las demás.

Por un instante, mientras el abogado de su padre seguía hablando y enumerando cifras y nombres sin cesar, con la mano de Gertrude pegada a la suya, sintiendo la mirada de Agnes, aguda y dañina, se permitió fantasear.

Sería bonito permitirse unos instantes de felicidad, aunque fuera en su imaginación.

¿Era tan descabellado pensar que Flynn y ella merecían ser felices?

La mano que sostenía la de Gertrude tembló un instante y ella la miró, interrogante. Sonrió para calmarla y ella devolvió su atención al abogado.

Si se permitiera soñar y hacer lo que Flynn le había pedido, retomar su historia como si aquellos diez años no hubieran existido, como si no estuvieran marcados por dentro y por fuera, ¿acaso no sentiría que había algo que se cernía sobre sus cabezas?

Paddy todavía los acechaba. Podía sentir su sombra sobre ella, sobre él.

Quizá si acababa de una vez por todas con el fantasma que la atormentaba moriría para siempre todo el dolor.

Si tan solo pudiera estar segura...

Sintió que las lágrimas opacaban sus ojos tras el velo negro. Por suerte, nadie pudo notarlo. Dejó que cayeran sin pudor durante unos instantes, aunque ni ellas ni todas las lágrimas del mundo serían capaces de borrar todo el tiempo que habían perdido.

—Esas lágrimas deben de ser de alegría.

La voz de Agnes sonó tensa y desagradable, como si ya no tuviera que molestarse en disimular ante nadie.

El abogado carraspeó y se disculpó para dejarlas a solas. Sin duda, estaba acostumbrado a ese tipo de escenas tras la lectura de las últimas voluntades de los difuntos.

—¡Agnes Vanderloo! No te atrevas a...

Agnes sonrió a su tía, aunque sus ojos azules, fríos como el hielo, no mostraron ningún tipo de emoción.

—Esta zorra nos está robando en nuestras narices y aún la defiendes, tía. Espero que la eches de tu casa en cuanto volvamos. Yo me encargaré de que ese legado quede invalidado. Seguro que engañó al reverendo con sus malas artes para...

La mirada de Agnes fue tan despreciativa e indicativa de cómo pensaba que había conseguido su herencia, que Alba apretó los puños. Sin embargo, fue Gertrude, para su sorpresa, la que reaccionó.

La bofetada sonó como una puerta que se cierra en la biblioteca. Todos miraron el rostro que se enrojecía de Agnes, que gritó más de indignación y sorpresa que de dolor.

—Deberías avergonzarte de pensar y de decir ese tipo de cosas horribles de Mary y de tu tío, que era un alma de Dios. ¿Cómo hemos podido acoger a una víbora en nuestra casa durante tanto tiempo sin darnos cuenta? —Sus palabras salieron en un siseo doloroso a medida que hablaba, cada vez en tono más bajo, pero a la vez claras como puñales—. Quiero que escribas a tus padres para decirles que regresas con ellos hoy mismo. Te mandaremos tus cosas en un coche, no te preocupes. Desde ahora, ya no eres bienvenida en

nuestra casa.

Agnes, incapaz de claudicar, apretó los labios. Las ventanas de su elegante nariz se habían ampliado, como las de una bestia que olisquea a su presa.

—De acuerdo, tía. Dios me libre de compartir techo con una perdida, una mujer que hará que tu familia esté en boca de toda la ciudad. ¿Acaso no ves que nos estás hundiendo en la inmundicia? Ella debería irse por su propio pie si te ama de verdad.

Las palabras de Agnes se clavaron en el alma de Alba. La joven podía hablar desde el rencor y la envidia, pero tenía razón. Sabía que la gente hablaba, que había rumores acerca de su pasado y que la misma Agnes no era del tipo que callaba, por mucho que ella misma perjudicase su futuro o el de sus hermanos.

Sí, Agnes tenía razón. No debía permanecer más tiempo en casa de Gertrude, aunque no solo por los motivos que ella pensaba.

El bastardo tenía los ojos rasgados.

De entre todas las horribles posibilidades, Dios la castigó con la peor.

Lily miró a su hijo con estupor. La mujer que la había asistido en el parto extendió la mano para cobrar, sin decir nada. Más allá, tras la partera, la casera arrugó los labios al ver al crío. Llevaba una semana sin cobrar y esperaba que muy pronto Lily, ya recuperada, volviera a la calle y le devolviera con creces su generosidad. Al fin y al cabo, ¿cuándo había acogido ella a ninguna de las chicas gratis, ya fuera la famosa Lily West o cualquiera otra? El niño era hijo de ese chino, no cabía duda. Era poco menos que un animal. La partera lo había puesto en sus brazos y ella no lo quería. No quería a ningún bebé, pero aquello menos.

¿Quién la querría, quién pagaría por ella en cuanto supieran que había dado a luz a aquella cosa?

Miró a las otras dos mujeres de la pequeña habitación, pero no parecía que ninguna se hubiera dado cuenta de que los ojos del pequeño eran rasgados.

No tenía dinero para pagarles y callar sus malditas bocas, pero tampoco sería necesario si no habían visto nada.

Sus ojos se cruzaron con los de la vieja que la había ayudado a parir. La dueña de la pensión la había llamado al oírle gritar de madrugada. Sus modales eran bruscos, pero había sido formal y rápida. Con suerte, no moriría de fiebres a consecuencia del parto como muchas otras mujeres.

Y la criatura... ¿quién la echaría de menos si moría? Solo las tres mujeres en ese cuchitril sabían de su existencia. Su mano se crispó contra el pequeño cuerpo, que gimió en respuesta. No, nadie sabía que estaba en el mundo. Solo ella y aquellas dos mujeres. Y ninguna había visto los ojos del bastardo.

De pronto pensó en otra solución. Había alguien que todavía la apreciaba en el mundo. Ahora Lily era hermosa y había recuperado su figura otra vez. Ella siempre había sido una de sus chicas favoritas, aunque ya no fuera una niña.

Sus mejillas se encendieron de pura satisfacción al pensar en volver a ser la que había sido, la mujer a la que todas envidiaban y temían. Durante meses se habían burlado de ella, había sentido las miradas de sorna en la espalda, había tenido que hundir los pies en el barro, pero ahora aquello quedaría en el olvido.

—Págame —dijo la partera con voz seca, la misma que había utilizado para darle instrucciones durante toda la noche, hasta que le había sacado a aquella cosa de las entrañas.

—Vuelve mañana y te daré oro.

La vieja bruja no se inmutó, pero la señora Daniels hizo un respingo.

—¿Oro? ¿De dónde vas a sacar oro tú, desgraciada?

—¡Mañana! —siseó Lily, haciéndolas retroceder.

No vio cómo las dos viejas salían de la apestosa habitación.

Sí, Paddy le daría dinero y la acogería de nuevo, estaba segura. ¿Acaso había habido una muchacha más guapa a su lado alguna vez? Él mismo lo decía siempre.

Frunció el ceño al pensar en Chow Li. Si Paddy la rechazaba...

No, eso no sucedería jamás. Volvería a ser la misma Lily West de siempre, como si aquellos meses no hubieran existido.

Capítulo 10

—No entiendo por qué tienes que irte. Eres mi hija, esta casa siempre será tu hogar...

Alba sonrió y tomó las manos de Gertrude. Odiaba la idea de no verla cada día, de no escuchar sus regañinas, de no sentir sus abrazos. Se las besó y volvió a la tarea de meter sus pocas pertenencias en un baúl. Era sorprendente lo poco que había acumulado en los largos años viviendo en esa casa. El reverendo siempre había desviado la mayoría del dinero a la misión y ni Gertrude ni ella habían hecho mucha vida social, así que sus vestidos eran sobrios y sencillos, sin adornos. Tenía libros y partituras, que no iba a llevar consigo. Al fin y al cabo, ¿dónde iba a tener un piano disponible para tocar? En todo caso, toda aquella música viajaría en su memoria, en su corazón. Sí llevaba una pastilla de su jabón favorito, un pequeño capricho del que no podía prescindir. Casi el único.

—Sabes que ni Agnes ni el resto de tu familia permitirán que me quede aquí. Te harán la vida imposible hasta que me eches tú misma —respondió, tras unos segundos de silencio, mirando todo aquello, tan escaso legado en tanto tiempo.

Gertrude le hizo soltar un sombrero y dejarlo sobre la cama.

—A pesar de lo que piense esa niña caprichosa, no puede arriesgarse a destrozarse su propio futuro hablando de ti. Su madre ya habla de ella en sus cartas como de una solterona sin esperanza. Todas sus amigas están casadas o comprometidas y nadie comprende que ella no lo esté. Si tan solo vieran en su

interior, podrían entenderlo a la perfección. Es mezquina y poco bondadosa.

—Poco importa eso a la hora de conseguir marido. Es joven y hermosa, conseguirá a algún viudo rico. Con suerte será sordo y no oirá su desagradable voz —replicó Alba, sin poder evitar su tono sarcástico, aunque se corrigió al ver el pesar en el rostro de Gertrude—. Agnes puede ser encantadora cuando quiere. La criaron para ello.

Gertrude entrecerró los ojos.

—No tienes nada que envidiarle a su vida, Alba. Agnes fue una niña infeliz y será una mujer infeliz e insatisfecha toda su vida. Si es cruel contigo es porque te envidia. Envidia el cariño que siempre te tuvimos y envidia el amor que Parker te tiene, porque es algo que ella jamás podrá tener. No comprende que solo lo obtienes si lo das a cambio. Tú, a pesar de que naciste sin nada material, tienes un corazón de oro, y ella solo ve lo que se compra con dinero. Así que me temo que solo debemos sentir lástima por ella, querida.

Alba apretó los labios al escuchar la mención del amor que Parker sentía por ella. Esos días había recibido varias notas suyas diciéndole que se estaba reuniendo con los hombres que habían apalabrado su ayuda al reverendo. Algunos se habían echado atrás, pero otros se mantenían firmes y le habían prometido que seguirían adelante si el proyecto de la escuela continuaba.

Siempre tuyo, Parker...

Aquella era su despedida siempre. Sus ojos se apartaban de aquellas palabras, incómodos. No podía evitar pensar que aquello era mentira.

—Agnes será feliz el día en que consiga lo que desea. Y un día lo tendrá. En el fondo es una buena chica —respondió, aunque sabía bien que mentía.

Gertrude pareció satisfecha con su comentario. Tal vez ella misma quería pensar que era así. Era su sobrina y quería que fuera feliz. La eterna insatisfacción de la muchacha era incomprensible para ella, cuando su vida había sido, a ojos de todos, mucho más pobre en oro y comodidades.

De pronto la señora Lewis se quedó muy quieta y en silencio, como si hubiera caído en la cuenta de algo muy importante.

—¿Dónde vas a alojarte? A pesar de lo que mucha gente piense, eres una mujer decente, una señorita. Una dama no puede alojarse en cualquier... —Se calló, como si no pudiera pronunciar ciertas palabras.

Alba esbozó una sonrisa y se agachó para besar su arrugada mejilla, que había empalidecido por la preocupación.

—Creo que tengo suficiente como para alojarme unos días en el Astor House. Luego buscaré algo más modesto y un trabajo. Espero que puedas ayudarme en eso, como en tantas otras cosas en mi vida... madre.

—Y... ¿casarte?

Lo dijo como si plantearlo siquiera supusiera un atrevimiento. Hacía unos meses habían hablado de Parker, de si era buena idea o no aceptarle. Pero las dos sabían que no hablaba de él, o no solo de él.

Flynn no le había hablado de amor, pero ella sabía que lo había dado por sentado.

Cuando eran niños, había sido al revés. Había sido Alba la que le había dicho que, si quería casarse con ella, era porque la quería. Por entonces eran unos niños y ni siquiera sabían de lo que hablaban. Se amaban, sí, pero ¿era aquello el amor de unos niños que se habían criado como hermanos o algo más? Nunca se lo había planteado siquiera.

Ahora las cosas eran muy distintas. Ni siquiera se conocían. Flynn era un hombre guapo, amable, pero apenas sabía nada de su vida actual, de su carácter. Temía que aquella calma que sentía a su lado no fuera más que un vestigio de lo que había sentido de niña. Temía no amarle a él, sino a su fantasma.

Y él... ¿qué podía amar en alguien como ella, gris, triste, amargada por los recuerdos? Ya no era la niña alegre que había sido. Ni siquiera era hermosa. No quería su lástima, su piedad.

—Estoy de luto.

Gertrude suspiró.

—No puedes ocultarte toda la vida, Alba. Un día tendrás que tomar una decisión.

—La tomaré cuando sea el momento. Pero, por ahora, ni siquiera hemos hablado. Hay tantas cosas que hacer. Tenemos que recuperar la misión y construir la escuela. Y...

—El tiempo pasa y también las oportunidades. A veces la vida no te da dos ocasiones para hacer las cosas del modo correcto. A ti te las ha dado, cariño. ¿Por qué dudas?

Alba sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No dudo. Solo espero.

Y era cierto. Esperaba a poder zanjar su venganza. Entonces tendería las manos al destino, si todavía podía.

—Gertrude me ha escrito para decir que te vas. ¿Estás loca? ¿Por qué no me has dicho nada?

La voz de Parker, autoritaria, con un punto despótico, hizo que Alba irguiera la espalda. Había dejado el baúl en la entrada de la casa mientras esperaba al coche de punto que la llevaría al hotel.

—¿Acaso debería haberlo hecho? —respondió, con un tono seco.

Parker, todavía en el pie de la escalera, acabó de subir los peldaños que los separaban, tomó el baúl, y comenzó a caminar hacia su propio coche, como si ella tuviera la obligación de seguirle por el simple hecho de que él lo exigiera.

—Te quedarás en mi apartamento. No lo uso apenas, de todas formas. No es decente que una mujer sola se aloje en un hotel.

—¿Y sí lo es que lo haga en el apartamento de un hombre soltero?

Alba no se había movido de su lugar. La puerta de la casa seguía abierta a sus espaldas. Sentía los ojos de Gertrude y de Emma clavados tras ella, agudos como espadas. De intervenir, ¿a favor de quién lo harían?

¿Cómo se atrevía Parker a tomar cualquier tipo de decisión en su nombre? Además de las habitantes de su casa, había más gente mirando, aunque le dio

igual. No tenía nada de lo que avergonzarse, aunque lamentaba montar una escena a la puerta de la casa de los Lewis.

A Gertrude la comprendía, pensaba que, acudiendo a él, acabaría cediendo y quedándose. Pero en cuanto a Parker... Un día había pensado que era amable, atento, que era su amigo. Ahora veía que, a su modo, no era tan distinto de Paddy.

—No estarás insinuando... Por lo que me dijiste...

—La verdad es que ni siquiera lo había pensado —dijo, triste, al ver la tez sonrojada del joven. El baúl había resbalado de sus manos y se había golpeado contra el suelo. Por suerte no se había roto, pero ahora tenía un desconchón en una esquina. Con la mirada todavía en él, con voz grave y amarga, añadió las palabras que sentenciaron para siempre su relación—. ¿Lo has hecho tú, Parker?

—¡Oh, Dios mío! —la voz de Gertrude le hizo dar un respingo. Ni siquiera sabía que estaba tan cerca. La sostuvo contra sí y la abrazó con fuerza mientras sentía que se derrumbaba—. Dios mío, cariño...

Parker Jamestown saludó y se marchó sin volver la mirada. Alba no sabía si osaría volver a saludarla en público, pero le daba igual. Aquel hombre que había sido su amigo, a quien había considerado poco menos que un alma gemela, ya no era nada para ella.

—¿Oro?

La risa de Paddy hizo temblar a Lily. Se sentía débil. No había comido en dos días y tenía fiebre. Apenas se tenía en pie, pero al fin había conseguido encontrar a Paddy en la vieja misión del reverendo Lewis. Todo el mundo decía que pronto se marcharía de allí, pero todavía servían sopa y pan para los pobres a cambio de votos. Ella misma había recibido un tazón de manos de un joven elegante y amable que la había mirado con lástima.

Paddy la había tratado mejor que otros hombres. Había sido el primero. Había pagado por su virginidad y todavía se acostaba con ella a veces, cuando estaba cansado y no quería buscar a nadie y se conformaba con alguien

conocido y cómodo. Ciertamente que la había echado de su lado más de una vez, que le había dado más de una paliza, que había pasado hambre a veces por su culpa, cuando la había dejado tan destrozada que había tenido que tomarse un descanso para recuperarse, pero le debía algo por los buenos ratos que le había hecho pasar.

—¿Has visto el aspecto que tienes?

El escupitajo de Billy le alcanzó la falda mal abrochada. La ropa no le servía, ni la que usaba antes del embarazo ni la que había ensanchado después. Sí. Estaba fea y gastada, pero ese estúpido no tenía derecho a tratarla así. No era más que una rata sarnosa, el esclavo de Paddy. Incluso escupía por él.

Se lanzó contra él con las garras en alto, pero trastabilló y cayó sobre las rodillas. Gimió de dolor y se encogió sobre sí misma.

Vio algo dorado caer junto a su cuerpo y se lanzó hacia la moneda, ansiosa.

—Ve y emborráchate, luego te sentirás mejor.

Las botas tachonadas de Paddy pasaron por encima de su cuerpo para salir de la habitación.

Pensó que estaba sola hasta que notó una mano en una pierna, fría, seca.

—Me han dicho que has parido un bastardo chino, Lily. ¿Quién te va a querer ahora?

Intentó escapar de entre sus manos, pero estaba débil y él era demasiado fuerte. Atrapada bajo su cuerpo, sintiendo sus torpes embestidas, luchando inútilmente contra aquella bestia de mármol, Lily sintió que la última parte de su alma moría.

Cuando Billy acabó con los restos de su cuerpo y se levantó, le quitó de la mano abierta la moneda que Paddy le había lanzado.

—Tú ya no vales esto, puta.

—Hay un jaleo tremendo montado en la calle Cross. Dicen que una puta se

ha colgado y están subastando todas sus cosas. Hay tanta gente que no se puede pasar.

Chow Li apenas levantó la vista del libro de cuentas cuando Flynn se sentó a su lado. Era temprano para él, pero su socio ya no era el de siempre. Hasta hacía unos meses, a esa hora ni siquiera se había levantado.

—¿Y puede saberse quién es la desgraciada?

Flynn sacudió la cabeza. Se dirigió a la barra y saltó por encima con agilidad. A aquella hora Mickey no había llegado y faltaban horas para la apertura del local. Lo vio servirse una cerveza aguada y un trozo de pan duro.

—No lo sé, pero se alojaba con la señora Daniels. Ahí estaba la vieja en la entrada, vendiendo al mejor postor los vestidos y las joyas de la desgraciada. Conociéndola, es posible que el cadáver todavía esté caliente.

Chow dejó el plumín a un lado, inquieto. Sin decir una palabra, tomó su chaqueta y salió del salón de baile.

La calle Cross estaba cerca, y no era complicado saber dónde estaba el tumulto. La pensión donde se había alojado Lily...

La señora Daniels lo miró con su desprecio habitual. Era poco menos que un animal para él. Junto a ella había un montón de ropa sucia que la vieja agitaba con el pie para animar a los que pujaban, reacios.

Vio a mujeres pintadas que susurraban entre ellas y agitando telas que antes habían sido brillantes. Entonces vio un vestido que reconoció. En su cabeza apareció la imagen de Lily vestida con aquello. Hermosa, violenta... muerta.

Estaba a punto de retroceder, horrorizado, cuando escuchó un lamento agudo que provenía del montón de harapos.

La vieja le dio una patada para acallararlo, pero lo que fuera volvió a protestar. El llanto de un bebé llenó la calle, haciendo que todos se callaran durante un segundo, no más. Pronto, la subasta siguió como si nada.

Chow apartó a los que tenía ante sí. Sin atender a la mirada de la señora Daniels, se agachó ante el fardo sucio y despejó el rostro de la criatura que lloraba. El vientre del bebé estaba hinchado por el hambre y apestaba a orines

y mierda. Había visto los suficientes bebés en su vida como para saber lo que estaba viendo. Con el pulso acelerado, lo envolvió en lo primero que vio, y lo alzó contra sí sin importarle que manchase su traje.

—Tendrás que pagar por eso, chino.

Le lanzó a la vieja un puñado de monedas, que cayeron por las escaleras y rodaron hasta los que estaban allí, que observaban todo lo que ocurría como buitres. Y como tales se lanzaron sobre el dinero, mientras la señora Daniels gritaba y les tiraba de los pelos para intentar recuperar sus dólares sucios.

Sin saber todavía muy bien lo que había hecho, Chow apretó al niño contra su pecho.

En ese momento no pensó en que Lily podría haber acudido a él, no pensó que ella estaba muerta. Solo sabía que su destino parecía haber cambiado de pronto y que también lo habían hecho todas sus prioridades.

Capítulo 11

—Canta usted muy bien, señorita, si me permite la indiscreción.

Alba miró a la muchacha que deshacía el equipaje, sorprendida. Ni siquiera era consciente de que cantaba. Gertrude decía que lo hacía así, bajito, sin darse siquiera cuenta. Y, al parecer, era cierto.

El hotel Astor era impresionante. Más de lo que había pensado. Y caro. Tenía que buscar un alojamiento más barato o, de lo contrario, acabaría con el dinero que tenía en poco tiempo. Una pensión para señoritas de buena familia sería lo más adecuado para ella. Gertrude podría ayudarla a conseguirlo si acaso necesitaban algún tipo de informe. En todo caso, a no ser que no fuera necesario, no quería recurrir a nadie. Debía aprender a mantenerse sola.

—Gracias —respondió, sin saber muy bien cómo moverse, cómo actuar.

No había tenido mucho trato con extraños a lo largo de su vida. La joven, casi una niña, la miraba con amable curiosidad, evitando adrede fijar la mirada en su cicatriz. Era irlandesa también, guapa, limpia y con aspecto cansado. ¿Cuántas horas trabajaba para ganar un jornal seguro que escaso? ¿Tendría que buscar ella misma un trabajo similar?

—¿Cómo se llama esa canción, señorita? Creo recordarla de cuando era niña, pero a veces es como si hubieran pasado mil años desde que vinimos aquí. Lo siento —se disculpó, sonrojándose—. A veces hablo demasiado. Ya me han regañado por ello varias veces, pero al oírla he recordado aquello y...

—*Róisín Dubh*. En realidad, cuenta una historia terrible, de batallas y

pérdidas, pero es hermosa. Hace años había alguien que adoraba que se la cantase.

—¿Era su marido?

La chica calló de pronto al ver que la expresión de Alba perdía su aire soñador. Entonces se dio cuenta de que vestía todavía sus ropas de luto. La muchacha pensaba que era viuda y que por eso se alojaba sola allí.

—No. No era mi marido. Pudo serlo, pero... —Se calló al ver que la muchacha miraba su cicatriz. Su curiosidad ya no era tan limpia, ahora había un punto de sospecha en sus ojos que la incomodó. Seguro que pensaba que su fealdad había espantado a su pretendiente. Sonrió y puso una moneda en su mano—. Muchas gracias, llamaré si necesito más ayuda.

—Me llamo Iona, señorita. Pregunte por mí y estaré aquí en menos que canta un gallo —aseguró con una reverencia digna de la realeza que la hizo olvidar aquella última mirada.

Una vez a solas, se acercó a la ventana y contempló la vista. Broadway, transitado y tan vivo como un hormiguero, parecía tan lejos de aquel cuarto como si estuviera en otro mundo, aunque estuviera a solo unos metros. Aquello era muy distinto a la calle Cherry, donde había vivido hasta hacía unas horas, y todavía mucho más de Five Points. Era increíble cómo una misma ciudad podía albergar rincones tan dispares en su corazón.

La habitación era lujosa pero impersonal, con una cama enorme como jamás había visto y una decoración tan estrambótica que parecía escogida por alguien dispuesto impresionar. Mármol y terciopelo en abundancia, maderas nobles y oscuras. Sin duda, alojarse allí no estaba al alcance de cualquiera. No en vano era el hotel más antiguo y caro de la ciudad.

Se sentó a una delicada mesa provista con todo lo necesario para escribir a Gertrude y contarle sus impresiones de lo que veía, salpicadas de divertidos comentarios, así como la amabilidad del servicio.

Entonces, a punto de cerrar su nota, pensó que debería avisar a Flynn de lo que había ocurrido.

Frunció los labios al imaginar una escena similar a la que había sucedido con Parker.

¿Sería tan descabellado pensar en algo así? Al fin y al cabo, Flynn era un hombre. Además, siempre había pensado que su labor era protegerla. Si le decía que estaba en un hotel, se empeñaría en ir a buscarla.

En un impulso, volvió a abrir la nota para Gertrude y añadió que no le dijera a Flynn que estaba en el Astor. La cerró y llamó para que vinieran a buscarla. Una vez entregada, sintió una especie de opresión en el pecho, pero pensó que era mejor así.

Había pasado la mitad de su vida en un país que no era el suyo, pensando siempre en regresar para recuperar lo que le pertenecía. Pero ¿de verdad había algo en China que todavía fuera suyo? Allí ya nadie le recordaba, y menos todavía la persona que había matado a su familia y le había marcado para siempre.

Tenía alrededor de treinta años, más de los que había pensado vivir, más de los que vivía mucha gente. Tenía una fortuna considerable. No era rico, ni lo sería jamás, lo sabía, pero podía vivir bien, mejor que bien.

Nunca sería respetado en aquella tierra, pero tampoco lo esperaba. Aquella gente no entendía que, en esencia, todos los hombres estaban hechos de sangre y hueso, vísceras y pelo. Que daba igual el color de la piel, que solo los más listos podían alcanzar el oro. Que, con oro en las manos, el respeto daba lo mismo.

A él le había costado entenderlo. Había luchado mucho tiempo por ser como ellos, para que le aceptasen. Pero los blancos ni siquiera aceptaban a los de su mismo color, no iban a aceptar a los que hablaban distinto, pensaban distinto, y además olían distinto y comían distinto.

Lily tampoco le había aceptado. Había preferido morir antes que rebajarse a pedirle ayuda. Al menos no había matado a su hijo. Seguro que ni siquiera había pensado en ello. El niño habría muerto de todas formas, de hambre y sed. Dudaba que la vieja Daniels le hubiera alimentado. De hecho, era muy posible que el bebé muriese todavía. Era pequeño y débil, y se agitaba como un pájaro contra él.

No se parecía a nadie, todavía era demasiado pequeño para eso, pero los ojos eran, sin lugar a dudas, chinos.

Podía ser su hijo o no, pero le daba igual. No había amado a Lily, ni ella a él. Estaba convencido de que no le debía nada, pero había sentido algo al ver a ese bebé.

El pasado estaba muerto. Había muerto hacía mucho tiempo y no se había dado cuenta. Todas aquellas cosas que siempre le decía a Michael Flynn y no se aplicaba a sí mismo..., pensó con ironía.

Tendría que buscar a una nodriza para la criatura, alguna que aceptase amamantar un mestizo. Por suerte, no había prejuicio que el buen oro no sortease.

Stewart observó con ojo de experto los cortinajes de terciopelo que colgaban en El Trébol Dorado. Él mismo importaba telas y otro tipo de materiales de lujo de Europa, de calidad similar o mejor. Aquellas empezaban a mostrar manchas y desgaste, así que podría sugerirle un trato a Flynn para cambiarlas por algunas de las que él vendía. Eran amigos, al fin y al cabo. Podría hacerle un buen precio.

—¿Stewart? ¿Qué hace un tipo tan elegante como tú en un antro como este?

Mickey, desde detrás de la barra, escupió en un recipiente de cobre al escuchar las palabras de Flynn, como si no estuviera de acuerdo con ellas. Aquel era uno de los mejores locales de la plaza Paradise, y todo el mundo lo sabía. De lo contrario, él no estaría allí.

—He venido a traerte buenas noticias, amigo. Creo que te interesarán.

Stewart, con su acento inglés más marcado que nunca, subió de un salto a la plataforma desde donde Flynn estaba vigilando la escasa concurrencia a esa hora, y se sentó junto a él. La música todavía sonaba a un nivel soportable y la gente no estaba tan borracha como para resultar peligroso atravesar la sala de esa manera.

—Te he visto observando mis cortinas, Stewart. Espero que no quieras

ofrecerme unas nuevas. Es Chow el que se encarga de esas cosas. Lo mío es atraer clientes.

El inglés sonrió, mostrando una dentadura casi perfecta.

—Y seguro que lo haces muy bien. Siempre fuiste un tipo simpático. Tanto, que parece que, de algún modo, tu nombre ha llegado hasta los mandamases de Tammany. ¿Puedo saber cómo?

Flynn se recostó en la silla y miró al otro. Stewart no parecía amenazador ni peligroso, pero lo cierto era que no sabía nada de él. Por experiencia sabía que los que parecían más agradables siempre eran los peores sinvergüenzas y los más crueles traidores.

—No conozco a nadie allí, salvo a Paddy, y dudo que él haya pronunciado mi nombre a sus jefes, como no sea para cagarse en él. ¿Qué ha ocurrido?

Stewart se hizo esperar. Volvió a la barra para pedir una cerveza. Ese tipo conservaba sus mañas infantiles. Siempre había sabido cómo alargar una historia para sacarle jugo.

—Esta misma tarde el jefe de Tammany ha estado en la misión. Ha habido tal alboroto que hemos tenido que sacar a la gente sin comer.

—No sabía que ya estuvieran en campaña.

—Esos tipos siempre están en campaña, amigo —replicó Stewart con una sonrisa relampagueante—. Recuerda que para ellos la propia epidemia ha sido parte de las próximas elecciones. Todos los que han sobrevivido en Five Points creen que ellos les salvaron de morir. Para la gente de la misión, Paddy y sus amigos son Dios, Jesús y la Virgen María. Si yo fuera papista, también lo creería.

Flynn se removió incómodo ante sus palabras. Sabía lo que Paddy había estado haciendo en la misión durante aquellos meses, pero Stewart había estado allí, ayudándoles, así que sabía todo aquello de primera mano. Nada de lo que contaba era bueno para el barrio, por mucho que la gente lo creyera así. ¿Cuáles eran esas buenas noticias para él?

—Ya veo —respondió, sin comprometerse.

—No seas tan arisco, irlandés. Yo aprecio a Paddy tanto como tú —añadió

con una sonrisa que podía ser tan real como falsa—. Vayamos a las buenas nuevas, entonces. Fowler ha echado de una patada en el culo a nuestro amigo. Ha dicho que la misión era del reverendo y que la devolverá a los legítimos dueños. ¿Qué te parece? Después de todo lo que Paddy ha hecho para ganarse el trono, parece que el tiro le ha salido por la culata. Espero que me invites a otra copa para celebrarlo.

El mismo Flynn fue a buscar la botella de whisky que guardaba para las grandes ocasiones. Además, así ocultaba sus pensamientos de los ávidos ojos de Stewart.

Paddy debía de estar furioso, y era más peligroso que nunca, sobre todo si, como Stewart, pensaba que él estaba detrás de aquel asunto.

Y Alba... ¿lo sabía ya? ¿Se lo habían comunicado los responsables de la misión a Gertrude y a ella?

Sintió un vuelco en el corazón ante la idea de verla feliz.

Trató de ocultar su emoción al volver a sentarse ante Stewart.

—Por el reverendo. *Slàinte* —brindó, alzando su vaso rebosante.

—Por el reverendo —repitió el inglés, con una sonrisa de satisfacción, bebiéndose el contenido dorado de un solo trago.

Con una sonrisa, Flynn pensó en las cartas que había escrito hacía un par de días, una a las damas de la *Ladies' Home Missionary Society*, y otra al Sachem del partido de Tammany Hall, el mismo Fowler. En esencia, eran la misma, aunque escritas en tono muy distinto. Les contaba la mala imagen que daba aquel advenedizo tomándose atribuciones en nombre de quien no le correspondía. Las damas debían recuperar la misión y honrar el recuerdo del reverendo Lewis, que tanto había hecho por ellas, y Tammany debía limpiar su nombre de todo rastro de posible corrupción.

Tras unos segundos de indecisión, las había firmado. ¿Qué sentido tenía hacer algo semejante si no afrontaba los riesgos de cara? No quería que la verdad perdiera validez por la cobardía de no firmarlas.

Sintió la mirada interesada de Stewart sobre sí. Quizá sabía la verdad, pero no dijo nada más. Se limitó a charlar de cortinajes lujosos y de precios,

como buen comerciante y buen amigo.

Capítulo 12

Alba acababa de salir de la bañera cuando escuchó que la puerta de la habitación se abría.

Aquello no era su casa, era evidente, pero pensaba que, en un hotel tan caro, quien fuera a entrar en su dormitorio al menos tendría la decencia de llamar antes.

—¡Oh, lo siento, como no se escuchaba nada, pensé que había salido!

La muchacha se la quedó mirando con un descaro que Alba conocía bien. No era Iona, sino una mayor y de modales más toscos. Sintió su mirada fija en su rostro, insultante.

Alba pensó que se había acostumbrado a aquel tipo de miradas con los años, pero no se había dado cuenta de lo protegida que había estado hasta que notó aquellos ojos pardos. En las reuniones sociales hablaban a sus espaldas y algunas personas la miraban con lástima, pero aquella mujer no disimulaba su malsana curiosidad. Era como si leyese en su alma que no era una dama, que no merecía más que ella misma estar allí, en aquella lujosa habitación, ni haber disfrutado de aquel baño.

—¿Qué desea? —preguntó al fin, deseando poner fin de cualquier manera a aquel desagradable escrutinio.

Aunque se había puesto una bata gruesa, se sentía desnuda de un modo absurdo. ¿Sería así de ahora en adelante? Ella no pertenecía ni al país donde había nacido, ni a las calles de donde la habían recogido, prácticamente

muerta, ni tampoco a la alta sociedad donde la habían educado. ¿La mirarían así allí adonde fuera? Como a una intrusa marcada, como a una impostora.

—Hay un hombre en el vestíbulo que quiere verla. Le he dicho que comprobaría si estaba usted aquí y él ha dicho que esperaría.

Alba no escuchaba su palabrería. Sus modales, formales, seguían sin ser amables ni correctos del todo. Había un cierto desprecio en sus formas. La miraba al rostro, desafiante, algo que jamás haría con una dama.

De pronto pensó que era una mujer soltera y sola alojada en un hotel, sin dama de compañía. Debería haberse llevado a Emma consigo, aunque Gertrude la necesitara más que ella.

Sí, aquella joven sabía que no era una mujer respetable.

Y además había un hombre que la buscaba, lo cual confirmaba sus sospechas y, suponía que, a esa hora, las de todos los empleados y huéspedes del hotel.

Solo podía ser Flynn, pensó. Gertrude le había mandado una nota llena de súplicas para convencerla de que volviese. Seguro que la buena señora había previsto todo aquello que ella no había comprendido cuando le había dicho que no era una buena idea.

Sonrojada, aunque no por los motivos que la criada pensaba, Alba asintió.

—Dígale a ese caballero que suba en unos diez minutos.

Le tendió una moneda que la muchacha tomó con una displicencia aplastante.

A Alba no le molestaron sus gestos altaneros, tenía demasiado en lo que pensar. Se vistió y preparó un hatillo con unas pocas pertenencias, pensando que mandaría a buscar el resto más tarde. Alojarse allí había sido una equivocación. Se marcharía con Flynn. Buscaría un lugar mejor, lejos de ojos indiscretos.

—Has buscado un buen nido, pajarillo.

Las manos se le paralizaron al escuchar la voz de Paddy. Cuando la criada había salido, había dejado la puerta abierta, era evidente. Lo que tenía en la mano, un peine de plata que el reverendo le había regalado, se le cayó al suelo

con un sonido seco. Al recogerlo, vio que se había abollado un poco en una esquina. Pasó un dedo por la abolladura, tratando de armar sus pensamientos.

Al dejarlo sobre el tocador, sus ojos toparon con otro objeto que había allí y que había dejado cuando había escrito la carta para Gertrude esa misma mañana.

—No es mi estilo, pero es bonito, muy apropiado para alguien fino como tú —siguió diciendo Paddy, adueñándose de todo el aire de la habitación, como era su costumbre.

Se le había acercado mientras estaba de espaldas y ella pudo ver su aspecto desmejorado. En los últimos meses había adelgazado y había perdido pelo. Su ropa estaba sucia, aunque todavía podía pasar por un caballero, o así debía creerlo la criada que le había dejado pasar.

Apestaba a alcohol y a sudor. Un olor que le recordó a muchos años atrás. Solo faltaba el de la sangre. El estómago se le encogió en una náusea que evitó con esfuerzo.

—¿No vas a decir nada? Ahora es tu ocasión. Estamos solos, como tú has querido. Nadie va a interrumpirnos. Ahora los dos somos mayores y sabemos lo que queremos.

—Yo nunca te quise a ti.

Paddy apretó los labios en una sonrisa cruel. Estaba a apenas unos centímetros de ella. Tan cerca que respirar era un infierno. Pero no la tocaba, todavía no.

—Creo que es la primera vez que oigo unas palabras sinceras en tu boca, pajarillo. Aunque tú nunca hablaste demasiado conmigo, ¿no es cierto? Tu voz siempre fue para otro —sus palabras sonaron dolidas. Cuando al fin la rozó, su mano temblaba, como si tocase algo precioso y frágil, pero a lo que temiera espantar al mismo tiempo—. ¿No cantarás para mí ahora?

—¿Acaso te lo mereces, maldito hijo de puta?

No vio su movimiento. De pronto estaba arrinconada contra la pared y no podía respirar. La mano de Paddy, antes delicada, ahora era una garra en su cuello. Su boca lucía un rictus amargo y sus ojos estaban húmedos por las

lágrimas.

—Me heriste y sigues haciéndolo, puta. Yo solo te pedí amor. No era tan difícil. A él se lo diste cuando jamás te dio nada a cambio.

Alba sintió que los ojos se le nublaban. Apretó los puños para luchar para soltarse y sintió que algo se clavaba en su mano. El abrecartas que había cogido hacía unos instantes en el tocador se clavó en el cuello de Paddy como en una pieza de carne. Se sorprendió de la resistencia al principio, aunque luego se hundió con una facilidad pasmosa.

Él la miró con sorpresa. Todavía durante unos instantes la contempló, incapaz de comprender lo que había ocurrido, sin soltarla.

Moriría antes que él, pensó mientras sentía que los pulmones le estallaban por la falta de aire. La sangre de Paddy, pringosa, oscura y caliente, bañaba su mano, pero no la soltaba.

Y entonces, cuando pensó que las piernas ya no la sostendrían más, su presa se aflojó de pronto. Paddy se desmoronó contra ella, como un animal abatido, empapándola con su sangre.

Un sonido gutural sin palabras salía de su garganta, pero sus ojos no parecían capaces de enfocarla.

Miró sus manos, aquellas manos que tanto daño le habían hecho y que seguían queriendo alcanzarla.

Cuando se agachó a su lado, no se sintió victoriosa, ni tampoco liberada.

—Ya no tienes el poder de hacernos más daño —susurró a su oído.

Cuando salió de la habitación, tapando la sangre de su ropa con una capa oscura, no sabía si él había muerto o no, y le daba igual.

Paddy Connelly tenía un pacto con Dios. Ninguno de los dos se metería con lo que el otro hacía y así no se verían las caras hasta dentro de mucho, mucho tiempo.

Desde niño, había envidiado todo lo que los demás tenían.

La casa de los ricos Rochester en su tierra natal. Sus padres, sus primos, él y sus vecinos eran los que trabajaban, y eran los ricachones los que vivían como reyes. En el viejo matadero donde había sido aprendiz en Dublín, era él el que tenía que mancharse de sangre las manos y ver los ojos de aquellos animales mientras les degollaba. Y siempre eran los otros los que se comían la carne.

Luego había envidiado a la mujer de su primo y a las mujeres de los demás.

Michael era un imbécil, pero se había llevado a la mujer más guapa. Maria se había reído de él mil veces cuando se lo había dicho. Él era mejor en todo, la tenía más grande y las dejaba a todas satisfechas, pero ella había preferido al idiota de su primo. Bien, al final había pasado por su cama, como todas. Le había faltado poco para suplicárselo.

Había envidiado a los políticos al llegar a América. Con el tiempo, él había conseguido el dinero, pero los politicastos tenían la auténtica influencia. Podían hacer lo que querían sin trabajar, sin tener que dar palizas para que les obedecieran. Eran otros como él mismo los que hacían el trabajo sucio por ellos.

Al final, también había conseguido aquello. Al menos durante un tiempo, hasta que ese maldito cabrón de Fowler le había expulsado del partido. Volvería a pedir su ayuda, todos lo sabían, pero durante un tiempo tendrían que guardar las apariencias.

Sí... lo había envidiado todo y a veces había conseguido lo que había deseado, pero de malos modos. Quizá por eso ahora el diablo le miraba a la cara, mientras estaba tumbado en ese puto charco de sangre.

De niño le habían enseñado que debía ser bueno si quería ir al cielo y él nunca lo había creído. Seguía sin hacerlo.

Inspiró y luchó por levantarse. Fuera lo que fuera que esa puta le había clavado, dolía. Por experiencia sabía que debía dejarlo donde estaba si no quería desangrarse.

Era la segunda vez que le hería y Dios le salvaba. Sin duda, eso quería decir algo.

Dios amaba a Patrick Connelly, pero seguro que era el diablo el que le querría a su diestra el día en que muriese.

—Si no fuera por mí, tú no estarías aquí, mocoso. Los de tu calaña no sabéis ser agradecidos.

Flynn no sabía cómo había sido capaz de llegar Paddy hasta allí. Apenas se tenía en pie y tenía la ropa empapada de sangre. Algo metálico sobresalía de su cuello y se movía con cada resuello. A su alrededor, un grupo de gente le jaleaba. Todos en Five Points sabían cuándo iba a formarse un buen jaleo y sabían mejor todavía con quién debían posicionarse.

Quedaban un par de horas para que abriese el salón de baile y Flynn estaba solo con Chow, que hacía sus cuentas en su rincón. El chino apenas había levantado la vista del cuaderno al escuchar a Paddy, como si aquella visita fuera algo habitual, sin embargo, una de sus manos se había perdido bajo la mesa y Flynn escuchó sin lugar a dudas el sonido de una pistola al ser amartillada.

—Deberías ir a que te curen, Paddy. Esa herida no tiene buena pinta.

Paddy no pareció escuchar sus palabras. Avanzó hasta el centro del salón de baile y miró a su alrededor. Se tambaleaba un poco, pero sus pies parecían lo bastante firmes como para mantenerle en pie durante un mes. Le había visto más débil durante alguna de sus borracheras.

—¿Sabes lo que no tiene buena pinta, muchacho? La herida que hay en mi corazón. Eso no sanará jamás.

Flynn no podía negar que Paddy sabía cómo ganarse a su público. Las miradas de los que le seguían eran cada vez más acusadoras y violentas. Algunos portaban palos y botellas rotas, lo cual dejaba bien a las claras que sus intenciones al acudir allí tenían poco de pacíficas. Pensó en el dinero que pagaba a las bandas como los Conejos Muertos y otras. Serviría de poco reclamar su ayuda en ese momento. Paddy les pagaba mucho más.

—Es demasiado temprano para el sentimentalismo irlandés, Paddy. Aunque no tanto como para que estos caballeros se tomen una cerveza...

Su ofrecimiento no causó ningún efecto en aquellos tipos.

—Te di de comer y te vestí. Hice lo mismo con tu madre y con esa putita, y me lo pagas así... —Paddy negó con la cabeza, aunque se detuvo con un gesto de dolor y sorpresa, como si acabase de recordar que tenía algo clavado en el cuello—. No sabéis el daño que me habéis hecho. A mí, que os lo di todo. A mí, que os quería como un padre. A mí, que os cuidé cuando otros os hubieran dejado morir en la calle. Y vosotros me lo habéis pagado con sangre y traición. ¡Dios está mirando, Michael Flynn Connelly! —gritó, señalando al techo de madera—. ¡Dios sabe lo que habéis hecho y os castigará!

Flynn se levantó y avanzó hasta él.

Era curioso cómo sus ojos solo eran capaces de ver a Paddy y sus oídos solo podían escuchar sus palabras, una y otra vez. Alba le había pagado con sangre y él con traición. ¿Por qué le había pagado ella con sangre?

Un rugido de rabia nubló todo en su cabeza salvo el deseo de acabar con aquel maldito hijo de puta. De pronto estaba sobre él, con su rostro entre las manos, como si deseara borrar su imagen del mundo, hacer que no existiera más.

—¿Qué le hiciste, cabrón? —gemía sobre él, incapaz de sentir los golpes de los matones de Paddy en el cuerpo—. Era una niña y confiaba en ti para cuidarla.

Las lágrimas le cegaban y no notó que Paddy ya no se movía. Solo era capaz de pegarle una y otra vez para borrar aquel rostro del mundo para siempre.

Un disparo le hizo detenerse.

—Será mejor que saquen a esta carroña de aquí si no quieren que vuelva a disparar —dijo la voz de Chow, amplificadas desde la plataforma donde habitualmente tocaban los músicos—. Les aseguro, por si lo dudan —añadió, amartillando el arma otra vez—, que tengo buena puntería. Podemos apostar, si lo desean.

Flynn se dejó caer sobre las rodillas cuando le apartaron a un lado para llevarse a Paddy. Juraría que este lloraba mientras le sacaban de El Trébol

Dorado, pero nunca sabría si era de dolor o de rabia.

Sintió la mano de Chow en el hombro, pesada y reconfortante.

—Creo que sería buena idea buscar a tu dama. Ve tranquilo, yo me ocupo del local. Hemos visto cosas peores en estos años, ¿no es cierto? ¿Qué es un poco de sangre en el suelo? Así los pies resbalarán mejor al bailar.

—Gracias —fue lo único que pudo responder Flynn cuando al fin pudo levantarse.

Las manos le temblaban de ansiedad y de angustia. Y si él sentía eso, no podía ni imaginar lo que Alba debía de estar sintiendo si era ella la que había herido a Paddy.

En su interior, una parte le decía que aquella venganza le pertenecía, pero la comprendía. Si no lo hacía ella misma, su herida jamás cerraría.

Y aquello era culpa suya. Él era el que le había dicho que Paddy la cuidaría, cuando ella jamás había confiado en él.

Siempre le había fallado.

Se detuvo en la puerta del salón de baile, como si sus piernas no fueran capaces de avanzar más allá.

—Camina, Michael Flynn —escuchó otra vez el sonido del arma a sus espaldas, como si Chow jugase con ella, poniendo y quitando el seguro—. Todavía me queda una bala y creo que de verdad necesito practicar. Y olvida a Paddy Connelly. Ya estuviste a punto de morir en la horca por él una vez. No le des esa satisfacción. Ella te necesita.

Flynn suspiró. Cerró los ojos mientras sus pensamientos se ordenaban en la cabeza.

Ahora Paddy era el pasado y solo había un futuro posible.

Capítulo 13

Para cuando llevaron lo que quedaba de Paddy a su presencia, Billy ya sabía todo lo que había pasado. No sabía quién le había atacado primero, claro, pero era cuestión de tiempo. Él sabría rellenar los huecos. De todas formas, había tanta gente que le odiaba como envidiosos, y ahora Paddy era poco menos que un trozo de carne, con apenas un hálito de vida. Casi podía escuchar las fuerzas y los poderes fácticos moviéndose en el barrio, podía verlos rearmándose con el rabillo del ojo, prestos a ocupar el lugar que dejaba vacante.

Tenía un cuchillo o algo similar clavado en el cuello y marcas de golpes en la cara, la ropa llena de sangre y apenas se mantenía consciente.

Sabía que los golpes se los había propinado Flynn. El muy imbécil, en su estado, había tenido los cojones de ir a enfrentarse a su sobrino en lugar de ir a curarse. Era posible que eso le hubiera costado la vida, pero era Paddy Connelly, y se creía inmortal.

En la mesa de la cocina, que había sido una mesa de trabajo que habían sacado del antiguo matadero y que apenas entraba en el pequeño habitáculo, Billy se movió alrededor de su jefe.

Había hecho salir a todos de allí. Quería estar a solas con el que había sido su mentor.

Paddy movía los labios, pero no entendía lo que quería decir.

Daba igual, ahora ya nada que dijera tenía importancia. Sus palabras le

habían importado cuando todavía estaba vivo, cuando él quería su amor, su cariño, que fuera su padre. Ahora ya no. Ahora era un trozo de carne muerta encima de la mesa de un matadero. Era el pasado.

Sintió los ojos de Paddy sobre sí cuando agarró el mango del cuchillo decorado. Era fino y delicado, demasiado. Le parecía increíble que algo tan elegante pudiera causar tanto daño. Pero qué más daba. Por experiencia sabía que el arma importaba poco, a veces la rabia daba la fuerza necesaria a la persona más insignificante para hacer el daño suficiente como para matar a alguien.

—Alba...

Incluso en ese momento, ni una sola palabra para él. Siempre la puta y el recién llegado.

Quitó el cuchillo y vio que era un mísero abrecartas. Quien fuera que se lo había clavado había tenido suerte de dar en el punto justo.

Paddy boqueó, no supo si de la sorpresa o por el dolor. Al hacerlo, un chorro de sangre salió de su boca, manchando su rostro y resbalando hasta la mesa.

Era una buena mesa, Paddy siempre lo decía. Habían despedazado piezas enormes allí. Y ahora él sería una más de ellas.

Billy puso una mano junto al chorro de sangre, pero no para detenerlo. Sintió su flujo, caliente y oscuro contra la mano. Salía del cuerpo del que podría haber sido su padre al ritmo del corazón, cada vez más débil. Pum, pum. Hasta que ya no salió nada. Sus piernas dejaron de agitarse y también sus brazos.

Le sorprendió que no luchara, aunque la verdad es que le dio igual.

Paddy ya no era nadie.

Se guardó el abrecartas en el bolsillo y se limpió las lágrimas del rostro. Sabía dónde encontrarles. Emma se lo había dicho, como también le había dicho a Paddy dónde encontrar a la puta.

Alba no se dio cuenta de que miraba la sangre de sus manos como en un trance hasta que Gertrude comenzó a lavársela con un trapo húmedo.

—Mandaré a alguien al hotel para averiguar cómo está ese hombre. Si está vivo o...

Alba se estremeció al escuchar aquello. Llevaba años pensando en esa posibilidad. Matar a Paddy parecía tan sencillo en su imaginación. Bañar sus manos en sangre, pensó, con ironía. Y ahora le aterraba la sola idea de que encontrasen su cadáver en su habitación del hotel Astor.

No se arrepentía de haberlo hecho. Paddy merecía morir. Pero ¿qué pasaría con Gertude? Sufriría la vergüenza de saber lo que había hecho. Agnes y los de su calaña al fin tendrían la satisfacción de saber que era lo que siempre habían pensado, poco menos que un animal. Y Flynn... Ahora que le había encontrado otra vez...

La encerrarían, la ahorcarían...

Una especie de resignación se instaló en ella. Bien. Al menos moriría sabiendo que había eliminado a una alimaña del mundo. Ya no volvería a hacer daño a nadie más.

—¿Dónde se ha metido Emma? Juraría que esa muchacha estaba por aquí hace una hora.

Escuchaba a Gertrude murmurando por el salón, agitando la campanilla sin obtener respuesta.

—Déjalo, madre.

El sonido perentorio del timbre en la puerta de entrada hizo que las dos dieran un respingo.

—Es la policía, querida... —gimió Gertrude, mirándola con angustia.

Alba se miró las manos, todavía sucias de sangre.

—Abre. No tengo nada que ocultar.

—¡Pero te detendrán!

La joven sacudió la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque una sonrisa tranquila iluminó su rostro por primera vez en mucho tiempo.

—Al menos seré libre en mi corazón.

Quien quiera que fuera volvió a llamar con insistencia.

Alba encomió a Gertrude a abrir y esta no tuvo otro remedio que hacerlo.

Mientras esperaba a que vinieran a buscarla, Alba miró a su alrededor, como despidiéndose para siempre de todo lo que la rodeaba.

—Dios mío, ¿me perdonarás algún día?

La voz de Flynn, ahogada y débil, hizo que se volviera hacia la puerta de pronto. ¿Qué hacía él allí?

—La policía vendrá a buscarme en cualquier momento. He matado a Paddy.

Su tono frío, desapasionado, hizo que él la mirase de modo extraño. Se acercó poco a poco, hasta que cayó sobre sus rodillas ante ella. Tomó sus manos y las miró. Luego, sin importarle que estuvieran sucias, las besó una a una.

—Paddy está vivo, o lo estaba hace media hora. Vino al salón de baile a...

—Se calló y la miró. Estaba pálido y lucía golpes en el rostro. Uno de sus ojos comenzaba a cerrarse y amoratarse. También tenía un labio partido y la ropa llena de desgarros—. Te dejé con él. Yo fui el culpable de lo que te hizo.

Alba contuvo la respiración durante un segundo y respiró cuando notó que los pulmones le iban a explotar por la falta de aire. A través de las lágrimas, contempló a Flynn, tan roto como ella.

—Eras un niño, Flynn, confiabas en él. Nos traicionó a todos.

—Yo debería haberte cuidado. Te lo prometí todo y solo te di dolor, maldita sea.

Alba rozó sus rizos apelmazados y comenzó a canturrear. Él apoyó la cabeza en su regazo y lloró como no lo hacía desde que era un muchacho.

Tras ellos, Gertrude cerró la puerta del salón y los dejó a solas.

Billy vio amanecer tras un cerezo de la calle Cherry. Era una suerte que en aquella calle de señoritingos nadie saliera a deshoras y le viera allí. Evitó a la ronda sin problemas y siguió vigilando la casa del reverendo Lewis.

Hacía frío. Era el otoño más frío que recordaba en sus más de veinte años. Decían que eso acabaría con los restos de cólera que todavía quedaban. Sintió la sangre de Paddy congelarse en su ropa. Al menos así no olería, aunque eso nunca le había preocupado.

Cuando al fin Flynn salió de la casa, casi era de día.

Saltó sobre él sin que se diera cuenta. Podría haberle matado sin problemas, pero eso no tendría gracia. No después de tanto tiempo.

Le dio un par de golpes para atontarle y para poder arrastrarle lejos de las casas. El muy idiota, pillado por sorpresa, no se defendió.

Podría haberle degollado cien veces mientras esperaba a que se despertase, pero no había la suficiente luz como para disfrutarlo. Y él quería ver bien cómo moría.

Después iría a por la puta. Se la follaría y después acabaría el trabajo que Paddy empezó. Dejaría aquel bonito rostro tan marcado como la mesa de un carnicero. Y solo entonces la mataría.

Flynn dio una coz que estuvo a punto de derribarle, pero Billy tenía los reflejos de un gato. Saltó sobre él y le colocó el cuchillo en el cuello.

—¿Quién te va a salvar ahora, eh, imbécil? Tu suerte tenía que acabar un día, maldito.

Flynn respiró hondo. Era ridículo acabar así, justo ahora, en manos de Billy el Pecas.

Una ira oscura inundó sus venas mientras pensaba en todo lo que perdería en ese momento. Una vida que le habían vuelto a regalar, nueva y limpia, para que la construyera desde el principio, arruinada por ese hijo de Satán.

Sin saber siquiera lo que hacía, se revolvió con todas sus fuerzas y

comenzó a patalear y a dar puñetazos, sin saber dónde golpeaba. Volvió a sentirse aquel chiquillo que acababa de salir de una pelea de ratas y perros, furioso por una encerrona, luchando por su vida y por la de Alba.

En el fondo, no era tan distinto.

Quería vivir, necesitaba vivir. Se lo debía a ella, a su Pequeña Rosa Negra...

Escuchó un gemido de dolor, pero no supo si era suyo o de Billy. Luchó, siguió golpeando. Le dolía el cuerpo, el rostro, los dientes, el alma.

Billy también golpeaba, y lo hacía duro. Golpe tras golpe, sentía que sus fuerzas se agotaban. Ninguno de los dos hablaba y no era necesario. Sus cuentas eran tan antiguas como personales. Rivalidad infantil, celos. Podrían haber sido amigos, pero había tantas posibilidades de ser enemigos como de lo contrario. Y en Five Points rara vez las cuentas se saldaban en otra moneda que no fuera la sangre.

Su vista cada vez estaba más clara. Había luz y también había voces.

—Qué alguien los detenga. ¡Llamen a la policía, por favor!

Creyó reconocer la voz que hablaba, pero siguió luchando igual, incluso cuando alguien apartó a Billy de él.

—Te mataré, hijo de puta, igual que lo he matado a él. Sentiré tu sangre en mis manos y también la de esa maldita bruja.

Billy señalaba a alguien, pero Flynn no podía verlo. Apenas pudo comprender sus palabras en ese momento. Lo haría mucho más tarde, cuando conociera la noticia de la muerte de Paddy por boca de Chow. Tenía los ojos tan hinchados que no podía enfocar. Se dejó caer sobre la acera, agotado.

—Le ahorcarán —creyó oír a un hombre, pero era posible que aquello fuera solo la expresión de un deseo—. Está loco.

No sintió las manos calmantes de Gertrude en el rostro, ni las lágrimas de Alba, ni supo que se llevaban a Billy a rastras, convertido en un animal salvaje sediento de sangre.

Encogido sobre sí mismo, Flynn se dejó llevar por el consuelo de la oscuridad.

Capítulo 14

Seis meses después

—Otra vez esas mujeres escatimando el dinero, como si creyeran que podemos mantener la escuela con el agua que cae del cielo.

Gertrude cerró la carta que acababa de leer y se la guardó en el bolsillo del delantal. En ese momento no tenía tiempo para formalidades sociales. Las damas de la *Ladies' Home Missionary Society* nunca se habíanpreciado ni por su respeto a la labor de la misión ni por entender las necesidades del mundo real. Si ya habían hecho difícil la labor del reverendo Lewis, con la nueva escuela el trabajo a veces era imposible. Por suerte, contaban con la ayuda de gente desinteresada que colaboraba con comida y materiales, de lo contrario, deberían cerrar en poco tiempo.

Alba sonrió y siguió limpiando los pupitres que había donado la familia Jamestown, junto con el resto del mobiliario.

El mismo Parker había escrito a Gertrude una carta formal para anunciar la donación en nombre de su familia, que pronto sería la suya también. En efecto, en pocos meses se casaría con Agnes, que había aceptado ser su esposa, haciéndole el hombre más feliz del mundo. Se despedía de un modo correcto pero frío, enviando saludos para todos los habitantes de la casa.

Alba había leído aquella carta, sin sentir ningún tipo de sorpresa. Esperaba que Parker y Agnes fueran, si bien no felices, pues dudaba que personas con sus caracteres inmaduros e inconformistas, esencialmente

egoístas, pudieran llegar a serlo alguna vez, al menos alcanzaran cierta paz.

Al recibir la donación pensó que aquello era una especie de ofrenda de paz, pero él no volvió, no tuvo el valor de volver a verla. Tal vez un día fueran capaces de comportarse como algo similar a lo que habían sido. En todo caso, jamás volverían a ser amigos.

—¿Y dónde está ese muchacho? Ya está anocheciendo. Si llegamos tarde a cenar, Phillips estará mirándonos de reojo durante un mes.

Alba se acercó a Gertrude y le dio un beso que la tomó por sorpresa.

—Deja ya de rezongar. Pareces una viejecita gruñona.

Le soltó el delantal y le colocó un rizo que se había escapado del moño. Gertrude parecía haber recuperado su viejo espíritu. Cuando Alba había dicho que, en lugar de contratar profesores, sería ella misma la que daría las clases en la escuela del reverendo, Gertrude había estado a punto de sufrir un ataque. Más tarde había insistido en que, si su hija iba, ella no iba a ser menos. Si lo había hecho una vez, podía hacerlo otra vez. No iba a dejarla ir sola a un lugar como aquel.

Le dio igual que le dijera que no lo estaría, que contaban con la ayuda de Stewart, otro de los pupilos del reverendo, que se había empeñado en dar clases a los niños, pese a las protestas de Gertrude, que decía no fiarse de sus intenciones. Sin embargo, cuando los veía juntos, Alba no podía evitar notar el cariño que sentía por el joven inglés. Este podía tener una reputación un tanto escabrosa, pero era indudable que sus intenciones, al menos en cuanto a la escuela, eran intachables.

Su familia había intentado convencer a Gertrude de que una dama de su edad no debía desempeñar semejante labor. La matarían, la deshonrarían. Le robarían todo lo que tenía. Acabaría con el buen nombre que le quedaba...

Todo aquello no había hecho más que hacer que sus convicciones se hicieran más firmes. Le debía a su esposo el sacar aquello adelante.

—Flynn llegará en cualquier momento. Ponte la capa —dijo Alba.

—Los hombres siempre llegan tarde. A este paso, seré vieja el día en que se decida a pedirte matrimonio.

Alba sonrió.

—Tú nunca serás vieja, Gertrude Lewis. Y, por cierto, ¿quién dice que no me lo haya pedido?

Gertrude abrió la boca, pero volvió a cerrarla con un chasquido de dientes. Lo que fuera a decir quedó interrumpido cuando alguien llamó a la puerta.

Desde que al fin la escuela, el proyecto acariciado por el reverendo Lewis durante años, había abierto hacía apenas tres meses, o Flynn o su socio las acompañaban cada día en coche a su casa. Según ellos, ninguna dama decente debía caminar sola por aquellas calles. Daba igual que Stewart estuviera allí mismo, escuchando cada palabra. Él no parecía contar para ellos. Aunque era muy probable que lo dijeran para molestarle, porque en ocasiones él mismo las acompañaba a su casa en la calle Cherry y hasta se quedaba a cenar.

Al final, Alba preguntó a Chow Li el motivo de aquello y supo que Flynn sentía la necesidad de expiar lo que, según él, había sido su mayor error.

—La dejó a usted sola, Alba —había dicho el chino, con una sonrisa tímida. Apenas le conocía ni sabía nada de él, salvo lo poco que le había dicho Flynn. Eran amigos y se podía confiar en él—. No quiere que nada malo le vuelva a suceder jamás.

Alba no quiso protestar, sabía que era inútil. Por mucho que Flynn lo intentase, no podría evitarlo si su destino era sufrir otra desgracia. Aunque, al mismo tiempo, lo comprendía. Al igual que ella, Flynn debía luchar contra sus propios fantasmas.

Estos, al contrario de lo que había pensado siempre, no habían muerto con el asesinato de Paddy. Billy había muerto en la horca maldiciéndoles, como si ellos tuvieran la culpa de todos sus males.

Flynn parecía cargar ahora con su sombra también. Se había vuelto más taciturno, más callado. Un día comprendería que él no tenía la culpa de lo que había ocurrido ni del tormento que Billy llevaba en su corazón.

Cuando abrió la puerta, la recibió la sonrisa de Flynn. A veces todavía le costaba asumir que él estuviera allí de verdad, que no fuera a desaparecer.

—Lamento haberme retrasado. Chow ha tenido que buscar a otra nodriza. La anterior dice que el niño le ha dejado las tetas secas de tanto... —Se calló al ver la expresión escandalizada de Gertrude. Carraspeó y se pasó una mano por el pelo, como para comprobar que todo estuviera en su sitio—. ¿Estáis listas?

La anciana pasó a su lado con un dedo levantado a modo de reconvención y él se sonrojó en respuesta.

—Espero que te quedes a cenar esta vez, Michael Flynn Connelly. Y no aceptaré un no. Creo que ya es hora de que alguien imponga algo de autoridad en esta familia.

Alba sonrió al ver que el sonrojo de Flynn aumentaba, si eso era posible.

—Claro —respondió él, tras un titubeo—. Avisaré a Chow de que no volveré hasta más tarde.

Alba pensó que todavía había algo del muchacho que había sido en él. Sin embargo, cuando le miraba bien, veía al hombre que era ahora y le gustaba lo que veía.

Cuando se sentó junto a él en el carruaje, le tomó una mano y se la apretó con suavidad. Él la miró con una sonrisa y siguió conversando con Gertrude de lo que había por hacer todavía en la escuela, del material necesario, de los libros que había que comprar. Para él era natural estar así, charlando con una dama de sociedad, como si no hubiera salido de los peores barrios de Dublín.

A la luz menguante, le contempló en silencio. No pareció importarles que no hablara.

La pelea con Billy le había dejado una cicatriz junto al ojo derecho, pero aquello no le había afeado en absoluto. También solía quejarse de las costillas rotas, con una risa que buscaba restarle importancia.

—Yo tuve suerte —decía, apartando la mirada.

Sí. Flynn había tenido suerte. Estaba vivo y a su lado, como no se cansaba de repetir. Ambos estaban heridos, pero tenían un futuro por delante.

—¿Ocurre algo? Estás muy callada esta noche.

Gertrude les había dejado a solas tras una mirada que Alba supo

interpretar a la perfección.

Flynn hacía girar el contenido de una copa una y otra vez, aunque no se la llevaba a los labios. No solía beber demasiado, como si quisiera mantenerse siempre alerta de lo que le rodeaba.

—Tú tampoco es que hables demasiado.

—¡Oh, vaya, nunca me habían acusado de mi falta de palabrería! — exclamó con un resto de su vieja sonrisa pícaro.

Alba le miró a la luz de las velas. Al reflejo anaranjado era hermoso y parecía muy joven. Recordó aquel momento, hacía tantos años, cuando le pidió que se casara con él por primera vez. Entonces dudaba mucho que supiera lo que era el amor siquiera. No era más que una cría que no sabía nada de la vida. Solo conocía las baladas y los poemas que cantaba, y no todos eran felices. Ahora habían tenido tiempo de conocerse, y estaba convencida de que podrían ser felices juntos, aunque una parte de su interior se temía que jamás estaría segura de si lo que sentía era solo un reflejo del pasado.

—¿Me quieres, Flynn? Porque la gente que se casa está enamorada —dijo, sin darse cuenta de que decía casi las mismas palabras que cuando era una niña.

Él apenas se movió. Fue como si sus palabras tardasen en llegar a su cerebro. Entonces se levantó muy poco a poco y se colocó junto a ella.

Alba le miró desde abajo durante unos segundos. Flynn se agachó despacio, como si temiera asustarla. Le tomó una mano y se la llevó a la mejilla.

—¿Que si te quiero? La pregunta es si eres capaz de aceptar a este hombre imperfecto que te ha fallado mil veces y que lucha cada día para no hacerlo más. Tengo tanto miedo de hacerte daño que...

—El único daño que puedes hacerme es dejarme ahora. Ya hemos perdido media vida juntos. Cásate conmigo, Michael Flynn Connelly.

Él no pudo responder. Mientras la besaba con suavidad, solo pudo pensar que su suerte del irlandés, después de todo, no se había acabado definitivamente.

Agradecimientos

Esta no es una novela sencilla, ni de escribir ni de leer. Cuando uno lee una novela de época espera bailes, caballeros amables y galantes y damas finas con vestidos bonitos. A mí en esta ocasión no me salió nada de eso. Había mucha vida fuera de los salones de la alta sociedad y poca de ella se refleja en las novelas que escribimos. Es comprensible, porque es fea, desagradable, violenta. Pero, del mismo modo que no todo era bonito en esa alta sociedad brillante, donde todo era apariencia, tampoco todo era horrible en los barrios bajos.

El siglo XIX es fascinante, como todos sabemos, por algo muchos lo escogemos como marco de nuestras historias. Creo que ha llegado la hora de salir de la zona de confort. Además, la documentación existente es tan fascinante que hay material para miles de historias: hombres y mujeres hechos a sí mismos, la fiebre del oro, guerras civiles y colonialismo, migraciones masivas. Maldad, sin duda, ambición, corrupción. Pero también belleza. Para mí todo esto es una mina.

Ante todo, quiero dar las gracias a los lectores que han llegado hasta aquí, a los nuevos. Espero que se queden durante mucho tiempo.

A Elisa Mesa, mi editora en Harper Collins, que ve el amor entre tanta desgracia, aunque a mí a veces me cueste. Y también al resto del equipo.